

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

85

EDINEO PAZ

ALGUNAS
CAMPAÑAS

3

F1233

P39

v. 3

1884-85

R. C.



1080012940

ALGUNAS CAMPAÑAS.

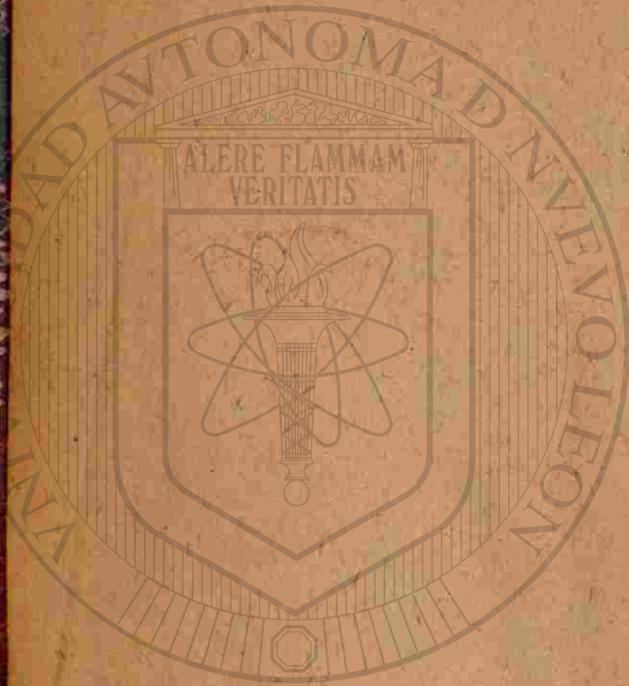
—:O:—

MEMORIAS ESCRITAS

POR

IRENEO PAZ.

SEGUNDA EDICION.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

IMPRESA Y LITOGRAFIA DE IRENEO PAZ.

SEGUNDA DE LA INDEPENDENCIA NUM. 2.

1885.



F1233

P.39

V.3

1884-85



FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS

156723

CAPITULO I.

EXPOSICION GENERAL.

El partido de la oposicion contra Juarez se habia hecho ya formidable, y esto consistia principalmente en que dicho funcionario se habia armado con el poder sin permitir dar entrada á otras aspiraciones. Fuera de los que podian ambicionar la Presidencia, habia un sin número de políticos excomulgados, para los cuales no habia ni el lugar mas insignificante en la mesa del presupuesto. Juarez se habia rodeado del pequeño grupo de sus amigos probados en todo género de combates y para ese solo grupo eran todos sus favores y distinciones. Por eso se les daba por la voz popular el dictado de los *hijos del cura*, los *inmaculados* porque se habian escapado en la intervencion hasta el Paso del Norte, y con mas propiedad, los *juaristas*.

Estos *juaristas* eran los que estaban ya disponien-

do de la nacion á su antojo, ofuscando los gloriosos títulos que tenia Juarez á la inmortalidad, tales como su firmeza para platear las leyes de Reforma y el chasco que dió á Maximiliano cuando ya le creia desaparecido, presentándosele en el último rincon del país, con un gobierno escuálido, pero firme como una roca.

La historia sin embargo, haciendo abstraccion de detalles y pequeñeces, dirá que Juarez fué grande porque dotó al país de las instituciones democráticas mas avanzadas que se conocen en el mundo, porque dió muerte á la monarquía matando con ella todo sentimiento monárquico en esta Nacion y porque fué un Presidente honrado, debiendo de contarse como uno de los muy pocos que ha tenido México que no se han aprovechado del puesto para enriquecerse entrando á saco en las rentas públicas. Esos tres rasgos han de ser siempre los mas salientes de Juarez, calificándose como pequeños lunares su debilidad para dejar que otros medraran á su sombra, su ambicion de mando del cual nunca quise separarse, desprendiéndose solo con la muerte de la silla presidencial á la cual se habia adherido como si ambos formaran una masa compacta, y su falta absoluta de sentimientos humanitarios que no le permitia considerar á sus semejantes como hermanos si no eran *juaristas*.

El país, acostumbrado á los frecuentes cambios que venian sucediéndose desde la independencía, los cuales permitian ensayar las dotes de los partidos distintos y las diferentes personas que venian figurando, se

cansaba de ver siempre de Presidente al Sr. Juarez, el cual comenzó á prostituir el derecho electoral, haciéndose elegir dos veces por la violencia y por la intriga. Bien es verdad que en esas dos veces entraron á luchar los partidarios de Riva Palacio, de Porfirio Diaz y de otros candidatos; pero sin poder obtener ventaja alguna, porque en todas partes encontraban el terreno ocupado por el elemento oficial que en cada lucha se hacia mas dominador y por consiguiente mas odioso. Si á esto se agregan los atentados cometidos contra los gobiernos de los Estados, á los cuales se declaraba en sitio con la mayor facilidad para cambiar las personas, las facultades extraordinarias de que con frecuencia se hacia uso, y las hecatombes llevadas á efecto con crueldad en varios puntos de la República, vendrá á comprenderse que existian suficientes motivos para que tomara creces el descontento.

En todas las ciudades se formó pues un partido de oposicion contra el gobierno de Juarez, acentuándose mas en la capital en donde contaba con prominentes personas en la política y en las armas.

El núcleo de esa oposicion estaba formado de Porfirio Diaz, Justo Benitez, Ignacio Ramirez, Mendiolea, muchos militares, y un buen grupo de diputados que no dejaban de levantar la voz en el congreso en favor de sus intereses.

Naturalmente al dia siguiente de llegado á México me consideré afiliado en esa valiente oposicion y desde luego le consagré mis servicios con aquel ardor de la juventud y con aquel desinterés á que estaba acos-

tumbrado, porque todos mis actos los encaminaba al fin patriótico arraigado en lo mas profundo de mi conciencia, que era el afianzamiento y la práctica de nuestras liberales instituciones. Se me figuraba que de todo se hacia una farsa y yo queria que las libertades públicas fuesen verdaderas. Me parecia que nada se adelantaba con que estuvieran escritos en nuestra Constitucion tan rotundos preceptos y tan elevados principios, si todo aquello no pasaba de ser un cuaderno impreso. Tenia la insensatez de creer que la Constitucion se habia dado para que se obedeciera, y que el Presidente y sus ministros, los gobernadores y todos los funcionarios públicos, eran los primeros que estaban mas obligados á hacerla cumplir y á cumplirla.

Asi es que cuando me constaba por esperiencia propia que el titulo de los derechos y de las garantías del hombre estaba allí sobrando, porque cada miembro del poder hacia con sus enemigos lo que se le antojaba, cuando observaba que el derecho electoral estaba á cargo de las autoridades que daban sus votos por consigna, cuando habia visto que la soberanía de los Estados era de puro nombre, pues que en cualquier momento eran entregados al sable militar sin ningunas consideraciones, tuve razon para creer que todavia se necesitaba hacer algo para que las prescripciones constitucionales tan sabiamente consignadas en nuestro código político, vinieran á ser un hecho práctico entre nosotros.

No podía vacilar, y seguí, como siempre habia seguido, la línea recta. No me faltaron invitaciones de

parte de los amigos del gobierno que me ofrecian algun empleo para medrar y hasta un asiento en el congreso para las primeras elecciones; pero yo no podia admitir nada de eso, aunque no supiera aún lo que eran compromisos políticos, porque me consideraba invenciblemente atraído al partido porfirista que yo habia contribuido tanto á criar en el pais, aunque de un modo inconsciente. Yo mismo, sin saber ni cómo, unas veces con mis escritos redactados con todo el calor de la juventud y otras veces con mis aventuras y peregrinaciones, le habia formado un pedestal de popularidad que se apoyaba ya en buenos cimientos tanto en Occidente como en los Estados de la frontera. Yo habia sido indudablemente quien, sin calcularlo, sin pensarlo, ni preveerlo, ni intentarlo siquiera, habia sido el apóstol de una idea que se habia estendido como un rayo de luz arrancado al astro del fuego. Y no solo se habia hecho ya una masa compacta de hombres dispuestos á ponerse en frente de otra masa que habia aplastado al clero, á un emperador y á las potencias aliadas en Londres, cuya masa llevaba el nombre de Juarez; sino que ya se iba perdiendo el miedo á los cadalsos que se levantaban por todas partes y se pensaba que aquel rayo arrebatado al sol iria á encender tambien el reguero de pólvora que estaba estendido por toda la República.

En terminos claros: los elementos que se habian quedado sin estallar despues del pronunciamiento de San Luis y Zacatecas; cuya historia acabo de referir, los gefes que no habian tomado parte en el combate

creyendo ir á hacer un papel secundario en la revolucion y que ahora se encontraban deseosos de medir sus armas con las del tirano, y por último, los nuevos descontentos que iba dejando tras si una política egoísta y avasalladora, estaban formando una amalgama para luchar en todos terrenos contra aquel Presidente que se eternizaba en el poder y quien no porque perteneciera á la raza indígena y hubiera sido reformista y liberal, hoy pudiera reconocerse con otro nombre que con el de dictador.

Juarez manejaba á la Corte Suprema y en sus manos tenía todos los resortes de la justicia; Juarez desde su sillón presidencial sostenía entidades antiguas y caciques locales como Pesqueira, Terrazas, Alvarez y Lozada, con tal que á su vez le rindieran pleito homenaje; Juarez ponía gobernadores en los Estados, segun era el grado de acatamiento y las protestas de adhesion de las personas, estableciendo á sus amigos allí donde le parecia, aunque contrariara la voluntad manifiesta de sus conciudadanos; Juarez tenía el ánfora electoral en su gabinete y allí con su secretario particular elaboraba las elecciones particulares y generales y emitía los votos en favor de las personas de su familia en primer lugar y despues en las de aquellos que mas se habian distinguido como sus celosos partidarios; Juarez tenía un directorio suyo en el poder legislativo, al cual comunicaba diariamente sus órdenes por medio de mensajeros que no tenían otro oficio y desde el sillón presidencial manejaba las intrigas del parlamento, arrancando á este las leyes mas

atroces y mas indignas, sin que le contuvieran en este camino de desolacion ni los gritos de las víctimas, ni las amenazas de la nacion que en cada vez se erguía mas y mas y aparecia despues de cada nuevo atentado mas airada; Juarez llenó las cárceles de enemigos políticos y regó los campos de cadáveres en nombre del principio de autoridad; Juarez pervirtió las conciencias y amengüó mucho la moral, porque encubrió el peculado, consintió en que á su vista fueran cercenadas las rentas públicas, abrió una subasta pública para los diputados que fueran á votar tales y cuales negocios y fué el primero que empezó á comprar el silencio de los periodistas independientes; Juarez hizo que se entibiara el patriotismo de los mexicanos y que se viera la carrera militar como un oprobio, cuando lejos de premiar los servicios y acordar recompensas para los que pelearan en favor de la patria, los sumió en la miseria, dejándolos sin auxilio ninguno á centenares de leguas de su suelo natal; Juarez, en suma descuidó el progreso moral y material del país, que pudo haber impulsado á la sombra de la paz, concentrando toda su inteligencia, todo su poder, en defenderse de los que en cada eleccion trabajaban por el triunfo de otra candidatura. Esto es, Juarez, que habia sido uno de los reformadores mas tenaces, uno de los gobernantes mas probos, uno de los mas firmes sostenedores de la idea liberal y quien tuvo la suerte de mantener empuñada con firmeza la bandera de la autonomia de la República, despues de adquirir tantos títulos á la admiracion de la posteridad; Juarez,

olvidado de su misma gloria, no pensó en que aquello era ya bastante para que su nombre fuera escrito en el libro de la patria con letras de oro, sino que ciego ya de ambicion y creyendo que no podia descender despues de haber subido tanto, sin que pudiera haber un hombre en el país de bastante talla para sustituirlo, no se ocupó ya mas que de sostenerse y de librase de las asechanzas de los enemigos que se habia hecho en su largo reinado.

Indudablemente que Juarez es grande en la historia de México, pero lo seria mas si no hubiera dado oídos á las pequeñas miserias con que estaba obstruida por todas partes su enérgica naturaleza. Tenia grandes alientos aquel hombre, eso no puede negarse, pero las pasioncillas de segundo orden no le dejaban elevarse hasta donde pudo haberse elevado. Debíó estar á la altura de Bolívar y de Jorge Washington y se quedó mas abajo de Hidalgo y quién sabe si la historia dirá mas tarde que sobre él puede colocarse tambien el busto de Arista.

La categoria de los hombres la dá la severa historia de cada nacion, cuando con escrupulosa rectitud, recoje sus grandes y sus pequeños hechos y los pesa en la balanza de los siglos. Allí no hay medio de equivocarse jamás: el Neron que era una especie de semidios adorado casi en los altares de su pueblo, cubierto con la púrpura y los homenajes y el oro y la fragancia, y lleno de aplausos y elogiado en los cánticos de las vírgenes, aparece despues como el mas inmundo, el mas aborrecible, el mas cruel, el mas ca-

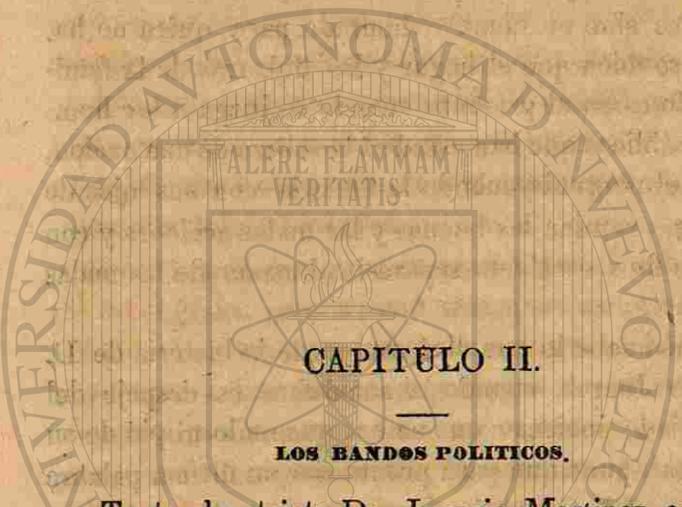
nalla de los tiranos, y Luis XVI que perece en un patíbulo como reo de grandes delitos, ante un pueblo que ha sido oprimido por la monarquía, no viene á ser despues sino nu hombre honrado para quien no habia otro bien que el hogar y las dulzuras de la familia. No es en el presente cuando se juzga á los hombres públicos que han estado á la cabeza de una nacion, es en el porvenir cuando la historia con sus ojos de Argos, examina las buenas y las malas acciones y con el mas fino escalpelo separa las buenas de las malas obras.

Quién sabe lo que dirá mas tarde la historia de D. Benito Juarez, cuando la atmósfera se despeje del demasiado incienso que se ha quemado al pié de su pedestal, pues que para pronunciar su última palabra y dar un fallo justo hay que comparar los males con los bienes que hizo á la nacion y los males con los bienes que hizo á la libertad de su patria.

ción nos tendieron la mano y nos hicieron concebir esperanzas de que no tardaríamos mucho en encontrarnos en posesión de la revancha que tanto apetecíamos.

Los generales Negrete, Aureliano Rivera, Cosío Pontones, Toledo, Chavarria, Echegaray, Mendez, Bonilla, Mirafuentes y otros cien mas, estaban conspirando, y seguramente que ellos serian mas afortunados que nosotros lo habíamos sido en nuestra empresa de S. Luis y Zacatecas, por las causas que estan referidas antes, supuesto que ya tenían á su favor la experiencia que nosotros les habíamos proporcionado. Para otra vez de seguro que habria mejor organizacion en los movimientos, mas seguridad en los compromisos y bases mas populares en la política para que nadie se abstuviera de entrar gustoso á la revolucion. Sobre todo, si se lograba arreglar un golpe de mano en la misma capital, entonces en un solo dia, y sin necesidad de hacer correr la sangre de centenares de inocentes, podía cambiarse completamente la decoracion.

Esto nos dijeron nuestros amigos cuando llegamos á la capital: el gobierno había vacilado en su pedestal con la revolucion mal dirigida y peor terminada de S. Luis y Zacatecas, perdiendo muchas de sus fuerzas físicas y morales que lo pondrian casi reducido á la nada en una segunda intentona. Es decir, el gobierno se había enagenado muchas simpatias entre sus mismos sostenedores, y á causa de la sangre del pueblo que había derramado en abundancia, era menos temi-



CAPITULO II.

LOS BANDOS POLITICOS.

Tanto el patriota Dr. Ignacio Martínez como yo fuimos grandemente agasajados por el partido de los descontentos que se había formado en torno de D. Benito Juárez en la capital de la República: se nos veía como á las víctimas perseguidas del poder y recibendonos como á mártires políticos que regresaban á la patria amnistiados por la representacion nacional; despues de sufrir un rudo destierro, exhibian una bonita comedia ante el pueblo que comenzaba tambien á su vez á lanzar grandes murmuraciones contra D. Benito Juárez y sus favorecidos á quienes llamaba *hijos del cura*. Al mismo tiempo se daba nuevo vigor á nuestros resentimientos particulares que no deseaban mas que la oportunidad para buscar un campo abierto en donde desarrollarse. Los hombres de ac-

do que odiado, designándosele ya como un gobierno corruptor y concusionario, como una dictadura disfrazada con la máscara de la libertad, como un oprobio en fin para el país del cual era preciso librarse á toda costa.

¡Y todo esto, es fuerza decir la verdad, porque D. Benito Juárez se había estacionado en el poder, temeroso sin duda de que en otras manos peligrasen las instituciones y las reformas que se habían conquistado á costa de tanto sacrificio, y todo esto porque favorecía á sus parientes con empleos y distinciones, cosa que era muy justa y muy puesta en razón; y todo esto, en fin, porque para sostenerse, para resguardar el principio de autoridad del cual era muy celoso, necesitaba procurarse la mayoría en el congreso, por alhagos ó por amenazas, y contar con mayoría en los Estados de gobernadores amigos, en cuya tarea solió herir de muerte á las leyes de la República.

Hoy nos admiramos de que aquello poco nos pareciera mucho; nos sorprende mas de que tan pequeñas faltas en la práctica de las instituciones liberales provocaran tres revoluciones; hoy que tanto hemos visto, nos llenamos de asombro de que entonces estuvieran tan delicadas las fibras del patriotismo, para que vinieran los tiempos en que se embotara todo sentimiento de amor á la libertad. ¿Acaso aquellas eran unas generaciones y estas son otras? ¿Acaso aquellos eran mas mexicanos que los que despues han seguido habitando esta Republica?... No! nada de esto; nosotros encontramos para explicar esos hechos esta

sencilla contestacion: el patriotismo de entonces es el mismo de siempre, solo que las revoluciones han perdido el crédito en esta República, porque no han producido muy provechosos frutos, pero lo que principalmente ha matado el espíritu revolucionario es el amor á la paz, ante cuyo altar están los mexicanos dispuestos á hacer los mayores sacrificios. Sufrieron ya una administracion en que hubo personas que saquearan al país con insolencia, que hicieran fortunas inmensas con el mayor descaro, que delante de todos los habitantes de México cargaran con los millones de la Tesorería para sus casas, que abofetearan á cada uno de los mexicanos en su indignidad, y se sufrió con estoicismo hasta el momento en que quisieron ir muy lejos, tan lejos como hacer una gran especulacion á costa de la honra del país. Entonces ya no fué posible tener mas prudencia y se protestó contra tal ignominia con un grito general de indignacion, significándose que de esta actitud podría pasarse fácilmente á defender con las armas el decoro de la República. Los insaciables hijos de la codicia cedieron y el pueblo tornó á guardar su acostumbrada actitud de tranquilidad.

Esto prueba que entonces como ahora y como siempre, hay sentimientos patróticos en todos los mexicanos, que pueden estar adormecidos, pero nunca muertos. Esto prueba que saben amar la paz y sobreponerse á su ardor por la práctica de las instituciones, con tal de que aquella pueda sostenerse para dejar asegurado el porvenir que ha comenzado á presentarse á nuestros

ojos tan lleno de encantos. Eso prueba que sabemos sufrir pero no renegar de nuestras aspiraciones eternas á la verdadera libertad. Sufrimos que azóten nuestras espaldas, mientras vemos en el horizonte algun vestigio de emancipacion, mientras que la paz nos otorga beneficios que no mancillen la honra comun.... pero ¡ay de aquel que atenta contra la soberanía y la dignidad de la Patria! Entonces dejamos de ser los siervos sumisos para convertirnos en los vengadores de la República.

No es mucho esto, pero es lo bastante, cuando tanto se ha trabajado en empequeñecernos, en degradarnos, en oprimirnos, en debilitarnos y en hacernos incapaces de comprender lo que es la santa, la inmaculada libertad.

Así creo poder explicar el que en tiempo del patriota Juárez hubiera tanta facilidad para revolucionarlo por verdaderas pequeñeces, cuando los crímenes que se han visto despues en los altos dignatarios de la nacion, no han llegado mas que á producir pequeñas nubecillas en el limpio cielo de la patria.

No es que los mexicanos nos hallamos vuelto mas prostituidos, mas venales, mas apocados ni mas imbéciles; sino porque en aquel tiempo la guerra de reforma, y la guerra contra el imperio nos llenaron de susceptibilidad; y las revoluciones posteriores nos quitaron las ilusiones por los cambios á mano armada, fíncando todas nuestras esperanzas de un porvenir mejor en bases tan sólidas como la paz, el progreso y la civilizacion. Ya verán los que vivan en el siglo que

llega, cuando haya ilustracion en las masas, si vuelve á haber en México hombres públicos que se lleven las rentas á sus casas, sin recibir por ello el menor castigo. No, no hay que desconfiar del porvenir.

Pero dejo ya las consideraciones políticas, que ocurren naturalmente cada vez que se dá una ojeada sobre la historia tan llena de páginas negras de nuestra patria, para continuar relatando con toda fidelidad los acontecimientos en que yo tuve alguna parte.

Como es fácil suponer llegué al seno de mi familia contento, muy contento, pero completamente falto de recursos. Los elementos que nos facilitaron á nuestro paso en Veracruz y Puebla nuestros amigos y correligionarios, apenas nos bastaron á Martínez y á mi para nuestros gastos del camino y de los primeros dias de llegados, quedándonos á poco sin mas dinero que el que pudiera proporcionarnos alguno que otro amigo, de los cuales siempre hay pocos, que estuvieran en buena posicion.

El gobierno á buen seguro que nos ocupara, y nosotros nunca nos prestaríamos, en primer lugar por orgullo y por conviccion, y en segundo lugar porque teníamos nuestras profesiones: Martínez era médico y yo abogado, con lo cual teníamos alguna perspectiva, aunque un poco lejana. La dificultad era del momento y necesitábamos poner los medios mas enérgicos para vencerla inmediatamente. Le conseguí recursos á Ignacio Martínez para que se fuera á Matehuala donde se proponia ejercer la medicina y yo me quedé en México pensando en lo que podria hacer para subvenir á los gastos de mi familia.

En el tiempo de la campaña, además, se habían contraído deudas que era fuerza pagar.

La situación era en extremo difícil, tan difícil, como no he tenido otra en mi vida.

Yo no era conocido como profesor de derecho, sino como profesor de revoluciones, y de consiguiente no habría cristiano en el Palacio de Justicia que quisiera confiarme sus negocios. Para adquirir crédito como abogado y proporcionarme clientela, necesitaba pasar por un noviciado de tres años, y las apuraciones eran de minuto en minuto. Necesitaba tomar una resolución violenta, porque si dejaba pasar ocho días más, ya no habría facilidad de que en la cocina de mi casa se pusiera lumbre ni hubiera un pan que llevar á la boca.

Por de pronto quedaban algunos objetos que podían venderse y empeñarse y que produciendo una bagatela llegarían á extinguirse y con ellos la última esperanza.

Era preciso, pues, de todo punto, utilizar en algo duradero aquello poco que nos quedaba

—*El Padre Cobos!* dije suspirando.

Y suspiré, convencido, de que el trabajo del periodista en México es noble, pero muy peligroso. Muy peligroso sobre todo para el que no tiene ligas con el poder y se propone decir la verdad sin contemplaciones.

Había entonces dos clases de periodistas, según sabe todo el mundo. Unos pagados para encubrir los abusos y decir que era bueno todo lo que hacía el go-

bierno, santificando los mayores atentados y las mayores injusticias; y otros de oposición encargados de instruir al pueblo de lo que pasaba y poner en claro con valor civil los actos de los gobernantes.

Pocas veces ha habido verdadera libertad de imprenta entre nosotros á la sombra de una pacífica legislación, habiendo procurado á veces ahogarla los magnates que no han gustado de que sus actos sean conocidos.

Durante el gobierno del Sr. Juárez hubo una libertad relativa, pues si bien se persiguió con el anatema á los escritores de oposición y alguna venganza se cebaba en ellos siempre que había una oportunidad, en lo general se pudo escribir libremente. El escritor independiente sabía muy bien que no tendría acceso á los puestos públicos, aunque fueran de elección popular por la sobrevigilancia que se ejercía en los comicios y por las chicanas que se ponían en juego antes y después de la elección; pero al menos sabía que disfrutaba de ciertas garantías, tales como la de no ir á la cárcel ni ser apaleado, al antojo de las autoridades.

Aquello de *el respeto al derecho ajeno es la paz*, máxima de Juárez que si no se observaba al pié de la letra era un poco respetada, al menos en la parte correspondiente á la libertad de la prensa, sirvió muchas veces para evitar atropellos y peligros.

El escritor público independiente estaba seguro, segurísimo, de no atrapar ni un mendrugo del presupuesto mientras estuviera con el arma desenvainada; pero con seguridad se le abrían de par en par las puer-

tas de la Tesorería siempre que se pasaba á las filas del gobierno con armas y bagajes.

De todas maneras, Juárez era rencoroso y no dejaba de aprovechar cualquiera circunstancia para ejercer una venganza, siempre que pudiera tener una apariencia de justicia. No había entonces llegado el descaro de los mandarines hasta la flagelación ó el asesinato decretados mas tarde contra los que molestaban la quietud de los gobiernos, y sin embargo era ingrata la tarea de ser escritor opositorista.

Al combatir exclamé una vez resuelto, aunque conociera los inconvenientes, y empuñé de nuevo la pluma.

CAPITULO III.

"EL MENSAJERO."

El día 1º de Enero de 1871, apareció el primer número de la 2ª Epoca del *Padre Cobos*, el cual fué saludado con entusiasmo por el gran partido liberal que formaba entonces la oposicion.

El *Monitor* se manifestaba tambien un poco anti-gobiernista y lo adopté por compañero y aliado, yendo á la imprenta de Garcia Torres, como en la primera época, á arreglar la impresion de mi bisemanal. No sabía entonces que aquella era en México la casa mas cara y la mas exigente.

Por mas que mi periódico se vendiera extraordinariamente, los gastos eran fuertes y había que esperar algunos meses para que llegaran á la capital los rendimientos de los Estados, por cuya razon empecé á verme muy apurado de recursos ya en el tercer número.

tas de la Tesorería siempre que se pasaba á las filas del gobierno con armas y bagajes.

De todas maneras, Juárez era rencoroso y no dejaba de aprovechar cualquiera circunstancia para ejercer una venganza, siempre que pudiera tener una apariencia de justicia. No había entonces llegado el descaro de los mandarines hasta la flagelación ó el asesinato decretados mas tarde contra los que molestaban la quietud de los gobiernos, y sin embargo era ingrata la tarea de ser escritor opositorista.

Al combatir exclamé una vez resuelto, aunque conociera los inconvenientes, y empuñé de nuevo la pluma.

CAPITULO III.

"EL MENSAJERO."

El día 1º de Enero de 1871, apareció el primer número de la 2ª Epoca del *Padre Cobos*, el cual fué saludado con entusiasmo por el gran partido liberal que formaba entonces la oposicion.

El *Monitor* se manifestaba tambien un poco anti-gobiernista y lo adopté por compañero y aliado, yendo á la imprenta de Garcia Torres, como en la primera época, á arreglar la impresion de mi bisemanal. No sabía entonces que aquella era en México la casa mas cara y la mas exigente.

Por mas que mi periódico se vendiera extraordinariamente, los gastos eran fuertes y había que esperar algunos meses para que llegaran á la capital los rendimientos de los Estados, por cuya razon empecé á verme muy apurado de recursos ya en el tercer número.

La lucha que entablé entonces conmigo mismo fué titánica: ya había mandado al empeño lo poco de valor que quedaba en mi casa, ya había tanteado la magnanimidad de García Torres y le había encontrado inflexible: no solo estaba resuelto á no imprimirme el número 5 si no liquidaba la cuenta de los anteriores, sino que ya me había mandado sacar una cita judicial, la primera que había recibido en mi vida; y sin embargo, estando publicados los primeros números del *Padre Cobos*, tirado el guante al poder, había que continuar publicándolo á todo trance, costara lo que costara, ó me hundía en el ridículo y en el desprestigio. No diría el público que se suspendía la publicación por falta de dinero, sino porque el gobierno había comprado mi silencio. A la vez que aprovechaba todos los momentos para hilvanar décimas y sonetos y componer cuentos chistosos, recorría las principales calles de la ciudad esperando que me cayeran los recursos que me habían de venir del cielo, y solo del cielo podía esperar el socorro, porque ya había tocado á todas las puertas amigas, ya había recurrido á todos los espedientes, ya había ensayado todos los medios sugeridos por una fantasía aprisionada en medio de la miseria; y todo, todo había resultado inútil. No solo no podría ya publicar el número 5, pues en el 4.º era en donde estaba atorado, sino que pronto aparecería en mi casa el agente de la justicia para embargarme algunos libros y unas cuantas existencias de periódicos que tenían un valor relativo.

Cualquiera otro hubiera apelado al suicidio en mi

situación, abandonando en el borde del abismo á una mujer jóven y á unos inocentes niños que necesitaban tener un pedazo de pan que llevarse á la boca . . . yo esperé y confié.

Volvía á casa rendido de cansancio al oscurecer, sin haber podido dar desarrollo á ninguna de mis combinaciones, y pasaba meditabundo por la plaza del Seminario. La música y los gritos de alegría que salían de un jacalón improvisado allí, me sacaron de mi ensimismamiento. Los gritos se repetían y la música era provocadora: yo tenía el alma en el cuerpo. . . . sabía que allí se cantaba y se bailaba, que estaban causando furor Caritina y Poyo y quien sabe cuantos otros mas y . . . yo debía ver aquello como periodista jocoso para inspirarme en los chistes de la zarzuela.

Me detuve al frente del jacalón que estaba rebosando de gente y me dije interiormente:

—Yo debo entrar á ver este espectáculo.

En seguida dirigiéndome al primer vecino le pregunté:

—¿Cuanto vale la entrada á esta diversion?

—Un real, me contestó.

Metí la mano al bolsillo y encontré justamente el real que se necesitaba: ni un centavo mas.

Me llegué á la ventanilla en donde se estaban espendiendo los boletos con mi real en la mano; pero allí me vino un súbito pensamiento: en mi casa no había tampoco dinero. Acaso mi esposa, que sabía sacar recursos á cuantos trebejos podían utilizarse, en esta

vez se habia estrellado ante el vacio que ya nos rodeaba.

—No, no es fácil que se haya conseguido dinero, murmuré y me volví á meter mi real en el bolsillo.

Estuve todavía algunos minutos detenido frente á aquella provocativa y ruidosa diversion, como hombre que espera con desenfado á que se despeje la entrada para no ser atropellado. No solo con indiferencia sino con desden miraba yo á los que salian riendo á carcajadas y celebrando las ocurrencias de los artistas.

Cuandó llegué á mi casa dije á mi mujer entregándole aquel real tentador que me causó tan buenos martirios por algunos minutos:

—Toma: aquí tienes el gasto de mañana.

Ella tomó la moneda en silencio y se alejó de mi para atender á los niños, mientras yo me eché vestido en algo que había en mi habitacion que me servia de cama, de escritorio y de biblioteca: en mis colecciones de periódicos.

Al dia siguiente la portera me entregó una tarjeta que había olvidado darme la noche anterior. El Sr D. Justo Benitez había estado á buscarme y no encontrándome me dejó un recado citándome para las nueve de la mañana del siguiente dia. Eran las ocho, de suerte que todavía era tiempo de acudir á la cita.

El corazon mio, como el corazon de todos los que esperan algo bueno de lo imprevisto, me aconsejaba que fuera á aquella cita, en donde podría estar encerrado todo mi porvenir.

Por primera vez conocí en el modesto palacio del Sr. Benitez, á hombres eminentes que llevaban estos nombres: Ignacio Ramirez (el nigromante), Manuel M. de Zamacona, Jesus Alfaro, Eleuterio Avila, Felipe Buenrostro, Manuel Mendiolea etc., etc. Todas aquellas personas formaban la redaccion del *Mensajero*, órgano del partido porfirista y habian recibido igual cita para encontrarse allí á aquellas horas, con objeto de dar al diario prudente organizacion toda vez que acababa de establecerse.

Me presentó el amo de la casa á todas aquellas eminencias, me señaló un asiento y en seguida sin muchos preámbulos me dijo: «La redaccion del *Mensajero* ha tenido la vista fija en el periódico que vd. escribe tan magistralmente con el título del *Padre Cobos*, ha calculado que ninguno como vd. podrá redactar una gacetilla chispeante y variada y ha acordado por fin hacerle alguna proposicion para que se venga con nosotros.»

Todos aprobaron y siguieron haciendo elogios de mi pobre publicacion, sin conseguir ni así que me brotara un raudal de lágrimas. Me mantuve firme en mi puesto, contesté á todos con verdadera modestia porque nunca me ha gustado ser farsante, y luego dije á Benitez de modo que no conociera que estaba sediento de que se verificara el arreglo que me proponía.

—¿Bajo qué condiciones?....

Aquí abrí los ojos de seguro desmesuradamente.

—Nosotros no tenemos dinero para pagar á vd. un sueldo de dos ó trescientos pesos....

Volví á llenarme de sorpresa.

—Que era el que correspondería á una pluma como la de vd.

Siguió diciéndome todo aquello que concurría á notificarme que la opinion era allí la de que yo era un periodista de primo cartello, encantándoles más que fuera antiguo partidario del general Porfirio Diaz sin conocerle. Era el mas barato y el mas desinteresado de sus partidarios: un partidario tan platónico, como lo seguí siendo todavia por un largo número de años. A cambio de un sueldo que no podía pagarme el círculo porfirista, Benitez me ofreció la impresion de mi *Padre Cobos* en su establecimiento tipográfico y quedaria así un poco mas ó menos compensado mi trabajo. Todos allí escribian gratis, y yo como porfirista de los mas entusiastas debía hacer lo mismo, pero como no era diputado ni tenia bienes de fortuna como los demas, y por otra parte mi trabajo iba á ser constante y obligatorio, quedó aceptada la base propuesta.

La planta y el tiro de mis dos números por semana podian importar al mes unos sesenta pesos, no era gran cosa, pero salia de las terribles garras de Garcia Torres que me atornillaba sin ninguna comiseracion, y desde ese momento me consideré salvado. Podia comer tranquilamente durante dos ó tres meses que era todo lo que necesitaba para recibir mis productos de suscripciones de fuera de la capital.

Desde ese mismo dia quedé en posesion del *Mensajero* con amplias facultades, como secretario de la

redaccion, para quitar y poner lo que me pareciera conveniente: quedaba á mi exclusivo cargo toda la gaceta y el cuidado de dar sustento á todas las demas columnas lo mismo que al folletin del periódico.

El trabajo era arduo ciertamente, pero no me acobardaban ni las mas rudas tareas en aquella edad y yo lo acometí con entusiasmo. Un oficial, amigo leal del general Diaz, que habia seguido su suerte, se encontraba en la capital sin colocacion como todos sus amigos, y Benitez quiso favorecerle dándole un pequeño sueldo porque desempeñara las funciones de *reporter*. Nunca he vuelto á conocer un *reporter* mas activo, ni mas puntual, en mis publicaciones sucesivas: Ramon Torres, este es el nombre de ese buen amigo que en parte por necesidad y en parte como partidario nos ayudaba en esa línea con empeño, se llegaba á mi habitacion á las nueve de la mañana ya con una buena lista de noticias, ordenábamos su redaccion, y volvía á recorrer los sitios públicos para llevarme mas tarde otro repuesto de noticias. Ese inteligente amigo disminuyó mucho las dificultades que yo pude haber tenido en un principio para hacer una buena gaceta. Esto hizo tambien que alcanzara fama el *Mensajero* y que llegara á ser con el tiempo uno de los diarios mas solicitados del público de la capital y de los Estados.

Entonces tuve que distribuir mi tiempo de esta manera: de nueve de la mañana á tres de la tarde *Mensajero*; de las tres á las seis comida y descanso; de las seis á las ocho de la noche *Padre Cobos*; de las ocho

en adelante diversiones, pues como gacetillero estaba obligado á verlo todo para hablar lo mismo; y otra vez por la mañana al trabajo de las seis á las ocho, que dedicaba á estudios mas serios. Se puede por lo mismo decir que en esa época, fuera de las seis horas del sueño y las dos ó tres horas dedicadas á las seis horas del sueño y las dos ó tres dedicadas á las horas de comer y á tomar ligeros descansos, trabajaba de un modo asiduo catorce y diez y seis horas diarias.

Vuelvo á decir que me parecia leve el trabajo comparado con la satisfaccion de estar alternando con las eminencias del partido porfirista, al cual habia yo contemplado desde lejos como un gigante, y con la satisfaccion mayor aún, de ver á mi familia pasando una existencia modesta pero llena de tranquilidad, confiado quizás en un porvenir mas lisonjero. El hábito fué poco despues concurriendo en mi ayuda, hasta que vinieron á hacerseme fáciles tanto las tareas de escribir artículos y gacetillas razonadas y serias, como las de dedicar sonetos á D. Benito Juarez y su ministerio, lo mismo que una andanada de pullasen prosa y verso todos los juvees y domingos. El buen humor no me abandonaba ni un momento, y podia sin dificultad hacer diálogos, letrillas y apuntes de caricaturas á cualquiera hora del dia ó de la noche.

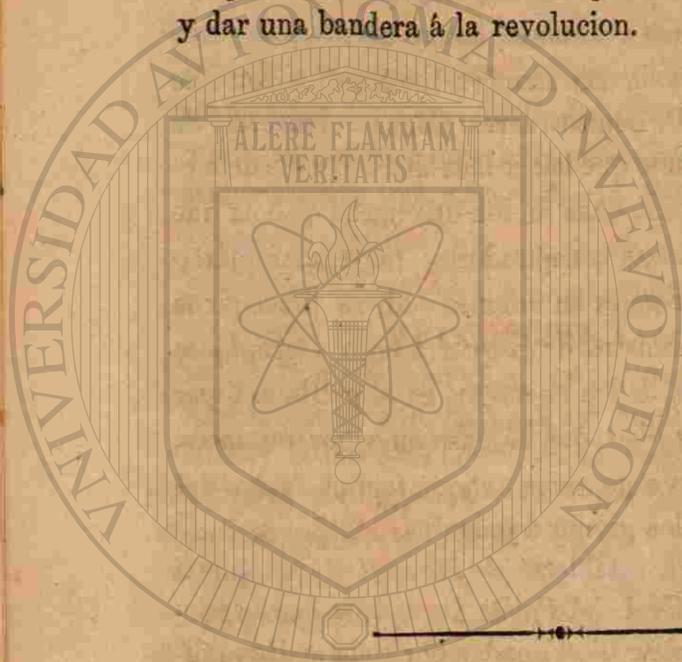
Hasta entonces los partidos antijuaristas no habian tenido arganizacion ni se habian hecho temibles. Puede decirse que Juarez no se habia visto molestado en el poder sino por unos cuantos revolucionarios

que se habian dado un buen frentazo creyendo que todavia surtian efecto los golpes de mano y los pronunciamientos en cualquiera ciudad de la República. De esta manera fué como se habia espantado á los Presidentes anteriores y como se habia derribado á otros gobiernos; pero de esta manera tambien fué como se sostuvo mejor D. Benito Juarez. Conocia el método, de suerte que no tuvo que hacer mas sino rodearse de medidas preventivas: estas fueron una buena policia que le denunciara á los conspiradores, un regular ejército mandado por gefes en quienes pudiera tener plena confianza, un ministro de la guerra poco escrupuloso para deshacerse de los enemigos en el patíbulo ó por medio de la *ley fuga* que se puso en vigor entonces, y sobre todo no espantarse aunque fueran dentro del mismo palacio los pronunciamientos.

Desde que se estableció el *Mensajero*, que vino á ser el Cuartel Gral. del *Padre Cobos* y las demas guerrillas que andaban diseminadas por toda la República, ya el partido de la oposicion, mejor dicho, el porfirismo, comenzó á precentar un aspecto formidable.

El *Mensajero* sirvió, pues, para dar á conocer las virtudes republicanas del general Porfirio Diaz, cuyas glorias permanecian sepultadas por sus enemigos en un rincon de Oaxaca; el *Mensajero* sirvió para elevar por encima del mismo nombre de Juarez el nombre de aquel Cincinato mexicano que estaba labrando la tierra con sus manos en su hacienda de la Noria; el *Mensajero* sirvió para presentár ante el pais á un

partido fuerte y organizado que se llamaba el partido porfirista; el *Mensajero* sirvió para barrenar el arraigado poder de Juárez y el *Mensajero* sirvió en fin para publicar todos los crímenes políticos del gobierno y dar una bandera á la revolucion.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

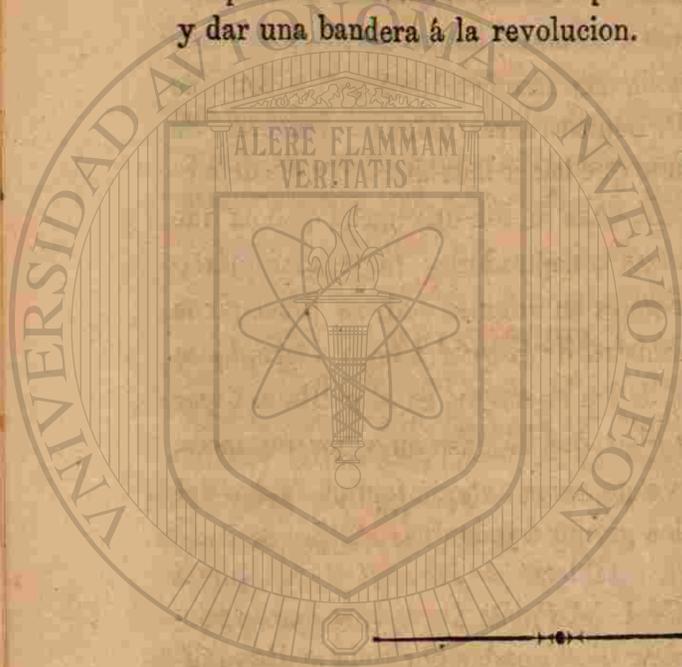
CAPITULO IV.

CARGOS.

Ahora vamos á particularizar algunos hechos que fueron los que vinieron á hacer inevitable esa revolucion.

Desde el mes de Enero de 1871, comenzaron á notarse los preparativos que hacia el gobierno para la lucha electoral, que se anunciaba un tanto cuanto borrascosa, vista la actitud de semi-organizacion que presentaba el partido porfirista. Se pasó una revista concienzuda á los gobernadores de los Estados, teniéndose mucho cuidado de echar á pique á los que se encontraban tÍbios ó poco dispuestos para apoyar la nueva eleccion de D. Benito Juárez. Esto parecia á algunos monstruoso, considerándose que ya dicho presidente llevaba mas de diez años en el poder, y que aunque le debian grandes servicios la democracia,

partido fuerte y organizado que se llamaba el partido porfirista; el *Mensajero* sirvió para barrenar el arraigado poder de Juárez y el *Mensajero* sirvió en fin para publicar todos los crímenes políticos del gobierno y dar una bandera á la revolucion.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IV.

CARGOS.

Ahora vamos á particularizar algunos hechos que fueron los que vinieron á hacer inevitable esa revolucion.

Desde el mes de Enero de 1871, comenzaron á notarse los preparativos que hacia el gobierno para la lucha electoral, que se anunciaba un tanto cuanto borrascosa, vista la actitud de semi-organizacion que presentaba el partido porfirista. Se pasó una revista concienzuda á los gobernadores de los Estados, teniéndose mucho cuidado de echar á pique á los que se encontraban tÍbios ó poco dispuestos para apoyar la nueva eleccion de D. Benito Juárez. Esto parecia á algunos monstruoso, considerándose que ya dicho presidente llevaba mas de diez años en el poder, y que aunque le debian grandes servicios la democracia,

las instituciones y la independencia nacional, á fuerza de cometer abusos y de defender su principio de autoridad, estaba representando la mas genuina dictadura; contribuyendo á que se exacerbaban los ánimos, la insolencia de la prensa asalariada, la presión de una mayoría obediente á la disciplina en los debates parlamentarios, y el favoritismo en un grado irritante, dominando todas las esferas del poder público. La oposición por su parte, reclutaba prosélitos entre los descontentos, y los admiradores del prestigio de su caudillo, que eran muchos en la República, y se apoyaba en la prensa que enérgica y llena de virilidad se presentaba la primera como siempre al frente de las columnas de combate.

Esta prensa consistía por entonces, en *El Padre Cobos*, el primero que postuló al general Diaz para presidente de la República, y en *El Mensajero*, órgano del partido porfirista, encabezado por Benitez en la capital. Despues comenzaron á publicarse algunas otras hojas periodísticas en los Estados y lo mismo se fundaron algunas otras publicaciones antijuaristas, en la ciudad de México.

Ahora bien, de los cargos que hizo la prensa en esa época, es de donde se desprenden los motivos de ser que tuvo la revolucion iniciada en la Noria un poco mas tarde, por el mismo general Diaz en persona.

Le hacian el cargo á Juarez de lo que se llamó el golpe de Estado dado en Paso del Norte conforme al que se prorogó la presidencia dando de mano al Presidente de la Corte y á cualquiera otro que pudiera

tener derecho de sucederle en el poder conforme á las leyes. Aunque en virtud de la circunstancia de estar en guerra la Nacion Mexicana con la intervencion francesa y el imperio de Maximiliano, todos los patriotas cerraron los ojos ante aquel hecho, no por eso dejaba de ser un ataque rudo á la Constitucion, ni un fatal precedente que podia traer en lo futuro graves emergencias. El golpe de Estado pudo perdonarse, y no perdonarse sino disimularse por el momento, para no hacer mas difícil la conquista de la independencia nacional; pero nunca podia considerarse como uno de esos hechos consumados, que tienen la virtud de echar un velo espeso sobre el pasado. Se habia quebrantado la ley, y se habia quebrantado por un hombre que aspiraba á la inmortalidad, de suerte que tenia cuando ménos que pedirse al pueblo que ratificara ó condenara aquello que habia pasado en momentos tan críticos.

Era, pues, el primer cargo sério que hacian los periódicos á D. Benito Juarez, basados en la ilegitimidad de origen, en la bastardia de un poder que estaba manteniendo con menoscabo de un precepto constitucional.

El segundo cargo, tambien muy sério, era el relativo á la convocatoria que segun algunos, le habia hecho firmar su primer Ministro D. Sebastian Lerdo, á quien tenian los liberales como á un ángel malo incrustado en la administracion, y á quien recuerdo que llamaron el Mefistófeles del Sr. Juarez, como á Benitez le llamaron mas tarde el Mefistófeles del general Porfirio Diaz. Esa convocatoria era tambien anticons-

titucional y atentatoria á las instituciones, pues reformaba los preceptos legales, recurriendo á una votacion que se tenia ya organizada y establecia el veto del Presidente para las leyes, que era una innovacion en todo nuestro sistema, uno de los mas rudos golpes que se ha querido asestar á nuestra siempre infortunada y tan poco respetada Constitucion de 1857.

El patriota general Patoni llegó á hacerse sospechoso al poder, encontrándosele rehácio para concurrir con los elementos de su popularidad y de su fuerza particular á sostener una situacion que le repugnaba, y entónces el general D. Benigno Canto de la 4.^a division del ejército, fué quien sirvió de instrumento para quitar de en medio á aquel enemigo peligroso, valiéndose de las sombras de la noche, en la misma en que Patoni llegó á la ciudad de Durango. Canto que era allí el jefe de las armas federales, lo mandó aprehender, lo sacó fuera de la poblacion y sin darle tiempo ni para ponerse bien con su conciencia, ni para despedirse de su familia, ni para informarse de los motivos que lo llevaban á cumplir una pena que ningun tribunal le habia impuesto, fué mandado pasar por las armas...¿qué digo? fué asesinado vilmente y sin misericordia.

El Sr. Gomez del Palacio gobernador de Durango, presentó una terrible acusacion contra el asesino, el congreso se erigió en gran jurado nacional, Canto se sentó en el banquillo de los acusados, el acusador estuvo á la altura del papel que se habia impuesto. y sin embargo de que todo el aparato estaba bien dis-

puesto, los políticos decian *sotto voce*: Canto será absuelto.

El veredicto se pronunció incompleto, la secuela de la causa debia seguir en Durango; pero cuando todo el pais estaba esperando que la vindicta pública fuese satisfecha, el Sr. Gomez del Palacio salió para el extranjero, al frente de una embajada y D. Benigno Canto vino á morir despues en el fondo de una prision de una manera sospechosa.

No se habia podido probar que Canto obedecia órdenes del gobierno, por las intrigas que se pusieron en juego para impedirlo, pero en la conciencia de toda la sociedad estaba incrustada la evidencia de este suceso, cuyos hilos se habian estado transparentando. Solo aquellos que fueran muy niños ó muy candorosos, podian abrigar dudas respecto de aquel hecho infame que produjo el duelo de toda la República.

Pues bien, como era muy natural, la prensa se apoderó de este suceso como se apoderó con más ó ménos fundamento de otros muchos de la misma naturaleza pasados en tiempos más ó ménos remotos y entre los que fué colocado tambien el raro accidente acaecido al más popular de los caudillos de la reforma y de la segunda independencia, al ciudadano esclarecido general Gonzalez Ortega. Este patriota que tan digna conducta observó despues del golpe de Estado de Paso del Norte, absteniéndose de sembrar dificultades á D. Benito Juarez que le arrebatava un poder que la ley ponía en sus manos, para no exponer el éxito de la defensa nacional, despues que triunfó la República

y regresó al país, con la mira quizás de hacer valer sus derechos, le sobrecogió en su camino una enagenacion mental repentina que los políticos atribuyeron á los que estaban más interesados en que Gonzalez Ortega no viniera á turbar su tranquilidad.

Estos acontecimientos tenian ya atrasada fecha pero eran recogidos como si acabaran de pasar, porque el conjunto que se formaba con ellos resultaba monstruoso y era imposible que no sublevara la dignidad de los patriotas que debia considerarse ultrajada con cada uno de aquellos audaces golpes.

Las elecciones de diputados se habian verificado sin que el pueblo tomara en ellas ningun participio, pues tanto porque el país estaba en revolucion, como porque los gobernadores obedecieron á consignas severas, cuando vino á saberse que el congreso se reformaba, fué cuando se publicó la lista de los que habian salido electos. Estaban allí los amigos de los Sres. Juarez y Lerdo y de algunos ministros, pero á primera vista no se observaba que hubiera entre ellos sino muy pocos hombres de conciencia recta y de patriotismo reconocido. En lo general habian vuelto á ser diputados todos aquellos que habian dado muestras de una fidelidad que rayaba en servil complacencia al gobierno del Sr. Juarez. Los hombres dotados de espíritu independiente, adictos á la práctica de las instituciones y partidarios de la verdadera libertad, estaban excomulgados de la política, parecia que llevaban en la frente un borron mas negro que el que la nacion habia puesto en la frente de los traidores.

En aquel tiempo en que se tenia cierto culto por la humildad democrática, en que era general el sentimiento de que un país pobre solo puede hacerse rico haciendo economías, en que aun permanecian vírgenes las ideas de honradez y de inocente amor al republicanismo, lo mismo que la opinion en favor de las modestias oficiales, se veia como una monstruosidad que el Presidente tuviera destinados quince mil pesos para sus gastos de mesa, toda vez que no se tenia la costumbre de dar convites diplomáticos y la mesa de Estado solo servia para que vivieran de ella un reducido grupo de holgazanes. Hoy si volviera á repetirse lo de los quince mil pesos nos causaria risa en vez de darnos indignacion; pero en aquel tiempo era monstruoso, era abusivo, era extraordinario, era contrario á las buenas reglas de economía, era un robo, en fin, que el Presidente pudiera gastar en regalarse quince mil pesos al año. ¿No estaba dotado con el mejor sueldo que se conoce en la República? . . . Pues por qué no habia de sacar de él para su comida como la sacan del suyo todos los servidores de la Nacion? Hubiéramos entonces desafiado ó tenido por loco al que nos hubiera dicho que alguien podia hacerse millonario en el poder sin que nadie le dijera esta boca es mia. La verdad es que entonces teniamos mayor culto por la honradez.

Entonces fué cuando se tuvo tambien como cosa nunca vista que el ministro de la guerra D. Ignacio Mejía tuviera colocados á todos sus parientes en la administracion, sacando entre todos anualmente la suma

de.....\$51,240. Y se publicaron los nombres de los que formaban la parentela y se escandalizaba la gente de que aquel general fuera tan descarado hasta el punto de tener colocados á todos sus parientes. Despues vino eso á ser *peccata minuta*, llegando el ingenio algunas veces de los mandarines hasta buscar la manera de recibir por sí mismos el mayor número de sueldos. En tiempos mas próximos hemos visto que un solo hombre recibia en el mes por sueldos diversos lo que recibia toda la familia del ministro de la guerra reunida en aquel entonces. Realmente no estaban tan desmoralizados ni tan prostituidos los hombres públicos de aquella época.

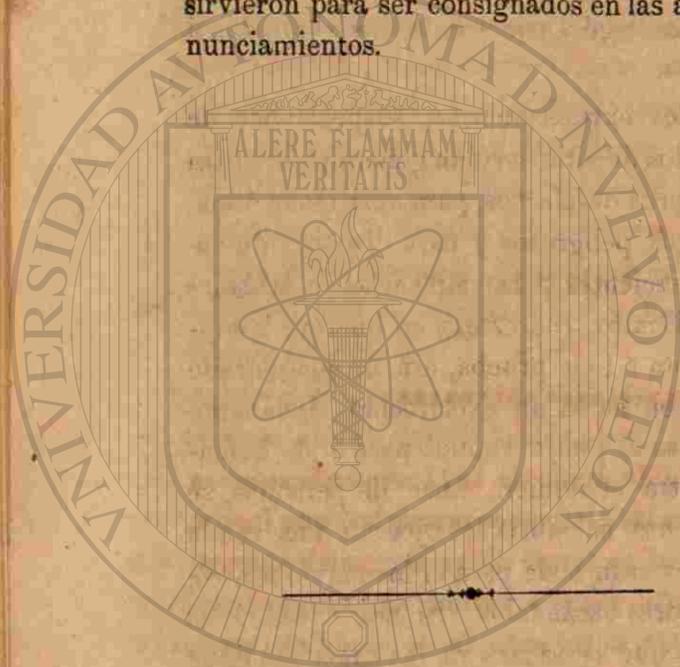
Los pocos diputados independientes que tenia el congreso el año de 1871, descubrieron en la cuenta que anualmente tiene que rendir la Tesorería general de la Nacion, algunas irregularidades por cantidades de cerca de un millon de pesos, cuyo gasto no estaba justificado. Se trasladaron los diputados á la Tesorería, quisieron confrontar las partidas, no se les permitió ver los libros y tuvieron que volverse desairados. Esto produjo tambien el mayor escándalo, diciéndose que el millon se habia gastado en trabajos electorales, en subvenciones á periódicos y en otras cosas que suelen ser verdaderas pequeñeces para los gobiernos.

Las facultades extraordinarias, suspensiones de las garantías y los estados de sitio que entonces eran medios expeditos para gobernar y que hoy por fortuna han caido en desuso, fueron otro cargo mas que la

prensa independiente hizo en aquella época á D. Benito Juarez, lográndose que hubiera una escision entre los diputados y que el grupo de amigos del Sr. Lerdo de Tejada apareciese votando al lado de los pocos porfiristas, lo cual llegó á poner en serios conflictos á D. Benito Juarez.

Esas facultades extraordinarias, suspensiones de garantías y estados de sitio servian generalmente para quitar gobernadores desafectos, para aprisionar ó matar á los enemigos peligrosos y para disponer de sumas de dinero suficientes para emplearlas en trabajos electorales. D. Benito Juarez era un hombre honrado, era un patriota á toda prueba, era un magistrado justiciero, y era en suma un esclarecido ciudadano; pero en llegándose al punto capital para él de defender el poder contra cualquiera clase de personas, se volvía intransigente, se cubria los ojos con una venda espesa y entonces eran nada para él los mayores atropellos y los mayores escándalos. Si era necesario el dinero, mandaba que se sacara de las cajas públicas; si algunos enemigos se le presentaban al paso los mandaba matar; si se necesitaba pasar por encima de la Constitucion la ponía en suspenso; si era necesario chocar con sus mas íntimos amigos, los hacia á un lado; y en suma no se detenía en medios cuando trataba de vencer las dificultades. Para sostenerse en el poder por medio del terror, de que tambien llegó á ser partidario, ordenó las hecatombes de Tamaulipas, de Sinaloa, de Jalisco, de Tampico, de Puebla y de Yucatan. Mas tarde se verificó la horrible matanza de la

Ciudadela, de que me ocuparé en otro lugar. Por ahora no he querido mas que hacer una recopilacion de los principales cargos que le hizo la prensa y que sirvieron para ser consignados en las actas de los pronunciamientos.

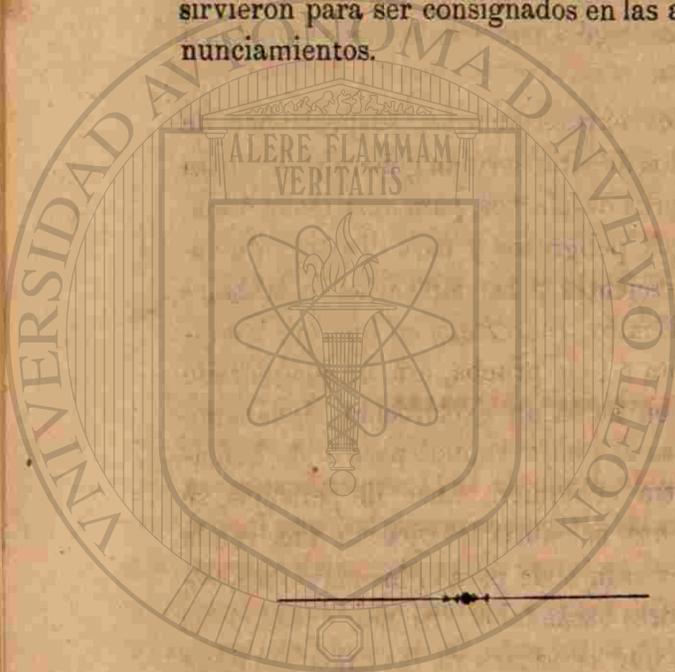


CAPITULO V.

ELECCIONES GENERALES.

El domingo 25 de Junio de 1871 se verificaron en toda la República las elecciones primarias, que fueron precedidas como ya tengo dicho de grandes preparativos: el gobierno llegó á perder algunas votaciones en el Congreso, entre ellas la de la ley electoral, teniendo que protestar contra ella al tiempo de recomendar su observancia; lo mismo perdió en varias votaciones una cuestion que le interesaba mucho, y era la del Ayuntamiento que habia de prevalecer en México para el momento electoral; pero aquel gobierno ya no tenia moralidad ni ni respeto á las intituciones, que desde aquella época todo eso empezó á relajarse hasta llegar á los extremos que hemos conocido, y valiéndose de los elementos del poder, que son incontrastables cuando de ellos se abusa, supo vencer todas las dificultades que se le opusieron, privando á la ley

Ciudadela, de que me ocuparé en otro lugar. Por ahora no he querido mas que hacer una recopilacion de los principales cargos que le hizo la prensa y que sirvieron para ser consignados en las actas de los pronunciamientos.



CAPITULO V.

ELECCIONES GENERALES.

El domingo 25 de Junio de 1871 se verificaron en toda la República las elecciones primarias, que fueron precedidas como ya tengo dicho de grandes preparativos: el gobierno llegó á perder algunas votaciones en el Congreso, entre ellas la de la ley electoral, teniendo que protestar contra ella al tiempo de recomendar su observancia; lo mismo perdió en varias votaciones una cuestion que le interesaba mucho, y era la del Ayuntamiento que habia de prevalecer en México para el momento electoral; pero aquel gobierno ya no tenia moralidad ni ni respeto á las intituciones, que desde aquella época todo eso empezó á relajarse hasta llegar á los extremos que hemos conocido, y valiéndose de los elementos del poder, que son incontrastables cuando de ellos se abusa, supo vencer todas las dificultades que se le opusieron, privando á la ley

de su majestad, a la libertad de sus fueros, á la democracia de sus prácticos y á los ciudadanos de sus garantías.

Ese día 25 de Junio á que me refero, fué un día de San Quintin en toda la República. Los lectores que quieran conocer los pormenores de aquella refriega, no tienen que hacer mas que recurrir á los periódicos de esa época, que por hoy no lo necesitan puesto que viven aún la mayor parte de los testigos presenciales. Recordarán éstos que en el *Mensajero*, en el *Ferrocarril* y en el *Padre Cobos* de la capital y en una multitud de publicaciones independientes de los Estados, se dió cuenta al público con todos los atentados y con todas las protestas que de éstos resultaron en aquel combate electoral.

Por todas partes se redujo á prision á cuantas personas eran consideras de influencia en el partido porfirista, para que no pudieran emplearla en aquel momento oportuno, por todas partes las casillas electorales se vieron custodiadas por la fuerza armada para que no fueran molestados los agentes del poder en su encargo de simular una eleccion; por todas partes, en fin, se vió lo que despues se ha seguido viendo con demasiada frecuencia, esto es que el pueblo, que el verdadero pueblo era privado de su derecho sacratísimo de votar y que era suplantado descaradamente por los empleados, por los militares y por todos los demas que recibian un premio en dinero sacado de las arcas públicas por cometer aquel negro delito de lesa-democracia, de lesa-libertad y hasta de lesa-vergüenza.

En la misma capital de la República el escándalo que se dió fué de gran tamaño, siendo sofocada la voz de los clubs y oprimida la voluntad popular por la fuerza de las bayonetas que salieron á relucir en esta ocasion como en su día de gala.

Recuerdo que en mi manzana fué designado para establecer la casilla en su domicilio el general Tellez Giron: muy temprano se reunieron en mi casa el respetable padre de los Picazos ya difunto, dos de sus hijos que tambien murieron y treinta ciudadanos mas. Con esta gente teniamos seguridad de ganar la mesa. A las nueve de la mañana en punto estábamos en la puerta de la casa designada para establecer la urna electoral. El general Tellez Giron salió por otra puerta y nos dijo:

—Retírense vdes.

—Venimos á instalar la mesa.

—Ya está instalada.

—Cómo!

—Sí, desde ayer la nombró el Gobernador del Distrito.

—Nosotros venimos á instalarla y la instalaremos.

El general se sonrió, nos llamó aparte á los que consideró principales y entreabriendo la hoja de la puerta nos invitó á que miráramos

—¿Qué ven vdes.?

—Una tropa.

—Sí, son varios soldados con su respectivo oficial.

—Nosotros somos ciudadanos....

Entónces el general nos dijo que por ser nosotros

sus amigos, nos enseñaba aquello y nos decía además que tenía instrucciones del mismo Juárez para ganar la mesa á todo trance, aun haciendo uso de la fuerza, aun con facultades de mandar á la cárcel á cualquiera persona que le sirviese de estorbo, aun para hacer fuego sobre nosotros con pretexto de conservar el orden, aun.....

—En consecuencia, agregó, yo les suplico á vdes. que se vayan.

Entonces formulamos una protesta y nos retiramos cediendo ante las razones de la fuerza que de una manera tan alarmante ejercía presión sobre todos los impulsos de nuestra voluntad.

Esto mismo se repitió en las demás casillas electorales por órdenes personales de Juárez en algunas y por órdenes del Gobernador del Distrito en las demás. Mi amigo D. Alfredo Chavero era entonces el gobernador del Distrito.

Y hay que notar que Chavero, que ha sido y es uno de los mejores liberales con que cuenta la República: firme en sus creencias, ilustrado de sentimientos nobles y siempre patrióticos, fué sin embargo entonces á prestarse para ser instrumento de los amagos del poder contra la democracia, llenando de estupor á sus amigos y admiradores.

Però es que casi todos los hombres se echan á perder cuando están arriba. Nada mas comun que oír gritar á este y al de mas allá, cuando no son nada, que la Constitución debe respetarse, que las prácticas republicanas exigen dejar al pueblo en libertad para ins-

tituir su gobierno, que los abusos deben castigarse etc., etc.; pero apenas suben al poder y se olvidan de todas sus doctrinas y de todas sus predicaciones, convirtiéndose ya en tiranos, ya en instrumentos de la tiranía.

Para que he de citar ejemplos nombrando á esa clase de demócratas? Los hemos tenido, los tenemos ahora y los seguiremos teniendo en todas las administraciones, mientras el pueblo mexicano no sea suficientemente ilustrado para comprender sus derechos y conocer á sus hombres.

Los liberales que una vez en el poder se olvidan de serlo, obran con la seguridad de que nadie ha de castigarles y de que antes bien el público tiene que absolverles con la sacramental frase de *Todos son lo mismo*.

En efecto, todos han sido hasta ahora lo mismo, con excepcion de Iguacio Ramirez, Arista y otros poquísimos que no han creído que es absolutamente preciso el divorcio entre el mando y el principio liberal; pero la generalidad de nuestros liberales procede con inconsecuencia y con maldad porque el poder naturalmente inclina á los hombres al abuso y porque saben que han de quedar impunes, una vez que el pueblo por su ignorancia ni se fija en las faltas ni castiga los delitos políticos.

Sea como fuere, todos los liberales mas exaltados de otras épocas quisieron voluntariamente ser instrumentos de D. Benito Juárez ayudándole á perpetuarse en el poder, aunque para esto tuviesen que contrariar los deseos del pueblo mexicano expresados del modo en que le era posible expresarlos; lanzándose á las

urnas, mandando sus protestas á los periódicos y haciendo manifestaciones en honor de los candidatos independientes.

Realmente el pueblo mexicano acostumbrado á los frecuentes cambios del personal de sus gobiernos, se sentía ya fatigado con la presencia del Sr. Juárez, al cual consideró útil para la época de la intervención en la que se necesitaba presentar ante el extranjero la obstinacion y la impasibilidad de la raza azteca como una resistencia terrible; pero en la nueva época de reformas políticas y de regeneracion social, aparecía como una dificultad insuperable para que la nacion pudiera entrar á la vía del progreso.

Y fuera por eso ó por otras muchas causas, habia pasado la popularidad de Juárez á convertirse en enemistad y repugnancia.

Así es que sus partidarios, entre los cuales contaba con muy pocos amigos, á ciencia y paciencia de que violaban todas las leyes, y entre ellas la suprema ley de las Naciones que es la voluntad popular, fué como se lanzaron á oprimir el voto público en la Capital y en los Estados.

En todas partes se vieron escenas mas ó menos escandalosas y en muchos puntos se hizo correr la sangre generosa de los mexicanas. Algunos quisieron resistir al poder y esos fueron muertos ó encarcelados.

No necesito hacer la reseña de todas esas abominaciones, que me entretendrian mucho y me separarian de mi camino circunscrito á referir solo los hechos que yo presencié; pero la época no es remota y en los pe-

riódicos de 1871 pueden encontrarse los nombres de todas las víctimas y de todos los verdugos.

Yo me conformo con citar esa eleccion como el argumento mas terrible contra el espíritu democrático de Juárez que hoy se le atribuye y contra el liberalismo de todos aquellos que le ayudaron en sus miras contribuyendo á dar el mas rudo golpe que se haya dado alguna vez á las instituciones de la República.

De allí data el desprestigio de estas y la poca fé que ha seguido desplegando el pueblo para defenderlas.

Si en esa vez el Sr. Juárez y los juaristas hubieran respetado el sufragio popular, hoy éste seria verdadero y la nacion como nacion libre capaz de gobernarse por si misma, estaria salvada.

Pero tras ese desengaño volvió á creerse que los abusos del poder solo podian destruirse por la violencia de las armas, vino la revolucion con su cortejo de infortunios, volvió á entronizarse la voluntad individual, á veces, y á veces el capricho de las apasionadas camarillas y esto retardó indefinidamente el progreso moral y el sentimiento de gobierno en las masas que volvieron á ser desconfiadas con los hombres de la popularidad y recelosas en cuanto á creencias políticas, conociendo que sus caudillos eran los primeros en quebrantarlas. Aquel golpe asestado en el corazon mismo á las instituciones que se levantaban vigorosas despues de haber sido por tantos años oprimidas, fué, se puede decir, el golpe de gracia. Las instituciones liberales murieron desde entonces y hoy solamente pueden tener fé en ellas los que crean en una resurreccion como

la de Cristo, para que levantándose en su sepulcro de tantos años vengán regeneradas á regenerarnos.

Si fué posible la resurreccion del Redentor del mundo, ¿cómo no lo ha de ser la del principio que en esta nacion se ha tenido tambien como su redentor, como su inspiracion divina, como el fin de la verdadera felicidad pública?

Yo soy de los que abrigan esa fé: yo soy de los que creen que el pueblo mexicano ilustrándose en sus derechos volverá á combatir por sus libertades y á hacer triunfar sus instituciones. Mientras ese pueblo no sepa hacerse respetar, no han de faltar audaces y malvados que asalten el poder, no con la mira de engrandecerse ante la historia, sino con el de disfrutar las pasajeras satisfacciones que dan las riquezas, el fausto y la aduacion de los pequeños.

Esos hombres sin patriotismo que no se preocupan nunca mas que de su bienestar, son los que tienen la culpa de que en la historia de México haya páginas unas tan llenas de sangre como las de la intervencion francesa y otras tan llenas de lodo como aquellas en que figuraron borrachos, ladrones y jugadores, como consejeros de una administracion.

Pero es necesario no anticiparme ni en alusiones personales ni en relatos de épocas que tengo interes en seguir juzgando despues, y prosigo mi relacion tan desnuda como debe serlo la verdad en presencia de los acontecimientos históricos.

Los señores Picazo y yo, con permiso del Sr. general Tellez Giron dueño de la mesa, formulamos una

enérgica protesta que hicimos firmar á todos los presentes y nos retiramos mohinos á ver lo que pasaba en otras partes. Las escenas eran idénticas: nuestros compañeros de Clubs habían marchado ya á la cárcel ó se les habia obligado á retirarse, y se encontraban en sus casas, preparando la protesta del dia siguiente que es el último estéril recurso de los derrotados en esta clase de campañas.

Aquí es fuerza decir que esa manía de protestar es uno de los mas fuertes indicativos que hay para creer que entre nosotros hay verdadero espíritu republicano. ¿Ante quién se protesta? Ante la Nacion, supuesto que ya no hay juez alguno que pueda fallar en nuestra causa. ¿Para qué se protesta? Para que el pueblo vaya formando las hojas del proceso. ¿Con qué fin se protesta? Con el de que en alguna vez, cuando el pueblo esté cansado de sufrir, venga y haga justicia.

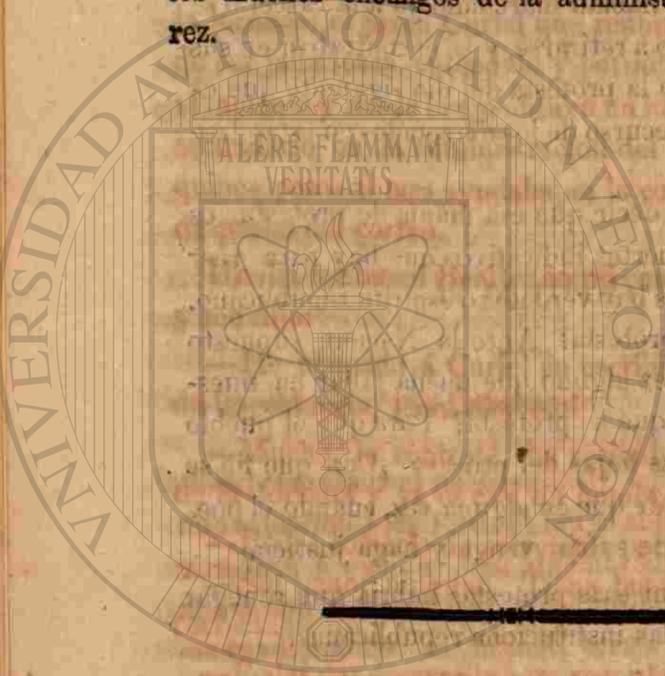
Si no hubiera ni esas protestas habria que renegar por completo de las instituciones republicanas.

En fin, el sufragio popular sufrió en este dia el mas rudo ataque en toda la Nacion, y fué lo que vino en el termómetro público á marcar el último grado del descontento, y á producir en la atmósfera los rugidos de una próxima tempestad.

En todas partes se sentia el deseo de combatir al poder, y de todas partes recibiamos invitaciones en ese sentido, los que nos encontrábamos formando el círculo del porfirismo en la capital.

Lo que se percibió mas alarmante por todos, re-

presentando el anhelo general, fué que el mismo general Diaz se preparaba á tomar parte en la contienda. Esto significaba nada menos que el éxito, para los muchos enemigos de la administracion de Juarez.



DIRECCIÓN GENERAL DE

había llegado por entonces á México después de haber estado en Mérida con un general de apellido Aragón el joven Luis C. Quiel que había sido nombrado como secretario y que había sido herido en la batalla de la Jarama. Quiel que tenía las condiciones de ser jalisciense, entendedor y patriota, nos simpatizó vivamente y desde luego obtuvo un lugar muy importante en la administración del Mensajero por cinco pesos al mes ayudaba en la corrección y en el despacho del correo.

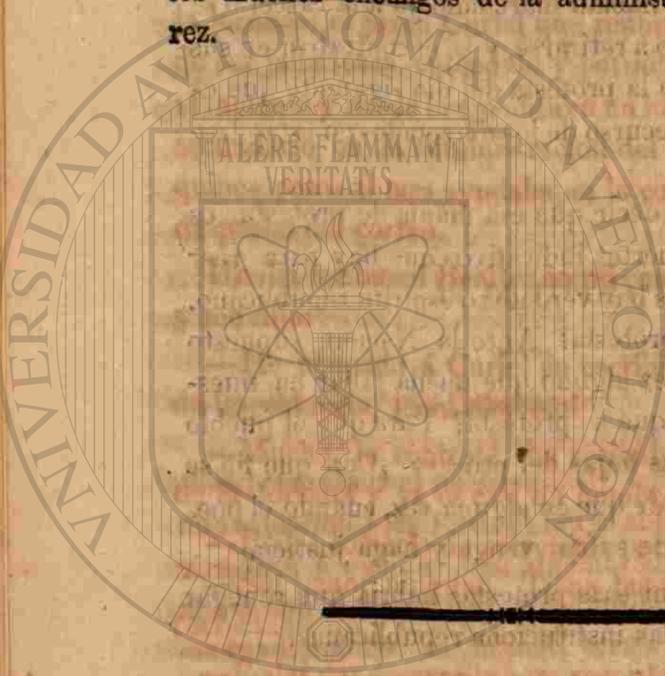
Un día me puse á escribir en un cuarto de redacción y me dije:

CAPÍTULO VI.

—He ocupado á Quiel en escribirme unas cartas de importancia, para que me avisara de lo que me pasara.

—Mucho le contesté, ya recibido fuertes volutas. La redacción del *Mensajero*, en la cual como he dicho estaba refundida la del *Padre Cobos*, periódico que fué siempre exclusivamente mio, se llegó á convertir en el foco de la conspiración. En los altos, que era la habitación de D. Justo Benitez, se reunían los generales, los diputados, los embajadores, los políticos de la alta escuela, y en suma, cuantos se interesaban en el cambio de la situación y formaban el gran partido porfirista. Abajo, que era donde se encontraban realmente la redacción y las oficinas de la imprenta, se reunían los parrafeadores, los portadores de noticias gratis, los *ojalateros*, habiéndome convertido sin mi voluntad en jefe de estos, por tener allí establecidos mis reales y ser el medio de contacto entre el público y el directorio.

presentando el anhelo general, fué que el mismo general Diaz se preparaba á tomar parte en la contienda. Esto significaba nada menos que el éxito, para los muchos enemigos de la administracion de Juarez.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

había llegado por entonces á México después de haber estado en Mérida con un general de apellido Aragón el joven Luis C. Quiel que había sido nombrado como secretario y que había sido herido en la batalla de San Juan. Quiel que tenía las condiciones de ser jalisciense, entendedor y patriota, nos acompañó y desde luego obtuvo un lugar muy importante en la administración del Mensajero por cinco pesos al mes ayudaba en la corrección y en el despacho del correo.

Un día me puse á escribir en un cuarto de redacción y me dije:

CAPÍTULO VI.

—He ocupado á Quiel en escribirme unas cartas de importancia, para que me avisara de lo que pasara.

—Mucho le contesté, ya recibido fuertes volutas. La redacción del *Mensajero*, en la cual como he dicho estaba refundida la del *Padre Cobos*, periódico que fué siempre exclusivamente mio, se llegó á convertir en el foco de la conspiración. En los altos, que era la habitación de D. Justo Benitez, se reunían los generales, los diputados, los embajadores, los políticos de la alta escuela, y en suma, cuantos se interesaban en el cambio de la situación y formaban el gran partido porfirista. Abajo, que era donde se encontraban realmente la redacción y las oficinas de la imprenta, se reunían los parrafeadores, los portadores de noticias gratis, los *ojalateros*, habiéndome convertido sin mi voluntad en jefe de estos, por tener allí establecidos mis reales y ser el medio de contacto entre el público y el directorio.

Habia llegado por entonces á México, despues del fracaso que sufrió en Morelos con un guerrillero de apellido Aragon, el jóven Luis C. Curiel que le acompañaba como su secretario y que habia sido herido en la jornada: el jóven Curiel que reunia las condiciones de ser jalisciense, entendido y patrióta, nos simpatizó vivamente y desde luego obtuvo un lugar aunque muy secundario en la administracion del *Mensajero*: por quince pesos al mes ayudaba en la correccion y en el despacho del correo.

Un dia me buscó Benitez en mi cuarto de redaccion y me dijo:

—He ocupado á Curiel en escribirme unas cartas de importancia, ¿será discreto?

—Mucho, le contesté, ha recibido fuertes golpes de la fortuna y ya es casi un hombre.

—Podré tomarlo de secretario particular?

—Sin temor ninguno. Tiene buena letra, escribe correctamente y discurre bien.

—Podrá dar desarrollo á un acuerdo mio?

—Haga vd. la prueba.

Al dia siguiente ya tuvo el jóven Curiel un asiento en la mesa de Benitez, quien es fuerza confesar que tiene cualidades brillantes cuando se deja guiar por la parte buena y generosa de sus sentimientos. Es decir, Benitez no tiene tiza en su afecto por los amigos, así como es altivo y hasta feroz con las personas á quienes no profesa amistad y que pudieran serle indiferentes. Es el motivo principal porque en su carrera se ha he-

cho de tantos enemigos, impidiéndole su mismo carácter haber ocupado la posicion mas encumbrada.

Ademas, Benitez es muy variable. Al que hoy ve como á las mismas niñas de sus ojos, mañana tal vez por un "quitame allá esas pajas," por un capricho de los mas insignificantes, le vuelve la espalda enagenándose sin discernimiento ni cálculo una voluntad que ya era suya.

Estábamos así marchando cuando se me presentaron un dia en la redaccion los generales Miguel Negrete y Aureliano Rivera. El segundo fué quien abordó la cuestion despues del saludo y frases de costumbre.

—Ha llegado el momento de obrar, me dijo, el país está sobradamente escitado por lo que acaba de pasar, y si perdemos esta oportunidad propicia para derribar á Juarez, dificilmente encontraremos otra en cuatro años.

—Así lo creo tambien, le contesté, y el partido porfirista que es de accion no dejará escapar esta coyuntura.

—Hemos creido conveniente dirigir una interpelacion al general Diaz en nombre de su partido.

—Interpelacion sobre qué?

—Sobre si definitivamente contamos ó no con él para la lucha.

—Hablen vdes. con Benitez.

—Eso cabalmente queremos evitar.

—Sí, agregó el general Negrete, necesitamos saber de la boca del mismo general, si es ó no nuestro gefe en la revolucion.

—Comprendo: quieren vdes. salvar el conducto del jefe del partido que es Justo Benitez.

Me dieron sobre este particular abundantes explicaciones que aquí omito por discrecion.

—Ahora lo que necesitamos saber es si vd. se presta á ir con esa comision cerca del general Diaz.

En el acto pesé todas las ventajas y todos los inconvenientes de esta proposicion. Iba á conocer al caudillo á quien veneraba hacia tantos años, iba á conocer sus disposiciones y sus planes, iba á arrancarle una determinacion categorica, iba tal vez á resolver un punto que no estaba resuelto, á hacerlo comprometerse en una empresa en que personalmente no estaba comprometido, en una palabra, iba á hacerle saltar las trancas, como se dice vulgarmente. En cambio iba tal vez á causar un disgusto á Benitez que hasta entonces habia sido el intermediario entre el general y su partido, iba á faltar en las dos publicaciones á que daba vida al mismo tiempo, iba á abandonar el teatro de la capital en donde se estaban volviendo tambien indispensables mis servicios, porque yo era la piedra de toque de los hombres de accion y de los militares que llegaban buscando un centro desde los mas lejanos Estados.

—Es difícil que yo pueda separarme de México, les dije impresionado por estas últimas consideraciones.

—Qué hacemos entónces?

—Mandar á otra persona.

—Es que á ninguno de nuestros amigos le tenemos mayor confianza. Se trata de salir de esta situacion indecisa que tenemos y de que vaya á Oaxaca una

persona á quien el general Diaz no pueda responderle con evasivas.

—Con cualquiera que vaya se ha de expresar lo mismo. Si se le pide una contestacion categorica tendrá que darla á Pedro ó Juan.

—¡Ah! pero no es eso solo....

—¿Pues qué más?

—Queremos que vd. vaya á verlo porque esto lo estimará como un paso serio: si vacila, vd. le convencerá de lo necesario que es que se ponga al frente de la revolucion y él no se negará á esta justa exigencia de sus partidarios.

Fueron tantas las razones que me expusieron para convencerme de que era indispensable que yo mismo fuera, que al fin les dije:

—Está bien, hoy es sábado, partiré pasado mañana.

Se tuvo la pretension de que saliera sin avisárselo á Benitez; no pude consentir en ello, y lo primero que hice fué darle conocimiento de mi viaje.

Benitez se llenó de sorpresa al enterarse de aquello y me manifestó con encarecimiento que no fuera á Oaxaca.

Cuando observó que sus instancias me llenaron de sorpresa, se apresuró á decirme:

—Yo no tengo miedo á que conozca vd. de cerca á mi hombre: estoy seguro de que no sufrirá vd. un desengaño al tratarlo y conocer sus sentimientos: estoy seguro, muy seguro de que ambos van á simpatizar vivamente. Me opongo á que vd. haga ese viaje por inútil. Porfirio no contestará nada, no se compromete

rá á nada sin consultarme, tiene depositada su confianza en mi y no da paso alguno si yo no se lo aconsejo.

Al día siguiente que era domingo habia ópera en el Teatro Nacional y allí me volvió á encontrar Benitez.

—Cuando parte vd.? me preguntó.

—Mañana.

—Tan pronto?

—Si, ya dejo perfectamente arreglada la publicacion del *Padre Cobos* y el *Mensajero*, de manera que mi ausencia no llegue á notarse en el público ni tampoco en la redaccion.

Entonces me hizo el encargo de que pidiera al gobernador Diaz, hermano del general, las credenciales de los diputados nombrados por Oaxaca para que no fueran expuestas al correo. Aun eso nos podria servir de pretesto durante mi viaje en caso de ser aprehendido por los juaristas.

En esa noche conseguí un compañero que se comprometió á ir conmigo y que lo cumplió: el malogrado Juan Muñoz Silva. Ese excelente patriota é inmejorable amigo fué quien con una resolucion tan repentina hizo de un viaje que hubiera sido para mi pesado y fastidioso, la mas agradable de las excursiones. Era alegre, era oportuno, era espiritual antes de verse dominado por la fatal enfermedad que le llevó al sepulcro, y todo eso contribuyó á hacerme un buen camino por en medio de las magnificas decoraciones, de las profundas barrancas, de los encantadores paisajes, de los negros abismos, de las elevadas montañas, de los risueños prados, por entre los cuales se pasa para

ir desde Tehuacan á Oaxaca, camino que se hace ó que hicimos nosotros que viajábamos sin darnos á conocer, en malos caballos de alquiler.

Por mas que nos cambiábamos nuestras averiadas cabalgaduras ora entre nosotros, ora con el guia encargado de recibir el importe, siempre encontrábamos que aquello en que nos sentábamos á guisa de sillas de montar era muy duro y al haber recorrido las primeras veinte leguas ya nos habian hecho pedazos las asenteras en diez pulgadas á la redonda.

Era en Julio de 1871, y despues de verificadas las elecciones secundarias que no fueron mas que otro escándalo muy parecido al de las elecciones primarias, cuando nosotros nos pusimos en camino para Oaxaca llevando en nuestra memoria bien impreso todo el capitulo de cargos contra D. Benito Juarez conque era necesario persuadir al general Diaz para que tomara el papel de vengador, o mejor dicho para que empuñara con brazo firme la espada de la justicia que asiste á los pueblos para defender su libertad.

En las elecciones secundarias no se habia ejercido mayor violencia porque ya no habia sobre quien ejercerla, una vez reducidos los discolos al silencio y á la impotencia; pero si hubo mayor descaro, toda la desvergüenza que despues ha seguido siendo en algunas veces el regulador de los actos electorales.

En la coleccion del *Padre Cobos*, entre otros documentos curiosos de la época, encuentro el siguiente que es una muestra insignificante de los desacatos que se cometieron con la ley, siendo tantos y tan multipli-

cados los abusos que á la misma historia, cuando le toque, va á costarle mucho trabajo consignarlos. Tanto mas, cuanto que los pequeños detalles, que son los que caracterizan á los hombres y á las épocas, pasan generalmente desapercibidos de los historiadores.

Hé aquí el documento:

"Inspeccion del cuartel núm. 21.—De orden del C. Sanchez Posadas tendrá vd. la bondad de estar esta noche en union del C. á las siete en punto de esta noche, en el Hospicio de Pobres, para tratar del nombramiento de la mesa, suplicándole no se desvirtúen, y solo se atengan á los candidatos que para diputados postula el C. Benito Juarez, por convenir así al bien nacional. Trasmíto á vd. lista de los postulados para formar la mesa:

Presidente, Juan Garcia Brito, primer escrutador Pascual Carballeda, segundo escrutador Javier Santa María, secretario Fernando Poucel.—Comision revisora: Juan Ferriz, Pedro Mendoza, Ambrosio Larra-goitia. Sirvase vd: aceptar las consideraciones de mi particular aprecio. México, Julio 6 de 1871.—Leon Diaz."

Esto, que despues ha llegado á verse como un juguete, en aquel tiempo en que creiamos que el país era verdaderamente liberal y republicano, nos parecia monstruoso.

Cada intriga, cada desliz, cada abuso, cada consecuencia y cada infraccion constitucional que cometian los hombres del poder, nos parecia un crimen digno de ser penado con la muerte. ¡Pues que! ¿habiamos comba-

tido tres años á la reaccion sacrificando la sangre generosa de tantos mártires entre los cuales estaban los nombres de Ocampo, Degollado, Valle, Covarrubias, y tantos otros, para conquistar semejante gerigonza democrática? ¿Acaso habiamos estado desangrando á la nacion, gastando sus riquezas, amenguando su prestigio, solo para venir á ganar unas instituciones que cualquiera podia hacer añicos y pisotearlas y destruirlas? ¡Pues que! Habiamos perdido inútilmente la sangre de Salazar, de Arteaga, de Herrera y Cairo, de Ornelas y de tantos patriotas como murieron en la guerra de intervencion, para tener un mito en lugar de una República?

Nosotros íbamos á Oaxaca con el corazon henchido de esperanzas y llenos de júbilo hicimos el pesado camino en unos seis ó siete dias.

Eran las cuatro de la tarde del dia 17 de Julio cuando penetramos por las calles de Oaxaca en nuestras cabalgaduras, yendo á pedir posada á un hotel tan mediano que mas trazas tenia de ser un meson.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRAL DE BIBLIOTECAS

antes habia tenido por D. Benito Juarez! ¡Iba á ver de cerca á aquel genio en la guerra, á aquel Cincinato en la política, que habia preferido labrar la tierra, á todas las distinciones de su alta posición militar! ¡Iba por último á estrechar aquella mano honrada en la administración de los fondos que habian servido para la guerra, la que habia dado cuenta al gobierno con un sobrante de trescientos mil pesos, único ejemplo en nuestra historia patria, y puede que el único tambien en todos los países del mundo que han tenido sacudidas semejantes á las nuestras!

En fin, mi sueño dorado, una de mis mas apetecidas ambiciones iba á lograrse. Antes de cinco minutos iba á verme frente á frente de aquel hombre que representaba para mí el ideal del patriotismo y de todas las virtudes republicanas.

Llegamos á la puerta, entramos al corredor de la casa, fuimos anunciados, no causó sorpresa nuestra visita, porque ya se habia dado aviso de ella por el correo seguramente: el general nos recibió bondadosamente, casi con la llaneza de antiguos amigos, invitándonos á tomar posesion desde luego de su casa, como si fuera la nuestra, y despues de una conversacion amena, sobre diferentes materias, demostrando ser en todas ellas muy entendido, afrontó la cuestion política diciéndonos:

—Sé que vienen vdes. comisionados por todos mis amigos de accion que viven en México, y que están ansiosos de entrar en combate.

—Es verdad, le contesté; nuestras credenciales so-

CAPITULO VII

SATISFACTORIO.

No bien tomamos un refrigerio y nos sacudimos un poco el polvo, cuando salimos á la calle conducidos por un cicerone que nos encaminó á la casa de nuestro querido caudillo.

Confieso que el corazon me palpitaba con tal fuerza como el dia en que hice la primera declaracion de amor á mi novia, ó como tambien aquel otro muy solemne, en que comparecí á hacer mi exámen de abogado, delante de los respetables viejos que formaban el tribunal de justicia de Guadalajara. ¡Iba á conocer al hombre que habia sustituido en mi corazon todo el culto que

mos nosotros mismos, que venimos ampliamente facultados para decir á vd. cuál es la situación y preguntarle si está dispuesto á servirnos de jefe en la revolución que va á iniciarse.

Brusco fué el ataque, pero el general no se deconcertó, y para darnos una respuesta mas satisfactoria, mandó llamar á Mena que se encontraba en su despacho, y le dijo:

—Leámos vd. el plan político que hemos redactado.

—General, contestó el gigantesco Pancho Mena, he dividido en tres la copia que sacamos en limpio y ya he mandado las dos primeras á Benitez, aquí tengo la tercera tira que voy á mandar en el próximo correo, pero de aquí no podemos sacar nada ni nosotros mismos que conocemos la historia, porque no son mas que palabras sueltas.

—Es el medio de que nos hemos valido, dijo el general dirigiéndose á nosotros, para que si llega á caer una de las tiras en poder de los agentes del gobierno no puedan enterarse de nuestros planes.

—Veremos aunque sea el borrador del plan insistí yo, mirando fijamente á Mena.

Este se turbó un poco y contestó:

—Rompí todos los borradores.

—¿Y si llegara á perderse una de las tiras?

—Entonces haríamos un nuevo plan, contestó el general; es tan sencillo, que no necesita más trabajo que reducirse á términos el pensamiento. Udes. pueden hacerlo. Mi plan es no dar plan revolucionario ninguno, sino solo generalidades que no abarquen ningun

compromiso para el porvenir. En el plan que hemos mandado á Benitez explicamos sencillamente las causas y razones generales que tenemos para derribar el gobierno de Juarez, dejando al país en libertad para que nombre nuevas autoridades. Del mismo modo será conveniente que recomienden vds. á todos los jefes, que no den programas, sino sencillas manifestaciones al país y á sus subordinados, explicándoles los motivos de la guerra.

Mena, que seguramente estaba obrando de acuerdo con Benitez en todo lo que se relacionaba con los planes políticos del general Diaz, creyó quizás que no comprometia la lealtad que debia á aquel dándonos á conocer algo y nos trajo un fragmento del plan que habia escrito.

Tanto yo como Muñoz Silva aplaudimos aquella sencillez.

—Ahora lo que les recomiendo, agregó el general, es que vds. poniéndose de acuerdo con Zamacona y Ramirez me pongan eso en buen castellano, cuidando de no desvirtuar el pensamiento. Pueden quitar ó añadir palabras con tal que el fondo sea siempre el mismo.

Nos despedimos muy satisfechos de nuestra entrevista y prometiendo volver á dar el último adiós á nuestro caudillo, nos dedicamos á visitar la población que nos pareció bastante hermosa.

Al dia siguiente, domingo, fuimos á una loma inmediata, en donde era el paseo, y desde allí pudimos

admirar la perspectiva que presenta el valle de Oaxaca, que es sin disputa uno de los más hermosos y de los más pintorescos. El paisaje nos pareció más variado y más vivo que todos los mejores paisajes que han salido de las paletas de los más reputados artistas, porque ese paisaje tan bello fué formado por el mismo Dios.

Los plantíos que se divisan desde allí, en los meses de las lluvias en que está todo verde y risueño, tan bien regados, de tan esmerado cultivo y de tan exuberantes proporciones, hace fijarse la atención en los beneficios que puede proporcionar en toda esa zona la agricultura. En efecto, de uno á otro extremo se ven aquí y allí grandes extensiones de terreno divididas en diversas y ricas plantaciones, notándose el cuidado del verdadero é inteligente labrador.

El gobernador, un hermano de general, á quien llamaban el Chato Diaz, nos entregó el día siguiente algunas credenciales de diputados de los que habian resultado electos viviendo en México, como Roberto Esteva, Felipe Buenrostro, Jesús Alfaro, Manuel de Zamacona, etc. Esto debería servirme para el caso de que se me aprehendiera, pues que á los agentes juaristas y al mismo Juárez en caso ofrecido podia decirles: "Yo mismo quise traer las credenciales de mis amigos, por temor de que vds. las extrajeran de las oficinas del correo." El gobernador Diaz nos aseguró, además, que iríamos escoltados hasta los límites del Estado de Oaxaca.

Lo que nos causó mas satisfaccion fué ver las tro-

pas y los elementos materiales de guerra de que se disponía. En la plaza vimos maniobrar á dos cuerpos de infantería de unas 4,000 plazas, y en la maestranza vimos algunos centenares de granadas y de botes de metralla para la artillería. Calculamos á la simple vista que el general Diaz podia sacar de allí tres mil infantes, quinientos caballos y doce piezas de artillería perfectamente dotadas de municiones.

En nuestra entrevista de despedida estubo mas cariñoso y mas explícito: nos aseguró que se pondria al frente de la revolucion, lo cual podiamos asegurar á todos nuestros amigos y nos dió la comision de organizar los elementos de la frontera, entregándonos algunas cartas para los jefes Treviño, Naranjo y Pedro Martínez. Verdaderamente Juan Muñoz Silva se encargó de ver de parte del general Diaz á los primeros y yo de mover al último cuando me pareciera conveniente, puesto que ya de antemano estábamos en combinacion.

Las facultades que nos dió el general para trabajar por nuestra causa en la frontera, fueron sin limitacion de ninguna clase. En su nombre debiamos impulsar á todos los liberales que quisieran seguir nuestra causa que era la causa de las reparaciones y la libertad, ofreciéndoles todo lo que fuera decoroso y justo ofrecerles. A nuestra discrecion y á nuestra destreza quedaba encargado un levantamiento general en la frontera del Norte.

Estos encargos se dan á cualquier partidario que quiere lanzarse á los peligros en épocas de revolucion,

pero nosotros que éramos bisoños las aceptamos como la honra mas distinguida. Lo ménos que podia sucedernos era que los agentes del gobierno nos encontraran las cartas de que éramos portadores y se nos encerrara en una prision por meses y acaso por años, si no se consideraba mas conveniente suprimirnos por medio de la *ley fuga* ó de una condenacion á muerte entre platillo y platillo, como se daban entónces las sentencias por los ministros escribiéndolas sobre las mismas mesas de los banquetes; pero á nosotros se nos daba un bledo todo esto y nos pavoneábamos creyéndonos unos héroes de novela al arrostrar todos aquellos peligros.

El general Diaz nos prestó sus caballos y nos dió de guía á uno de sus mozos de confianza que habia de acompañarnos hasta la frontera del Estado.

Cuando salimos de su casa le dije á Juan Muñoz Silva, que ya habia sido su compañero y amigo cuando fueron ambos diputados en el Congreso.

—Me agrada mucho nuestro caudillo.

—No te lo habia dicho? Es simpático y fascinador

—Me ha parecido que tiene gran inteligencia, ojo perspicaz para conocer á los hombres, rapidez de concepcion para abarcar cualquier negocio, llaneza en sus modales que me parece natural y no afectada, resolucion para obrar una vez colocado en cualquier camino, audacia para las empresas, astucia para dirigirlas, y sobre todo, una saludable ambicion por el mando supremo.

—Me parece que no te equivocas en tus juicios.

—Si se contara únicamente con su arrojo y con su habilidad, desde luego el triunfo estaria garantizado; pero me temo que profese demasiado cariño al poder, y los hombres ambiciosos suelen cegarse una vez lanzados al terreno de las combinaciones. Se encelan de los demás hombres que valen y pierden los estribos.

—Tu mismo verás como el general Diaz es muy sereno.

—Si; en la guerra, pero en la política. . . .

—Ya tendremos oportunidad de juzgarlo.

Estas y otras conversaciones nos entretuvieron en nuestra corta permanencia en Oaxaca. Nos despedimos de los amigos que nos habiamos hecho ya muy rápidamente, porque los oaxaqueños son comunicativos, francos, hospitalarios y hasta estremosos con los porfiristas á quienes ven como hermanos, pues Porfirio es allí el padre de todos: le dimos tambien nuestro adios á Pancho Mena, á quien algun tiempo despues le decíamos Menota en nuestros periódicos satíricos, y salimos de la ciudad, no sin experimentar un profundo sentimiento de tristeza. Nos figurábamos que no habiamos de volver nunca á estrechar la mano de aquellos amigos, ni á contemplar los rostros hechiceros que habiamos visto en los balcones y ventanas, de las hermosas oaxaqueñas, ni á respirar aquellas brisas frescas y embalsamadas, ni á solazarnos con los poéticos y dulces panoramas que se divisaban por todas partes. Así fué en efecto, Juan murió todavía jóven y yo no he vuelto y sabe Dios si ya no volveré.

Se habian despedido cerca del río las últimas perso-

nas que se sirvieron acompañarnos y nosotros seguimos con intrepidez nuestro camino adelante. Llegamos a la rivera, el guía entró al agua montado y nosotros le seguimos, con toda la confianza que da la ignorancia del peligro.

Aquel que habíamos visto cuatro días antes como un riachuelo insignificante, que pudimos vedear sin tener que alzar mucho las piernas para no mojarlos, era ahora no solo un río caudaloso sino formidable qua teníamos que cruzar á nado.

El ímpetu de la corriente volteó primero á mi compañero Juan Muñoz Silva con todo y caballo, y fué tal el susto que llevó, que abandonó la cabalgadura á su suerte y se volvió á la orilla de la cual estábamos todavía muy próximos, sin que valieran las instancias ni los ruegos para volver á emprender la marcha.

Como solo tenía fé en el caballo que yo montaba que era conocedor de los vados del río y práctico en aquellos peligros, se lo cedi por tal de que no retardáramos más nuestro viaje, del cual consideraba yo que estaba pendiente la felicidad de la República.

Nuestro segundo impulso fué coronado del mejor éxito: llegamos á la otra orilla aunque empapados de la cabeza á los piés, y lo que era mas negro aún, chorreando agua nuestras maletas en que iban nuestras sábanas y demás ropa de refuerzo.

Llegamos á poco á la posada, hicimos que fueran esprimidas y puestas á secar al fuego todas nuestras prendas y nosotros nos metimos en las malas camas provisionales que pudimos proporcionarnos, cenando

allí escaramados con el mayor placer y el más grande apetito.

Esa clase de aventuras eran las que formaban en aquel entónces nuestro principal elemento.

En Puebla nos dijeron que ya el gobierno tenia conocimiento de nuestro viaje político y que la policía estaba preparada para ajustarnos las cuentas. Nos disfrazamos de charros pobres y entramos á México por el ferrocarril en wagoes de tercera clase. Apenas osábamos hablarnos temiendo ser reconocidos... Algun agente se acercó á nosotros y me levantó el sombrero que traia sumido hasta las cejas... —¿Qué hay, *vale?* le dije, y siguió inspeccionando á los demas pasajeros.

Media hora despues estábamos muy tranquilos en nuestras casas.

Las poderosas causas producen los grandes efectos. Dice un axioma que en esa vez se cumplió. Nuestro viaje á Oaxaca, no solo fué resuelto para el gobierno ni muchos el resultado que por medio de él se obtuvo, que fué el reconocimiento claro y seguro del error que se cometió en la elección, y como consecuencia de esto, el gobierno se resolvió á convocar á una nueva asamblea preparándose á la futura.

No podian ver el resultado y sus ministros muy perseguidamente todo el registro de los votos que les habíamos roto para volver á votar, pero como que algo grave iba á pasarles sobre esto cuando lo vieron corriendo de que yo el héroe de Oaxaca. Es-

condido, el infatigable opositor en el *Padre Cobos* y el *Mensajero*, el más furibundo de los descontentos, el amigo de los hombres de acción y de los escritores públicos, el partidario de más influencia en el porfirismo fuera de Benítez, que era el jefe supremo, aun sobre el mismo caudillo que le prestaba siempre mucha atención; cuando se fijaron en esto, repito, llegaron á persuadirse, de que la cosa iba seria y tomaron sus medidas.

La primera y principal fué, gastar todo el dinero que quedaba de lo destinado á fondos secretos, en pagar agentes de policía de todas gerarquías y condiciones. Los había generales, los había diputados, los había profesores en todas carreras, los había propietarios, los había artesanos y los había infelices. Hasta algunas mujeres, de esas que tienen el ojo vivo y la palabra fácil é insinuante, vinieron en esa época á seguir nuestros pasos, rodeándonos de un molesto y tenaz espionaje.

Recuerdo que estaba en México una señora paisana mía, cuyo nombre callo, porque no sé si vive y tiene hijos y parientes que pudieran considerarse ofendidos; que aunque nos conocíamos de vista, jamás nos habíamos dirigido un saludo ni en México ni en Guadalajara.

Un día, cuando me encontraba quizás más desprevenido, despues de haber pasado los primeros momentos de mi regreso de Oaxaca, sin llegar á sufrir ni prisión, ni alguna otra molestia, y cuando en union de otros compañeros, iba á lanzarme de nuevo á la conspiración desenfrenada, fué presentándose la dama en mi

CAPITULO VIII.

EL PLAN.

Las pequeñas causas producen los grandes efectos, dice un axioma que en esa vez ví confirmado.

Nuestro viaje á Oaxaca no pudo quedar reservado para el gobierno ni menos el resultado que por medio de él obtuvimos, que fué el compromiso claro y solemne del general Díaz con la revolución, y como era muy natural, el gobierno se movió todo cuanto le fué posible preparándose á la defensa.

No podían ver el Presidente y sus ministros muy perceptiblemente todo el reguero de pólvora con que les habíamos rodeado para volarlos; pero si presentían que algo grave iba á pasarles, sobre todo cuando lograron cerciorarse de que yo, el héroe de Charco Es-

casa. Era de noche, había visitas y la señora aquella, que no quería dar nada en qué sospechar, hizo que la introdujeran también á la sala, manifestando á la persona que la introdujo, que tenía grandes relaciones conmigo.

Y yo fui, sin embargo, el primero en sorprenderme de su presencia.

Sin experimentar la menor turbación, supuesto que ya iba muy bien preparada, me dijo tendiéndome la mano:

—Querido paisano, ¿cómo está? presénteme, vda. á su familia.

Hice la presentación.

—Ahora á sus relaciones.

La presenté con dos generales, un escritor, un médico, un abogado y tres señoras que formaban nuestra tertulia.

En seguida habló á todos con la llaneza y la confianza de una antigua conocida, aunque fué la primera en despedirse, bajo pretexto de un coche que no era suyo sino de una amiga que la estaba esperando.

Al día siguiente se encontraban todos aquellos nombres en las listas de la policía recomendados á la vigilancia de la misma como sospechosos.

La señora espiona dijo que su empeño para relacionarse con nosotros, era el de tomar parte en nuestros trabajos en contra de Juárez, al cual aborrecía por las inconsecuencias infinitas que había hecho con su familia.

Nosotros, todos, la creíamos de buena fé y si bien

no la ocupábamos en nada por un resto instintivo de desconfianza, en cambio nó nos ocultábamos de ella para nada, ni interrumpíamos nuestras conversaciones cuando llegaba, en las que llegó de seguro á sorprender cosas que interesaban mucho al gobierno. Y como por nuestra parte ignorábamos que se estaban destinando gruesas sumas dedidadas á propagar el espionaje y estábamos muy lejos de figurarnos que sirviera de espía una dama que en las apariencias no tenía necesidad alguna de hacer villanías á cambio de un poco de dinero, á cada momento nos poníamos sin saberlo en el peligro de ser atrapados infraganti delito, que era lo que se procuraba.

El gobierno sabía ya, sin caberle la menor duda, que estaba elaborándose una vasta conspiración; pero no podía, gracias á nuestras precauciones, ni apoderarse de los principales hilos, ni conocer á punto fijo los nombres de las personas que formábamos el directorio.

En resumen, la señora aquella, lo mismo que todos los espías del gobierno, no pudieron comunicar á éste más, que lo que se sabía por conducto de nuestros periódicos: que componíamos la falange de los descontentos, que éramos muchos y que estábamos disponiéndonos para ir hasta la revolución.

Esto lo decía Mirafuentes en su periódico *La Oposición*, que era el más bravo de todos, y lo repetíamos los demás opositores en todos los tonos: ¡Libertad completa ó revolución! era nuestro grito diario de combate en el estadio de la prensa.

El gobierno, estaba pues, muy alarmado con motivo de mi viaje á Oaxaca, que vino á dar no sólo moral sino insolencia á nuestras filas, y aquel tomó sus medidas, no sólo para defenderse, sino para aplastar á la hidra revolucionaria por donde quiera que asomara la cabeza.

Y nosotros, ¿qué era lo que hacíamos entretanto?

Al día siguiente de llegados, nos dirigimos á las ocho de la mañana á ver á D. Justo Benitez: éste se encontraba advertido de nuestra visita por Mena, que ya le habia dicho por el correo el día que llegábamos. Nos acogió con alguna reserva.

Le hablamos de las bellas perspectivas de Oaxaca y sus alrededores; de las sorpresas de que á cada paso éramos presa en el camino, ya por las inmensas montañas, ya por los pintorescos rios, como el llamado de las Vueltas, que siempre se está pasando, y lo demás que llamó justamente nuestra atención en el camino; le encomiamos como era debido el buen carácter de los oaxaqueños; le relatamos uno á uno los accidentes del viaje y llegamos por fin al objeto que lo habia motivado....

—¿Qué le pareció á vd. Porfirio? me preguntó Benitez, sin poder ya contener su impaciencia.

—Me ha encantado, le contesté: tiene á mi parecer la talla que yo le buscaba para que pudiera ser el jefe de nuestro partido.

—Bien le dije á vd. que yo no temia que conociera á nuestro jefe.

—No fué la curiosidad la que me llevó á Oaxaca, sino el deber.

—No pregunto á vd. lo que arreglaron, porque ya recibí cartas.

—Sí, dijo Juan Muñoz, Mena nos advirtió que encontraríamos aquí el plan, porque ya lo habia mandado en tiras en tres correos.

—¿Puede vd. enseñarnos ese plan? me apresuré á decirle yo.

—Se ha extraviado una tira, contestó Benitez, y aunque han llegado dos y pueden dar alguna luz, eso seria muy trabajoso y he preferido hacer un plan nuevo.

Muñoz Silva y yo nos mirámos.

—Un plan nuevo! murmuré entre dientes.

—El general dijo que no queria que le variaran el pensamiento que habia vaciado en el suyo, dijo Juan pudiendo apenas alcanzar aliento por la emoción.

Yo fuí en su auxilio agregando:

—Positivamente: el general nos encargó con mucha especialidad, que Zamacona y Ramirez, pasaran por el tamiz de una correccion escrupulosa su escrito, sin variar el pensamiento.

—No importa nada de eso: yo se cuál es el pensamiento de Porfirio; tiene ya á estas horas una copia de mi plan, que es el mismo suyo, con algunas enmiendas y cuento de antemano con su aprobacion.

—Segun nos dijo, no queria contraer compromisos con la Nacion, que le fuera despues imposible cum-

plir, ni lastimar al partido lerdistista que es tambien de oposicion: lo que únicamente quería que constara en el plan era los motivos que hay para desconocer el gobierno de Juarez y defender clara y netamente la Constitución de 57.

—Voy á leer á vds. mi plan, y van á ver si no les gusta.

—¡Ah! ¿lo tiene vd. aquí?

—Sin duda: y estaba esperando á vds. para dárselos: ¿no son vds. los que lo han de llevar á la frontera?

—Sí.

—Pues aquí está.

Y en seguida nos leyó, lo que ya un poco más modificado, vino despues á ser el plan de la Noria.

Como el mismo Benitez lo leyó muy de prisa y no tiene pronunciacion muy clara, no pude coger mucho grano en la primera lectura y sí noté que contenía mucha paja y entre esta algunas citas en inglés, en latín y en otros idiomas.

—Esto no va á pegar en este país, le dije yo, sin saber cómo habia de combatir aquel aborto; esto es una novedad, á que nó estamos acostumbrados los mexicanos. Seria mejor seguir la opinion del general Díaz: cuatro ó cinco verdades bien dichas y en seguida el golpe rudo de abajo el dictador! ¡abajo D. Benitez Juarez! Esto es lo que entienden todos y esto hay costumbre de hacer en nuestras revueltas.

—Este plan está tomado casi textualmente del que redactó la Convencion americana de

—Entonces no va conforme con las ideas del general Díaz.

—Porfirio hará lo que yo le diga que haga.

—No es fácil que en la frontera ni en alguna otra parte quieran proclamar ese plan.

—En ese caso Porfirio no se pondrá á la cabeza de la revolucion.

—Si se pondrá, porque ya se comprometió con nosotros.

—Hará solo lo que yo le diga.

—Hará lo que le dicte su deber.

—Pues yo respondo á vds. desde este momento de que Porfirio no se moverá para nada.

A la vez iba á hacer pedazos el manuscrito.

Lo detuvimos con un ademán, le suplicamos que se calmara y prometimos leer por segunda vez el plan y darle nuestra aprobacion siempre que se le suprimieran las partes en latín, en inglés y en otros idiomas.

Accedió á hacerle algunas reformas de acuerdo con Zamacona y Ramirez, y nosotros ofrecimos verlo despues para llevarlo y hacerlo secundar en la frontera en caso de que nos agradara.

Como era natural que sucediera, ni Benitez quedó satisfecho de nuestro viaje á Oaxaca, ni nosotros del resultado que íbamos á obtener despues de tantos trabajos. Sabiamos que el plan que se invoca en una revolucion no es lo principal, puesto que siempre hay tiempo de reformarlo como el de Acapulco; de que el

éxito hace bueno cualquiera y de que lo importante es contar con la opinion; pero el plan que nos leyó Benitez nos pareció tan complicado, tan confuso, tan extravagante, tan defectuoso, que no pudimos ménos de sentirnos asaltados por algun desaliento.

Nuestro verdadero embarazo fué cuando los amigos generales nos dieron cita para que les rindiéramos cuenta de nuestra mision llevada á Oaxaca.

—¿En dónde está el plan? me preguntó uno de ellos.

—¡El plan!... murmuré pidiendo auxilio con una mirada suplicante á Muñoz Silva.

—Se extravió en el correo, exclamó este, pero Benitez tiene unas tiras y está procurando descifrar el todo supliendo las palabras que faltan.

—Porque nosotros no queremos ningun plan de Benitez sino que venga directamente del general Diaz.

—Por supuesto que el plan lo firmará el general antes que ningun otro.

—Nosotros preferimos no meternos en nada si el general Diaz no manda el plan ni se pone á la cabeza del movimiento.

—De ninguna manera obedeceremos nosotros á Benitez.

—Ni tendremos fé alguna en el plan que él redacta. Y nosotros éramos los que nos encontrábamos en el aprieto mas espantoso.

Por un lado teníamos la amenaza de Benitez de que el general Diaz no se pondria á la cabeza del movimiento si no se aceptaba aquel plan que nos habia parecido á primera vista descabellado, y por el otro te-

niamos las amenazas de los generales que eran unos diez ó doce, y entre ellos algunos de prestigio, los cuales opinaban que no se mezclarian en nada si no recibian el plan directamente del general Porfirio Diaz como garantía de que él iba á ponerse al frente de la revolucion.

Nosotros nos sentiamos con el deber de conjurar aquella tormenta y pudimos conjurarla en parte.

Cuando volvimos á ver á Benitez nos leyó su plan reducido ya á una tercera parte.

—Está muy bueno, le dijimos, este está muy bueno.

Y nos llevamos una copia para nuestros generales.

—Qué te parece el plan? me preguntó Muñoz Silva cuando estuvimos en la calle.

—Magnífico! le dije, así debe parecernos hasta delante de nosotros mismos, si no queremos exponer el éxito de esta gran empresa que bastante mal está comenzando.

—Yo por mi parte no se lo hago proclamar á Treviño.

—Ni yo á Martinez.

—Pues vámoslo rompiendo y les decimos que no hay mas plan que derribar á D. Benito Juarez.

—Convenido.

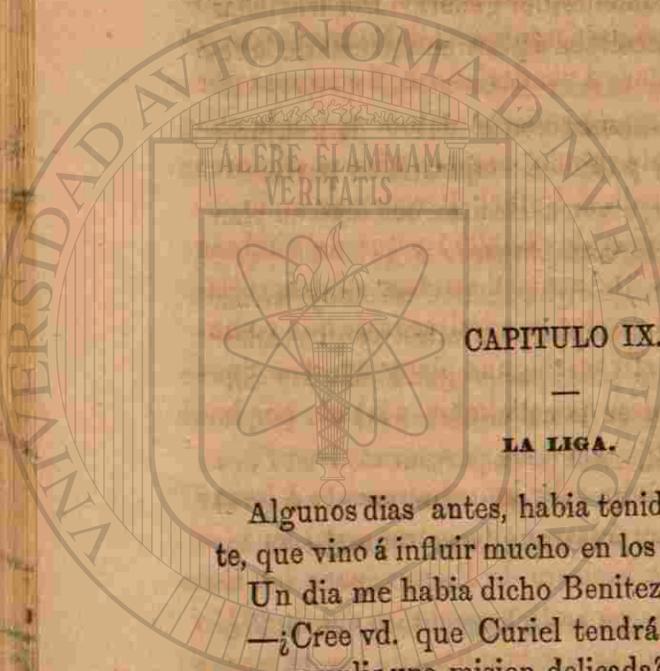
E hicimos trizas la copia del plan forjado por D. Justo Benitez.

—Voy á ver lo que puedo reunirle, que al cabo él es económico y se conformará con lo necesario.

Reuní las estampillas del correo que tenia Ponce de Leon, administrador del *Mensajero*, con las que yo habia reunido de pagos foráneos del *Padre Cobos*, y me fuí á los almacenes á venderlos con el cuarenta por ciento de pérdida, segun valieron entonces, por la plétora que hubo de tal artículo, como en años posteriores sucedió con la moneda del nikel. Parece que hubo entonces una falsificacion de 200,000 pesos de timbres postales, que fué lo que acabó de causar su despreciacion, el caso fué que todos se admiraron de que yo hubiera podido convertir en alguna plata nuestra desprestigiada mercancia, que ya habia acabado por hacerse nula.

El Lic. Curiel pudo salir inmediatamente á llenar su delicado encargo, á la vez que otros comisionados salian tambien para la sierra de Puebla, para los Estados de Occidente y para las montañas del Sur. No podré ahora determinar los nombres de las personas que nos pidieron despachos, autorizaciones ó simple encargo de ir á sembrar la semilla de la discordia civil, pero si aseguro que fueron muchísimos, teniendo que desprendernos en multitud de casos, de los recursos de nuestra misma subsistencia, para acudir á una pretension corta ó á algun gasto de suma urgencia.

Nos parecia la cosa mas fácil, y no solo la mas fácil, sino la mas debida, y no solo la mas debida, sino la mas apremiante, hacer el sacrificio que se necesitara en pró de la causa de la libertad, que era en nuestro



Algunos dias antes, habia tenido lugar un incidente, que vino á influir mucho en los sucesos posteriores.

Un dia me habia dicho Benitez:

—¿Cree vd. que Curiel tendrá discrecion bastante para cumplir una mision delicada?

—Sí la tiene.

—Cuando estuvo aquí el general Donato Guerra, contrajo algunos compromisos con el partido porfirista, y creo que es tiempo de recordárselos.

—Me parece muy bien.

—¿En dónde está el general Guerra?

—En Durango.

—¿Y cuánto necesitará Curiel para hacer ese viaje?

—Doscientos pesos.

—El caso es que no los tenemos.

concepto, la que defendíamos y la que veíamos muy espuesta bajo el gobierno de D. Benito Juárez, que empezaba á corromperse inclinándose á la dictadura.

Quando Benitez recibió la primer carta de Curiel, corrió á verme lleno de alegría diciéndome:

—A vd. debemos en parte que Donato Guerra esté con nosotros.

—A mí?

—Curiel ya era conocido de aquel jefe, quien le ha dispensado una acogida de las mas cordiales. Lea vd. esta carta.

Era la carta muy satisfactoria en efecto.

—¿Y bien?

—Que vd. ha sido siempre quien ha sabido inspirarme la mayor confianza hácia su jóven protegido D. Luis Curiel.

—Es valiente y tiene muy clara inteligencia.

—Ya ve vd., se queda al lado de Donato Guerra, y no lo soltará ya hasta que lo haga pronunciarse.

—Y contaremos con uno de los jefes mas prestigiosos de la República

Benitez estaba tan contento en ese dia, que como en otras veces en que tenia alguna buena noticia, me convidó á comer.

Despues de las escenas del plan que llevo referidas, se acercaba el mes de Setiembre en que tenia que abrirse el Congreso, y llevé un dia á Benitez las credenciales de que habia sido portador.

—Hombre, me dijo, tengo respecto de vd. un gran remordimiento.

Me quedé viéndolo con estrañeza, y moví la cabeza en sentido interrogativo.

Entonces me cogió una mano, y me dijo con tono de quien se confiesa de una culpa.

—Ni Porfirio ni yo nos hemos acordado de conseguirle en Oaxaca una credencial de diputado.

—¡Bah! contesté riéndome.

—Vd. la merece mas que muchos de los que forman nuestra lista: vd. se ha visto varias veces cerca de la muerte por nuestro partido: vd. no se limita á escribir en los periódicos, sino que va á arrostrar todo género de peligros: vd. es uno de los mas desintensados amigos y de los mas leales partidarios: vd. en fin.

—Yo, en fin, tengo que salir luego á campaña y no podria estar á la vez ocupando un sitio en el Congreso.

—Precisamente es lo que mas me reprocho. A cualquiera de los que no saben salir nunca de México, debiamos haberlo puesto de suplente.

—¿Y para qué?

—Para que vd. tuviera el fuero constitucional.

Entonces comprendí todo el pensamiento de Benitez.

Realmente, los que mas necesitábamos de esa inmunidad, éramos los que yendo á campaña pudiéramos caer prisioneros en manos de cualquier jefe que tuviera escrúpulos constitucionales.

Entonces tambien comprendí que habia algo de ingratitude en aquel partido, al cual habia consagrado todas mis facultades físicas é intelectuales: al no con-

siderar entre sus candidatos á uno de sus mas entusiastas corifeos.

Antes de esta conversacion, maldito lo que yo habia pensado en ser diputado ni cosa parecida, principalmente cuando tan comprometido estaba para lanzarme á la revolucion, en donde iba buscando otros honores y otras recompensas; pero cuando me abrió los ojos Benitez respecto de ese punto, me sentí como humillado, como agobiado bajo el peso de un terrible desaire.

Luego el directorio porfirista, en manos del cual habia estado la eleccion de Oaxaca, no me consideraba como uno de sus principaes amigos, segun me lo habia manifestado.

Luego el círculo porfirista, no tenia muy buena idea del mas leal y del mas estoico de sus partidarios.

Luego yo no habia adquirido aun suficientes títulos para merecer del general Diaz aquella muestra de consideracion, que tanto debia servirme en un caso dado.

No me importaba el sueldo, supuesto que iba á tener que abandonarlo; no me importaba el honor de ser diputado, puesto que habria abandonado al siguiente dia de hacer la protesta; no me importaba el fuero constitucional que habria de servirme tan poco en la guerra; lo que me importaba, y mucho, era el considerar que habia sido olvidado por mis jefes á la hora del banquete, que tan presente me tenian cuando se trataba de las penalidades.

¡Valia mas mil veces, que Benitez no me hubiera dicho ni una palabra sobre todo aquello!

¡Todavía no conquistábamos el triunfo, y ya comenzaba la cosecha de descepciones!

Pero... pasó el momento como han pasado tantos momentos amargos como he tenido en mi azarosa vida, volvi á ponerme alegre con la perspectiva de nuevas aventuras, rei otra vez con las mismas ganas de siempre y tuve oportunidad de felicitar con verdadera satisfaccion á todos los diputados amigos nuestros, que llegaron á elevarse en esos dias al número de treinta. Los demas diputados eran juaristas y lerdistas, pero como estos últimos formaban en la oposicion parlamentaria, engrosaban el número de los primeros de los que eran los principales jefes Zamacona y Ramirez. El grupo lerdista era acaudillado por Ramon Guzman y Romero Rubio.

Recuerdo que cuando se hizo ó aparentó hacerse la fusion lerdo-porfirista, tuvimos un banquete en el Tívoli de cerca de doscientos cubiertos, para que sirviera de bautismo á semejante alianza. Concurrió allí todo lo notable del lerdismo y del porfirismo y se pronunciaron brindis muy acentuados y muy valientes.

Los lerdistas hacian votos porque el porfirismo se sobrepusiera á Juarez, aunque tuviera que valerse de la violencia de las armas. y los porfiristas brindaban porque el partido que representaba la inteligencia supiera dirigir mas tarde ó mas temprano por buen camino los altos destinos de la patria.

El amalga que parecía imposible y sin embargo era natural.

Si Porfirio Díaz acababa de ser derrotado en la contienda electoral, Lerdo de Tejada se consideraba más ofendido contra los juaristas porque no se habían fijado en él para darle sus votos cuando se lo habían ofrecido solemnemente: esto era lo que se decía entonces, que estaban comprometidos á hacerlo sucesor de Juárez en ese periodo constitucional. Porfirio Díaz había sido vencido, pero Lerdo de Tejada había sido burlado. En consecuencia, los lerdistas estaban sedientos de venganza y se servían de los porfiristas como de un instrumento. Estaban casi seguros de que su habilidad les daría medios de hacerse del poder en caso de provocarse algún trastorno serio que conmoviera fuertemente á la República.

Indudablemente que los dos partidos, el porfirista y el lerdista trabajaban para hacerse del poder cada uno por su cuenta y para su exclusivo provecho; pero necesitaban estar unidos para defenderse del enemigo común. Sabían muy bien que no podían caber unidos en el Palacio Nacional; pero se ayudaban ahora con la reserva que hacían de después combatirse.

Era una liga política solamente de circunstancias. Pasadas estas, tenía que acabarse la liga y continuar la lucha y la enemistad, y tal vez hasta el odio y la persecución.

El hecho fué que también yo me ví llevado á este heterogéneo banquete y que se me hizo brindar por la

próxima caída de Juárez. No sé cuantos disparates dije; pero como el *Padre Cobos* era muy popular porque era el principal ariete que había en la prensa contra el jefe del poder, mis palabras llenas de encono fueron extraordinariamente aplaudidas.

Y aquellos que tanto aplaudían los dictérios que se lanzaban al poder y que conspiraban ayudándonos con toda clase de recursos y que nos empujaban á empuñar la bandera de la revolución, tenían todavía un pié dentro del gobierno y estrechaban la mano de Juárez, llamándose sus amigos; á ellos les venía bien aquella copla traducida por Chavero en la *Hija de Madama Angot* que dice:

“Conspirar y ganar sueldo,
Eso es lo que tiene gracia.”

Todos eran diputados ú ocupaban algún puesto importante en la administración. El jefe de ella, el Sr. Lerdo de Tejada era ministro y Presidente de la Suprema Corte de Justicia, alternativamente.

Nosotros los porfiristas éramos los que estábamos más fuera del poder, y sin embargo, teníamos á nuestros jefes más caracterizados en el congreso, en la Corte y en algunos otros empleos de menos categoría. Por ejemplo Tello, Mendiola, Alfaro y Avila, que eran de los porfiristas más entusiastas, nunca dejaron de ser empleados.

Pero en cambio el jefe principal Porfirio Díaz, los generales desafectos como Aureliano, Negrete, etc.,

y los políticos de accion que íbamos á exponer el pellejo, no éramos nada.

A la vez que la política se agitaba por medio de esa liga que no dejaba de causar alguna inquietud al gobierno, viendo una amenaza cubierta con el ropage de la legalidad en el Presidente de la Suprema Corte de Justicia; á la vez que los periódicos lanzaban fuego dando verdaderos toques de guerra y á la vez que los conspiradores se estendian desde la capital hasta la frontera, cambiándose señales y cifras que de antemano habian sido convenidas, los mismos jefes del ejército comenzaban á manifestarse descontentos, ya por las preferencias y distinciones que se tenia con algunos, ya por que las quejas de otros no eran atendidas, ya porque los haberes comenzaban á escasear y ya en fin porque algunos como verdaderos patriotas observaban que el gobierno habia extraviado la marcha é iba dirigiéndose rectamente á la tiranía.

Este descontento comenzó á cundir y á hacerse general. No solo Donato Guerra que era una preciosa conquista para nosotros, sino algunos coroneles de los cuerpos que habia en la guarnicion de México se comprometieron en nuestra causa, asistiendo á nuestras juntas y conspiraciones.

El mal gravísimo que yo veia en todo esto, era la poca unidad que existía para los trabajos.

Habia tres directorios en México: uno lo formaba el mismo D. Sebastian Lerdo de Tejada que era el alma de todas las intrigas políticas que se desarrolla-

ban en esta capital; otro estaba formado en la casa de Benitez en donde se reunian los diputados y algunos de los hombres de accion; el tercero lo formábamos la gente de armas y nos reuniamos indistintamente en mi casa, en la casa de Negrete ó en el café de la Concordia, pues en todas partes nos entendiamos y en todas partes conspirábamos.

Entonces fué cuando empezaron á agotarse todos los fondos en las cajas del súbdito francés Arturo Mayer y de otros comerciantes simpatizadores de la revolucion. De allí salian las gruesas sumas destinadas á la compra de este y del otro cuerpo, de aquella ó la otra entidad, de este ó del otro jefe de categoría y hasta de algun cabo y sargento.

En la época de las conspiraciones, es cuando más se puede abusar de la buena fé de los correlligionarios.

Yo no me puedo acusar de haber contribuido á arruinar á esos amigos en cuyas casas jamás puse un pié, y á quienes nunca me he dirigido pidiéndoles un solo centavo.

He pasado cerca de la miseria, pero jamás al lado de la degradacion: ni en mis épocas más tristes, he llegado á abusar de las necesidades mas apremiantes. Yo solo he tenido mis penas y solo he enjugado mis lágrimas.

He tenido muchos y buenos amigos, ¿y como no habia de tenerlos? Pero estos nunca han llegado á la hora de las angustias, sino meses ántes ó momentos

despues. Siempre que pude me serví de báculo á mi mismo.

Vamos por ahora á entrar en mas movimiento, refiriendo las peripecias de aquella mal dirigida y peor ejecutada revolucion.



DIRECCIÓN GENERAL DE

En los primeros dias de Septiembre tuvieron lugar varias reuniones de los señores D. Juan Alvarez y D. Juan Alvarez, con el objeto de hablar de la revolucion y de la necesidad de prepararse para ella. En estas reuniones se acordó que se hiciera un plan de revolucion y se acordó tambien que se hiciera un plan de revolucion y se acordó tambien que se hiciera un plan de revolucion.

Tanto el gobierno como el ejército estaban en un estado de expectacion y cada uno esperaba que se hiciera algo respecto del plan que iba á ejecutarse.

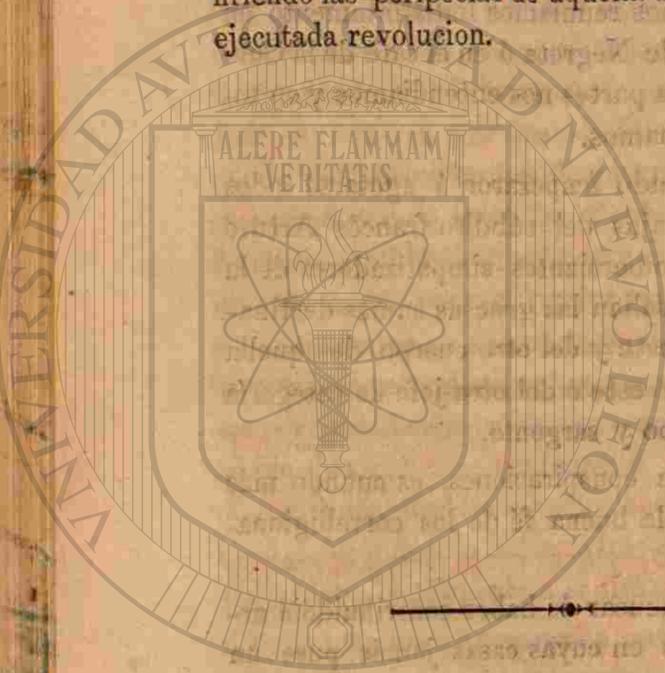
CAPITULO. X.

LA GRAN CONSPIRACION.

El gobierno veia venir la tormenta y se apresuró á hacer todos los preparativos que juzgó convenientes para resistirla, siendo entre otros, segun un periódico de esa época que tengo á la vista, comprar armas, la construccion en gran escala de municiones de guerra, mandar hacer abundantes literas para los heridos, comunicar instrucciones reservadas á los jefes de fuerza y gobernadores de los Estados con quienes cultivaba íntima amistad, prodigar ascensos militares, y por fin, prepararse con bandas y medallas para acordar premios extraordinarios. Despues de esto hubo algunos movimientos de fuerza, y el grueso del ejército fué convenientemente situado para dominar los Estados de Oaxaca, San Luis Potosí, Nuevo Leon y Jalisco, que eran los que inspiraban mas recelos al Presidente lo mismo que á su ministro de la guerra.

despues. Siempre que pude me serví de báculo á mi mismo.

Vamos por ahora á entrar en mas movimiento, refiriendo las peripecias de aquella mal dirigida y peor ejecutada revolucion.



DIRECCIÓN GENERAL DE

En los primeros dias de Septiembre tuvieron lugar varias reuniones de los señores D. Juan Alvarez y D. Juan Alvarez, con el objeto de hablar de las necesidades de esta revolucion, y de las medidas que debían tomarse para su sostenimiento. En estas reuniones se acordó que se formara una junta de gobierno, y que se nombrara un ministro de guerra, y un ministro de hacienda, y un ministro de relaciones exteriores, y un ministro de justicia, y un ministro de fomento, y un ministro de educación pública, y un ministro de obras pùblicas, y un ministro de marina, y un ministro de comercio, y un ministro de agricultura, y un ministro de industria, y un ministro de sanidad, y un ministro de beneficencia, y un ministro de cultos, y un ministro de pensiones, y un ministro de imprenta, y un ministro de telégrafos, y un ministro de ferrocarriles, y un ministro de caminos, y un ministro de canales, y un ministro de puertos, y un ministro de aduanas, y un ministro de aranceles, y un ministro de contribuciones, y un ministro de impuestos, y un ministro de rentas, y un ministro de empréstitos, y un ministro de empréstitos extranjeros, y un ministro de empréstitos nacionales, y un ministro de empréstitos provinciales, y un ministro de empréstitos municipales, y un ministro de empréstitos de la clase de los señores D. Juan Alvarez y D. Juan Alvarez.

Tanto el primer como el segundo ejército que se formó en la frontera, y que se esperaba que se dirigiera á la capital, se desmoronó por falta de recursos, y se retiró á sus respectivos puntos de origen.

CAPITULO. X.

LA GRAN CONSPIRACION.

El gobierno veía venir la tormenta y se apresuró á hacer todos los preparativos que juzgó convenientes para resistirla, siendo entre otros, segun un periódico de esa época que tengo á la vista, comprar armas, la construccion en gran escala de municiones de guerra, mandar hacer abundantes literas para los heridos, comunicar instrucciones reservadas á los jefes de fuerza y gobernadores de los Estados con quienes cultivaba íntima amistad, prodigar ascensos militares, y por fin, prepararse con bandas y medallas para acordar premios extraordinarios. Despues de esto hubo algunos movimientos de fuerza, y el grueso del ejército fué convenientemente situado para dominar los Estados de Oaxaca, San Luis Potosí, Nuevo Leon y Jalisco, que eran los que inspiraban mas recelos al Presidente lo mismo que á su ministro de la guerra.

En los primeros días de Setiembre tuvimos una conferencia Carlos Diez Gutierrez, Juan Muñoz Silva y el autor de estas memorias, con el objeto de hablar de aquel condenado plan revolucionario, parto de Benitez, que ninguno de nosotros pasaba y contra el cual no podíamos pronunciarnos, so pena de echar á pique todos los trabajos que estaban emprendidos, para derribar el gobierno de Juarez.

Tanto el primero, como el segundo, estaban ansiosos por irse á la frontera, y solo esperaban que se determinara algo respecto del plan que iba á proclamarse.

Benitez me habia hablado ya, declarándome que el general Diaz estaba perfectamente conforme con el que él habia hecho, y que ese seria el que proclamara el dia de su pronunciamiento.

Así lo manifesté á aquellos amigos.

Nos estrañó un tanto cuanto que el caudillo hubiera prescindido de su primera idea, que era la mas cuerda y la mas sencilla, pero tuvimos que rendirnos á la evidencia porque Benitez comprobó aquella resolucion tomada en Oaxaca.

Nuestra conferencia se redujo á unos pocos comentarios y á determinar el dia de la marcha, con el propósito de no imponer plan alguno á los jefes de la frontera, dejándoles en libertad para que expidieran sus proclamas y manifiestos, sin sujetarse á regla fija.

Era preferible esto, á someterles un plan lleno de consideraciones filosóficas que no habian de entender.

Entonces Diez Gutierrez y Muñoz Silva saldrian

al dia siguiente y yo les seguiria tres ó cuatro dias despues, para no infundir sospechas. Ellos irian á verse con Treviño y yo me iria directamente á Galeana, en donde estaba ya esperándome el general Pedro Martinez.

Arreglé mis asuntos lo mejor que pude, dejando asegurada la subsistencia de mi familia con algunos elementos: parte de éstos eran mil setecientos pesos de fondos que estaba cobrando el correo. Para recoger éstos, dejé un poder en forma á mi administrador D. Jorge Enriquez. Este resultó un canalla que se alzó con todo, y no llegó á dar un centavo á mi familia, colocando á ésta en situacion angustiosa. Despues debí haberle castigado de un modo ejemplar, pero le encontré pobre, cargado de familia y me causó lástima.

De la misma manera, fueron distraidos de su objeto los fondos que enviaban á mi familia algunas sociedades de que era miembro, lo mismo que mis correligionarios y amigos. Si es una infamia robar á cualquiera persona cara á cara, ¿qué nombre tendrá el robo que se comete subrepticamente, abusando de la desgraciada situacion de una familia que no tiene defensa ni quiere tenerla, agobiada por el infortunio?

De estas cosas pudiera referir varias, si no prefiriera relegarlas al desprecio, ya que nunca podré sepultarlas en el olvido.

Aunque el último número del *Padre Cobos* se publicó el dia 17 de Setiembre de 1871, yo salí de México para San Luis el dia 12, dejando aquel número

en prensa y sin despedida, para evitarme la persecucion del gobierno.

Varios fusionistas me dieron cartas de recomendacion para sus amigos generales, entre otros para Antillon y Escobedo. Estas cartas eran tan comprometedoras, que no parecia sino que aquellos jefes estaban ya dispuestos á pronunciarse con nosotros.

Al despedirme de mi círculo militar de México, algunos amigos se oponian á mi marcha esponiendo que les iba á hacer gran falta en la capital.

—Nadie hace falta en ninguna parte, les dije, pero sí ha de escoger uno el lugar en donde mas sirva, yo no tengo ni que vacilar al escoger el mio.

—Aquí dijo Negrete.

—En la frontera, le contesté con acento significativo.

—Tal vez ni sea necesario que haya alguna cosa en la frontera, me dijo Aureliano, con aire misterioso.

—Si Donato Guerra entra con nosotros, aquí nos pronunciamos.

—Pues lo que es Donato Guerra está ya comprometido.

—Pero no quiere pronunciarse con su brigada.

—Cómo!

—Va á hacer la quijoteria de entregarla y renunciar, para quedar sin ligas con el gobierno y poder aceptar las banderas de la revolucion.

—De todas maneras, nosotros tenemos elementos para dar aquí el golpe.

—Ojalá y sea así! pero yo tengo compromiso de estar el dia 20 en Galeana.

—Si vd. pudiera detenerse siquiera diez dias.

—Mañana sin falta tengo que partir.

—Pues la verdad es que ya tenemos comprometidos dos cuerpos, lo mismo que á gran número de oficiales de la guarnicion.

—En ese caso, mas necesitan vdes. del apoyo de los Estados.

—Tiene razon, exclamó Cosío Pontones ó algun otro de los amigos que estaban en casa de Negrete cuando fui á despedirme, si erramos el golpe, podemos tener á donde refugiarnos, y si lo acertamos, siempre es bueno que se vea al país levantarse por todos lados.

—El éxito es seguro, dijo Negrete, que nunca queria darse por vencido tratándose de la realizacion de sus planes.

—Pues allá lo veremos.

Y no quise quedarme, aunque en realidad no tenia compromisos sino conmigo mismo porque nunca tuve confianza en las conspiraciones de México. Ya tres ó cuatro veces me habia estado esperando en la esquina del Palacio ó en el balcon de mi casa á que resonara la primera señal convenida, disparándose un cañonazo, sin que se hubiera disparado en toda la noche ni la mitad de una escopeta.

Al dia siguiente, venia á verme Ricardo Palacio, que era el alma de las conspiraciones, ó por lo ménos el mas bullicioso de los conspiradores, y me decia:

—Se erró el golpe en esta vez.

—Pues qué hubo?

—Que uno de los jefes comprometidos denunció el movimiento.

—Cuál jefe?

Entonces pronunciaba un nombre que me hacia ir de espaldas.

—Es posible?

—Tenemos datos.

—Pero como ha sido eso?

—He ido á tomar el cuerpo segun mi compromiso y hubiéramos sido todos fusilados en el caurtel si no es por un oficial que me dijo de paso al oido:

—Ha venido una compañía de Zapadores, está con ella el Comandante Militar.—Sin oir más, fui á avisar á Negrete y demas amigos que estábamos vendidos aplazando el golpe para mas tarde.

—¡Paciencia, pues!

El resultado es que habian fracasado tantas intentonas por este ó el otro incidente, por esta ó la otra inadvertencia, que yo ya no tenia fé alguna ni en los hombres ni en los planes de conspiración organizados en México. Se necesita que estén cubiertos muchos requisitos y hacer correr un rio de plata en los cuarteles para que pueda llegar á ser posible y formal un pronunciamiento en la capital.

Sea como fuere, aconsejé la prudencia y el mayor sigilo á aquellos amigos que consideraba yo en mas riesgo con sus conjuraciones, que yo que iba desde luego á entrar en recios combates con las guarniciones de las plazas que tan convenientemente y de an-

temano estaban colocadas, y cumpliendo mi palabra, salí al dia siguiente de México.

Dejaba las cosas arregladas de esta manera:

El general Diaz en Oaxaca rodeado de valientes jefes y oficiales y con elementos de guerra para sostener un año alli la campaña, aun contra cinco ó seis mil hombres que le destacara el gobierno.

Los generales Negrete, Rivera, Cosío Pontones, Chavarría, Toledo, Mirafuentes y otros muchos, listos para pronunciarse en la misma capital ó en los alrededores.

La Sierra de Puebla, lista á seguir el movimiento de Oaxaca, acandillada por Mendez, Bonilla y Lucas.

En Querétaro, en Jalisco, en Durango, en Guajuato y en Zacatecas, teniamos muy buenas inteligencias.

La lista de los jefes con que contábamos era interminable, y entre ellos habia los nombres de muchos de los que se habian distinguido en las guerras de Reforma y de Intervencion, tales como Garcia de la Cadena, Borrego, Barrios, Flores, Treviño, Naranjo, Alvarez, Martínez, etc.

Y si bien es cierto que el gobierno habia tenido tiempo de prepararse no solo á la defensa sino á sofocar la revolucion en donde quiera que apareciera, se puede decir que la opinion estaba de nuestra parte y que nuestros elementos se equiparaban, aumentando en tumulto, lo que nos faltaba en organizacion.

Nosotros no estábamos organizados, ni siquiera te-

niamos la menor idea de lo que íbamos á hacer despues de habernos pronunciado; pero contábamos con el prestigio del general Diaz y estábamos seguros de triunfar con el solo peso de nuestras convicciones. No se necesitaba mas que hacer el primer empuje con energía para que todo el edificio administrativo se desgranara. Era tal la desmoralizacion que reinaba en el ejército, que no dudábamos de que despues de conseguir la primer victoria, todos levantarían culatas y se pasarían á nuestras filas.

Que el primer triunfo era nuestro, ni quien lo dudara, pues en nuestra mano estaba escoger el mejor momento y la mejor oportunidad. Fuera que los amigos de México dieran el golpe, fuera que el general Diaz antes de pronunciarse cayera sobre algun trozo del enemigo ó fuera que Treviño diera su primera señal de combate lanzándose sobre la plaza del Saltillo, cualquier hecho de armas con que nos favoreciera la fortuna, era decisivo para nuestra causa.

Bajo esta conviccion, todos procurábamos ir al fin sin ponernos de acuerdo en los medios. Yo conocía muy bien todos los hilos de nuestra política, todos los detalles de nuestro plan de campaña, todas las minuciosidades de nuestro pensamiento y sabia muy bien que no teníamos mas plan acordado que pronunciarlos donde pudiéramos el 1.º de Setiembre primero, y por haberse malogrado esa fecha, el día 1.º de Octubre despues.

Aunque esta palabra de órden, no circuló de una manera precisa, puesto que Donato Guerra todavía

estaba al frente de una brigada de caballería el día que estalló el pronunciamiento en la Ciudadela.

Pero sí habia uniformidad en desnudar la espada y lanzarse por el camino que se pudiera á derribar del poder á D. Benito Juarez que ya tenia cansada á la nacion con su caprichosa conducta: caprichosa en cuanto no queria ceder á nadie el mando ni consentir en que otro pensara en disputárselo; caprichosa tambien en cuanto á que seguia una conducta política que se alejaba mucho de las verdaderas prácticas republicanas, prostituyendo los principios á fuerza de tanta sangre conquistados.

Las últimas elecciones habian dado la medida de lo que era capaz de hacer por tal de perpetuarse en el mando. Cuando le dominaba la ambicion, se olvidaba por completo de que el histórico nombre que llevaba se lo debía á las luchas por la libertad y la independencia de la patria, prefiriendo enlodar su prestigio que habia llegado á ser universal, por tal de satisfacer el pueril deseo de no ser lanzado del mando y de saberse conservar en el poder contra todas las opiniones y contra todas las protestas.

Teníamos, pues, de una parte al gobierno con cerca de treinta mil hombres perfectamente armados y regularmente organizados, dirigidos por un hombre tan astuto como el general Ignacio Mejía, Ministro de la Guerra. Estos treinta mil hombres estaban situados como una mitad entre México, Puebla, y Veracruz, y la otra mitad tendida desde Guadalajara y Duran-

go hasta el Saltillo y algunas otras plazas de la frontera.

Fuera de estas tropas tenia dos ó tres mil nacionales en Guanajuato y algunas otras fuerzas que habian levantado precautoriamente algunos gobernadores.

Se puede decir que el gobierno de Juarez tenia como unos cuarenta mil hombres dispuestos á perseguir y ahogar á la revolucion por donde quiera que osara presentarse.

Nosotros teniamos algo en Oaxaca y muy poco en Nuevo Leon para comenzar á hacer ruido, esto es, para llamar la atencion del gobierno dando tiempo á que se pronunciaran el interior y los puntos de la Sierra, en donde habia espíritu de secundarnos.

Fuimos tres los que nos pusimos en camino tomando la diligencia del Interior al dia siguiente: el que habla, Manuel Palacios como su ayudante y un ordenanza. En la misma diligencia llevabamos nuestras sillas de montar y nuestras armas, llamando la atencion en el camino á muchos juaristas, que no se atrevieron á denunciarnos.

Mi amigo Manuel Orellana, Nogueras nos esperaba en S. Luis á la llegada de la diligencia.

CAPITULO. XI.

EL PRIMER COMBATE.

Al llegar á S. Luis Potosí me consideré como en mi casa. Era el lerdismo el que allí imperaba y este como ántes he dicho estaba en liga con el porfirismo.

Mi buen amigo el valiente Manuel Orellana nos dió todas las noticias que podia yo apetecer y desde luego mandé una tarjeta al general D. Mariano Escobedo jefe de todas las fuerzas y gobernador del Estado, anunciándole mi visita.

Se ve bien que estábamos trabajando no solo con audacia sino con desfachatez.

En verdad sé decir que creo hubo un momento de varios meses despues de las elecciones, en que Juarez y sus ministros estuvieron fuera de sí de miedo, por la impresion desastrosa que sus manejos causaron en la República, momento que nosotros no supimos aprovechar.

go hasta el Saltillo y algunas otras plazas de la frontera.

Fuera de estas tropas tenia dos ó tres mil nacionales en Guanajuato y algunas otras fuerzas que habian levantado precautoriamente algunos gobernadores.

Se puede decir que el gobierno de Juarez tenia como unos cuarenta mil hombres dispuestos á perseguir y ahogar á la revolucion por donde quiera que osara presentarse.

Nosotros teniamos algo en Oaxaca y muy poco en Nuevo Leon para comenzar á hacer ruido, esto es, para llamar la atencion del gobierno dando tiempo á que se pronunciaran el interior y los puntos de la Sierra, en donde habia espíritu de secundarnos.

Fuimos tres los que nos pusimos en camino tomando la diligencia del Interior al dia siguiente: el que habla, Manuel Palacios como su ayudante y un ordenanza. En la misma diligencia llevábamos nuestras sillas de montar y nuestras armas, llamando la atencion en el camino á muchos juaristas, que no se atrevieron á denunciarnos.

Mi amigo Manuel Orellana Noguerras nos esperaba en S. Luis á la llegada de la diligencia.

CAPITULO. XI.

EL PRIMER COMBATE.

Al llegar á S. Luis Potosí me consideré como en mi casa. Era el lerdismo el que allí imperaba y este como ántes he dicho estaba en liga con el porfirismo.

Mi buen amigo el valiente Manuel Orellana nos dió todas las noticias que podia yo apetecer y desde luego mandé una tarjeta al general D. Mariano Escobedo jefe de todas las fuerzas y gobernador del Estado, anunciándole mi visita.

Se ve bien que estábamos trabajando no solo con audacia sino con desfachatez.

En verdad sé decir que creo hubo un momento de varios meses despues de las elecciones, en que Juarez y sus ministros estuvieron fuera de sí de miedo, por la impresion desastrosa que sus manejos causaron en la República, momento que nosotros no supimos aprovechar.

De seguro que si el movimiento de la Ciudadela y los pronunciamientos de Oaxaca y Monterey se verifican dos meses ántes, rueda el poder de D. Benito Juárez sin la menor dificultad. Pero quisimos estar mas bien preparados; dejamos que las exaltaciones públicas volvieran á su estado normal y el gobierno recobró tambien toda su sangre fria y ya se vió mas espedito para combatirnos donde quiera, puesto que á nuestro primer grito no habia seguido como se temia un levantamiento general.

Sea como fuere, ni en México habiamos usado de gran reserva en nuestras maniobras de conspiracion, ni nos ocultábamos todo lo que era debido de los agentes del gobierno, ni al esparcirnos como comisionados cuidábamos siquiera de llevar escritos con cifras los papeles de que éramos portadores.

Mis papeles eran varias cartas para el general Antillon, que no pude llevarle á Guanajuato y que confié en S. Luis á manos seguras y las que llevaba al general Escobedo suscritas por los lerdistas mas caracterizados.

Mi entrevista con el general Escobedo se verificó en aquella noche misma y fuerza es confesar que supo manejarse como un consumado diplomático.

Me recibió muy ceremonioso, se manifestó sorprendido de las exigencias que le espresaban sus amigos en aquellas cartas, sabiendo que era servidor del gobierno y que su lealtad lo ponía á cubierto de toda suposicion respecto de sus intenciones en el porvenir; que ocupaba un puesto distinguido no solo en la ad-

ministracion sino en el aprecio y consideracion de Juárez y que por lo mismo ni idea tenia de pensar en traicionarle nunca. Bien era verdad que no aprobaba la política del gabinete que andaba completamente descarriada y que habia llegado al extremo de la impopularidad con las últimas elecciones, atropellando á los ciudadanos que se creian dueños de un derecho electoral que consideraban inalienable; pero que á pesar de eso no haria armas contra aquella administracion que él habia sabido colocar sobre bases firmes en el Cerro de las Campanas.

—Pues lo que somos nosotros los porfiristas, le contesté, no nos creemos obligados á sostener un gobierno que no respeta la ley, y vamos á tratar de derribarlo.

—Es peligroso para el país lo que vds. van á hacer.

—Mas peligroso es no tener instituciones y dejar que el gobierno ejerza la tiranía.

—Estos males pueden corregirse.

—Solo con las armas. Los hombres del poder se ciegan y no ven, no pueden ver que se les tolera por no hacer llover desgracias sobre el país; ellos juzgan que esto es aquiescencia á sus actos y siguen abusando mas y mas, hasta llegar á hacerse unos déspotas insoportables.

—Juárez no es un déspota todavía.

—Pero es el camino que lleva si no le cortamos las alas. Ahora comienza por burlarse de las instituciones que tantas muestras recibieron anteriormente de

su respeto y mañana nos pisoteará á nosotros juntos con ellas.

El general se puso un poco pensativo y luego como fijándose en un ruido exterior contestó:

—Ya vienen á buscarme: espere vd. en su alojamiento...

—Un salvoconducto?

—Eso es, un salvo conducto. ¿Quiere vd. escolta?

—Sería llamar mucho la atención. Lo único que le ruego es que se haga disimulado en caso de que vengán á contarle que por aquí anda un hombre sospechoso.

—Ya vino á decírmelo Alonso Azpe que llegó en la misma diligencia.

—Yo tomaré todas las precauciones posibles al salir de esta ciudad y del Estado, pero...

—Está vd. entre amigos.

—En esa confianza he venido y me he presentado á vd. abiertamente.

—Presumo que nos entenderemos, pero mas tarde....

—Así lo deseo.

Todo esto lo decíamos habiéndonos levantado y en marcha ya para la puerta.

—Si el gobierno abandona el camino de la prudencia.

—Ojalá y pudiera llevarme una resolución más positiva antes de marchar.

—Veremos, veremos. ¡Adios!

—Adios, general.

Y salí de allí en la creencia de que ya había hecho la más importante de las conquistas. Escobedo, fuera de su gran prestigio, tenía á sus órdenes tres ó cuatro mil hombres y una influencia absoluta sobre el general Antillon que tambien por cuenta del Estado de Guanajuato mantenía un buen número de tropas sobre las armas.

Después supe que los mismos respetables lerdistas que me dieron cartas en que indicaban al general que se pusiera de acuerdo conmigo, le habían escrito por el correo previniéndole que no firmara compromiso alguno y antes bien se mostrara receloso, porque se le sospechaba ya de doblez al partido porfirista.

El día siguiente se pasó en preparativos: teniendo que continuar la marcha á caballo, fué preciso proveerme de las correspondientes cabalgaduras. Mi estancia allí por lo mismo no pudo estar reservada en el misterio, sino que antes bien se supo muy pronto en la población, lo cual hizo que todo el día estuviéramos recibiendo visitas de nuestros cooptarios.

Me pareció sorprendente el número de gentes de armas que se me presentaron haciéndome distinta clase de ofrecimientos. En aquella misma noche podía haberme pronunciado si no hubiera tenido motivos para ser leal á la buena acogida que me había dispensado el general Escobedo.

A las dos de la mañana abandoné la capital de S. Luis temeroso de que mi presencia provocara compromisos y complicaciones. Manuel Orellana que era el *rey chiquito* en todo el Estado, me acompañó hast

la hacienda de Peotillos. Yendo con Orellana era como si fuera cuidado por todo un ejército. Bajo su influencia fuimos recibidos en esa preciosa hacienda, una de las mejores que tiene la República, como si fuéramos príncipes, por los mismos dueños que se apresuraron á hacernos todos los honores. Tuve positivo gusto en conocer esta finca, que solo habia divisado de lejos, la cual como construcciones de gusto y de lujo nada deja que desear, estando arreglada toda la casa suntuosamente.

Allí mismo me proporcionaron un carruaje ligero tirado por cuatro briosas mulas en el cual nos fuimos rumbo á Doctor Arroyo y Galeana como almas que se lleva el diablo.

Antes quedamos convenidos Orellana y yo en varios puntos lo mismo que para su incorporacion posterior á nuestro ejército, pues que aun tenia que dejar arreglada su familia y sus negocios privados para poderse dedicar á la campaña con toda tranquilidad.

Ibamos perfectamente bien, caballeros en nuestra carretela, Manuel Palacios y yo, seguidos de mi criado Refugio de la Torre, cuando una circunstancia nos hizo abandonar aquella comodidad para volver á tomar nuestros caballos. Esto fué en el segundo dia de camino.

Hé aquí lo que habia pasado.

Refugio, que ya habia estado conmigo en otras campañas y que se figuraba que nos encontrábamos en accion, divisó un polvo. Divisar un polvo para los que andan en campaña es ponerse alerta por si aquel polvo no fuera producido por un remolino, por una carre-

ta ó por un atajo de mulas, sino por una avanzada del enemigo.

Detrás de aquel polvo divisó otro polvo y en seguida otra hilera de polvos en medio de los cuales vió brillar distintamente algunas armas al recibir de lleno los rayos de aquel sol tropical que estaba como que riendo incendiar aquellos campos. Entonces Refugio no pudo ya guardar silencio y acercándose á la portezuela del carruaje, dijo con voz respetuosa:

—Señor.

Manuel Palacios y yo íbamos roncando.

—Señor, volvió á decir, en esta vez moviéndome de un hombro con mucha delicadeza.

Al principio abrí los ojos con dificultad, pero luego que ví algo serio en la fisonomía de Refugio, pregunté:

—¿Qué hay?

—Una fuerza.

Detuvimos el carruaje y tomamos nuestros caballos. Una vez que estuvimos montados, lo primero que dispuse fué que se devolviera el carruaje á Peotillos, para que no se expusieran en un lance que no podia preverse, intereses ajenos.

—Ahora vamos buscando un sitio en que podamos observar lo que eso significa.

Hay que advertir que íbamos ya sobre la cadena de montañas que se unen á la Sierra Madre y que forman las elevadas murallas de los Estados fronterizos. Aquella era la falda de las dilatadas montañas en que íbamos á penetrar para llegar al pueblo de Ga-

leana y ya el terreno en que estábamos era completamente sinuoso. De ese modo se comprenderá que hubiera entre nosotros y la fuerza armada, cuyas armas reverberaban con el sol, una distancia aparente de ménos de media legua, pero en realidad las asperezas del terreno nos separaban en más de dos leguas. Esto no lo sabíamos ni lo comprendimos sino hasta que estuvimos colocados en una eminencia. Desde allí vimos que habia al pié profundas barrancas que era muy difícil franquear sin conocer las veredas que pudieran llevar al camino real de San Luis al Saltillo. Porque es necesario advertir que nosotros nos habíamos desviado desde nuestra salida siempre á la derecha á fin de evitar los malos encuentros.

En consecuencia, aquellas fuerzas iban por el camino real con direccion al Saltillo; pero ¿qué fuerzas serian? Lo que más falta nos hacia en aquel momento era un buen anteojo con el cual hubiéramos conocido hasta á los gefes que las iban mandando.

—¿Qué pasa allí? exclamé de repente, parece que se introduce el desórden y que algo grave.....

No habia acabado de hablar cuando se oyeron detonaciones y se vió aparecer un pequeño grupo de gente montada, á la derecha del camino.

Un oleage parecido al del mar recorrió la columna que teníamos á la vista haciendo que reverberaran más las armas bajo los rayos del sol y empezó á desplegar aquella fuerza en batalla á su frente, pero sin poder consumir este movimiento á causa de la desigualdad del terreno.

Entonces aparece otro grupo de ginetes por una hondonada de la izquierda, que despues de hácer una descarga se lanzan sable en mano sobre el grueso de la fuerza organizada que tienen á su frente.

El ataque es tan brusco y tan inesperado que no puede ménos que introducir el desconcierto en toda el ala, haciéndola replegar á su centro, pero no con una marcha ordenada, sino en el más confuso desórden. La carga se afloja un poco contenida por una descarga á quema ropa de una compañía de reserva, pero el movimiento en sentido de tomar la huida estaba indicado y aquella columna que habia presentado primero el aspecto de una serpiente con escamas de plata y luego con lenguas de fuego, era ahora una serpiente de polvo que casi iba huyendo al frente de un enemigo tan audáz como insignificante, si se habia de calificar por el volúmen.

No cabia duda alguna de que se habia verificado allí un encuentro; teníamos que dar alguna fé á nuestros ojos que acababan de presenciar un breve y reñido combate..... pero ¿quiénes eran aquellos beligerantes? ¿por qué peleaban? Imposible era adivinarlo. ¿Por qué los mas muchos corrian y los mas pocos que se quedaban dueños del campo no les daban otra embestida para consumir la derrota? Eran tambien preguntas que no pudimos resolver sino más tarde al saber que el general Pedro Martinez se habia movido de Pablillo con unos trescientos *chinacos* organizados violentamente para dar un golpe de mano al general Florentino Carrillo que iba de guarnicion al Saltillo

Cosío Pontones, Echegaray, Mirafuentes y otros que sería largo enumerar, quisieron resolver la cuestión con un golpe de mano en México bajo el que quedarían deshechos los poderes de D. Benito Juárez y libre la nación para nombrar á otras personas que la gobernarán. Sabían muy bien que una vez reducidos á prisión y á juicio tanto D. Benito Juárez, como su gabinete en la capital, ningún Estado trataría de defenderlos y antes bien, todos tendrían el mayor gusto de abandonarlos á su suerte.

En un solo día, lográndose dar aquel golpe de mano que tantas veces se había intentado, frustrándose otras tantas, quedaban triunfantes las ideas de la revolución.

No solamente el país entero, sino todas las naciones civilizadas, verían con gusto la caída de un gobierno egoísta, reservado, uraño y semi-salvaje, que apenas despedía de cuando en cuando ténues relámpagos de inteligencia y cierta lejana conformidad con las prácticas de la civilización moderna.

Pero se había hecho tanto alarde de aquella conspiración, se habían visto con tal suma de desprecio los elementos de un poder organizado y fuerte, se había estado intentando tantas veces dar este golpe, que era imposible que el gobierno por medio de su gran número de agentes no estuviera advertido de los pasos que daban los conspiradores.

Si hasta yo tuve un espía que andaba siguiendo todos mis pasos y cuya vigilancia esquivé prudente para poder salir de México, ¿cómo no habían de ser

espíados aquellos hombres cuyos manejos con la tropa habían sido sorprendidos tantas veces?

Se puede por lo mismo decir con toda seguridad, que el gobierno estaba advertido de que el 1.º de Octubre iba á estallar la bomba.

No sabría ni cuando ni dónde, pero de seguro sabía que estallaba.

Los conjurados por su parte se habían asegurado de casi de todos los cuerpos que componían la guarnición. En unos tenían ganados á los jefes principales, en otros á los sargentos y á los cabos, en otros á los oficiales de mas influencia y así, en más ó ménos escala, no había fracción alguna de fuerza federal que no estuviera minada.

La única fuerza que no había sido tocada por los conjurados era la de Donato Guerra, que acababa de llegar del interior custodiando una conducta, pero ¿para qué necesitaban de la fuerza contando con el jefe?

Los papeles que tenían que desempeñarse fueron distribuidos. Un general tenía que apoderarse de las guardias de Palacio y hacer la aprehensión del Presidente, los ministros, el Comandante de la Plaza y alguna otra persona de influencia en la administración que pudiera ser peligrosa por sus disposiciones en los primeros momentos. Otro general apoyaría esas disposiciones ocupando las azoteas de palacio con el primer Batallón alojado en el mismo edificio. Otro general debía apoderarse del gobierno del Distrito y de sus dependencias. Otro general ocuparía la ciudad,

otro la cárcel, otro tales y cuales alturas y así sucesivamente.

Aureliano Rivera se pondría á la cabeza de los cuerpos de caballería que habian de secundar el movimiento y con ellos habia de estar listo para acudir á donde se ofreciera.

La señal para todas estas maniobras habia de ser un cohete lanzado desde la torre de Catedral: otros me han asegurado que un cañonazo disparado en la Ciudadela que era el punto con que se contaba con más seguridad.

Hayase dado ó no la señal, algunos aseguran que no se dió y que esto fué lo que frustró todas las operaciones, lo cierto es que no hubo mas pronunciamiento seguro y compacto que el que estalló en un cuartel y en la cárcel de Belem. El oficial de la guardia de este último punto se puso completamente á la disposicion del emisario de los conspiradores y este despues de sacar de allí quinientos presos se fué con ellos en medio del mayor sigilo hacia la Ciudadela. Sorprendió allí á la guardia y sin dificultad se apoderó de todo el fuerte, sacando al pronto por cada puerta cuatro ó cinco cañones. Todas las alturas fueron coronadas de hombres armados y se convirtió aquel edificio en un castillo defendido por mil bocas de fuego.

La desgracia principal consistía en que ni habia hombres útiles para manejar los cañones, ni los presos eran diestros para cargar y descargar los fusiles: verdaderamente los hombres útiles entre aquel desordenado ejército no llegaban á doscientos.

El gobierno supo lo que pasaba á tiempo, y dictó sus medidas. En consecuencia, ni se pronunció la guardia de Palacio, ni los generales pudieron cumplir con sus respectivas comisiones de apoderarse de todos los cuarteles y de todas las alturas.

El único que logró reunir algunos soldados de caballería fué Aureliano Rivera, pero como era el único que aparecía pronunciado en las calles, todos se le echaron encima.

El más audaz fue el coronel José M. Castro que habia llegado ya á gobernador del Distrito, término de su ambicion suprema, y pagó con la vida su atrevimiento de querer salir al paso á las ligeras huestes de Aureliano. En un pequeño combate que se verificó cerca de la garita de S. Cosme, cayó atravesado de una herida en el corazon.

Este era el mismo Castro que meses antes ocupaba el puesto de jefe de la prision militar de Santiago Tlaltelolco.

Despues fué inspector de policía y acababa á la vez de ver realizados sus sueños de oro viéndose nombrado gobernador. Este habia sido su delirio durante muchos años y la idea que mas dominaba en su cerebro. Era hombre enérgico y audaz como pocos, y consiguió lo que queria no sin tener que vencer grandes obstáculos.

En la jornada de 1.º de Octubre queria seguramente ganarse la banda de general que todavia le faltaba para ver mejor satisfechas sus ambiciones.

Algunos dicen que murió en combate singular tra-

bado con Aureliano: lo que todos sabemos es que pereció en aquel encuentro, siendo su muerte muy sentida de todos sus amigos.

El recuerdo que por mi parte le consagro aquí es muy merecido, porque como jefe de la prision de Santiago fué con nosotros caballeroso, leal y campechano.

El momento escogido para aquel golpe de mano que iba á cambiar la situacion pública en un instante, fué el mejor que podia escojerse, porque el ministro de la guerra se encontraba en S. Angel, departiendo con un cura muy amigo suyo; el comandante militar se hallaba léjos del centro de las operaciones y solo el Sr. Juarez se colocó en su puesto luego que tuvo conocimiento de la alarma, situándose en la puerta de Palacio á dictar personalmente sus disposiciones.

Una Brigada de caballería compuesta de ochocientos caballos fué puesta á las órdenes del general Donato Guerra, á pesar de la seguridad que existía de encontrarse en íntimo contacto con los revolucionarios, situándosele con todas sus fuerzas en el Paseo de la Reforma con el finde que quedaran envueltos los flancos de la Ciudadela: al general Rocha con la artilleria disponible y cuatro mil hombres de infantería, fué encargado el asedio de la fortaleza que estaba defendida por cien soldados de línea y cosa de unos ochocientos reclutas entre presos y hombres del pueblo que habian ocurrido voluntariamente á tomar las armas.

Desde el encuentro verificado en las calles que dió por resultado la muerte del coronel D. José M. Cas-

tro, ya no habia más enemigo con quien combatir que el de la Ciudadela, porque ni el general Rivera pudo permanecer un momento más en la ciudad, ni el movimiento habia sido secundado como se esperaba por algunos otros cuerpos en los cuarteles, faltando los principales jefes del movimiento á la combinacion.

El mismo general Guerra que estaba en inteligencias con los porfiristas y comprometido á abrazar su causa, fué puesto fuera de combate dándosele un mando decisivo en aquella jornada. Si él no hubiera sido tan pundonoroso, tan delicado, tan digno, á su sola voz se hubiera vuelto humo en aquel memorable día el gobierno de D. Benito Juarez. Pero en esto mismo consistió la habilidad de aquel Magistrado: conocia las virtudes de Guerra, y seguro de que no lo traicionaria, colocó la suerte del gobierno en sus manos, con el propósito de mandarlo pasar por las armas despues si era necesaria tal víctima en el altar del principio de autoridad, respecto del cual no admitia controversia.

El general Rocha con su conocida actividad, puso el cerco de la Ciudadela, ó mejor dicho, emprendió sobre aquel punto las operaciones, pues en realidad quedó descubierta la retaguardia por donde más tarde pudieron escaparse muchos de los más comprometidos.

Aunque habia varios jefes y oficiales con los insurrectos y entre ellos, segun supe despues, se hallaban generales tan experimentados como Negrete, Chavarría, Cosío Pontones y Toledo, ni la gente se presta-

ba á la disciplina, ni existía la unidad del mando que es tan necesaria en los combates. Cada cual se situó en el punto que le convino y la defensa de la fortaleza se hizo más bien por el instinto de la conservación que por abrigar la más remota esperanza en el triunfo. Había más que suficientes motivos y eran entre otros: el alejamiento de Aureliano Rivera con los pocos hombres que lo siguieron; la presencia de Donato Guerra con el mando de una fuerte columna de caballería; la falta de los cuerpos que estaban comprometidos á pronunciarse; la escasez de víveres y de toda clase de recursos para sostener un sitio que pudiera durar más de 24 horas, y por fin el ejército que se les echaba encima muy numeroso ya y que podía seguir recibiendo refuerzos, mandado por un jefe experto. A pesar de esto los de la Ciudadela resistieron y resistieron con heroísmo todos los ataques que les dirigió Rocha, mientras llegó la noche con sus sombras á dar á la situación el tinte de un cuadro negro y sin esperanzas.

Luego que oscureció ya nadie pensó mas que en salvarse, aunque para esto fuera necesario apelar á la fuga. La retaguardia de la Ciudadela no estaba cubierta por los sitiadores y por allí se escaparon todos los generales: temieron, y con mucha razon, sucumbir sin ningún provecho, teniendo con toda seguridad que ser fusilados á la vista del Ejército para servir de un terrible ejemplo. Todos sabían que la sentencia de muerte estaba pronunciada contra ellos, é hicieron mal en quedarse todavía algunos pocos para hacer aún una defensa desesperada que no tenia objeto.

Segun lo que entónces referian los testigos presentes, á la media noche no quedaban en la Ciudadela mas que algunos soldados y reclutas en número de 200, mandados por diez ó doce oficiales subalternos, entre los que el de mayor graduacion era el valiente capitán Armendariz, que fué, se puede decir, el héroe de toda aquella jornada.

Rocha al punto que observó el movimiento de fuga que habia en la Ciudadela mandó romper los fuegos y al observar que no eran contestados sino débilmente, avanzó para dar el asalto. Ya no habia quien manejara la artillería en la fortaleza, y los sitiados se rindieron con facilidad entregándose prisioneros.

Entónces comenzó la matanza...

Dicen que primero fueron fusilados todos los que fungían allí como oficiales. El capitán Armendariz se salvó milagrosamente.

Despues se fusiló á los sargentos y cabos.

Y al último á los soldados, sin que escapara de morir uno solo de los que habian caído prisioneros.

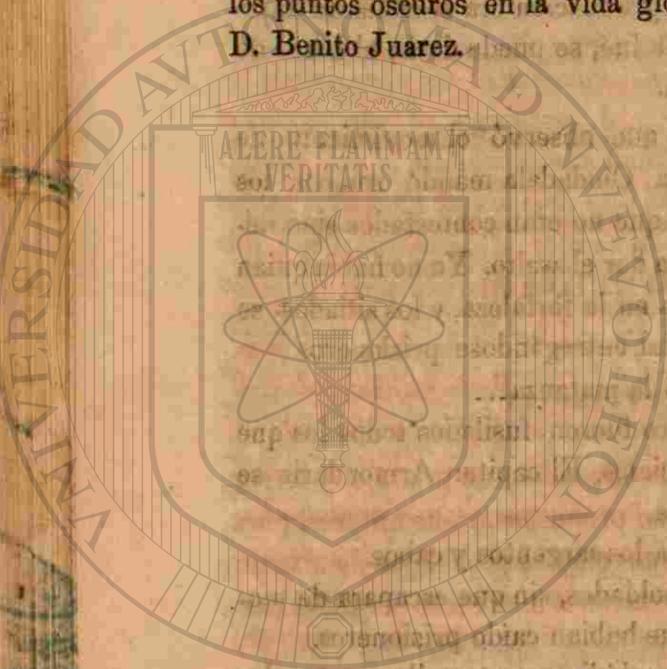
Referíase por los periódicos en aquella vez que los fusilamientos habian empezado á la una de la mañana y que á las doce del dia, del 2 de Octubre todavía se oían algunas descargas. Era que se fusilaba tambien á los sospechosos cogidos en los alrededores.

Con sangre ha quedado escrita esa página de nuestra historia que se llama: "La Matanza de la Ciudadela."

Tremendo fué el castigo que se quiso imponer á los revolucionarios, abriendo aquel lago de sangre, en que

solo sufrieron la pena más de doseientos hombres que eran inocentes.

Ese acontecimiento, al cual no se le podrá quitar nunca el carácter de un asesinato en masa, es uno de los puntos oscuros en la vida gloriosa y brillante de D. Benito Juárez.



DIRECCION GENERAL DE

009 por obediencia, como en el caso de los
 años de la guerra civil, cuando el ejército
 del general Díaz se enfrentó a los rebeldes
 que se alzaron en nombre de la libertad y
 de la república.

El general Díaz, que era el gobernador de
 Oaxaca, se pronunció en la Noria, expidiendo
 el plan que le había remitido Benitez como
 aprobado por el Directorio; los generales
 Treviño y Naranjo impulsados por la comision
 compuesta de Carlos Diez Gutierrez y Juan
 Muñoz Silva se pronunciaron en Monterey,
 quedando autorizado el movimiento por la
 misma legislatura; Pedro Martinez que habia
 sido el primero como siempre en lanzarse
 a la pelea, habia atacado ya en camino de S-

CAPITULO XIII.

EN CAMPAÑA.

La hecatombe de la Ciudadela no produjo el terror que sin duda alguna se propusieron sus autores, pues que los movimientos revolucionarios léjos de abortar con aquel golpe, empezaron á menudear por todas partes.

El general Porfirio Diaz, sostenido por su hermano D. Félix que era el gobernador de Oaxaca, se pronunció en la Noria, expidiendo el plan que le había remitido Benitez como aprobado por el Directorio; los generales Treviño y Naranjo impulsados por la comision compuesta de Carlos Diez Gutierrez y Juan Muñoz Silva se pronunciaron en Monterey, quedando autorizado el movimiento por la misma legislatura; Pedro Martinez que habia sido el primero como siempre en lanzarse a la pelea, habia atacado ya en camino de S-

Luis al Saltillo el convoy que iba custodiando con 800 hombres el general Florentino Carrillo; en la Sierra de Puebla se habían levantado Mendez, Bonilla, Lucas y quien sabe cuántos otros, lo mismo que por todos lados se notaban levantamientos de más ó ménos consideración.

El general García de la Cadena que estaba en México cuando lo de la Ciudadela, corrió á ponerse al frente de sus huestes zacatecanas y lo mismo hicieron otros generales que estaban á la expectativa en la capital y para quienes aquel suceso sirvió como de señal para lanzarse al combate.

Donato Guerra insistió en su licencia, se la dieron y se fué luego á Durango á ponerse al frente de los muchos partidarios que se habían comprometido á seguirlo en aquel movimiento antijuarista.

Los nombres de todos esos caudillos que mucho habían combatido por la libertad tanto en la guerra de reforma como en la del imperio, daban el mayor prestigio á la revolucion, y sobre todo, la actitud de nuestro jefe el general Porfirio Diaz, que de seguro no habia de haber querido manchar todos sus timbres gloriosos, solo por satisfacer una indigna ambicion personal. De seguro que si él se lanzaba á la revuelta, era porque estaban peligrando las libertades públicas en manos de los hombres que gobernaban. Los nombres por lo mismo tanto de Porfirio Diaz, como de Treviño, Naranjo, García de la Cadena, Mendez, Bonilla, Marquez de Leon, Mier y Terán, Epitacio Huerta, Pedro Martinez y sobre todo la accion ca-

ballerosa que acababa de señalar como á un héroe de la edad media al general Donato Guerra, entregando sus fuerzas y su dimision al gobierno para poderle tirar el guante en seguida, dieron suficientes garantias al partido liberal, inspiraron confianza al pueblo é hicieron el movimiento revolucionario extraordinariamente popular.

Fué al menos el juicio que me pude formar, al haber atravesado media República, para llegar al seno de la Sierra Madre en el Estado de Nuevo Leon en donde me había dado cita el más bravo y el más patriota de los jefes de la frontera.

Por donde quiera que pasaba, las mismas autoridades se apresuraban á saludarnos, y léjos de tener que ocultar mis proyectos y hasta mi nombre como en otras muchas ocasiones, les iba diciendo ambas cosas á todo el mundo, lo que era para mi el mejor pasaporte y la mejor escolta.

Sin ningún tropiezo, pues, pude llegar con mi pequeña comitiva á Galeana en dónde fué magníficamente recibido por el coronel D. Francisco Martinez que en ausencia de su hermano D. Pedro, ejercia allí la autoridad civil y militar.

La pequeña poblacion de Galeana estaba convertida en una plaza de guerra: casi en todas las casas se estaba construyendo vestuario para la tropa y bajo la direccion, del general Vega estaba ya establecida una maestranza que elaboraba á gran prisa cartuchos de papel, granadas de mano y tiros de cañon, para una pieza de montaña que se habia desenterrado en Pabli-

llo. De allí también se habían sacado algunos mosquetes que estaban componiéndose, limpiándose y dotándose de municiones para ponerlos en brazos. Estos no faltaban puesto que diariamente estaban llegando partidas desde dos hasta veinticinco hombres, los cuales acudían al llamamiento que se les había hecho por conducto de las mismas autoridades. En la Sierra las autoridades siempre son las mismas, y aunque ostensiblemente se hallan á las órdenes de los gobiernos establecidos, llegado el momento oportuno no obedecen sino á sus naturales caciques, es decir á aquellos que por su valor ó por su dinero han logrado imponérselos.

Se había expedido una circular hacía quince días y todos acudían á alistarse acatando las órdenes de sus jefes, sin meterse á averiguar si el movimiento iba á emprenderse en contra del gobierno general ó en contra del gobierno del Estado. Esos rancheros de la sierra siempre están listos para pelear, y saben hacerlo, cuando se les convida, es la expresion de que se sirven, por un jefe en que ántes hayan sabido tener confianza.

—Y el general? pregunté á Francisco Martinez.

—Salió á campaña, me contestó.

—A campaña! ¿y con qué tropas?

—Con unos doscientos hombres que se mal equiparon apresuradamente; pero importaba pegarle un golpe á Florentino Carrillo.

No me acuerdo si me nombró la Angostura, la Enantada ó la Escondida, como el punto más apropó-

sito para dar una sorpresa á aquella fuerza. En resumen el paso era tan audaz cómo peligroso y en poco estuvo de que no diera los más felices resultados. A no haber salido herido el general Martinez en los primeros tiros que le disparó la columna enemiga ya desconcertada, la derrota de esta hubiera sido infalible y la ocupacion del convoy su consecuencia inmediata.

Esta fué la escaramuza que nosotros presenciábamos desde una de las cumbres que íbamos atravesando para penetrar en la Sierra.

Desde nuestro punto de observacion parecia aquello un juguete; pero segun los pormenores que obtuvimos despues de los testigos presenciales que se hallaron en la refriega, aquello fué serio y pudo ser de más serias consecuencias todavía.

La pequeña fuerza montada, de Martinez, se retiró del campo sin sufrir ningunas pérdidas ni ser molestada y la columna respetable del gobierno continuó apresuradamente su marcha para el Saltillo, en donde era esperada con ansia para reforzar los elementos de la plaza.

La herida del general Martinez no era grave, aunque pudo serlo, porque no se le atendió en forma sino hasta que llegó á Galeana. Mientras se le hacia la curacion, nosotros continuamos organizando con actividad nuestras fuerzas hasta formar una columna de seiscientos hombres, infantería, caballería y artillería. Esta última no valia gran cosa.

A esa sazon y cuando ya el general se encontraba

completamente restablecido, llegó Muñoz Silva con pliegos del cuartel general. El cuartel general se denominaba el del general Treviño que se encontraba en Monterey. Tenía un mes de pronunciado, y contando con los elementos del gobierno le suponíamos una fuerza de dos ó tres mil hombres.

Mandaba órdenes para que nos incorporáramos á su fuerza, que iba á moverse ya sobre la plaza del Saltillo. Nuestra incorporacion debia verificarse en un punto intermedio que se llama San Gregorio.

Aunque el cuartel general no nos auxiliaba con ningunos elementos de boca y guerra, tuvimos que proceder, como pudimos, á verificar nuestro movimiento, sujetándonos al rancho de la tropa tambien los oficiales, porque no habia un solo peso en la caja de la pagaduria general, para satisfacer ni la parte mas minima de nuestros haleres.

Cedí mi puesto de jefe de Estado Mayor, á mi antiguo Juan Muñoz Silva, y me conformé con desempeñar los cargos de asesor de guerra y secretario en campaña, componiendo yo solo aquella que no dejaba de ser una complicada y laboriosa oficina.

Si nos hubiéramos limitado á una mision pasiva, esperando que las circunstancias nos pusieran en la alternativa de combatir ó de defendernos, nuestra situacion habria sido mas fácil; pero el general Martinez era emprendedor é infatigable, y cuanto dinero le llegaba á las manos, lo empleaba en enviar correos y exploradores, tanto á los lugares en donde se encontraba el enemigo, como á aquellos en donde teníamos

esperanza de ser secundados, manteniendo una correspondencia nutridísima con infinidad de personas, con tal que estuvieran en cualquier actitud de servirnos. Así es que tanto en el dia, en las pocas horas que dábamos descanso á nuestras columnas, como en el silencio de la noche, en que todos dormian, nosotros trabajábamos, escribiendo nuestras notas, muchas veces debajo de un árbol, alumbrados por la candente luz de una hoguera vecina.

Nuestro campamento tenia el mejor vigilante en el mismo general Martinez que, acostumbrado durante la guerra de la intervencion á tener siempre muy cerca de sí á los franceses, no podia escuchar el menor ruido sin que se pusiera en asecho, registrando personalmente todas las avenidas y escondrijos.

A esto se debe que nunca haya sufrido mas sorpresa que la de Charco Escondido, en la que hubo las circunstancias especiales que conocen nuestros lectores. Cuando vino cubriendo la retaguardia del ejército mexicano, siempre detuvo á tiempo el impulso de los zuevos, y nunca lograron aquellos, á pesar de sus movimientos rápidos y audaces, encontrarlo desprevenido.

En esta vez, como si á él estuviera confiado el éxito de la revolucion, aparte de las varias proclamas, actas de adhesion, decretos y manifiestos que me hizo formularle, llevando su prevision y entusiasmo por la publicidad, al extremo de sacar un pequeño ramo de imprenta á campaña, para la publicacion de nuestro *Boletín*, mandó emisarios á García de la Cadena, á Donato Guerra, á Borrego, á Narvaez y á otros mu-

chos generales de varios Estados con quienes anteriormente habíamos estado en inteligencias.

En donde quiera que se encontraba un jefe ú oficial de cierta importancia, de los que nos habían acompañado en nuestras expediciones anteriores, era seguro que recibía una invitación para empuñar las armas con los elementos que pudiera reunir, y si no reunía ningunos para que se incorporara á nuestro cuerpo de ejército, en donde tenía de antemano la garantía de ser recibido cordialmente.

Así fué cómo, en poco tiempo, pudimos contar con un cuadro de buenos oficiales, para cuando estuviéramos en posibilidad de organizar una división de tres ó cuatro mil hombres.

Los que veíamos de cerca la actividad, decisión y buenas intenciones de aquel valiente jefe, lamentábamos que no estuviera en un teatro mas vasto en donde pudiera disponer de mayores elementos, seguros de que sabría mejor que cualquiera otro aprovecharlos.

Por mi parte, conocía poco las dotes militares de los generales Treviño y Naranjo, á cuyas órdenes íbamos á militar en lo sucesivo, imponiendo silencio á las aspiraciones que tuviéramos respecto de los horizontes que iba á abrirnos la revolución: puedo decir que tenía formado de los dos afamados fronterizos el juicio mas ventajoso; pero cualesquiera que fueran sus cualidades, me sentía pesaroso al considerar que el general Martinez iba á verse subalternado á ellos, no por la gloria, ni por el prestigio, ni por la ambición,

que alguna habia de satisfacer al elevarse mi jefe, sino porque creía que solo él conocia á fondo el arte de revolucionar.

—¡Ah! exclamaba, yo en mis conversaciones íntimas, si Pedro Martinez fuera el jefe militar de toda la Frontera, se podia responder con la cabeza del triunfo de la revolución.

A las pocas noches llegamos á un punto llamado Las Palomas, en donde tuvimos algunos tiroteos con el enemigo, que en guerrillas se habia mandado á observarnos.

Al dia siguiente, montamos á caballo el general Martinez y yo, para ir solos á un punto aislado en que por un resto de desconfianza nos habia dado cita el general Treviño.

—La plaza del Saltillo, que era la plaza de Saltillo, no
 se podía atacar por el lado del Saltillo, sino por el lado de

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

—Al Saltillo, se le llama Saltillo, y no se le llama Saltillo, sino

CAPITULO XIV.

EL CAMPAMENTO.

Nuestra primera entrevista con el general Treviño fué fria y ceremoniosa: tanto él como nosotros nos sentíamos embarazados con el recuerdo del acontecimiento de Charco Escondido, presentándose en medio de ambas partes como un abismo, que era fuerza franquear. El primero tenía que ser bueno, generoso, y extremadamente amable con nosotros para hacernos olvidar la pérdida de que fuimos víctimas: nosotros teníamos que ser poco rencorosos, olvidadizos, tolerantes, y sobre todo, subordinados. De esa única manera era posible la union entre unos y otros para poder continuar aquella campaña en que era preciso que hubiera unidad de miras, unidad de mando, unidad de accion, unidad de sentimientos y unidad de patriotismo.

Se habló de los elementos que había disponibles para emprender las operaciones sobre la plaza del Saltillo, se exageró un poco estos lo mismo que el espíritu marcial de nuestros soldados, se valorizó el poder del enemigo y se terminó acordándose que era muy conveniente apresurarse á atacar aquella plaza que dia por dia estaba reforzándose.

Hice alguna alusion sobre lo conveniente que habria sido pronunciarse en Monterey y amanecer en el Saltillo, para no haber dado tiempo á que se pusiera fuerte esa plaza y Treviño contestó:

—Solo hemos hecho el movimiento Naranja y yo para cumplir nuestros compromisos, pero cuando nos llegó la orden del general Diaz, fijándonos el primero de Octubre para pronunciarnos, no teníamos nada listo absolutamente, fué necesario prevenir á las autoridades que mandaran la gente y establecer una maestranza que está construyendo proyectiles para la artillería.

El general Martinez contestó:

—Nosotros tampoco tenemos nada, pero nos hemos levantado para pelear y aquí estamos listos para acapar el lugar que nos designes en el combate.

—No tienes tu bastante parque para un sitio?

—No: pero hay el suficiente para cinco dias.

—Con ese nos sobra, porque durarán tres nuestras operaciones.

En esta vez nos despedimos poco satisfechos de la reserva y hasta cierto punto de la ironía que habíamos empleado en nuestra conversacion, y Martinez

me dijo cuando íbamos caminando á caballo el uno al lado del otro:

—Gerónimo está orgulloso porque es el gobernador del Estado, y cree que tiene bastante con su nombre para tomar la plaza del Saltillo.

—Yo creo que influirá mucho el nombre de todos ustedes.

—La plaza está muy bien fortificada por un coronel italiano que es ingeniero, de apellido Guichonni y no la tomaremos en tres días como dice el general en jefe.

—Se tomará en ocho.

—O en quince, pero de todos modos Gerónimo ha perdido mas de un mes, en la mas completa inacción. Cuando yo salí á batir á Carrillo, era el momento de que él con cualquiera fuerza que tuviera, se hubiera echado sobre Zepeda que estaba desprevenido.

Zepeda era el gobernador de Coahuila, general intrépido y de recursos que no sabia desmoralizarse facilmente.

Haciendo estas y otras apreciaciones, llegamos á nuestro campamento en donde éramos esperados con ansiedad por los generales Juan Guerra, Bibiano Hernandez y otros que se ocupaban activamente en disciplinar nuestro pequeño ejército.

Como lo habíamos previsto, el valiente gobernador de Coahuila D. Victoriano Zepeda empezó á poner pequeños obstáculos que embarazaran nuestras combinaciones y ni de día ni de noche nos dejaba descansar con las guerrillas que destacó para que nos observa-

ran y aun estuvo á punto de hacer una salida para batirnos en detall, cosa que no llegó á verificarse porque el jefe de la plaza D. Florentino Carrillo, tenia órdenes de no aventurar ningun combate y de mantenerse á la defensiva mientras le llegaban refuerzos de S. Luis Potosí.

El general Orellana, que habia logrado ponerse en campaña seguido de algunos amigos, se habia incorporado ya á las fuerzas de Treviño quien lo habia detenido á su lado dándole á mandar un cuerpo de rifles con armas de repetición. Este jefe era de los nuestros, pero se le distinguió tanto por Treviño y Naranjo que se vió precisado á seguir á las órdenes de estos caudillos, sin embargo de que estaba casi comprometido, cuando ménos por las ligas de la revolucion anterior, á militar en nuestras filas.

Al dia siguiente hicimos un movimiento de aproximacion al campamento de Treviño que seguia ocupando la posicion de S. Gregorio en el camino de Monterey al Saltillo y fuimos invitados á pasar al Cuartel General, en dónde dimos un abrazo á muchos de nuestros amigos antiguos y compañeros que allí se encontraban.

Entónces conocí á un americano de generosos y nobles sentimientos, amigo entusiasta de Treviño que se habia convertido en proveedor voluntario, quien á sus propias expensas surtia la despensa del general en jefe y su estado mayor proporcionándoles buenos vinos y buenos comestibles.

Después que llegamos fuimos invitados á hacer un

brindis para celebrar nuestra union y nuestras próximas victorias, y el americano cuyo nombre siento no recordar en los momentos en que escribo estas líneas, que presto se hizo amigo de todos nosotros, se apresuró á mandarnos servir un brandy cocktail que todos apuramos con el gusto de saborear esta especialidad de bebidas, en un campamento mexicano en que por lo comun se carece hasta de lo mas preciso para la vida y en donde casi nunca se ven las cosas de regalo.

Pasado un rato de agradable conversacion, Juan Muñoz Silva propuso que se repitiera el sorbo y entonces con la mejor intencion tuvo la malaventurada idea de recordar las cosas pasadas, exhortándonos á la union mas sincera una vez que éramos todos liberales y estábamos combatiendo por la misma causa, por mas que detalles insignificantes nos hubiéran antes dividido.

Como al hablar de detalles insignificantes fijó en mí la mirada creyendo adivinar que no me conformaba con la calificacion, agregó que yo que tenia mas motivos que nadie para sentirme adolorido, porque sin necesidad alguna habia sido víctima de grandes malos tratos y humillaciones, era el primero en olvidarlo todo, escitándome á que declarara allí, si nó muchas veces en nuestras confidencias íntimas le habia confesado, que en el fondo de mi corazon estaban completamente perdonados los que tanto mal me habian hecho despues del injustificado suceso de Charco Escondido.

Las palabras de Muñoz Silva dichas en aquellas

circunstancias y con un acento de sinceridad y de patriotismo irreprochable, me conmovieron profundamente y con las lágrimas en los ojos, ahogado por el llanto, apenas pude balbutir algunas frases entrecortadas, pero muy sinceras, y me arrojé en brazos de Treviño. Este me acogió friamente y luego dijo con marcado sarcasmo:

—Que bien saben Vds. hacer la comedia.

Como si el frio de una espada nos hubiera pasado por el centro del corazon, cayeron aquellas palabras sobre nosotros, produciéndonos la impresion mas desagradable, nos cruzamos una mirada Martínez, Muñoz Silva y yo y dejamos las copas sobre la mesa sin apurarlas.

Diez Gutierrez y el americano hicieron grandes esfuerzos para reponer el daño que nos habia hecho, especialmente á mí, el general Treviño, pero era ya tarde, pues segun la expresion vulgar, un plato que se rompe ya no puede volver á quedar servible y dos veces se habia ya roto entre nosotros el ánfora que depositaba nuestros más elevados sentimientos.

Sentí como que las lágrimas desandaban el camino recorrido para volver al lugar de donde habian empezado á salir como un desbordamiento de ternura, y que eran reemplazadas por un torrente de indignacion que queria saltar de las mejillas.

Nunca ha tenido el despecho mas razon para apoderarse del ánimo de una persona.

Yo estaba en situacion tal que hubiera deseado que

en aquel momento se abriera la tierra y nos tragara á todos sepultándonos en un profundo abismo.

El general Martínez atajó la contestacion que iba á salir de mis labios, pidiendo órdenes para el servicio y los otros amigos me sacaron del alojamiento del general en jefe casi bamboleando.

Desde ese día se marcó la mas completa separacion en nuestros respectivos campamentos, que solamente se comunicaban para todo cuanto exigia la disciplina militar, sin intimarse relaciones y antes bien tratándose los jefes con estudiada reserva.

Orellana era el único que con su carácter alegre sabia quitar á aquellos campamentos su monotonía, inventando travesuras felices; pero estábamos todos los demas muy distantes de manifestarnos con el buen humor que desplegábamos cuando sitiábamos á Matamoros y vino el general Hinojosa con todos sus elementos (con un clarín y con Tomas Salazar) á incorporarse con nosotros.

Pero en cambio esta especie de rivalidad entre ambas fuerzas sirvió mucho para que los jefes de cada una se esforzaran en hacerlas lucir. Por ejemplo: en nuestro campamento, desde que amanecía estaba el general Juan Guerra instruyendo á sus pelotones en el arma de artillería, con las dos piezas de montaña que poseía nuestra famosa division y Bibiano Hernandez daba cargas fantásticas con sus famosos lanceros destrozando las labores sembradas que osaban aparecerse á su paso; y en el campamento tambien de las fuerzas del gobierno de Nuevo Leon, el general

Laing y otros muchos que allí habia tan valientes y tan empeñosos como Orellana, procuraban poner sus cuerpos listos para entrar en combate.

Solo que perdiamos un tiempo precioso, porque el parque de artillería que se estaba construyendo en Monterey venia diariamente en una cajuela de la diligencia y este modo lento de hacer la conduccion de los proyectiles que iban á derribar los muros de una plaza bien fortificada y bien defendida, daba pocas esperanzas de que se llegara un día en que pudiera formalizarse el asedio.

El mismo americano amigo de Treviño no obstante ser flemático como buen yankee llegó á impacientarse y corrió á Monterey para espeditar él mismo el acarreo del parque de cañon, proporcionando unos guayines.

Este viaje le sirvió para reforzar el carro de la vitualla que tambien habia llegado á agotarse completamente.

Cuando regresó aquel de Monterey nos dejó maravillados con la cantidad de provisiones que para el uso del cuartel general le acompañaba. Traia hasta cocinero y un compositor de bebidas americanas, de esos que con una habilidad sorprendente pasan todo el líquido que tienen en un vaso en la mano derecha á otro que cogen con la mano izquierda y viceversa, formando un arco perfecto con la bebida en el momento de trasladarla de uno á otro recipiente.

Tambien llegaron las municiones de guerra que se esperaban, y Treviño mandó llamar á Pedro Marti-

nez para ponerse de acuerdo con él en las operaciones militares.

Desde nuestra llegada, había sido reconocido el segundo como cuartel maestro, y en esa virtud yo era quien redactaba las órdenes generales, y quien llevaba todo el peso del servicio militar, que se estaba haciendo en el campamento, con todas las precauciones de un ejército en campaña que tiene el enemigo al frente.

Martinez se dedicaba exclusivamente á dar la mejor organizacion á la tropa y á cuidar de su instruccion y buen equipo.

Nuestro armamento era completamente desigual en el campo de Martinez, teniamos desde carabinas de Spencer del sistema novísimo, hasta mosquetes que ardian cuando disparaban una docena de tiros, acabándose el servicio de tales armas generalmente por la culata; pero en esa diversidad de bocas de fuego, existia sin embargo el mayor orden, estando clasificados los hombres que debian llevarlas y el número de tiros de que podia disponer cada uno, sin que pudiera haber temor de que fueran á equivocarse los calibres como muchas veces ha sucedido en lo mas serio y comprometido de una batalla.

—Dispon la marcha, dijo Treviño al general Martinez, ya estamos listos para ir á sitiar la plaza del Saltillo.

En el acto me puse á redactar la orden general, con las recomendaciones y prevenciones de estilo.

En la marcha, nosotros tomábamos la vanguardia, el parque en el centro y los mejores cuerpos de caballería cubrian la extrema retaguardia.

La orden de levantar el campamento aquella misma tarde, produjo un hurra entusiasta en todo el ejército, en el cual sentíase ya la nostalgia de la guerra.

En la noche, nosotros nos quedamos en el campamento en el centro y los demás en los alrededores. El día siguiente, el enemigo se retiró y nosotros nos quedamos en el campamento en el centro y los demás en los alrededores.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



CAPITULO XV.

EL PLAN DE LA NORIA.

Nuestras marchas se hicieron con regularidad procurando llegar al Saltillo en pleno día. Serian las nueve de la mañana cuando nos avistamos, hicimos un rodeo á la poblacion para entrar por la parte alta en donde está situada una finca que Treviño escogió para Cuartel General y que entiendo es un molino apartado de la poblacion.

El general Martínez fué el encargado de tomar posiciones en los pocos puntos que nos habia dejado el enemigo, é hizo avanzar la columna yendo nosotros con el Estado Mayor, á la cabeza. Luego que estuvimos á tiro de cañon, dominados perfectamente por dos fortalezas que teniamos á nuestro frente sobre los ce-

rrros inmediatos, se nos dirigieron algunas granadas. La tropa no llegó á desconcertarse y siguió avanzando hasta quedar cubierta con los muros de las primeras casas.

En esta maniobra el general Martínez desplegó gran serenidad de ánimo, prudencia y tino, pues sin perder un solo hombre se colocó con sus tropas debajo de los fuegos del enemigo de los fuertes elevados, que eran los mas peligrosos. Cuando estuvimos en las primeras calles se nos hizo un fuego nutrido de fusilería de todas las alturas, que no fué contestado por orden expresa del que en las operaciones de combate habia tomado el mando supremo.

El general Laing con su caballería fué colocado en nuestro flanco derecho protegiendo las operaciones de la infantería que habia de avanzar por aquel punto para cortar en su oportunidad una iglesia fortificada que entiendo lleva el nombre de el Calvario. El flanco izquierdo fué apoyado en artillería é infantería porque allí estaban los fuertes y el terreno se presentaba escabroso. El centro lo ocupamos nosotros con las columnas de ataque,

En el molino se situó el Cuartel general y algunos cuerpos de caballería de reserva mandados por Naranjo y Orellana Noguera.

Luego que los fuegos pudieron permitirnos hacer un reconocimiento mas detallado, establecimos las líneas de circunvalacion, ocupando cuatro manzanas de frente que eran las que debian ser horadadas para seguir avanzando, segun lo permitieran las circunstan-

cias, por el lado que habíamos ocupado que era el único que presentaba mas accesible la ciudad, la cual se había tenido tiempo de fortificar con triples trincheras, hasta venir á formarse el último reducto en la plaza.

Desde luego comprendimos que la empresa no era de fácil realizacion ni de un éxito siquiera probable con los elementos que nos acompañaban. El enemigo era mucho mas fuerte que nosotros en todos respectos: poseía muy buenos cañones y un número infinito de bombas y granadas, con cuyos proyectiles no dejaba de molestarnos ni de dia ni de noche; tenía sobre las armas cerca de tres mil hombres muy bien municionados, de los cuales dos mil eran del Ejército, llevando sobre los nuestros las ventajas de la disciplina y del espíritu militar; esos tres mil hombres eran mandados por jefes espertos que sabían ademas que pronto serían auxiliados con tropas de refresco por el gobierno general. La plaza estaba provista de recursos abundantísimos de boca y guerra y de excelentes fortificaciones sostenidas por dos fuertes hechos en toda regla y bien artillados que dominaban, desde las eminencias en donde estaban colocados, las tres cuartas partes de la poblacion.

Nosotros contábamos dos mil quinientos hombres á lo mas, de los cuales había que descontar el gran número de agregados que siempre llevan consigo los que se pronuncian, el de los que no tenían armas y el de los reclutas, que durante el tránsito se habían separado de los campos de labranza para meterse á las

filas. Nuestra artillería ademas de ser escasa no estaba bien dotada de parque y á poco se notó que el que nos estaba llegando de Monterey se encontraba húmedo, mal equilibrado y en pésimas condiciones para operaciones de sitio. Mientras que abundaban los botes de metralla muy buenos para batirse en descubierta, se carecía de bombas y de balas rasas, que eran los proyectiles que allí se necesitaban para abrir brechas ó apagar los fuegos del enemigo.

Y todo eso no era nada, una vez que aunque reducida nuestra tropa estaba animada del mayor entusiasmo y demostraba siempre el mayor ardor por combatir, sino la poca union que reinaba entre nuestros jefes superiores. Desde que Martínez había tomado á su cargo las disposiciones para establecer el sitio, los jefes de cuerpo de las fuerzas de Treviño recibían refunfuñando sus órdenes y sólo obedecían por el instinto de la propia conservacion al frente del enemigo.

La desconfianza, el recelo, la tirantez con que se veían y trataban los generales Treviño y Martínez, cundía á los jefes y oficiales de ambas fuerzas y sólo alguna vez servía de estímulo todo esto para darse mayores pruebas de valor y alcanzar hechos de armas mas brillantes.

En otras ocasiones perjudicaban mucho estos celos y competencias, segun se verá en los casos que voy á tener que referir despues. Por ahora basta á mi intento afirmar que los sitiados tenían las mas grandes ventajas sobre los sitiadores, principalmente por

que á estos les faltaba armonizar bien su accion y sus intereses.

En los primeros dias del sitio íbamos siempre á recibir órdenes y á rendir parte circunstanciado de las operaciones practicadas al Cuartel General; pero en una vez se nos dijo que el general Treviño dormia, que habia estado indispuerto y no podia despertársele, pudiéndonos entender con su secretario el Dr. Manuel Fernández á quien le habia dejado sus instrucciones.

Desde tal ocasion yo fui quien seguí concurriendo al Cuartel General á rendir los partes y á recibir las instrucciones, entendiéndome casi siempre con el Srío. Fernández porque el general en jefe seguia con sus indisposiciones cotidianas, hasta un dia en que los indios cazadores de venados que estaban en la plaza me hirieron el caballo. Esos indios cazadores de venados, contratados por los de la plaza, eran kikapoos y muy diestros en el tiro de rifle de garbanzo. Estaban apostados fuera de uno de los fuertes en un punto en que se dominaba todo lo ancho de la calle mas frecuentada por nosotros, siendo ese el punto desde donde lograron hacernos algunas bajas, en los primeros dias del sitio.

El general Martinez ya no quiso permitir que se transitara por allí sino en casos indispensables y á mi me prohibió terminantemente que continuara haciendo mis espediciones de tres y cuatro veces al dia al Cuartel General.

Prefirió echarse encima toda la responsabilidad de

sus actos, dictando todas las disposiciones que le parecieron convenientes para activar todas las operaciones. Era cierto que no cubria las fórmulas de la disciplina militar y que acaso producía gran disgusto con su proceder al general en jefe; pero en cambio se sentía mas desembarazado y podia obrar con mas libertad.

La línea toda habia avanzado dos calles en sus trabajos de circunvalacion y ya muy pronto iban á establecerse los parapetos á cinco metros de distancia de las murallas construidas por el enemigo. Este que se sintió amenazado por el peligro inminente que iba á poner sobresaltada á la guarnicion con la amenaza de un próximo asalto, probó en un dia á la señal de las doce en punto romper la línea y efectivamente la rompió en los momentos de la sorpresa.

Casualmente los puntos atacados fueron los que nosotros vigilábamos mas directamente en el centro y aquí fué donde se sorprendió primero á nuestros centinelas y luego á nuestras guardias que fueron lanzadas de sus puestos inmediatos á los parapetos que dentro de las casas y en las calles se habian improvisado. Una columna de infantería de cuatrocientos hombres con arma al brazo y protegidos por un fuego que se hizo general en toda la línea, se metió entre nosotros produciendo la confusion mas espantosa.

Nuestros soldados y nuestros oficiales comenzaron á retirarse en desórden y principalmente los que sintieron descubiertos sus flancos por donde se habia roto la línea.

El general D. Pedro Martinez que jamas llegó á

desconcertarse ni en los lances mas criticos, acudió con ánimo sereno á donde era mas inminente el peligro á dictar sus disposiciones: comprendió que íbamos á ser envueltos y derrotados en toda la línea si no se dictaba oportuno remedio y mandó uno tras otro á sus ayudantes por las reservas. Yo mismo iba en busca de ellas porque ya estábamos siendo vencidos si no se presentaban en el acto á recobrar el terreno perdido, cuando me encontré con el general Manuel Orellana, con cien de sus rifleros que pié á tierra y arrastrando sus sables se precipitaron haciendo un fuego vivísimo sobre el engreido enemigo que se habia posesionado de nuestras líneas.

El ataque fué tan vivo y tan oportuno que no pudo ménos que hacer retroceder al enemigo en desorden, el cual volvió á sus posiciones y todavía de allí mismo fué rechazado por los nuestros que habian recobrado ánimo en toda la línea. En consecuencia, nuestra derrota que parecia ya inmediata, se convirtió en una espléndida victoria, gracias á la intrepidez con que se lanzó Orellana con su puñado de hombres á recobrar las posiciones que habíamos perdido. En esta vez lo que nos ayudó tambien poderosamente fué el fuego graneado producido por las armas de repetición de la reserva, pues no parecia un ataque de cien hombres sino de cien mil con el eco de las detonaciones reproducido en el interior de las habitaciones en donde se hizo mas encarnizado el combate.

A los dos dias de este suceso llegaron á visitarnos al oscurecer los generales Treviño y Naranjo: andá-

bamos enseñándoles nuestras obras de *aproche* cuando nos fué anunciado un correo del interior que venia cargado de pliegos.

¿A que no adivina el lector lo que nos traía? La noticia oficial del pronunciamiento de Oaxaca con los generales Diaz á la cabeza y el famoso plan de la Noria, cosas ambas que todavia nos eran desconocidas en aquellos términos. Es decir, sabíamos que el general Diaz debía haberse pronunciado, pero no nos constaba el hecho comunicado por él mismo. Del mismo modo sabíamos cual era el plan, pero ignorabamos como habia quedado redactado el texto definitivamente.

Estábamos á la sazón en una casa atrincherada y llena de troneras; á seis pasos de nosotros estaba la fortificación del enemigo y allí sobre los tambores y los sacos de tierra formamos corrillo y mientras los generales formados en rueda, alumbraban teniendo la en la mano unos mecheros alimentados con manteca, yo me puse á leer en voz alta los principales documentos.

Todos oían con mucha atencion los considerandos del plan de la Noria sin oirse una que otra expresion de disgusto cuando se hacia mérito por ejemplo de la eliminacion de los lerdistas y de otras generalidades; todos escuchaban con el mas religioso silencio la lectura de aquel importante documento que iba á servirnos de bandera, cuando repentinamente fuimos interrumpidos por una lluvia de balazos. El enemigo estaba tan cerca que probablemente habia advertido nuestra reunion allí y se proponia acabar

de un golpe la lucha: entónces apagamos las luces y cada cual se dirigió á ocupar su puesto, recogiendo por mi parte con toda calma cuantos papeles estaban esparcidos por el suelo.

El fuego de cañon y de fusileria se estendió por toda la línea, sin que nadie supiera quien atacaba á quien, ni qué objeto podia tener aquella granizada de balazos, dirigida casi al viento, una vez que el primer impulso del enemigo que nos quiso sorprender habia sido rechazado con el solo fuego que nuestros soldados le hizo por las troneras.

Al dia siguiente que ya no estábamos en reunion, tuve oportunidad de leer primero para mi todo el plan de la Noria y de leerlo despues de cabo á rabo á cada uno de los generales. Treviño lo encontró insustancial; Naranjo poco á propósito para conmover á las masas; Guerra inpolítico y todos los demas lo veian como un plan lleno de vacios y con mucha sobra de palabras, sin significado y sin objeto.

El general D. Pedro Martinez escuchó la lectura del plan con suma atencion y me dijo despues de haber reflexionado un momento:

—Si triunfamos, aunque el plan sea malo, todos lo han de tener despues como bueno. Lo principal por lo mismo es triunfar.

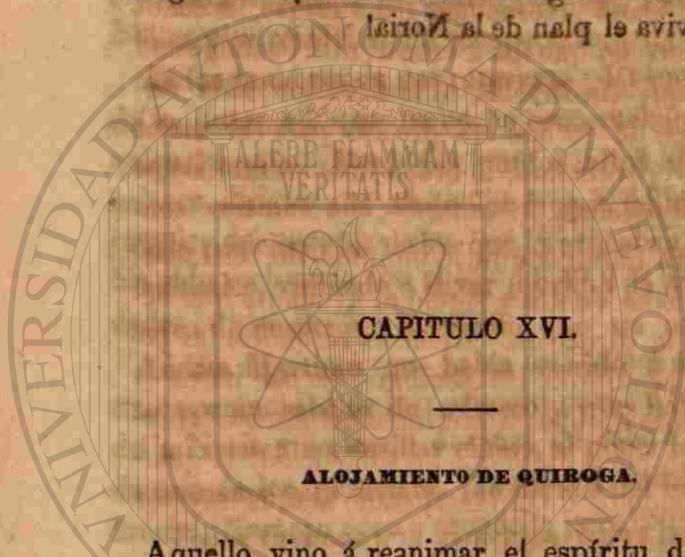
—¿Y en seguida?

—Cuando sea nuestra esta plaza y tengamos un apoyo de cinco mil hombres, podremos renirnos los jefes y proponer al general Diaz la reforma del plan.

En seguida llamó á sus ayudantes, les repartió los impresos y les dijo:

—Háganlos vds. leer en toda la línea, cuidando de que al concluir se grite fuertemente: ¡viva el general Diaz! ¡viva el plan de la Noria!

En seguida llamó á sus ayudantes, les repartió los impresos y les dijo: —Háganlos leer en toda la línea, cuando de que al concluir se grite fuertemente: viva el general Díaz! viva el plan de la Noria!



Aquello vino á reanimar el espíritu de la tropa que veía correr los días unos tras otros sin que se alcanzara una ventaja positiva, pues como que los sitiados estaban siempre alerta y defendían el terreno pulgada por pulgada con buenas tropas de línea, nada podíamos hacerles en verdad, equilibradas como se encontraban nuestras fuerzas.

A esta sazón ocurrió que uno de los jefes más valientes de la División Martínez, que había sido destacado para proporcionar algunos recursos, el general Bibiano Hernández, llegó al campamento. Con quien primero tuvo que encontrarse fué con el general en jefe y este le ordenó que con sus doscientos hombres mal municionados ocupara el punto del Calvario, po-

sición aislada del enemigo y que no tenía más alturas inmediatas que la defendieran que las torres del mismo edificio.

Aunque Bibiano Hernández iba á ciegas, no conociendo ni el terreno que iba á cruzar, ni el enemigo con quien tenía que habérselas, ni la situación de la fortaleza, ni nada de lo que era preciso para el mejor éxito de sus operaciones, la orden fué perentoria y se apresuró á obedecerla.

Sin siquiera tomarse quince minutos de descanso, mandó dar media vuelta y siguió al ayudante que debía indicarle la dirección. Mientras reconocía las posiciones, descendieron las sombras de la noche y aprovechándose de ellas atacó inmediatamente la fortaleza con tan buen éxito que los soldados de la guarnición sorprendidos de tan inesperado ataque huyeron á toda prisa para la plaza.

Lo difícil en la guerra no es asaltar un fuerte y tomarlo, sino poderlo conservar después de agotadas las municiones, cuando viene á recuperarlo una columna de tropas de refresco. Muy pocos son los jefes que pueden poner en orden á sus soldados dentro de un reducto obligándoles á guardar el parque para el momento preciso. El soldado no quiere que se aproxime el momento de ver al enemigo cargando á la bayoneta y por eso comienza á hacerle fuego desde que lo avista pretendiendo intimidarlo con el ruido de un fuego graneado, sin comprender que lo pierde tanto apresuramiento.

Inmediatamente que Zepeda y Carrillo supieron

que habian sido desalojados del Calvario los cincuenta ó sesenta hombres que sostenian la posicion, aunque aislada, comprendieron que podia servir de apoyo para atacar á la ciudad por sus puntos mas débiles y se resolvieron á recuperarlo, cargando cuatrocientos hombres de sus reservas. El combate volvió á empeñarse á la media noche con mucha violencia por aquel rumbo. Desde los puntos altos que ocupábamos veíamos allá abajo los fuegos de los defensores de la posicion y los de los que la atacaban, de un modo fantástico, viniendo á silvar muchas de aquellas balas cerca de nosotros. Recuerdo que un ordenanza de Andres Martinez que habia venido á mi alojamiento por un caballo de refresco y que habia ayudado á mi asistente á ensillar el mio, al poner las riendas en mis manos para alejarse fué herido del brazo.

Todos tuvimos que ponernos sobre las armas, haciéndose como en todas las veces en que habia un ataque de un punto, el combate general en toda la línea. Es decir, no se peleaba en realidad en toda la línea, pero se hacia fuego quemándose gran cantidad de pólvora en arrojar proyectiles que iban á estrellarse en las trincheras que defendian á unos y á otros.

Verdaderamente en donde estaba empeñado el combate era en aquel punto que trataban de recuperar los sitiados y que lo atacaban con artillería é infantería de la manera mas vigorosa.

En los momentos en que estaba mas empeñado el combate, supe que Bibiano Hernández mandaba por

segunda vez pedir con urgencia refuerzos y municiones. Lo que mas reclamaba eran municiones pues ya no le quedaba mas que un número muy reducido de tiros por plaza. Iba á tener que rendirse por falta de cartuchos.

—¿Y le han mandado los auxilios que pide? pregunté.

—No.

—A quien se ha dirigido pidiéndolos?

—Al general Treviño.

—Y este no lo ha auxiliado?

—No señor.

Entonces monté en mi caballo y al galope largo, y seguido de mi asistente me encaminé al Cuartel General.

Treviño estaba de pié rodeado de todo su estado mayor. Desde el punto en que se encontraba, se dominaba perfectamente el panorama y se veia muy bien que los fuegos de nuestra gente que defendia el edificio atacado eran muy flojos. Casi puede decirse que iban apagándose como exhalaciones.

En ese momento llegó un oficial, á quien le habian matado su caballo pié á tierra pidiendo otra vez mas auxilios como enviado del general Bibiano Hernández.

—Quien está allí á caballo? preguntó Treviño.

—Yo, le contesté.

—Bueno: vd. que está montado vaya y diga al general Laing, que auxilie con su cuerpo al Calvario, pero inmediatamente.

Volví la cara y comuniqué la misma orden á mi criado que partió al galope á cumplirla.

En el estado tan tirante en que nos hallábamos allí unos y otros, comprendí que teniendo Treviño tantos ayudantes á su alrededor, bien podia desde antes haber encargado á alguno de ellos de la comision, aunque hubiera tenido que ir á pié á desempeñarla, porque el punto que ocupaba Laing con una de las reservas no distaba de allí trescientos metros. Además me proponia dirigir algun reproche al general en jefe, respecto del abandono en que habia dejado aquella fuerza sacrificando á uno de nuestros jefes mas valientes.

General, le dije, ya va mi asistente á cumplir la orden de vd. y la cumplirá mejor que si yo fuera; pero ¿no le parece á vd. que ese auxilio será ya infructuoso?

—Ha sido una leccion esta para Hernández, para que no vuelva á consumir todas sus municiones imprudentemente, me contestó.

Ya parece que concluyó todo, dije señalando el punto del combate, en donde solo se veia uno que otro fogonazo y se oia una que otra detonacion.

—Se han retirado los asaltantes, dijo uno.
—¿Cómo se habian de retirar si ya no habia parque con qué hacerles fuego? dije yo con un ímpetu que apenas podia contener.

Se trataba á la vez de mandar uno ó dos ayudantes para que acompañaran á Laing, cuya columna pintando una faja negra en el horizonte comenzaba á destacarse, cuando llegó otro oficial disperso diciendo que

los de adentro habian recobrado la posicion, muriendo allí la mayor parte de los nuestros. Ignoraba la suerte que habria corrido el general Bibiano Hernández.

Mi asistente volvió y nos dirigimos ambos á nuestra línea en busca del general Martinez.

Allí estaba ya Bibiano Hernández rodeado de todos los nuestros que le felicitaban por la hazaña brillante que habia hecho apenas llegado á nuestro campo. En seis horas habia batido el cobre al enemigo tomándole una posicion y la habia vuelto á perder despues de disputársela sin parque ni soldados y sin recibir refuerzo alguno.

No pongo las palabras que se pronunciaron allí porque ya el lector debe suponérselas. Todos acusaban á Treviño de haber sacrificado á una fuerza nuestra y de haber querido que pareciera tambien uno de los jefes principales de la division de Martinez.

Verdaderamente parecia increíble que no hubieran quedado debajo de los escombros de aquella posicion el valiente jefe con todos sus soldados, despues de haberse visto aquel breve pero muy animado combate que parecia ser sostenido por dos mil hombres y no por cien que eran los de la fortaleza cuando fué atacada. Sesenta ó setenta habian sido destacados á sostener un flanco y no habian podido volver á incorporarse.

Asi es que la defensa del fuerte se hizo con cien hombres mal armados y peor municionados contra

una columna de refresco de cuatrocientos, apoyada con artillería.

Aquí también hay que hacer mención de un suceso que estábamos tratando entonces y el cual era considerado como uno de los más delicados de aquella época.

En la frontera americana, en el pueblo Laredo de Texas, vivía un general mexicano de los más valientes y más audaces que ha tenido nuestro ejército, habiendo tenido en nuestras guerras intestinas hazañas que habían hecho fijar en él la atención.

Por ser leal al jefe que lo había sacado á la escena, al general Vidaurri, y por seguir las opiniones políticas que se le habían formado en el ejército permanente, había prestado sus servicios al imperio. Fué perseguido y después de ver fusilar á su amigo y protector en México, pasando trabajos increíbles logró refugiarse al país vecino y aun allí mismo fué seguido de la saña de Treviño y Naranjo que lo odiaban de muerte.

No podían ser amigos de los que fueran amigos de Quiroga y por eso eran enemigos también del general D. Juan Guerra.

Pero es el caso que yo había sido muy bien tratado por aquel general Quiroga, que me había recibido en su casa, que me había asegurado que tenía ideas tan liberales como el mismo Juárez, y los más vivos deseos de que fueran conocidas en la práctica, que quería rehabilitarse, que estaba arrepentido muy de veras de haberse echado la mancha de traidor y que

en fin quería revolucionar con nosotros cuando fuera oportuno.

Después seguimos en relaciones y le dijimos en carta á Martínez y yo que ya había llegado el momento oportuno.

Desde que estábamos en Galeana, recibimos cartas de Quiroga en que nos decía que ya se estaba preparando para presentarse á nuestro lado con unos quinientos hombres cuando menos de buena fuerza.

Ya nadie se acordaba de Quiroga, cuando recibimos un correo que nos mandaba á mi y á Martínez. Se encontraba á cinco leguas y traía á sus órdenes alguna gente de infantería y caballería que se le había incorporado. Allí estaban con él todos aquellos valientes oficiales que en defensa de causas más malas les habían proporcionado tan brillantes victorias.

Fué necesario avisar al general en jefe que allí estaba aquella fuerza que quería incorporarse á nuestra división. Treviño y Naranjo nos opusieron una viva resistencia, diciéndonos que Quiroga era el mayor bandido, el mayor traidor y el más infame de los mexicanos, pero que no estábamos en situación de rehusar aquel auxilio ni de hacernos de un enemigo sumamente peligroso y convinieron en aceptarlo, fingiendo que les causaba placer aquella incorporación.

Quiroga se acercaba con desconfianza, pero desde luego que nos vió á nosotros que fuimos á recibirlo, dejó su fuerza y no tuvo embarazo en acompañarnos al Cuartel General.

Treviño y Naranjo no son diplomáticos, así es que

por mas que quisieron disimular la repugnancia que les inspiraba Quiroga, siempre la dieron á conocer hasta en el timbre de la voz y en lo inseguro de las palabras.

Treviño le dijo á Quiroga señalándole el terrible fuerte levantado por Guiccioni en la cumbre de la Montaña y cuyo fuerte nos seguia haciendo daño con su artillería impidiendo que hiciera algun progreso nuestra línea.

—General: allí está el alojamiento de vd.

—Es un fuerte del enemigo? preguntó Quiroga con calma.

—Sí.

—A que horas quiere vd. que lo tome?

—En la madrugada; antes que aparezca la primera luz, yo haré la señal con un cohete.

—Está bien.

Quiroga saludó y se fué acompañado de muchos oficiales y paisanos suyos que lo estimaban.

El general Martínez y yo nos quedamos procurando desvanecer las malas impresiones que tenían de Quiroga aquellos jefes fronterizos, quienes deseaban que muriera de una vez en aquella comision temeraria que le habian designado.

Todos estuvimos despiertos en nuestros alojamientos y con los caballos ensillados por lo que pudiera suceder, esperando el cohete que habia de lanzar Treviño.

Eran las cuatro de la mañana cuando un gran cohete se elevó á las nubes desde el Cuartel General.

Al mismo tiempo casi salieron fregonazos de toda la artillería del fuerte que muy presto no volvieron á oirse mas. El fuego de fusilería no acertaba á verse y se oia muy sofocado.

—Qué habrá sucedido? preguntábamos.

—Habrán rechazado á Quiroga?

De improviso resonó el toque de diana en el fuerte y fué repetido en los puntos de nuestra línea mas inmediatos.

Quiroga habia atacado el fuerte de improviso y lo habia tomado, enviándole á Treviño un parte verbal en que le decia:

Que estaba en el alojamiento que se le habia designado y que esperaba nuevas órdenes parecidas á aquella para tener el gusto de seguirlas cumpliendo.

Hasta los tigres se hubieran humanizado con aquella noble conducta y sin embargo, cómo no se extinguió el odio que se profesaba al general Quiroga, tendremos oportunidad de observarlo mas adelante.

el que había rendido Quiroga, era de presumirse que no tardaría en caer en nuestro poder.

Los momentos eran preciosos y debían aprovecharse para hacer el último esfuerzo á fin de acabarnos de apoderar de la plaza, no dejando escapar aquellos buenos elementos. Si esto no sucedía, el enemigo podía escaparse por la parte de la ciudad hácia el Norte, que se encontraba enteramente descubierta, dejándonos escombros y ruinas como premio de la victoria.

En esta virtud monté á caballo y fui en comisión á hablar con el general en jefe respecto de este asunto.

—Me envían á vd. le dije, para conseguir la orden de dar el asalto general.

—El asalto general, me contestó, no puede darse, porque no ha llegado el parque que hemos encargado á Monterey. En este momento acabamos de mandar otro correo y estoy seguro de que dentro de tres ó cuatro días nos llegará el parque suficiente para un asalto.

—Los jefes que están en la línea dicen que este es el momento, ó se pierden todos los sacrificios que se han hecho.

—Por qué?

—Porque no teniendo parque para continuar un combate que está ya comenzado y comprometido, los sitiados harán una de dos cosas: ó rompen el sitio y nos derrotan acá abajo, desentendiéndose de los fuertes, ó esta noche evacúan la ciudad dejándonos un montón de ruinas.

CAPITULO XVII.

ENTRADA AL SALTILLO.

Tras aquel combate, los sitiados hicieron desesperados esfuerzos para recobrar el fuerte, pero ahora tenían que habérselas con un jefe experimentado que, solo se defendía de las columnas que se le lanzaban, con botes de metralla, reservándose las municiones de fusil para cuando el enemigo estuviera á boca de jarro.

Con este motivo el combate al amanecer se hizo general en toda la línea y mientras que las casas eran descubiertas para atender á los fuertes, nosotros pudimos avanzar hasta encontrar la última línea, que era la que defendía el Palacio y los edificios que rodean la Plaza Principal.

El enemigo conservaba aún el segundo fuerte, que sufría á la vez un rudo ataque y que dominado por

—Pues ¿y con qué parque damos el asalto? Diga vd. á Pedro esto mismo y no podrá menos de conver-
nir....

Regresé á la línea al galope llevando aquella terrible nueva, que siempre fué vieja en todo el tiempo que duró aquel sitio: la de que no habia parque.

Los jefes que aguardaban el resultado de mi comision en torno del general Martinez, que era quien dirigia las operaciones del sitio, no pudieron menos que lanzar una exclamacion de sorpresa.

La situacion no podia ser en efecto mas comprometida. El combate seguia muy vivo en los fuertes, pues Quiroga no solo habia conservado sus posiciones, sino que trataba de estenderlas apoderándose á la vez de la línea que estaba debajo del cerro en las primeras calles de la ciudad, bien defendida por las asperezas, aunque perfectamente dominada por los fuertes que aquel tenia en su poder: por lo mismo, de un momento á otro debiamos esperar que el enemigo hiciera un impulso violento sobre nosotros ya fuera para recobrar sus posiciones, ya fuera para abrirse paso derrotando, como era muy fácil, nuestro flanco derecho y hasta envolviendo al Cuartel General con sus pocas reservas. Si los sitiados llegaban á emprender cualquiera de esos dos medios que tenian para hacer una defensa oportuna, estábamos perdidos. Nuestra artillería guardaba silencio por falta de tiros de cañon y solo uno que otro disparo salia de nuestras troneras hecho por las armas de fuego pequeñas: lo que se economizaba mas era el parque metálico

que no podia reemplazarse con ningun otro. De este quedaba alguno en las reservas para cualquier evento inesperado. Los cartuchos de papel casi estaban al terminarse, habiendo soldado á quien no quedaba un solo cartucho, otros tenian dos y los mas ricos de cinco á siete.

En cualquier escaramuza, por insignificante que fuera, tenian que ser quemados los pocos cartuchos que quedaban.

Sobraba el ánimo á nuestra gente, todos estábamos llenos de entusiasmo, pero careciamos de medios para coronar nuestra victoria con el éxito mas brillante.

Cuando yo dije:

—El general en jefe dispone que se suspenda el ataque por falta absoluta de parque.

Todos sintieron como el golpe de un rayo.

No habian trascurrido doce segundos, cuando Martinez alzó la cabeza y exclamó:

—Vamos á seguir nosotros el combate como podamos, no es conveniente dejar solo á Quiroga. Que vengan las reservas; y nosotros á nuestros puntos.

Nuestros puntos se encontraban allí mismo á unas cincuenta pulgadas del enemigo, se puede decir, el cual estaba ya únicamente reducido á la plaza principal y al Palacio.

—¿Qué hay? le pregunté á un centinela.

—Hace ratito que no se oye nada.

—¿Se habrá retirado el enemigo ó estará preparándose para hacer una salida?

—Tampoco se vé nada.

Solo esperábamos á que la reserva hiciera su movimiento en obediencia de la órden mandada por el jefe de las operaciones, para hacer una manifestacion cualquiera sobre la plaza, con objeto de aprovechar el estado de entusiasmo que guardaban nuestras tropas y el de abatimiento que habia penetrado en las filas enemigas, cuando repentinamente oimos el toque de un corneta en la plaza.

—Tocan parlamento, dijeron varios de los nuestros.

—Han puesto en el fortin una bandera blanca, dijo otro que habia sacado la cabeza por una puerta con curiosidad de ver algo de lo que pasaba en la calle.

En esos momentos tambien se dejó ver el general Treviño seguido de todo su Estado Mayor.

Indudablemente los de la plaza nos observaban, vieron que se hacia un movimiento y creyeron que se iba á dar el asalto.

Entónces prefirieron capitular.

El toque de parlamento era efectivo.

El general en jefe dispuso que se contestara.

Inmediatamente cesaron los fuegos en toda la linea y se mandó un ayudante á Quiroga previniéndole suspendiera el ataque.

Ya he dicho que el general Quiroga despues de tomado el primer fuerte, habia ocupado el segundo casi de tanta importancia como aquel, muy bien artillado, dominando todo el flanco derecho del enemigo y con obras de resistencia dirigidas en el espacio de dos meses por el famoso ingeniero italiano general Guiccioni.

Tras el toque de parlamento, repetido tres veces en

toda la línea, salieron de la plaza los parlamentarios.

El Dr. Fernandez, secretario de Treviño y yo, fuimos los comisionados para recibirlos.

A pocos momentos se presentó allí el general en jefe y él mismo impuso las condiciones de la capitulacion.

No fastidiaré al lector refiriéndole todas las conferencias que hubo con este motivo, ni las veces en que los comisionados de la plaza salieron, ni las veces en que nosotros entramos para convencer al general Carrillo que era el jefe de la guarnicion, de lo benévolo que nos mostrábamos con los prisioneros, concediéndoles no solo el derecho de seguir viviendo, sino el de conservar cada uno su respectiva espada.

Por fin, á las dos horas poco mas ó ménos, quedó firmada la capitulacion.

Ya era tiempo, porque el general Victoriano Zepeda que era á la vez segundo en jefe y gobernador del Estado, se habia salido ya llevándose de dos á trescientos hombres de caballería y á buen número de oficiales de los que no querian pasar por la humillacion de rendirse.

Las condiciones de la capitulacion que se celebró pueden quedar así reasumidas: 1.º Entrega de la plaza con todos sus elementos de guerra. 2.º Entrega de toda la guarnicion como prisionera. 3.º Los jefes principales conservarian no solo su vida y su derecho de llevar consigo armas propias, sino que quedaban desde luego en completa libertad, dando solo su palabra

de honor de no servir al gobierno de Juarez mientras estuviera en pié la revolucion.

Habia en el documento algunas otras cláusulas secundarias de muy poca importancia, refiriéndose á la forma en que iba á hacerse efectiva aquella capitulacion.

Como consecuencia de ella el enemigo desocupó toda la línea establecida á nuestro frente y se formó en la plaza principal descansando sobre las armas.

Al entrar los nuestros victorearon á Treviño y á Pedro Martínez. Este último como siempre fué el encargado de conservar el orden y hacer la refundición de los prisioneros.

Mas de mil hombres y mayor número de armas de las muy buenas que habia mandado el gobierno para que se nos combatiera, pasaron á nuestro poder.

Los almacenes estaban henchidos de vestuario y de parque de todas clases para cañon, para pistola, para rifle y para fusil.

El enemigo tenia á muchos de nuestros correligionarios presos en la casa de gobierno, entre los cuales se hallaba el general Pedro Hinojosa que fué aprehendido cuando nos andaba buscando cerca de allí con objeto de incorporárenos: todos salieron desde luego en libertad siendo recibidos por nosotros con los brazos abiertos.

A Quiroga con pretexto de que su tropa no estaba aun bien disciplinada, se le previno que permaneciera en los suburbios de la ciudad. Todo el mundo decia en voz alta, como una cosa muy natural, que aquel

triunfo se debia principalmente á la oportuna llegada de Quiroga y á su audaz y bizarro ataque contra los fuertes, lo mismo que al general Martínez cuya tenaz actividad y cuyo valor indomable fueron puestos á prueba en aquellos dias: pero esto no agradaba naturalmente á otros jefes que estaban acostumbrados á que les dieran el primer lugar en los Estados fronterizos. Tambien Quiroga y Martínez eran de la frontera, pero no ocupaban tal vez igual categoría, ni tenian la aceptacion que aquellos otros tenian.

Todas estas pequeñeces iban acumulando montañas de dificultades.

Los primeros, que sabian ser intransigentes con esa clase de glorias que se levantaban á su lado, no pensaban ya mas que en ofuscarlas, aunque la causa general quedase perdida.

El amor propio se sobrepone muchas veces á la pasion política y al mismo patriotismo.

¡Cuántas veces ha habido traidores á la patria y á la causa de la libertad, solo por satisfacer un deseo personal ó dar cumplimiento á una esperanza burlada!

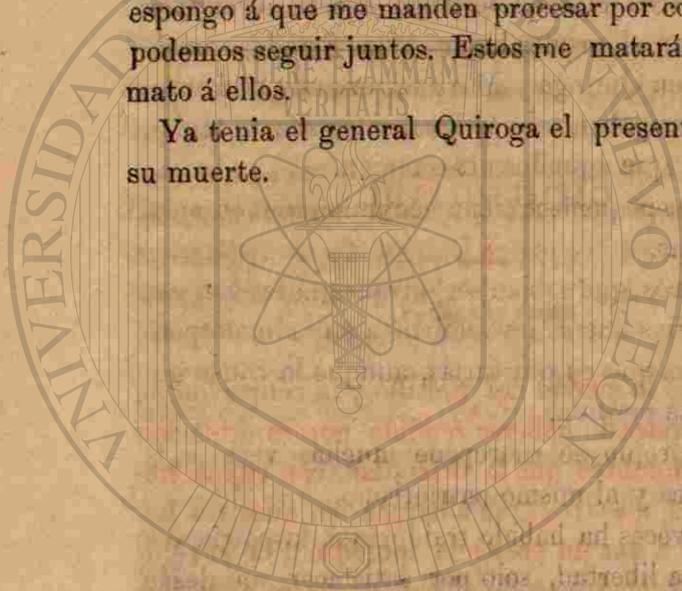
El amor propio por eso es considerado por los filósofos como uno de los peores consejeros.

Quiroga se quedó en los suburbios, pero no tardó en hacernos llegar sus quejas: ¿por qué se le despreciaba así? ¿por qué se trataba de humillarle? ¿acaso no habia cumplido lealmente con su deber? ¿acaso no habia dado obediencia á cuantas órdenes se le habian comunicado por el Cuartel General, procurando aun excederse para quedar mejor?

Yo fui el encargado por Martínez para ir á convencerle.

—No, me contestó, estoy resuelto á separarme del lado de jefes que no me tragan: si me bato bien se encelan de mí, si me contengo para darles gusto, me espongo á que me manden procesar por cobarde. No podemos seguir juntos. Estos me matarán si no los mato á ellos.

Ya tenia el general Quiroga el presentimiento de su muerte.



CAPITULO. XVIII.

ORGANIZACION.

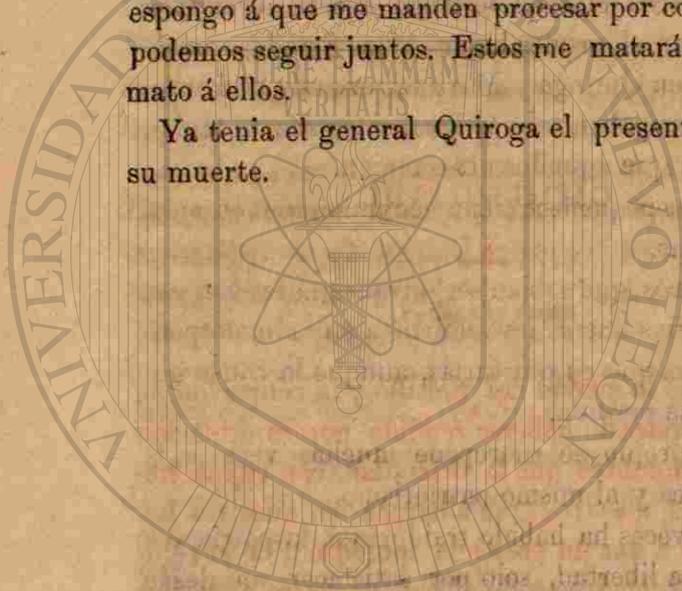
El sitio de la ciudad del Saltillo y la ocupacion de la plaza despues de haberse rendido por capitulacion los dos mil hombres que la defendian, con cuyos hechos hicimos nosotros gran alharaca en nuestros boletines, vino á dar un prestigio inmenso á la revolucion, estremeciéndose todo el país de gusto al recibir aquella noticia.

Una particularidad debe llamarles la atencion á los lectores que no recuerden las especies ó que no conozcan los acontecimientos y es, que habiendo durado el sitio como unos dos meses y habiéndose preparado el gobierno general con tantas tropas de que tenia inundados á S. Luis y Guanajuato, no hubieran acudido, segun lo habia ofrecido en auxilio de dos defensores de la plaza y es lo que me propongo explicar en unas cuantas líneas.

Yo fui el encargado por Martínez para ir á convencerle.

—No, me contestó, estoy resuelto á separarme del lado de jefes que no me tragan: si me bato bien se encelan de mí, si me contengo para darles gusto, me espongo á que me manden procesar por cobarde. No podemos seguir juntos. Estos me matarán si no los mato á ellos.

Ya tenia el general Quiroga el presentimiento de su muerte.



CAPITULO. XVIII.

ORGANIZACION.

El sitio de la ciudad del Saltillo y la ocupacion de la plaza despues de haberse rendido por capitulacion los dos mil hombres que la defendian, con cuyos hechos hicimos nosotros gran alharaca en nuestros boletines, vino á dar un prestigio inmenso á la revolucion, estremeciéndose todo el país de gusto al recibir aquella noticia.

Una particularidad debe llamarles la atencion á los lectores que no recuerden las especies ó que no conozcan los acontecimientos y es, que habiendo durado el sitio como unos dos meses y habiéndose preparado el gobierno general con tantas tropas de que tenia inundados á S. Luis y Guanajuato, no hubieran acudido, segun lo habia ofrecido en auxilio de dos defensores de la plaza y es lo que me propongo explicar en unas cuantas líneas.

El general Ignacio Martínez, que entonces era simplemente designado con el nombre de «El Doctor Martínez» se había pronunciado en el pueblo de Charcas de S. Luis Potosí con unos veinte hombres sin armas. A los pocos días se le incorporó una fuerza del enemigo mandada por un jefe subalterno de apellido Niño y ya pudo disponer de más de cien hombres con que empezar á expedicionar en toda forma.

Una fuerza de 300 hombres se destacó en su persecucion y supo hacer de manera que en el mismo momento en que debía ser atacado, todos se le pasaran gritando: ¡viva Porfirio Díaz! ¡viva Ignacio Martínez!

Y siguió progresando de tal modo que llegó á ser una amenaza seria para la misma plaza de S. Luis con todo y estar artillada y defendida por mil quinientos hombres.

Tampoco pudieron dar socorro á los defensores del Saltillo las tropas federales de Matamoros y Durango, porque en Tamaulipas se habían levantado más de veinte guerrilleros de los derrotados en Charco Escondido que estaban deseosos de una revancha, y los generales Donato Guerra, Marquez de Leon, Garcia de la Cadena, Barrios, Borrego, Flores y otros se habían pronunciado en varios puntos de la zona comprendida entre Chihuahua y Zacatecas, de suerte que bastante entretenidas se encontraban con esto las secciones militares que mandaban cada uno de los jefes Tolentino, Neri, Palacios, y otros muchos

encargados de sofocar á la revolucion donde quiera que hiciera el menor impulso para levantarse.

En esto consistió que los defensores de la plaza del Saltillo no pudieran ser auxiliados, cuyos sucesos no dejaron de empezar á producir alguna inquietud al gobierno, convenciéndose al fin de que sus desaciertos habían provocado aquella conflagracion general, la que anunciaba con sus rápidos progresos que había sido perfectamente organizada.

En esta vez casi todos los que se habían comprometido se habían apresurado á cumplir su palabra y la mayor parte de nuestros amigos habían ya empuñado las armas con mayores ó menores elementos. Algunos se encontraban ocultos en México todavía, pero era, segun las noticias que nos daban, en espera de una buena oportunidad que acabara con la revolucion dando un golpe redondo. Ello es que el golpe no llegó á asegurarse y muchos de esos intrépidos jefes no se apresuraron á empuñar las armas, pero también es verdad que estaba viéndose muy claro por todas partes el triunfo de la revolucion.

Una vez ocupada la plaza del Saltillo, los mil y tantos prisioneros fueron altas en todos nuestros cuerpos, distribuyéndolos el general Treviño de la manera que tuvo por conveniente. Como en estos casos siempre hay quejas y nadie queda contento del botin que se le reparte despues de la victoria, me fijé yo muy poco y me consideré dispensado de prestar atencion á las reclamaciones que en este particular hacian Qui-

roga y Martinez, lo mismo que los coroneles que mandaban los cuerpos de las respectivas divisiones.

Porque es preciso decir que cada grupo de aquellos llevaba el nombre de division, no en el sentido sencillo de la palabra, sino queriendo significar una Division militar de veras, compuesta de Brigadas de las tres armas con su correspondiente dotacion de oficiales generales.

Esa circunstancia probablemente fué la que hizo que empezáramos á ascender á generales los que aparecíamos hasta entónces como simples coroneles y que se diera desde luego ese titulo á Juan Guerra, Manuel Orellana, Bibiano Hernandez, Ignacio Martinez y algunos otros que bastante bien acababan de ganarlo haciendo morder el polvo al enemigo.

Como estábamos en momentos de organizacion exclusivamente militar y la parte política estaba encomendada á Treviño y sus consejeros, yo me sentía de pronto sobrando y quise aprovechar los momentos para visitar aquellos sitios que en Monterey podian traerme los mas vivos recuerdos de mis pasadas aventuras.

—Cuanto tiempo durará esto? pregunté á Martinez.

—Quince dias á lo mas, si es que no antes. Por mi parte quisiera que nos alistáramos en tres dias.

—Y luego?

—Y luego irnos sobre S. Luis. Si aprovecháramos este tiempo, dentro de quince dias seria nuestra aquella plaza.

—Pero es imposible moverse de aquí todos antes de quince dias.

—Tal vez en ocho, me contestó con cierto aire de duda.

—Son justamente los dias de que yo quiero disponer.

—Me han contado que ha recibido vd. muchas invitaciones para ir á Monterey.

—Es la verdad, y aparte de que estoy invitado, yo mismo siento grandes deseos de ir á ver la noria por donde me escapé!

—Pues amigo mio, no me acuerdo si me dijo ya *Señor general*, cuenta vd. con ocho dias de licencia.

Aunque era aquello muy sencillo y no podia vanagloriarme de haber conseguido una gran cosa, como siempre me temia que mi jefe tuviera reparos en dejarme ausentar en aquellos momentos en que con frecuencia se presentaban complicaciones, le estreché la mano con efusion y no dejé de dar á conocer el regocijo que me causaba el poder disponer de ocho dias de licencia.

D. Hexiquio Steell me llevó en su carruaje y tanto en el camino como á mi llegada fui atendido como un rey por mis amigos y las gentes curiosas que querian conocerme.

Mi llegada á Monterey, por las circunstancias que tengo referidas anteriormente, fué un verdadero acontecimiento y con ese motivo, segun se dice en los cuentos de viejas, hubo fiestas reales. Dí y me dieron convites, hubo bailes, dias de campo y todo cuan-

to puede contribuir á hacer una fiesta continuada, los ocho dias de mi permanencia en aquella bulliciosa y siempre risueña ciudad, á la cual hasta las elevadas montañas que la rodean, lejos de presentarla aprisionada, le proporcionan mayor atractivo.

Principalmente el cerro de la Silla se vé primorosamente dibujado en el horizonte desde cualquiera sitio de la ciudad. De la misma manera son bellos sus alrededores por sus arroyos de agua cristalina y por sus vergeles de una rica y verdaderamente voluptuosa vegetacion.

Fuí á visitar el histórico pozo de mi escapatoria acompañado de varios de mis amigos, y no pude menos que sentir un estremecimiento general por todo mi cuerpo al recordar, cómo el temor de nuevas humillaciones, se habia sobrepuesto en mi ánimo, dándome el valor de ir á suspenderme en aquel abismo, con todas las probabilidades de haber sido acribillado á balazos, una vez que fuera descubierta la maniobra.

Casi todas las personas que se ocupaban de los acontecimientos públicos y que conocian la historia de mi fuga, acudieron llevadas por la curiosidad á conocer el teatro del suceso, así es que por muchísimos de los vecinos de Monterey fué visitado aquel pozo luego que los presos que quedaban fueron llevados al Saltillo; pero uno de los comerciantes que me acompañaban recién llegado á la poblacion, no habia tenido oportunidad de penetrarse de la historia y exclamó asombrado:

—¡Cómò! ¿por aquí ha hecho vd. su fuga?

—Por aquí mismo, le contesté: un centinela estaba allí en la puerta de ese pasillo á tres varas de distancia, el cabo cuarto un poco mas acá, me estaba volviendo la espalda; allí arriba se encontraba una guardia de 25 hombres y el centinela se paseaba por el corredor con instrucciones de vigilar á los presos que se encontraban en el patio. Eran las siete de la noche: pero la luna lo alumbraba todo como si fuera de dia, á lo menos en esa noche me pareció á mi muy resplandeciente: los prisioneros estaban muy inquietos porque habia llegado Rocha en la tarde y habia propalado la especie de que traia órdenes terminantes del gobierno para fusilarnos á todos; Texier, mi compañero de evasion, se habia bajado, despues de atar sólidamente la cuerda contra ese poste clavado en la pared que tiene la carretilla; nadie lo vió mas que yo, pero la madera cruja y esto llamó la atencion de unos oficiales que estaban en la puerta de aquel cuarto que está allí enfrente; uno de ellos se aproximó y me pidió permiso para sacar agua; yo me opuse; nuestra disputa atrajo á otros curiosos y se formaron dos partidos; el uno se oponia á que me escapara; el otro sostenia que cada uno era libre para proporcionarse la libertad como pudiera: entónces oí la señal que me hizo Texier, y precipitándome en ese abismo, les dije: este es el camino de la libertad, vengan vdes. Pero ninguno tuvo el valor de seguirme; la oscuridad del pozo contrastaba siniestramente con la claridad de la luna.....yo no volví á saber de mí sino cuando estu-

ve en el lado opuesto en frente de la perspectiva de ser descubierto. Vds. saben todo lo demas.

No se conformaron con este relato y algunos me hicieron que les diera mas amplios detalles de mi permanencia en la montaña y mi viaje erizado de dificultades hasta la frontera de los Estados Unidos, en donde tiré al aire la montera y los espejuelos que ayudaban á formar mi disfraz.

Estaba ya disponiéndome para regresar al Saltillo cuando se anunció que venia el general D. Gerónimo Treviño. Fuera la costumbre de tenerlo allí ó que realmente no contara con grandes simpatias en la poblacion, nadie pensaba en recibirlo con agasajos, y entónces yo tomé á mi cargo festejarlo. Creí que era generoso y debido hacerle por mi parte alguna manifestacion y recogí todos los carruages disponibles de la casa de Diligencias y de los particulares é invité á gran número de personas para que fuéramos á encontrarlo. Se le recibió pues como á triunfador.

Promoví que se le diera un baile y el dia posterior le ofrecí un banquete al que fueron invitadas las personas mas distinguidas. Estaba allí el violinista D. Eusebio Delgado y se encargó de amenizar la comida arrancando á su violin las notas mas delicadas.

Despues de esto me fui á incorporar con Martinez que ya me llamaba con urgencia.

Quiroga habia sido destacado para ir á perseguir á D. Victoriano Zepeda y á D. Pedro Valdez que te-

nian una fuerza considerable, la cual era preciso destruir para no dejar ningun enemigo á retaguardia.

—Quiroga va muy desagradado, me dijo Martinez y creo que no volverá militar al lado de Treviño.

—Ni vendrá tampoco con nosotros?

—Tampoco, mientras formemos parte del mismo ejército.

—Es sensible, porque es un general valiente.

—Y tiene mucho partido en el Norte.

—En fin, nos pasaremos sin él. En cambio tenemos aquí jefes como Guerra y Hernández que son tan activos y valientes.

—Y á los cuales tampoco quiere Treviño.

—¿Y que vamos á hacer ahora?

—Las fuerzas de Treviño se quedan todavía aquí organizándose. Las nuestras ya han empezado á salir y nosotros con la caballeria que es la única que no se ha movido, saldremos mañana.

—A entrar en campaña?

—No lo sé, nosotros formamos la vanguardia de todo el ejército.

—Y de cuantos hombres se compone todo el ejército?

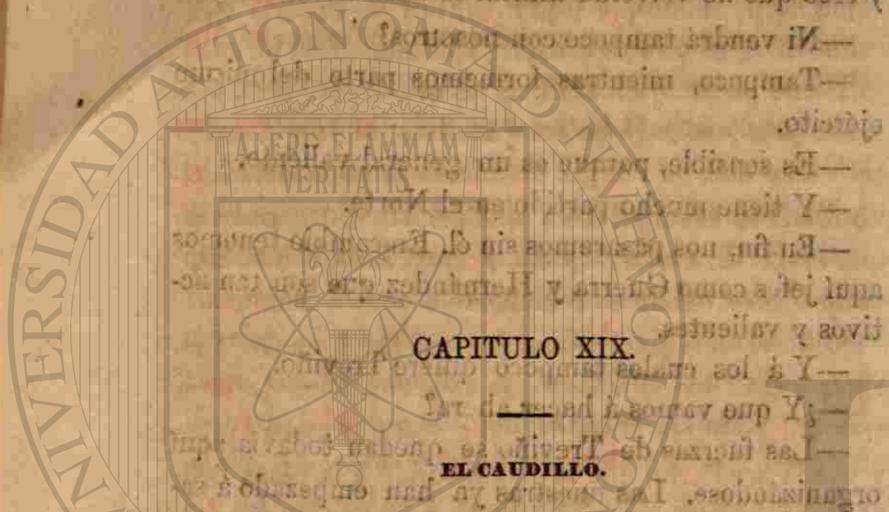
—De unos cuatro mil quinientos.

—Y nuestra Division?

—De mil quinientos; pero con los de Martinez y Narvaez completaremos los dos mil.

Y al dia siguiente nos pusimos en marcha, y poco tiempo despues ocupamos á Matehuala, plaza que dejó abandonada el enemigo.

— Yo creo que no volveré a militar en el ejército. —
— ¿Por qué? —
— Porque ya no he de dejar a nadie en mi lugar. —
— ¿Y si alguien te lo pidiera? —
— No volveré a militar en el ejército. —



CAPITULO XIX.

EL CAUDILLO.

Desde ese momento las operaciones militares caminaron con una lentitud que positivamente causaba martirio al corazón. ¡Qué digo caminaban! permanecían en la quietud mas absoluta. El general Treviño estaba consagrado en Monterey á todas las expansiones del cuerpo y del espíritu, sin ocuparse en lo mas mínimo de aquel ejército que acababa de formarse y que tenía sobrado entusiasmo y sobrado deseo de marchar á la capital con la seguridad de que sus armas se abrirían paso de victoria en victoria, hasta el último muy glorioso que había de acabar con el despótico poder de D. Benito Juárez. Aquel general parecía del todo indiferente á las aspiraciones de la revolución y poco deseoso de renovar los combates.

Mientras él se encontraba en Monterey, ora entregado á una vida ociosa, ora recibiendo los alhagadores testimonios de la adulacion de los parientes que constantemente le rodeaban, Naranjo y Orellana permanecían estacionados en el Saltillo y nosotros en Matuhuala, sin recibir órdenes de ninguna especie.

Se nos decía para moderar nuestra impaciencia que los elementos que había producido la plaza del Saltillo eran insuficientes al fin que debíamos proponernos que era el de atacar la plaza de San Luis Potosí hasta entonces débilmente defendida por el enemigo.

Nosotros con la incorporacion del Dr. Ignacio Martínez y sus fuerzas, contábamos ya con cerca de unos tres mil hombres. Treviño podía destacar otros tantos y con la artillería que se había cojido á la plaza ocupada, era seguro que nós sobraba para operar con éxito sobre San Luis Potosí. Podía esta plaza ser protegida prontamente por las fuerzas que formaban la guarnición en Guanajuato, pero el gobierno tenía desconfianza al general Antillon, suponiéndolo en connivencia con nosotros, no se fiaba mucho en el general Escobedo para conferirle todo el mando de la 3.^a Division y además llamaban la atencion del ministro de la guerra tanto la campaña que hacían Rocha y Alatorre en el Estado de Oaxaca para desbaratar las improvisadas huestes del general Diaz, como los avances que hacían Donato Guerra y García de la Cadena en los Estados de Durango y Zacatecas. Tolentino había sido derrotado en Yerbaniz, y

por todas partes, menos en Oaxaca, aparecía vencedora la revolucion.

Entonces determinamos enviar comisionados á Donato Guerra y á Porfirio Diaz: al primero invitándolo para que avanzara sobre Zacatecas en combinacion con nosotros para atacar en seguida la plaza de San Luis Potosí, y al segundo exponiéndole cómo nos encontrábamos, para que dictara alguna medida que viniera á sacarnos de aquella estraña situacion. Pronto quizás íbamos á tener que emprender operaciones serias cuyo éxito tenia que depender las mas veces de movimientos violentos y atrevidos, y Treviño no aparecía con los tamaños de un general en jefe revolucionario tal como en aquellos momentos se necesitaba. Había ya probado las dulzuras del poder y los encantos de una vida regalada, para que se volviera á hallar con la agitacion y privaciones de la campaña. Tal vez no seria así, pero los mismos suyos se quejaban con nosotros de la gran pereza, de la indiferencia tal vez con que Treviño estaba viendo las operaciones de que era responsable.

Para desempeñar esta última comision, la mas difícil, la mas delicada y tambien la de mas peligro, nombramos al jóven oficial que había sido mi inseparable compañero desde mi salida de México, á Manuel Palacios, el cual tenia que atravesar por el corazon de la República plagado de nuestros enemigos. Era portador de algunos pliegos, que reducidos á su última espresion ocupaban un pequeño lugar en alguna parte de la ropa, figurando una de tantas costuras.

Ya todos los que han sido revolucionarios saben cómo se ocultan los pliegos comprometedores y saben tambien en que sitios deben buscarse de preferencia cuando quieren interceptarlos.

En el momento en que Manuel Palacios se despidió de mi, me dijo:

—Licenciado, ¿qué encargo me hace vd. especialmente para el general Diaz?

—Cuenta vd. con penetrar hasta Oaxaca?

—Cuento con ir hasta donde lo encuentre, si está en este mundo.

—Con esa resolucion, lo hallará vd.

—Pienso realmente encontrármelo ya cerca de México.

—Muy bueno sería.

—Qué le digo de su parte?

—Si está victorioso que nos mande directamente sus órdenes; si está derrotado que autorice á alguno con el nombramiento de general en jefe del segundo cuerpo de Ejército. Aquí necesitamos una cabeza ó perecemos: hágale vd. comprender esto. Solo un mandato de él será obedecido por todos sin ninguna vacilacion.

—Cumpliré con ese y con los demas encargos.

Y partió.

Desgraciadamente la comision fué mucho mas difícil de cumplir que lo que nosotros creiamos, pues las tropas de la Noria habían sido desbaratadas y el caudillo de la revolucion andaba guerrilleando seguido de unos cuantos amigos que le habían sido fieles.

D. Benito Juárez y sus ministros calcularon y calcularon muy bien, que á donde debían dirigir todos sus esfuerzos era á destruir el nido de la revolucion, y en efecto para Oaxaca despacharon todos sus ejércitos y sus principales generales. El general Diaz tendría al pronunciarse en la Noria unos dos mil hombres y apenas fué sentido su movimiento cuando ya lo rodeaban mas de diez mil y todos muy bien municionados. El plan fué calculado con tiempo y desarrollado perfectamente: el caudillo de la revolucion fué sorprendido por un anillo de bayonetas que se le formó rápidamente; y no obstante ser un hombre de atrevidos recursos y de salidas brillantes, en esta vez se vió precisado á dejar en manos del enemigo todos sus elementos y hasta la vida de su querido hermano el gobernador de Oaxaca.

Cuando Manuel Palacios apareció en el Valle de México, el general Diaz no tenía asiento fijo, ni centro de operaciones, pues antes bien todas las fuerzas ligeras del enemigo le hacian una persecucion desesperada, no dejándole momento de descanso ni de día ni de noche. En su ir y venir, sin rumbo fijo y sin plan preconcebido, dió y recibió sorpresas, siendo estas últimas mas decisivas y mas desastrosas, como sucede siempre que la tropa que se manda está desmoralizada por una série de derrotas.

En consecuencia, nosotros no llegamos á tener noticias en mucho tiempo ni del general en jefe de todas las armas de la revolucion ni del comisionado que habíamos enviado para que nos nombrase aquél un caudillo:

Y difícil le hubiera sido al mismo general Diaz resolver este punto.

¿Nombraba al general Treviño? Pudiera ser muy bien que esto causara algun disgusto al pundonoroso general Donato Guerra que se habia manifestado el más adicto el mas leal, y el mas desinteresado de sus partidarios; pero de seguro que ni Quiroga ni Martinez hubieran recibido con aplauso semejante nombramiento. Además, las quejas principales se encaminaban contra la inercia de Treviño, que á no ser por los compromisos que habia contraído con el jefe de la revolucion, podia hacerlo sospechoso de estar en connivencias con el enemigo. Parecia que queria mantenerse á la capa, sin arriesgar ningun otro combate, hasta ver el desenlace que tuvieran los sucesos de Oriente. En vez de avanzar con toda resolucion sobre S. Luis y en seguida sobre la misma capital de la República para llamar la atencion del gobierno que estaba toda fija en el general Diaz, Treviño se cruzó de brazos á ver que la revolucion iniciada en Oaxaca concluyera. ¿Acaso era su mas vivo deseo que el general Diaz acabara en los primeros encuentros con su fuerza material y con su prestigio? ¿Acaso tenia esperanzas de sustituirlo como el único triunfador? ¿Era aquella inercia un plan bien combinado, ó fué obra de caracter ó de la casualidad? No seré yo quien afirme una ú otra cosa, supuesto que nunca llegó á hacerme ninguna confidencia y que ambos nos veíamos con recelo y como encogidos todas las veces en que nos encontramos despues del suceso de Charco Escon-

dido, pero en nuestro campamento se hacían esas y otras peores suposiciones hasta atribuirle los planes mas diabólicos y descabellados.

Nuestro enviado llevaba algunos de estos ecos recogidos al rededor de nuestras fogatas y era muy probable que pusiera al corriente de todo á nuestro principal caudillo.

No nombraba, pues, general en jefe de nuestras fuerzas á Treviño, pero ¿le daría tal nombramiento á Martínez? Hubiera sido indudablemente muy acertado, porque Martínez reunía en aquellos momentos todas las simpatías, considerándosele dueño de la victoria obtenida en el Saltillo y conociéndosele como inteligente, activo, audaz é infatigable en campaña; pero se sabia muy bien que ni Treviño ni Naranjo que habian sido sus jefes se pondrían á sus órdenes. Y los nombres de Treviño y Naranjo han tenido siempre mas resonancia de la debida en toda la República menos en los Estados del Norte.

De todos modos el general Diaz no tenía ninguna buena idea formada del general Pedro Martínez para nombrarlo general en jefe.

Allí estaba Donato Guerra que era realmente el único que lo merecía por haber dejado el servicio de Juárez para pronunciarle contra su gobierno y por haber hecho en seguida un largo viaje para ir á ponerse al frente de unos cuantos de sus amigos que le esperaban con ansiedad en las márgenes de la laguna de Tahuallila.

Este nombramiento ofrecía sin embargo una grave

dificultad: entre los pronunciados estaba el siempre intrépido y nunca sometido general Garcia de la Cadena, el cual habia ya levantado gran polvareda en el Estado de Zacatecas, haciendo que la capital fuera retrincherada y guarnecida con tres mil hombres al mando de uno de los mas valientes generales del ejército juarista, y público era que un hermano del general Garcia de la Cadena habia sido fusilado en la revuelta anterior por Donato Guerra en persona. Donato Guerra no era vengativo ni fuisilador, siempre se mostró generoso con el vencido; pero en esta vez fué terriblemente azusado por los enemigos irreconciliables de los Garcia de la Cadena y por primera vez fusiló á un prisionero. El general Garcia de la Cadena perdonó esto y fué á combatir al lado del general Guerra poniéndose á sus órdenes para dar un golpe seguro al enemigo. Pero Porfirio Diaz ignoraba esto y debia suponer que Garcia de la Cadena tenia el derecho de conservar un odio reconcentrado contra D. Donato, el cual no podia menos de estallar en una ocasion semejante.

Menos podia fijarse en nombrar al general Garcia de la Cadena que no era considerado como general del ejército sino como *chinacate*, que es como se nos llamaba anteriormente á los que sentábamos plaza de patriotas, de suerte que tal vez él mismo iba á verse obligado á venir á ponerse al frente de nuestros elementos. Esto era lo que nosotros deseábamos y esta era una de nuestras indicaciones mas acentuadas.

Acaso era un buen plan para burlar las disposicio-

nes que exclusivamente contra Oaxaca había tomado el gobierno. ¡Lástima que ya fuera demasiado tarde y lástima también que no hubiera ocurrido esta salvadora idea á nuestro caudillo! No era necesario que se hubiera abierto paso á mano armada, sino simplemente aventurarse á recorrer cien leguas de incógnito.

Si él se hubiera presentado entre nosotros en aquellos dias en que podíamos haber reunido mas de diez mil hombres en unos cuantos meses, la revolucion de la Noria se hubiera salvado.

Pero las cosas pasaron de muy distinto modo y es como voy á tener la pena de seguirlas refiriendo al lector que quiera acompañarme todavía en mi ya cansada relacion.

Paciencia pues y vamos adelante.

CAPITULO XX.

TOMAR UN PARTIDO.

Segun dije anteriormente, el Dr. Ignacio Martinez que llevaba con todos nosotros una amistad estrecha, se habia pronunciado en Charcas con una docena de hombres, habiendo progresado su movimiento con tanta fortuna que cuando se incorporó con nosotros llevaba mas de quinientos hombres regularmente armados y municionados. Entónces pudo formarse una Division de mas de tres mil hombres la cual se dividió en una brigada de infantería y artillería mandada por Juan Guerra, otra de infantería mandada por Bibiano Hernández y la última de caballería por Ignacio Martinez. Los jefes de los cuerpos eran Francisco y Andres Martinez, Chasco, Sta. Cruz y otros que se habian distinguido como valientes en las anteriores campañas. Nuestro cuerpo de Ejército, si

nes que exclusivamente contra Oaxaca había tomado el gobierno. ¡Lástima que ya fuera demasiado tarde y lástima también que no hubiera ocurrido esta salvadora idea á nuestro caudillo! No era necesario que se hubiera abierto paso á mano armada, sino simplemente aventurarse á recorrer cien leguas de incógnito.

Si él se hubiera presentado entre nosotros en aquellos dias en que podíamos haber reunido mas de diez mil hombres en unos cuantos meses, la revolucion de la Noria se hubiera salvado.

Pero las cosas pasaron de muy distinto modo y es como voy á tener la pena de seguirlas refiriendo al lector que quiera acompañarme todavía en mi ya cansada relacion.

Paciencia pues y vamos adelante.

CAPITULO XX.

TOMAR UN PARTIDO.

Segun dije anteriormente, el Dr. Ignacio Martinez que llevaba con todos nosotros una amistad estrecha, se habia pronunciado en Charcas con una docena de hombres, habiendo progresado su movimiento con tanta fortuna que cuando se incorporó con nosotros llevaba mas de quinientos hombres regularmente armados y municionados. Entónces pudo formarse una Division de mas de tres mil hombres la cual se dividió en una brigada de infantería y artillería mandada por Juan Guerra, otra de infantería mandada por Bibiano Hernández y la última de caballería por Ignacio Martinez. Los jefes de los cuerpos eran Francisco y Andres Martinez, Chasco, Sta. Cruz y otros que se habian distinguido como valientes en las anteriores campañas. Nuestro cuerpo de Ejército, si

bien no muy numeroso, presentaba ya un aspecto verdaderamente respetable.

Pero no habia en el campamento quien no lamentara la inaccion en que nos encontrábamos hacia quince dias, sin poder emprender nada por nuestra cuenta sin las órdenes del general en jefe de quien dependiamos mas bien por deferencia que por deber. Pedro Martinez era tan general de Brigada como Gerónimo Treviño, y segun entiendo á la vez habian sido promovidos al generalato, sin que ni el uno ni el otro hubiera recibido mas instrucciones del caudillo de la revolucion que ayudar á la causa comun con sus respectivos elementos.

He aqui por esa circunstancia cuales eran las conversaciones diarias que tenian nuestros jefes:

—El general Treviño no se mueve.

—Parece que no quiere emprender operaciones para no exponer sus elementos militares.

—Pero la revolucion no podrá triunfar si damos tiempo al gobiernode que se reponga de sus descabros.

—Nosotros que estamos en posibilidad de avanzar sobre Zacatecas ó sobre S. Luis y dar un golpe, perdemos la mas preciosa de las oportunidades.

—Ya debiamos haber atacado á S. Luis cuya guarnicion está muy desmoralizada.

—Si hubiéramos continuado desde luego sobre esa plaza ya estuviera en nuestro poder.

—Seguro: tanto mas cuanto que los oficiales estan queriendo pasarse con nosotros.

—A mi me han escrito.

—A mi tambien.

—Y á mi.

—No se entiende esta demora.

—Treviño está esperando el desenlace que tenga la revolucion en los Estados de Oriente.

—Tiene repugnancia tanto de mandar como de que se le mande.

—Yo sé que está arrepentido de haberse pronunciado.

—Algunos dicen que ha mandado comisionados á México.

—No puede ser cierto, sino que es apático por naturaleza.

—No fué así en la guerra con los franceses.

—Tuvo muchas chiripas, pero siempre ha sido lo mismo, yo que he militado á sus órdenes lo conozco bien.

—Es seguro que no le veremos en campaña antes de dos meses.

—Se detiene hoy con el pretesto de estar organizando la política de los tres Estados del Norte y sobre todo no quiere dejar ningun enemigo á la retaguardia.

—Pero siquiera manda algunos recursos al general Martinez?

—No manda ningunos.

—Pues no hemos de poder estar viviendo mas tiempo sobre estos pobres pueblos.

—Ese es mi parecer: debemos emprender algo.

- Ese es el parecer de todos: esta inacción nos mata.
 —Pero mientras Treviño no mande órdenes. . . .
 —No las mandará.
 —En ese caso debemos tomárnoslas.
 —Lo cierto es que ya Martínez se puso á sus órdenes en el Saltillo y no puede obrar por su propia cuenta sin responsabilidad.
 —Y está conforme?
 —El está tan desesperado como nosotros.
 —Entonces el mejor paso que podemos dar es independernos de Treviño.
 —Sería el mejor partido.

Y de una de estas conferencias á que daba lugar la impasibilidad en que nos encontrábamos, nació el proyecto de comisionar al general Bibiano Hernández para que redactara una exposición.

En ella se le decía al general Martínez, que supuesto que el general Treviño no le mandaba ni un peso, ni un hombre, ni un fusil, ni tampoco le daba ningunas instrucciones para continuar aquella campaña, debía reasumir el mando supremo de aquellas fuerzas y recobrando su independencia, moverlas á donde más las reclamara el servicio de la revolución.

Esta exposición que estaba apoyada en estos y otros más convincentes razonamientos, fué puesta en las manos de Martínez y llevada á nuestro acuerdo en el Cuartel General de la División. Primero la discutimos entre él como jefe y yo como su secretario, conviniendo en volver á discutirla con los jefes de Brigada, y después de que sufrió varias discusiones

en que se pesaron las ventajas y los inconvenientes de una resolución semejante, convenimos en esperar aun tres días, dando lugar á quitarle lo agrio que tuviera con una nueva redacción y á que en ese tiempo recibiéramos alguna noticia del general en jefe.

Treviño continuó en esos tres días mudo como una tapia y entonces se le mandaron los pliegos con un extraordinario. El general Martínez le decía, en una comunicación muy respetuosa, que según veía por la exposición que le acompañaba suscrita por todos los jefes que militaban en aquella División, se quería que entrara esta en actividad y que con el fin de tener más libertad en sus operaciones y obsequiar los deseos de aquellas personas que habían abrazado la causa de revolución por patriotismo, se consideraba obligado mientras no recibiera órdenes en contrario del jefe de la revolución, á obrar por su propia cuenta, según mejor le conviniera.

Una vez dado este paso, sin esperar á saber la impresión que produjera, nos pusimos en marcha con dirección á Zacatecas, avisando á García de la Cadena y á Donato Guerra de nuestros movimientos, para obrar en combinación sobre aquella plaza, que según sabíamos, tenía una guarnición de tres mil hombres.

No pasará adelante sin decir que después de algun tiempo supimos que la impresión que causó aquella determinación fué de las más fatales, aunque produjo el buen efecto de sacar á Treviño de su inactividad, pues que luego dió orden para que sus tropas se pu-

sieran en marcha, llevando el propósito de hacer con todos nosotros un ejemplar castigo.

Por supuesto que á mi me echó la culpa de todo, asegurando que era el intrigante que habia instigado tal desobediencia, sin penetrarse de que el descontento que habia nacido contra él era tan natural como espontáneo, sabiendo que ninguno de los que allí se encontraban podia ser partidario de la inacción. Ahora declaró como hombre honrado, con la sinceridad de que he dado pruebas en toda esta relación, que no tuve mas ingerencia en el suceso que la que me daba mi carácter de secretario y jefe de Estado Mayor del general en jefe y con ambas investiduras fuí quizás el que opuse mas resistencia á la medida, considerando los trascendentales resultados que podria tener. Yo fuí el único que me atreví á hacer estas preguntas con toda entereza: en caso de que suframos un revés ¿de quien ha de ser la responsabilidad? y si por esta segregacion que vamos á efectuar Treviño despedido disuelve sus fuerzas, ¿á quien se echará la culpa? y de una ú otra suerte, ¿qué podrá ser mas provechoso para nuestra causa, tomar una determinacion tan grave ó esperar otros días mas para que se nos trasmitan las órdenes que con tanta ansiedad esperamos? Pero sucedió lo que sucede siempre que se le forma una atmósfera compacta á una opinion á que se le ha cobrado engreimiento, que se cerraron los oídos á todo razonamiento, empleándose el mayor afán en que se le diera fin al incidente.

Así, pues, no tuve yo la principal culpa de aquella

resolucion tomada tan tardiamente, si es que pudo haber culpa en querer apresurar como era oportuno los resultados de aquella campaña.

Y digo que la resolucion fué un poco tardia, porque ya la plaza de S. Luis se habia reforzado con tropas de refresco y con artillería de grueso calibre de que nosotros careciamos totalmente para emprender el asalto de una plaza fortificada. Allí no podiamos contar ni con los accidentes del terreno, ni con la flojedad del gobierno general que ya habia tenido tiempo de reconcentrar sus elementos para precipitarlos donde mas fueran necesarios, ni tampoco con el desaliento de una guarnicion que tiene pocas esperanzas de ser protegida; ni siquiera teniamos el parque suficiente para emprender operaciones que pudieran tener mas de ocho días de duracion y era un delirio suponer que podiamos organizar columnas de ataque con nuestra tropa bizoña y tomar la plaza en 24 horas.

Pero aunque la resolucion era tardia para poder operar con algun éxito sobre la plaza de S. Luis, todavía podia sacarse partido de un rápido movimiento efectuado sobre Zacatecas, principalmente si era apoyado por las fuerzas de Donato Guerra, quien acababa de causar una formidable derrota al general Tolentino, y por las del General Garcia de la Cadena que expedicionaba en el Estado con tres ó cuatrocientos hombres todos montados.

Este partido tomado inmediatamente despues de haber lanzado el grito de independenciam envuelto en

la razonada manifestacion á Treviño, volvió la moral á las tropas y la animacion á nuestros oficiales. Ya en adelante no volvimos á tener deserciones ni síntomas de marcado disgusto.

Como estábamos vigilados por un destacamento del Estado de S. Luis, fué necesario amagarlo con nuestras guerrillas para que fuera á comunicar que ya nos habíamos movido sobre esa plaza. El jefe de la guarnicion comunicó al Gobierno Federal que todas las fuerzas del Norte mandadas por el general Treviño marchaban ya para poner cerco á S. Luis Potosí y entónces el ministro de la Guerra ordenó que se nos resistiera á todo trance y que cuando ya estuviéramos en el asedio caeria sobre nosotros una division de cinco mil hombres que nos haria pedazos. El ministro de la guerra tenia los elementos suficientes para cumplir su palabra, pues que era cabalmente la época en que acababa de despejar casi todo el Oriente, en cuyos Estados no quedaban mas que partidas porfiristas de muy poca significacion.

Una persona imparcial que hubiera estado examinando los acontecimientos desde un punto en que pudiera abarcarlos con todos sus accidentes y propiedades, habria dicho sin vacilar que nosotros mismos habíamos dado muerte á la revolucion, nosotros mismos con los tres meses que habíamos gastado sin movernos del Saltillo ó de sus alrededores. Lo del Saltillo tuvo alguna disculpa, porque estábamos siquiera combatiendo, aunque sin esforzarnos para con-

cluir, pero la detenida posterior fué realmente imperdonable.

De todas maneras, procuramos distraer la atencion del enemigo con un fingido movimiento sobre S. Luis para luego marchar á toda prisa sobre Zacatecas.

Luego que se nos incorporó García de la Cadena nos llenamos de entusiasmo, principalmente cuando el Fanfar de su regimiento, despues de no haber oido música mlitar en mucho tiempo, nos tocó la popular cancion llamada "La Golondrina."

poníamos de las semillas, de las pasturas y de todos cuantos efectos podían servirnos como si fueran propios, y sin embargo éramos bien recibidos en los ranchos y haciendas y muchas veces hasta protegidos.... ¿Qué podía significar aquello? Que la revolución era enteramente popular y que en todas partes se tenía conciencia de su triunfo.

Efectivamente, á pesar de las mil torpezas que llevábamos hasta entonces cometidas, nadie ponía en duda de que á vuelta de unos cuantos meses iba á ser completamente nuestra la victoria.

Nosotros en cambio de aquella beneyolencia de que éramos objeto, tuvimos que corresponder con nuestra moderación y nuestras buenas maneras. Cuando no era necesario no oprimamos á nadie y cuando la necesidad nos obligaba á pedir lo que necesitábamos, si no podíamos pagar porque la falta de recursos era nuestro estado normal, otorgábamos un recibo que había de reconocer y pagar el jefe de la revolución. Algunos aunque pocos, rehusaban toda clase de documentos para probarnos mejor sus simpatías, y los demás manifestaban quedar muy contentos con el recibo del forragista siendo visado del general en jefe.

El buen carácter de D. Pedro Martínez, que con todo y su grave continente sabía ser cortés y en raras ocasiones afectuoso, contribuyó mucho á popularizar nuestra causa por los puntos que recorriamos. Jamás autorizaba un exceso, ni mucho menos hacia por sí mismo alarde de su fuerza y de su autoridad.

CAPITULO XXI.

MATA-PULGAS.

Aunque en nuestro tránsito desde nuestra salida de Matehuala al rancho en que nos encontrábamos á la sazón llamado el Epazote, no habíamos tocado ningún pueblo de importancia, notábamos que éramos recibidos con cierto agrado, con mucha amabilidad, sin que los hombres huyeran á las montañas, ni las mujeres apagaran la lumbre. Este era el síntoma más favorable para la revolución, significando más que nada la impopularidad en que había caído el gobierno de Juárez. Nosotros éramos revolucionarios, teníamos que vivir sobre el país, estábamos obligados á cubrir nuestras plazas con el horrible sistema de la leva, con el método infernal y nunca bien maldecido de sacar á los ciudadanos de su hogar, del seno de la familia para llevarlos al matadero; nosotros dis-

Un oficial de los de Donato Guerra disfrazado de campesino se incorporó á nosotros en una de nuestras marchas en que segun la costumbre íbamos el general Martinez y yo á la cabeza de la columna.

Habia tenido que pasar por puntos que estaban ocupados por el enemigo y no sin experimentar algunos sobresaltos habia logrado burlar la vigilancia de los destacamentos.

Cuando hubo reconocido al general en gefe sacó de entre el tejido del sombrero de palma un pequeño papel muy enrollado que solamente contenia estas palabras: "El portador lleva instrucciones de palabra. Donato Guerra."

—Y bien, le preguntamos, endonde se encuentra el general?

—Viene ya en camino con toda su fuerza.

—Conoce vd. el número?

—Dos mil hombres, poco mas ó menos.

Todos nos pusimos á elogiar la actividad organizadora del general Donato Guerra pues que aparte de esa fuerza habia dejado una guarnicion de quinientos hombres en Durango, á las órdenes del general Tomas Borrego que era el gobernador y comandante militar.

Los gefes principales que acompañaban al general Guerra eran los generales Barrios y Escudero. El Lic. Luis C. Curiel lo acompañaba como secretario.

Los demas informes que nos dió el oficial en cuanto á la moral y equipo de la fuerza fueron satisfactorios. La victoria alcanzada en Yerbániz habia servido

mucho para asegurar ambas cosas, lo mismo que el dominio pleno de tres Estados que quedaban á la retaguardia aprestando sus elementos para ponerlos en campaña.

El general Guerra nos habia mandado ya varios correos instándonos para que nos moviéramos pronto sobre Zacatecas y, suponiendo que no nos hubieran podido encontrar ó que hubieran caido en poder del enemigo, habia recurrido al medio de enviarnos un oficial de confianza encargado de apresurar nuestros movimientos. La guarnicion de Zacatecas no podria resistir el empuje de todos juntos, pero sí podia batirnos en detall y esto era lo que debiamos evitar á todo trance, pues componiéndose aquella de tres mil hombres todos veteranos y aguerridos, mandados por un gefe esperto y valiente, de seguro que podrian derrotarnos aisladamente si no establecíamos una perfecta combinacion en nuestros movimientos.

Luego que viese el general Neri que dos cuerpos de ejército se dirijian á la plaza que ocupaba, de seguro que no los esperaria impasible en Zacatecas, plaza que se presta poco para la defensa, sino que saldria á presentar accion campal á cualquiera de las dos con el fin de evitar que se reunieran. Todos estábamos en la misma conviccion: una vez incorporadas las dos fuerzas, el triunfo era seguro; pero si Neri nos atacaba en detall era fácil que venciera á Donato Guerra que era el mas débil y aun á nosotros que aunque teniamos mayor número de tropas no podian competir en

disciplina y organizacion militar con los cuerpos tambien equipados de la Federacion.

Se acordó, pues, seguir todas las indicaciones tan llenas de prudencia y prevision mandadas por el general D. Donato Guerra. Estas consistian principalmente en ocultar nuestra marcha al enemigo, haciendo un rodeo para irnos á reunir con él en un punto intermedio entre los caminos que del Norte y Durango llevaban á la ciudad de Zacatecas. Atravesamos entonces unas grandes llanuras deshabitadas, procurando pernoctar en las fincas de campo mas insignificantes, en donde pudiéramos encontrar pasturas y reses.

De esta manera logramos ponernos á una distancia de seis ó siete leguas de Zacatecas, en concepto nuestro sin haber sido ni sospechados siquiera por el enemigo. Considerábamos ya á igual distancia poco mas ó menos al general Guerra y estábamos ya ciertos de que al dia siguiente podria verificarse sin obstáculo alguno nuestra incorporacion.

Hicimos de noche nuestro movimiento tomando la direccion que debian traer nuestros aliados y llegamos en la mañana á una gran hacienda en donde hicimos alto para dar descanso á la tropa y tomarlo tambien nosotros que bien lo necesitábamos, cuando á eso de las diez de la mañana recibimos un extraordinario del general Donato Guerra, comunicándonos que el general Neri se habia movido con todas sus fuerzas para salirle al paso segun le acababan de comunicar sus exploradores. En ese momento se encon-

traban los tres cuerpos de ejército formando un triángulo á seis leguas poco mas ó menos distantes unos de otros. En el acto se dieron los tres toques de marcha, uno detras de otro, dando apenas el tiempo necesario para que la caballería ensillara, para que se cargara el parque y para que fueran enganchados nuestros pocos cañones.

Nuestra division al salir al camino real presentaba un golpe de vista magnífico, pues ademas de ir marchando en el mejor orden, ocupando la mayor anchura de la via, habia desembarazo en los movimientos y se notaba tanto en los jefes, como en los oficiales y la tropa, el mayor entusiasmo. Siempre se percibe en los menores detalles de una armada cuando hay espíritu militar, fé en el triunfo y deseos de empeñar el combate que ha de ser coronado con la victoria. Nadie se acordaba en esos momentos de que el enemigo podia ser superior en número, en disciplina, en artillería y tal vez en toda clase de elementos de guerra.

Sobre la marcha se nombraron las tres columnas de ataque y de reserva, destacándose á vanguardia el general García de la Cadena, con un trozo de caballería, tanto para inspeccionar nuestros flancos, como mas conocedor del terreno, como para dar auxilio oportuno al general Guerra en caso de ser atacado.

A eso de las dos de la tarde subimos á una colina que no habia tiempo de faldear, y desde allí pudimos ver á lo lejos las armas que estaban reverberando heridas por los rayos del sol, y algunos creyeron observar que era una tropa que se estaba formando en

batalla para presentar acción á otro cuerpo de tropas muy numeroso que se iba aproximando. Luego se vieron distintamente uno, dos, tres y mas fogonazos y despues de cierto intervalo la detonacion de los cañones que se percibia apenas, ahogada por la distancia, y con alguna mas claridad cuando nos venia una ráfaga de viento contraria. En seguida bajamos la colina, entramos á un barranco y ya no volvimos á ver ni á oír nada.

El general García de la Cadena se desprendió entonces de nosotros partiendo al galope con sus trescientos hombres de caballería, los cuales levantaron una nube de polvo perdiéndose á los pocos minutos en la inmensidad del horizonte. Nosotros tambien apresuramos la marcha, dándose la órden de que sin perder las distancias siguiéramos el mismo derrotero á paso veloz.

Hubiéramos querido en esos momentos tener alas para llegar oportunamente al punto en donde se estaba librando en aquellos momentos un desigual combate. Estábamos casi convencidos de que el general Guerra no tenia los suficientes elementos para contener el empuje de las tropas federales y temiamos llegar demasiado tarde para poderle prestar un auxilio eficaz, cuyo desastre no quedaria compensado con el reves que nosotros hiciéramos sufrir al enemigo.

A medida que nos apresurábamos oíamos que el cañoneo era mas vivo y esto nos daba la esperanza de llegar oportunamente. Uno tras otro estuvimos mandando correos á nuestro aliado avisándole de nuestra

aproximacion, pero como era natural temiamos que ninguno quisiera llegar á lo recio de la pelea. Lo probable era que todos nuestros emisarios se desviasen de la línea recta temiendo caer en poder del enemigo ó verse encerrados entre dos fuerzas en cualquiera cambio de posicion de los beligerantes. Era por lo mismo necesario anunciarnos con nuestra misma presencia y esta fortuna tocó al general García de la Cadena que se dejó ver en una eminencia en los momentos en que el combate estaba casi trabado cuerpo á cuerpo.

El general Donato Guerra se habia hecho fuerte en unas casuchas de un rancho que tiene por nombre Mata Pulgas: las cercas de los corrales le servian de parapetos y desde el punto mas dominante dirigia las operaciones. Dos veces habia logrado rechazar al enemigo yendo á trabar el combate en la misma llanura y dos veces habia sido obligado á volver á sus posiciones, á las cuales poco les faltaba para ser envueltas.

Hubo un instante en que todos creyeron que la acción habia sido perdida, viéndose en la necesidad de abandonar el campo el general Pedro Barrios que estaba herido y el general Escudero que habia sido cortado, lo mismo que algunos otros oficiales superiores y parte de las limitadas reservas. Habia llegado el momento supremo en que sobrecogiéndolo á todos el terror, se obedece en masa al primero que grita "Sálvese el que pueda."

El general Guerra y á su lado su secretario Curiel

permanecían en medio del enemigo seguidos apenas de una tercera parte de sus tropas próximos á morir ó á quedar prisioneros. Los clarines del general Neri habían comenzado á tocar dianas, cuando de repente se conmueve todo el campamento con la presencia del general García de la Cadena seguido de sus trescientos ginetes que llegaron como una avalancha acuchillando el flanco derecho del enemigo. En esos momentos apareció también toda nuestra División serpenteando por sobre las inmediatas colinas las cuales estaban perfectamente iluminadas por los últimos rayos del sol que marchaba á su ocaso.

Entonces ya no fué posible al general Neri ni á los suyos contener la demoralización de sus tropas que empezaron á desbandarse en todas direcciones, dejando en el campo su artillería y sus municiones.

El general Tolentino huyó á Zacatecas perseguido por la caballería de García de la Cadena y el valiente general Neri quedó herido en el lugar del combate cayendo prisionero con otros muchos de sus compañeros que prefirieron rendirse.

He aquí como la batalla de Mata Pulgas, que llegó á ser en ciertos momentos una derrota para nuestra causa, se convirtió en menos de diez segundos en la mas espléndida de las victorias, habiendo bastado presentarnos á la vista oportunamente para que se inclinara á nuestro favor la suerte de las armas.

Estábamos al día siguiente á las 10 y 11 de la mañana cuando el general Neri y el general Tolentino se presentaron al campamento de los generales Barios y Barios que se habían retirado del campo de batalla. Los generales Barios y Barios se presentaron al campamento de los generales Barios y Barios.

Entramos al día siguiente á las 10 y 11 de la mañana cuando el general Neri y el general Tolentino se presentaron al campamento de los generales Barios y Barios que se habían retirado del campo de batalla. Los generales Barios y Barios se presentaron al campamento de los generales Barios y Barios.

CAPITULO XXII.

DESPUES DE LA VICTORIA.

Llegamos por fin casi anocheciendo al lugar en donde se había librado el combate, después de las evoluciones de por la tarde que tanto sirvieron para demoralizar al enemigo, y mientras establecieron allí el campamento, el general García de la Cadena seguía persiguiendo á Tolentino que huía despavorido, como en otras varias veces, con los restos de la fuerza federal que solo obedecían al desbandamiento.

El general Donato Guerra ocupó la plaza de Zacatecas al siguiente día sin ninguna dificultad, en tanto que nosotros hacíamos una marcha forzada para interceptar el camino de Aguascalientes por el cual iba el gobernador juarista con una pequeña fuerza que custodiaba un convoy de guerra. Mientras que García de la Cadena daba alcance á los fugitivos por la

permanecían en medio del enemigo seguidos apenas de una tercera parte de sus tropas próximos á morir ó á quedar prisioneros. Los clarines del general Neri habían comenzado á tocar dianas, cuando de repente se conmueve todo el campamento con la presencia del general García de la Cadena seguido de sus trescientos ginetes que llegaron como una avalancha acuchillando el flanco derecho del enemigo. En esos momentos apareció también toda nuestra División serpenteando por sobre las inmediatas colinas las cuales estaban perfectamente iluminadas por los últimos rayos del sol que marchaba á su ocaso.

Entonces ya no fué posible al general Neri ni á los suyos contener la demoralización de sus tropas que empezaron á desbandarse en todas direcciones, dejando en el campo su artillería y sus municiones.

El general Tolentino huyó á Zacatecas perseguido por la caballería de García de la Cadena y el valiente general Neri quedó herido en el lugar del combate cayendo prisionero con otros muchos de sus compañeros que prefirieron rendirse.

He aquí como la batalla de Mata Pulgas, que llegó á ser en ciertos momentos una derrota para nuestra causa, se convirtió en menos de diez segundos en la mas espléndida de las victorias, habiendo bastado presentarnos á la vista oportunamente para que se inclinara á nuestro favor la suerte de las armas.

Estábamos al día siguiente á las 10 y 11 de la mañana cuando el general Neri y el general Tolentino se presentaron al campamento de los generales Barios y Barios que se habían retirado del campo de batalla. Los generales Barios y Barios se presentaron al campamento de los generales Barios y Barios.

Entramos al día siguiente á las 10 y 11 de la mañana cuando el general Neri y el general Tolentino se presentaron al campamento de los generales Barios y Barios que se habían retirado del campo de batalla. Los generales Barios y Barios se presentaron al campamento de los generales Barios y Barios.

CAPITULO XXII.

DESPUES DE LA VICTORIA.

Llegamos por fin casi anocheciendo al lugar en donde se había librado el combate, después de las evoluciones de por la tarde que tanto sirvieron para demoralizar al enemigo, y mientras establecieron allí el campamento, el general García de la Cadena seguía persiguiendo á Tolentino que huía despavorido, como en otras varias veces, con los restos de la fuerza federal que solo obedecían al desbandamiento.

El general Donato Guerra ocupó la plaza de Zacatecas al siguiente día sin ninguna dificultad, en tanto que nosotros hacíamos una marcha forzada para interceptar el camino de Aguascalientes por el cual iba el gobernador juarista con una pequeña fuerza que custodiaba un convoy de guerra. Mientras que García de la Cadena daba alcance á los fugitivos por la

retaguardia, nosotros teníamos que salirles por el frente para que no se escapara ninguno. La combinación era buena, pero nuestras tropas resentían mucho la fatiga, nuestros mismos caballos se quedaban muertos en el camino de cansancio, los juaristas corrían de un modo vertiginoso abandonando por el camino mulas cargadas, carros de parque, carretelas y cuanto llevaban, logrando á fuerza de correr ponerse fuera de nuestro alcance.

Entramos al día siguiente á Zacatecas y ya se encontraban allí no solo los jefes victoriosos, sino aun los generales Barrios y Escudero que se habían retirado del campo del combate envueltos por la dispersión á una larga distancia. El general Barrios había llegado reclamando el gobierno de Zacatecas, para cuyo encargo le había designado el general Guerra al abrirse la campaña, con una de esas autorizaciones de estampilla en tales ocasiones, y este se había visto obligado á tener que cumplir aquel incierto compromiso.

El general Barrios, que según entiendo era duranguense y allí había hecho su carrera militar, recibió con disgusto de todos el gobierno de Zacatecas.

El primero que vió esto muy mal fué el general García de la Cadena, y después de él todos los demás zacatecanos que nos acompañaban, entre los que se encontraban el Señor Trinidad García que fué entonces uno de nuestros agentes más eficaces y quien se había encontrado en el combate de Mata Pulgas cumpliendo con una comisión que le había con-

fiado el general Pedro Martínez. Por esa circunstancia y porque teníamos más confianza en las dotes de prudencia y honradez de D. Trinidad García, convenimos el general Martínez y yo en secundar los deseos de los zacatecanos.

Hablamos en este sentido al general Guerra y nos contestó:

—Yo no quiero que haya disturbios entre nosotros ni abusar de mis prerogativas de primer ocupante de esta ciudad.....

—El que la ocupó primero persiguiendo á Tolentino, observó Martínez, fué García de la Cadena.

—Y no permaneció aquí sino que mis fuerzas fueron las que ocuparon la plaza; pero eso no importa y es precisamente el cargo que quiero eludir. No me agradaría que García de la Cadena fuera á pensar, atendidos los antecedentes que hay entre nosotros, que yo pretendo usurparle el Estado de Zacatecas implantando aquí una política exótica. El caso es que Barrios está nombrado, que lo estuvo desde antes de saber que llegaría á incorporarse con nosotros García de la Cadena y que ya tiene recibida la orden de encargarse del gobierno.

—Barrios está herido á estas horas y no puede hacer nada en el gobierno.

—Ya lo sé, pero con todo y eso he querido que se le cumpla, no una simple promesa, sino el hecho de habersele expedido en campaña su nombramiento.

—Pues el caso es que toda la población se queja y

que nosotros representamos aquí á muchos comerciantes y á otros varios zacatecanos distinguidos.

—Ya sé que Barrios no es popular.

—Entonces.....

—Entonces vds. arreglan este negocio como gusten empleando el tacto y la prudencia que les son conocidos.

—Gracias.

Y despues de salir de allí nos fuimos á la casa que ocupaba Barrios, quien estaba en el lecho, no tanto porque su herida fuera muy grave, cuanto por estar esperando á la capa el chubasco que ya sospechaba iba á venirle encima.

Le espusimos cuan conveniente era que renunciara á aquel gobierno que iba á causarle tantos disgustos, consiguiendo que nos dijera, despues de oir nuestros razonamientos que fueron varias veces turbados por exclamaciones de cólera:

—Está bien, solo porque son vds. los que me piden esto voy á darles gusto, haciendo gran sacrificio de mi amor propio. ¡Ah! si no fueran vds... En fin.....

Luego pidió una hoja de papel y con algun trabajo, auxiliándose de una mesita pequeña, escribió sobre de la cama su renuncia al gobierno de Zacatecas.

Al dia siguiente D. Trinidad García, que fué la persona indicada por García de la Cadena, recibió aquel gobierno que no podia decirse que tuviera echados muy fuertes cimientos. Este nombramiento fué muy aplaudido por los liberales y gentes bien intencionadas de Zacatecas.

AL. 9—SARAHUAD

Una vez organizado el gobierno se procedió á la cuestion esencial de los recursos. El general Guerra tenia excelente crédito en la plaza y pudo sacar unos ochenta ó cien mil pesos, de los que nos participó lo que creyó que bastaba para que pudiéramos hacer un reparto á nuestras tropas. Hacia mas de un mes que no le veiamos la cara á un peso y que los mismos oficiales comiamos rancho por la absoluta escasez de fondos.

Una vez que fueron repuestas las bajas que habiamos tenido en aquellas marchas trabajosas á que ántes me he referido, y luego que tuvimos aquel desahogo de recursos, espusimos al general Guerra la necesidad que teniamos de movernos sin dilacion. Era el momento oportuno de dirigirnos sobre S. Luis cuya guarnicion estaba muy desmoralizada con el triunfo alcanzado por la revolucion en Mata Pulgas.

Convino en que no solamente era oportuno sino indispensable hacer aquel movimiento para apoderarnos de los elementos que nos faltaban para adquirir un triunfo definitivo, pero como él todavia no podia moverse por tener que terminar algunos arreglos, nos alcanzaria en Salinas del Peñon en donde probablemente se nos incorporarian las fuerzas de Treviño que al fin se habian movido para el interior.

En estos momentos en que nos disponiamos á marchar, llegó á Zacatecas un pergonage que seguramente iba á imprimir un impulso nuevo y diferente á la revolucion. Fué aquella una sorpresa para todos

nosotros, porque seguramente era la persona que ménos aguardábamos: D. Justo Benitez.

Todos, repito, quedamos muy alta y no sé si agradablemente sorprendidos, de la presencia allí del privado, del consejero, del íntimo amigo de D. Porfirio Diaz.

Entonces fué cuando fuimos informados de que todo habia terminado por Oaxaca y que el caudillo de la revolucion habia tenido que salir huyendo para el extranjero, despues de haber sido asesinado su hermano D. Félix y de haberse destruido todos sus elementos.

Uno tras otro se habian sucedido los desastres sobre aquel foco revolucionario, que era nuestra principal esperanza, y hoy no habia mas fuerzas organizadas que las nuestras y las que pudiera traer consigo Gerónimo Treviño. Galvan y otros jefes jaliscienses que andaban pronunciados no podian alcanzar grandes progresos y apenas sostenian la chispa revolucionaria con grandes trabajos. Pudiera ser que en Sonora y Sinaloa nuestros amigos hubieran hecho algo, pero la verdad de todo era que no habia mas fuerzas militantes organizadas que las nuestras.

Benitez se quedó con Donato Guerra y nosotros formando la vanguardia de nuestro Ejército salimos de Zacatecas por el camino que va á S. Luis Potosi. El enemigo que estaba en aquella plaza no podia dudar de cuales eran nuestras intenciones.

Aquella funesta noticia de haber concluido todos los elementos de Oaxaca, que siempre habiamos consi-

derado formidables, y de haber tenido que escapar para el extranjero nuestro caudillo por la persecucion terrible que se le hiciera, dispersándose todos los amigos que de cerca le acompañaban, pudo ser de serias consecuencias en otras circunstancias; pero en aquel momento en que acabábamos de conseguir un triunfo y estábamos en camino de obtener otro mas seguro, no nos hizo toda la impresion que nos hubiera producido á encontrarnos en una situacion menos liasonjera.

¿Se habia ido nuestro caudillo al extranjero? Tanto mejor, así no correria ningun riesgo de caer en poder del enemigo y nosotros le allanariamos sin ese temor el camino para que llegara á la Presidencia. Sentiamos que se hubieran perdido los poderosos elementos de guerra de Oaxaca: no sentiamos que el general Diaz estuviera ausente ni siquiera para darnos la conveniente organizacion, pues allí estaba para eso D. Justo Benitez que debia estar revestido de plenos poderes.

Ya presumiamos que pronto íbamos á ver destacarse enfrente de nosotros esta grave dificultad: ¿quién es el que debe mandar como general en jefe? Allí estaba Donato Guerra que se habia levantado sin contar con nada y que á fuerza de su brazo y sus combinaciones tenia ya mas de tres mil hombres bajo su mando. Allí estaba tambien Pedro Martínez el único jefe en la República que habia tenido la gloria de derrotar á Rocha y que contaba ahora como méritos haberse levantado con un puñado de amigos en Ga-

leana, haber dirigido y llevado á cabo el sitio y ocupacion de la plaza del Saltillo y por fin haber venido á resolver á favor de la revolucion el combate de Mata Pulgas por los auxilios enviados oportunamente, como tambien por la presencia de sus tropas en el momento supremo. Pero allí estaba á la vez Gerónimo Tveviño que era el gobernador de un Estado y el jefe mas popular de la frontera, contando con otros méritos que no podian seguramente ser ofuscados por los de los anteriores.

Pero en fin, este temor lo preveíamos cada cual sin decidirnos á aventurar la menor especie para afrontarlo. Esperábamos que las circunstancias nos lo trajeran al debate y esperábamos ese momento con sobresalto.

El que menos ambicionaba el mando supremo, esto es, el que no lo ambicionaba absolutamente, era el general Pedro Martinez, pues como estábamos juntos constantemente, tenia yo oportunidad de conocer hasta sus pensamientos mas íntimos. No, no queria mandar sino triunfar, y para esto solo exigia que el que mandara en jefe fuera activo y resuelto.

En nuestro camino á Salinas del Peñon Blanco, hacienda que pertenece al Estado de S. Luis Potosi, nos encontramos al general Pradillo, al general Peza, al coronel Carrillo y Albornoz y á otros que venian á buscar un refugio en nuestro Ejército dispersos del que el enemigo habia desbaratado en Oaxaca.

Todas las noticias concurrían á hacernos saber que

se estaba formando un gran cuerpo de ejército en el interior que era el que debia salirnos al encuentro.

—¡A ellos! prorumpimos en esa vez llenos del mayor entusiasmo.

tuvo que replegarse á S. Luis en virtud de que tras de nosotros se habian venido ya violentamente Garcia de la Cadena y Donato Guerra. Como no supimos esto sino poco tiempo despues, se convino en tomar posesiones en Salinas para esperar allí al enemigo. Ya teniamos noticia cierta de que Treviño se aproximaba con mas de tres mil hombres, de suerte que nuestro acuartelamiento en Salinas podia servirnos tanto para hacernos fuertes allí, como para esperar la incorporacion del general Treviño. Si por ejemplo éramos atacados, la llegada de este decidiria naturalmente el combate en nuestro favor. No habia peligro en que las fuerzas del Norte, que eran por entonces las más débiles, fueron atacadas, porque allí estábamos nosotros ya interpuestos, de manera que creiamos contar con la mejor posicion y con las mas superiores ventajas.

La hacienda de Salinas que conserva el recuerdo de haber sido una de las mas poderosas negociaciones que ha habido en la República, posee grandes terrenos y una muy buena finca provista de todo lo necesario. Antiguamente los propietarios en el día del patrono de la Negociacion ó en cualquiera otra fiesta, mandaban tirar en pesos fuertes por las ventanas hasta cuatro ó cinco mil pesos que eran recogidos por los trabajadores con muestras del mayor júbilo. Hoy ya no se hacen obsequios de tal magnitud á los sirvientes, pero como restos del antiguo esplendor se tienen constantemente listas, veinte camas para otros tantos pasajeros y veinte cubiertos en la mesa para



Tanto el general Pradillo, entonces era todavia coronel, como los demas jefes que se nos incorporaron, empezaron á prestar desde luego sus interesantes servicios en la nueva organizacion de nuestro Ejército: Martinez mandaba la division de vanguardia, Donato Guerra la del centro y Treviño la de reserva. Como este último debia encontrarnos en el camino ó reunírsenos cuando estuviéramos asediando la plaza de S. Luis, no podiamos contar absolutamente con él para nuestras primeras operaciones militares. Podia ser muy bien, que tan luego como fuera sentido nuestro movimiento, se destacara sobre nosotros una fuerza del gobierno, y para ese caso, debiamos de estar dispuestos á cuidarnos nosotros mismos. Así pasó en efecto, pero el cuerpo de ejército que salió á batirnos

todas las personas que pasen por allí, pidan ó no pidan hospitalidad. Cuando nosotros estuvimos se nos puso una cantina en forma con toda clase de vinos, que no llegó á ser agotada por mas que en ella se sirviera á un gran número de jefes y oficiales.

Un bonito tanque con sus correspondientes botes para remar, un boliche, mesas de billar y no recuerdo que otras cosas sirvieron de atractivo á los Estados Mayores que por tres días se alojaron en aquella hospitalaria finca.

Tras de nosotros como llevo dicho, venia el general Donato Guerra con todas sus tropas acompañado de sus dos secretarios Curiel y Benitez. Treviño, segun las noticias que nos llegaban se nos incorporaría dos dias despues, y él si traia un gabinete completo, pues contaba con un secretario para el ramo de guerra, otro para el de hacienda etc. etc. pero ocupando los primeros lugares los Sres. Dr. Manuel Fernandez y Lic. Bibiano Villareal.

Luego que se supo que estaba ya muy inmediato, algunos jefes salieron en comision á recibirlo mientras que D. Justo Benitez celebraba una conferencia conmigo.

—Va á surgir una cuestion muy grave, me dijo, la de nombramiento de general en jefe.

—Ya habiamos pensado en ello, le contesté.

—¿Y que dice el general Martínez?

—Que aunque dispone de mas elementos militares, no desea que se le dé el mando superior, seguro como está de que no le obedecerá Treviño.

—¿Lo cree así?

—Cree á puño cerrado que las fuerzas del Norte se alejarán de aquí inmediatamente y que aun pudiera ser muy bien que tuviéramos un conflicto.

—Sobre esto hemos estado hablando Curiel y yo con el general Donato Guerra.

—¿Y han decidido algo?

—No: tambien Donato Guerra se rehusa á tomar el mando en jefe.

—Esta es cuestion que vd. debe resolver con los poderes que tiene del general Porfirio Diaz.

—No traigo ningunos, á lo menos escritos.

—Lo cual no significa nada.

—Yo estoy seguro de que Porfirio aprobará cuanto yo disponga, y aprobaría tambien mi resolucion sobre este particular; pero.....

—¿Pero qué?

—Pero no quiero yo ser aquí la manzana de la discordia. Desde luego tengo nn escrúpulo.

—¿Cuál?

—Que Porfirio se encuentra en el extranjero y no puedo dar órdenes en su nombre á personas que exponen la vida en su servicio mientras él no corre ningun peligro.

—El no tiene la culpa de haber caminado con desgracia.

—Pero la tiene de no estar aquí á tiempo para mandar en jefe este brillante ejército. ¡Ah! si él estuviera al frente de los ocho mil hombres que van aquí á reunirse!

—Cree vd. que podría llegar?

—Tal vez de un momento á otro, puesto que esos eran sus proyectos al salir de la República.

—Entonces no debe preocuparnos mucho la cuestion de nombramiento de general en jefe. Interinamente puede mandar el general Guerra.

—Seria el que designara Porfirio.

—Y por qué no lo designa vd?

—Porque no acepta.

—¿Ni dándole la orden en nombre del general Diaz?

—Si viniera de él directamente la obedecería; pero si nosotros queremos imponerle la carga, la renuncia.

—Pues de alguna manera ha de zanjarse esa dificultad.

—Ya tenemos un medio.

—¿Se puede saber?

—Sí: el nombramiento de general en jefe de todo este Ejército lo hacen los secretarios de cada jefe de Division en sesión secreta.

—Nosotros?

—Si señor: entre vd. y Curiel y el secretario de Gerónimo Treviño.

—El medio no es bueno porque nosotros no tenemos suficiente libertad para escoger, ni suficiente poder para hacer que todos obedezcan.

—Una vez que los tres generales se sometan á la decision de vds. tendrán como hombres de honor que acatarla y sostenerla.

—¡Hum!

—Duda vd. de que eso dé buenos resultados?

—Francamente.

—Pues que debería hacerse?

—Si no se puede nombrar en jefe á Martinez, que es bravo y muy capaz de arreglar una batalla como lo he visto en lo de Ovejo y en tantas otras partes, nombre vd. resueltamente á Donato Guerra de propia autoridad.

—Ni yo me atrevo á imponerme así, ni él tampoco aceptará un nombramiento semejante.

—En ese caso estamos perdidos.

—Vds. discutan este asunto con toda conciencia, que yo confio en los buenos resultados de una tranquila discusion.

Llegó Treviño, fué bien recibido por todos nosotros: él por su parte se manifestaba muy resentido y muy hosco tanto con Pedro Martinez como con los jefes de nuestra Division.

Al dia siguiente se nos manifestó que debiamos reunirnos á deliberar sobre el nombramiento de general en jefe, en la inteligencia de que tanto Treviño, como Guerra y Martinez estaban conformes en sujetarse plenamente á nuestra decision.

Antes de ir á la reunion pedí su parecer á Martinez.

—De ninguna manera me sostenga vd. á mi, me dijo, porque desde el momento en que yo resultara nombrado, por mas que se sometiera Guerra, no lo secundaria Treviño. Estoy seguro de que no quedará conforme ni seguirá combatiendo si no se le nombra general en jefe.

—¿Vd. lo desea así?

—Sí, por tal de que no tengamos mas serias dificultades.

—Pero recordará aquello de nuestra manifestacion...

—En efecto: podrá vengarse de nuestro procedimiento, pero eso es menos malo que el escándalo que dé separándose de aquí si no sale investido con el mando.

Antes de entrar al gabinete en que estaban ya los secretarios de Treviño, me dijo Curiel:

—Cuenta vd. conmigo: lo que vd. proponga eso será lo mismo que yo apoye. Debemos proceder de acuerdo.

—Está bien, contesté estrechándole la mano, yo opino por Donato Guerra.

No tuvimos tiempo de decir mas porque nos habló Benitez. Este nos dirigió una peroracion respecto de la responsabilidad que contraíamos con la patria si no hacíamos una eleccion acertada. Dijo que debíamos deponer ante los intereses comunes todo recelo ó idea de que surgieran de allí desavenencias, pues que los tres generales estaban completamente comprometidos á respetar nuestra decision. Allí, en aquel momento, debian olvidarse las pequeñeces que pudieran tener un poco divididos nuestros ánimos, para pensar únicamente en la salvacion de nuestra causa que estaba encomendada á nuestras manos.

Tanto las palabras de conciliacion de Benitez como algunas otras que pronunció Villareal, eran dirigidas

á mi, de donde se esperaba que partiria una terrible oposicion contra Treviño.

Todavía nos encontrábamos en los preliminares cuando entró el general Donato Guerra y nos dijo lleno de firmeza:

—Suplico á vds. que elijan entre Treviño y Martinez, eliminándome á mi de su designacion, pues desde ahora les prevengo que no aceptaré en caso de ser nombrado y que tendrá que hacerse despues lo que puede quedar terminado desde ahora. Renuncio terminantemente el nombramiento de general en jefe de este ejército, que no podría saber dirigir ni mandar, y suplico á vds. por lo mismo que no me tengan presente en su deliberacion.

Agregó algunas otras frases que nos cerraban las puertas enteramente y salió.

Entonces se dirigieron á mi todas las miradas y yo revistiéndome de una suprema resolucion, una vez que ya no quedaba otro camino, dije:

—Propongo como general en jefe de las tres divisiones unidas al general Gerónimo Treviño.

Villareal y Benitez me miraron espantados.

Manuel Fernández se levantó á darme la mano como para felicitar me por tan feliz inspiracion.

Y Curiel no pudo menos que sonreirse.

—Nosotros, dijo Benitez, el Sr. Villareal y yo, no tenemos voz ni voto en esta junta, desde el momento en que va á tratar de la cuestion que se le ha sometido.

—Es inútil que vds. se salgan de aquí, les contesté, ya el negocio está terminado.

No acertaban á comprender lo que aquello significaba, pero yo sí sabia que era conveniente que Treviño supiera que yo era quien lo habia propuesto para que se le desvanecieran las malas disposiciones que pudiera abrigar todavía contra nuestra Division.

Los únicos que debiamos votar éramos Fernández, Curiel y yo, puesto que ni Benitez ni Villareal eran considerados como secretarios en ejercicio para aquel acto, y los tres dimos nuestro voto en favor de Gerónimo Treviño.

De suerte que este obtuvo la votacion unánime para mandar en jefe todo aquel ejército, que muy bien podia montar una vez que se incorporaran las guerrillas que andaban merodeando, á unos ocho ó nueve mil hombres.

Villareal y Fernández salieron muy contentos para ir á notificar el resultado á Gerónimo Treviño.

Yo dije como hombre que ha estado deteniendo la expresion de un torrente de sentimientos y que necesita al fin darles rienda suelta para desahogarse:

—Hemos firmado aquí nuestra derrota.

—¡Cómo!

—Vd cree.....

—Yo creo que Treviño no podrá manejar esta masa de hombres y creo tambien que carece en lo absoluto de elevadas dotes militares.

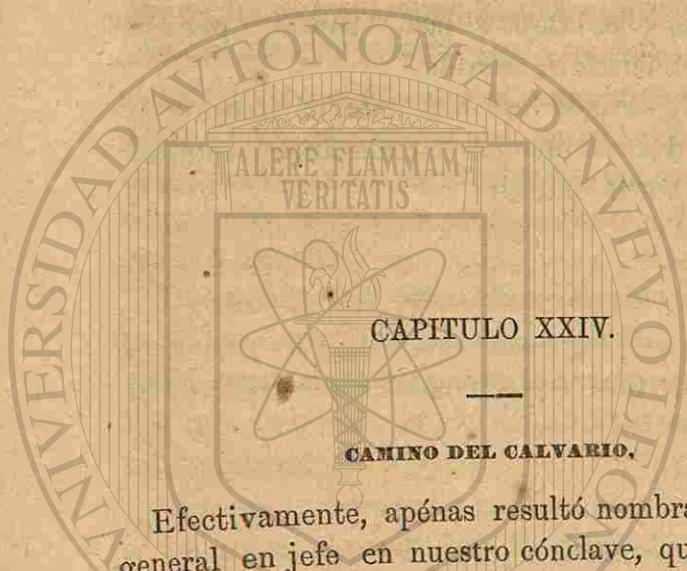
—Entonces.....

—Seremos derrotados en el primer encuentro; pero ese será un bien.

—Un bien, ¿y por qué?

—Porque un triunfo de Treviño significaria la perdicion de Porfirio Diaz. Treviño ocupando la capital en estas circunstancias en que nuestro caudillo está fuera del país, conservaría el poder para sí, por eso digo que es preferible la derrota.

Los clarines tocando orden de marcha truncaron aquella conversacion que los circunstantes estaban tomando con mucho interes.



Efectivamente, apenas resultó nombrado Treviño general en jefe en nuestro cónclave, queriendo destruir la mala reputación de apático que tenía en el Ejército, nos mandó poner en movimiento.

A García de la Cadena se le confió el mando de toda ó la mayor parte de nuestra caballería, que según se decía constaba de tres mil hombres, aunque á mi parecer solo pasaba un poco de los dos mil. Era lo mejor que allí teníamos. Todos nuestros soldados estaban bien montados y bien armados: los caballos eran escogidos y las armas se componían de Remingtons, de pistolas y sables. Una carga al sable de aquellos dos mil y pico de dragones, muy pocas masas de infantería hubieran podido contenerla. Los jefes principales que los mandaban eran: García de la Cadena, Laing, Ignacio Mar-

tinez, Orellana, Charles Valdez, Andres Martinez y otros mas cuyo empuje y valor eran tambien muy conocidos.

El mando de la primera division compuesta de dos mil quinientos hombres de infantería y artillería, se dió al general Donato Guerra. El mando de la 2.^a compuesta de mil quinientos, se dió á Pedro Martinez y el de la tercera de mas de dos mil hombres á Naranjo. Se vé pues que el total de nuestra fuerza podia elevarse á ocho ó nueve mil hombres. Nuestra artillería no era brillante, pero en cambio contábamos con un buen golpe de caballería que tenia que darnos la victoria infaliblemente en el primer combate que tuviéramos á campo raso.

La moral de nuestras tropas era inmejorable, tanto por las victorias obtenidas anteriormente como por el estímulo que reinaba en todas ellas, pues ni las del Norte querian quedarse atras de las de Durango, ni éstas querian ceder un palmo á las aguerridas de Zacatecas. Tambien habia muchos soldados de S. Luis de los que habia reunido con tanta fortuna y audacia el general Ignacio Martinez, y ya se conoce en todo el pais el arrojo de los intrépidos potosinos.

Nuestro movimiento se hizo, dadas estas circunstancias, con el mayor entusiasmo creyendo unos que íbamos á dar el asalto á la plaza de S. Luis y otros á presentar batalla al grueso de las tropas del gobierno que según se sabia estaban reuniéndose en S. Miguel Allende.

De cualquiera manera estábamos por nuestra parte

seguros de obtener el triunfo, pues aparte de contar ya con un ejército numeroso y regularmente disciplinado, teníamos por cierto que Escobedo, Antillon y otros jefes lerdistas estaban comprometidos á secundarnos. Ignorábamos la mala impresion que habia producido á los directores de aquel partido el plan de la Noria, en el cual impolíticamente se les daba de mano.

Era cierto que teníamos las protestas de su amistad y de su adhesion; que aunque de un modo encubierto habian protegido la revolucion; que sus comisionados Pascual Hernández, Lancaster Jones y otros habian dado á nuestros jefes plenas seguridades del curso de sus armas; pero tambien era verdad que tenian justicia para haberse resfriado con nosotros desde que el plan redactado por D. Justo Benitez les cerraba casi las puertas para ocupar un sitio en el nuevo poder que se estableciera. Así fué que no solo no nos secundaron como habian ofrecido, sino que antes bien Antillon y Escobedo, pusieron todos sus elementos militares á disposicion del gobierno. Así fué como Rocha al regresar de su expedicion de Oaxaca, en donde dejaba estampado su paso con las huellas de un triunfo costoso, se encontraba con un nuevo y organizado ejército que podia elevarse á cerca de siete mil hombres, sirviéndole de base unos tres mil de los mejores que formaban entonces la fuerza federal. Sobre todo, llevaba consigo unas treinta piezas de artillería, la mayor parte de grueso calibre, servidas por los más hábiles artilleros de la República. Es decir,

Rocha nos superaba en cañones, pero nosotros éramos mas fuertes en numero y en caballería. Por consiguiente nuestro encuentro iba á ser rudo, sangriento, reñido tal vez, pero no cabia duda en que nosotros íbamos á salir victoriosos.

Esta era la creencia general, contra la que no me abandonaba á mi el presentimiento de una derrota.

—Solo una cosa podria salvarnos, solia decir al general Martinez en medio de nuestras confianzas íntimas.

—¿Cual?

—Que apareciera entre nosotros, aunque fuera momentos antes del combate el general Diaz.

Una vez que salimos al camino empezamos á desviarnos de la direccion de S. Luis Potosí, comenzando á tomar rumbo para el interior. Unos decian que íbamos á favorecer el movimiento del Estado de Guanajuato, otros que íbamos á cortar á las tropas del gobierno para que no pudieran prestar auxilio á la plaza de S. Luis Potosí y otros finalmente que nos dirigiamos á la capital de la República dejando al enemigo á nuestra retaguardia, lo cual si bien demostraba audacia, hubiera sido muy peligroso y aventurado.

En todo caso, servia para moralizarnos la circunstancia de que el ejército del gobierno no se movia sobre nosotros, lo cual demostraba su impotencia. Era claro que no se consideraba fuerte para batirnos ó que se proponia mantenerse á la defensiva. En tal evento no necesitábamos mas que favorecer con nuestra presencia en el interior los intereses de la revolu-

cion que creíamos estaban rebosando en todas las entidades federativas.

Acaso se pensó en llevar á efecto la misma marcha que se verificó por García de la Cadena cuando el pronunciamiento de S. Luis y Zacatecas, yendo á ocupar las plazas de Guadalajara y Morelia, en donde contábamos con numerosos partidarios.

Los proyectos del general en jefe estaban sin embargo cubiertos con el espeso velo del sigilo. Cuando nos reuníamos el general Guerra, el general Martínez y yo, y nos preguntábamos lo que aquellas marchas singulares significaban, ninguno podía explicar lo que sucedía porque á nadie había confiado su plan el general en jefe. Lo probable era que no tuviera ninguno, sino que esperara á que le fuera marcado por los acontecimientos.

Su situación por lo demás, á pesar de las ventajas hasta allí obtenidas, no era de las más fáciles. Estaba en el centro del país con un ejército de ocho á nueve mil hombres, pero el gobierno tenía diseminados allí mismo veinte, de los cuales sin muchas dificultades podía reunir de diez á quince mil, en un punto dado. A donde quiera que fuéramos podía esperarnos ó seguirnos con una masa de hombres respetable. Si nuestro general en jefe retrocedía á sus posiciones, en donde tenía bien cubierta la retaguardia con los Estados del Norte y los de Zacatecas y Durango que eran completamente nuestros, se le echarían todos encima diciéndole que no era eso lo que se había esperado de su pericia militar. Además, él mismo sabía por expe-

riencia que una revolución que no avanza, que permanece estacionaria, que se limita á defenderse ó que vuelve al punto de su partida, debe considerarse perdida.

Si nuestro general en jefe seguía avanzando corría el riesgo de ser envuelto por tropas superiores que podían cortarle toda retirada, y aunque es cierto que cuando se combate siempre se lleva el espíritu de triunfar, un jefe previsor debe tener siempre su retaguardia cubierta, ya para retirarse en orden, ya para salvar algunos elementos en caso de un fracaso, ya para no introducir la desmoralización entre sus subordinados que siempre quieren tener, aun en el triunfo, una retirada segura.

Así fué como, cuando menos lo pensábamos é ignorando aun cuales eran los designios del general en jefe, nos vimos en la ciudad de Lagos.

Antes de llegar á esta población hubo algunas maniobras que nunca pude comprender. Fué destacado el general Naranjo con unos mil hombres de caballería, y después de dos días de ausencia, volvió á incorporárenos sin novedad. Parece que se tuvo por objeto dar un golpe á algun destacamento aislado, que no se descuidó tanto que no percibiera nuestro movimiento, recurriendo á la prudencia de ponerse fuera del alcance de nuestra valiente caballería.

El coronel D. Carlos Betancourt, comisario general de la División del general Donato Guerra, se había quedado en Zacatecas recogiendo dinero, vestuario y municiones que debía conducir en unos carros has-

ta incorporarse al Ejército. Recibió la orden de tomar el camino del Puerto de carretas, la comunicacion escrita por Benitez no iba en letra clara y entendió que debía tomar por la hacienda que se denomina el Puesto y este fatal equívoco dió por resultado que el enemigo lo alcanzara en Ojuelos derrotando la escolta que llevaba y quitándole los tres carros de que se componia el convoy. La noticia de este descalabro se dió por telégrafo al gobierno y se celebró con un repique á vuelo en la capital porque se le dió proporciones colosales, diciéndose que se habian aprehendido un millon de pesos y gran número de prisioneros. Betancourt se escapó á uña de caballo y fué repuesto en su empleo despues de sufrir un proceso, porque realmente no tuvo en el desgraciado suceso ninguna culpa.

En Lagos supimos ya de un modo seguro, porque llegamos á ver las avanzadas, que el gobierno habia destacado sobre nosotros el grueso de su ejército. Entónces se pensó en salir de la poblacion y presentar batalla al enemigo en una cuestecilla que hay en el camino de Leon, pero bien pronto se abandonó esta idea, creyéndose que en un caso desgraciado se perderian todos nuestros elementos de guerra estando tan léjos de los lugares en donde nuestros hombres pudieran ir á buscar un refugio seguro.

Entónces se dió la orden de marcha y salimos con un poco de desórden por el camino que lleva de Lagos para Aguascalientes. Aquello significó retirada y desde ese punto comenzó á marcarse el disgusto por la

desercion que habia en nuestras filas. Mientras que todos creian que de triunfo en triunfo íbamos á llegar á la capital de la República, ni un solo hombre se nos separaba, ni uno solo tampoco se atrevia á dudar del éxito de aquella campaña; pero desde que se notó que retrocediamos, todos empezaron á recelar de nuestra fuerza y ya comenzaron á propalarse las vacilaciones y á indicarse que no era hácia atras á donde debiamos ir á buscar al enemigo.

¿Por qué no habiamos ido á marchas forzadas si era presiso á impedir que las tropas del gobierno se reunieran entre Guanajato y S. Luis Potosi? ¿Por qué no nos habiamos apresurado á atacar la plaza última que contaba con una guarnicion débil y en donde con toda seguridad teniamos partidarios? ¿Por qué no íbamos á perseguir al enemigo con nuestros grandes elementos y lo íbamos á dejar que nos persiguiera á nosotros cambiando los papeles naturales?

Eran las preguntas que se dirigian unos á otros hasta los oficiales subalternos, empezando á criticarse con severidad la conducta inexplicable del general en jefe.

Todavía en Aguascalientes se reconocieron las llanuras inmediatas y mejor defendidas, para elegir las posiciones en que debía librarse la batalla, pero se encontró que el terreno no era apropiado y que de allí todavía no quedaba enteramente á cubierto una honrosa retirada.

Nuevo desaliento y nuevos rumores de desconfianza volvieron á dejarse oír luego que se dió la orden de se-

guir marchando para atrás con dirección otra vez hacia Zacatecas.

Varios jefes vinieron á verme entonces para que yo les propusiera á Benitez y á Treviño que ántes que arriesgar todo nuestro ejército en un combate bajo las condiciones de descenso en que nos encontrábamos, se dividieran nuestras fuerzas en cuatro ó cinco trozos para volver á reunirse mas tarde donde fuera mas conveniente. Donato Guerra podria dirigirse á Jalisco, Pedro Martinez iria á asediar á S. Luis Potosí, y Treviño y García de la Cadena se quedarían cuidando los Estados en donde ya teníamos nuestros gobiernos establecidos; pero les manifesté que era la persona menos á propósito para desempeñar tal comision, porque Treviño tenia formada mala idea de mi y aun se figuraria que era una hostilidad de mi parte para estorbarle la gloria de un próximo triunfo.

Supe que hubo quien le propusiera la segregacion y que el contestó asegurando que tenia completa certidumbre en que Rocha saldria derrotado con tal que le dejaran desarrollar las operaciones de la guerra con toda libertad.

Por todo el camino se fueron haciendo reconocimientos para escoger posiciones, pero no hubo ningunas que agradaran al general en jefe.

Estábamos ya á tres ó cuatro leguas de Zacatecas cuando alguien propuso á Treviño que se librara el combate á la salida de Guadalupe, por ser allí el terreno infranqueable y muy propio para dar una carga de caballería. Fueron mandados á hacer un reconoci-

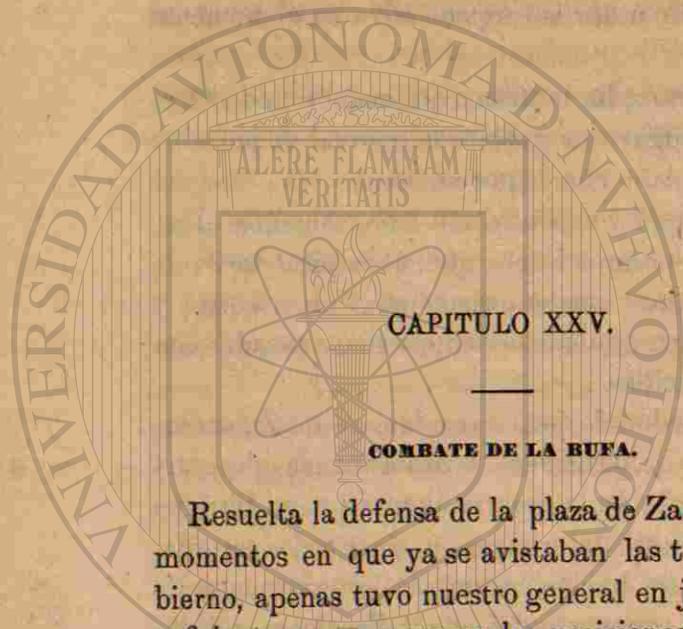
miento Escudero, Peza, Pradillo y otros jefes, los cuales opinaron en favor de la idea. Habia de mas á mas una barranca en donde podia estar cubierta la caballería para salir á dar la carga decisiva en el momento oportuno.

Aquí nos sucedia lo mismo que cuando lo de Ovejo: no habia lugar que gustara al general en jefe sino cuando ya no se podia seguir adelante.

Treviño llegó y encontró mil inconvenientes al terreno para esperar á Rocha que venia picándonos la retaguardia, traia media jornada atras de nosotros y todos los dias se cambiaban tiroteos sus avanzadas con nuestras guerrillas.

Se dió la orden de penetrar á la plaza de Zacatecas para tomar allí posiciones, y hasta los mas desconocedores del arte de la guerra auguraron un término fatal á semejante determinacion, pues todos recordaban que siempre habian sucumbido anteriormente los que se habian propuesto defender á Zacatecas, teniéndose esto como una locura imperdonable.

El disgusto que produjo aquella medida fué general.



CAPITULO XXV.

COMBATE DE LA BUFA.

Resuelta la defensa de la plaza de Zacatecas en los momentos en que ya se avistaban las tropas del gobierno, apenas tuvo nuestro general en jefe el tiempo suficiente para reconocer las posiciones que le iban á servir de apoyo, con una simple ojeada.

Al general Donato Guerra lo situó en las faldas del cerro de la Bufa, dando frente al camino de Guadalupe que traía el general Rocha. Una simple guerrilla fué colocada en el cañon de Guadalupe, la cual se componía de unos cien dragones de los de Martinez mandados por el coronel Macias. Este jefe, con esa fuerza totalmente insignificante, era el que debía impedir el paso á todo el ejército enemigo. Al frente de la Bufa y al parecer muy inmediato, pero con mas de un cuarto de legua de distancia, hay otro cerro menos ele-

vado que se llama Las Bolsas; allí recibió orden de situarse el general Pedro Martinez con su division. Pero lo que llenó de estupor á todos, fué que se mandara subir á toda nuestra caballería que era lo mejor de nuestras fuerzas, á la cumbre de la montaña que está encima de las Bolsas, sin duda para impedir al enemigo que ocupara aquella posición que es muy dominante, en lo cual de seguro no llegó á pensar, ya porque quedaba tal posición demasiado lejos, ya porque no se proponía perder el tiempo disputando las cimas. El caso fué que todos prorumpimos en una exclamación de dolor al ver completamente inutilizada nuestra famosa caballería. Desde el punto en donde nos encontrábamos, presentaba un golpe de vista imponente formada allá en lo mas alto en batalla á una legua de distancia del enemigo, pero este tenía que intimidarse poco con aquel aparato, porque para que pudiera darle una carga necesitaba de dos horas para bajar, y porque una vez abajo, no podría maniobrar entre las asperezas del terreno.

Nuestra caballería por lo consiguiente fué declarada una fuerza inútil en aquel hecho de armas. Los que fiaban el éxito de nuestra primer batalla á un golpe de tres mil caballos cargando al sable en una llanura, no dejaron de lamentar que estuvieran trepados sobre la montaña presenciando tranquilamente el combate que se libraba en las faldas de la Bufa.

Tampoco podían protegerse el general Guerra y el general Martinez, estando á semejante distancia, ni entre sí podían siquiera comunicarse frecuentemente

el general en jefe que estaba en el cerro de la Bufa y los demas que estaban en las otras cimas, y a penas con la vanguardia que estaba estendida á sus pies en un declive de cosa de media legua.

Si se hubiera estudiado concienzudamente la manera mas precisa de poner á nuestros cuerpos de ejército en la imposibilidad de protegerse unos á otros, no se habria encontrado en muchos dias, y sin embargo en pocos momentos el general Treviño resolvió aquel problema admirablemente.

De la manera como estaba colocado el ejército revolucionario equivalia á decir al enemigo: «Ven, aquí estamos para que nos despedaces sin ningun trabajo.» Seguramente en los anales de la guerra no debe haber un caso igual, en que á un general en jefe se le haya ocurrido entregar así su ejército, reduciéndolo antes á su mas simple expresion.

Su caballería que podia en un campo abierto, tal vez hasta decidir la suerte del combate con una soberbia carga al sable, fué nulificada completamente, poniéndola fuera de tiro y fuera de accion, como he dicho antes, en una eminencia.

Los cuerpos de infantería fueron diseminados en los cerros de la Bufa y de las Bolsas á distancias enormes desde las cuales no era posible que se protegieran unos á otros.

La artillería fué tambien colocada en las planicies de las dos posiciones sin poder hacer punterías sobre el enemigo que se puso en cinco minutos debajo de los fuegos.

El general en jefe no podia colocarse en un punto desde donde pudiera dominar con su accion, ya porque se le ocultaban las propias fuerzas y las contrarias en las sinuosidades del terreno, ya porque no contaba con medios rápidos para transmitir sus órdenes. Un ayudante que mandara por ejemplo á la caballería, tenia que gastar cuatro horas de camino por mucho que se apresurara. Con el cerro de las Bolsas podia comunicarse en dos ó tres horas.

Se pensó en establecer un hilo telegráfico, pero ya no habia tiempo para esta operacion y se olvidó convenir siquiera en un telégrafo de señales.

Hasta un general ménos esperto que Rocha pudo haber comprendido el desconcierto en que estábamos y sacar ventajas de nuestra malísima posicion. Una simple ojeada bastaba para comprender que teniamos situadas nuestras tropas de la única manera á propósito para que fueran fácilmente derrotadas. En cualquier otro punto, en cualquiera otra situacion, en cualquier otro terreno, la victoria habria tenido que ser muy disputada.

La primera víctima fué Donato Guerra.

Estendida como estaba su fuerza en las faldas del cerro de la Bufa sin poder ser sostenida por la artillería, fué fácilmente cortada y envuelta por las tres columnas que atacaron á la vez aquellas posiciones.

Mientras que esas tres columnas marchaban sin vacilar por lo que se pudiera llamar nuestro frente, los magníficos cañones que llevaba el enemigo rompieron un fuego vivísimo sobre toda nuestra línea, fijan-

do principalmente sus punterías para el cerro de Bolsas y la Bufa, no sin que muchas bombas y granadas dejaran de ir á estallar en algunas casas de la población.

En tanto que Donato Guerra hacía esfuerzos prodigiosos para concentrar en un solo punto sus maltratadas fuerzas para detener el empuje de las columnas enemigas y seguir peleando por su propia cuenta sin sujetarse ya á plan alguno, el general en jefe, que seguramente juzgó que aquello iba largo y que la resistencia podía prolongarse todo el día, acompañado de su Estado Mayor y de varios jefes que tenían mando inmediato de fuerza, bajó á la ciudad y entró á comer tranquilamente en un Restaurant.

El general Martinez en el cerro de Bolsas, procuró en lo posible poner sus tropas al abrigo del horrible cañoneo de que eran objeto, sin duda para que no pudieran proteger á la Bufa, y en cambio situó sus baterías de la mejor manera que pudo para contestar aquellos fuegos, probablemente con muy poco éxito, porque ya he dicho que el enemigo estaba debajo completamente de los planos desde donde podían enfilarse las punterías. Nuestros fuegos de cañon eran por lo mismo casi inútiles y nuestra fusilería no podía tener el alcance que era necesario para prestar algun auxilio á los puntos atacados. Además las órdenes del general en jefe eran terminantes para que se sostuviera la posición enteramente inútil que teníamos en Bolsas. Desde ese punto se pudo ver perfectamente que

del campo enemigo fué destacada una gruesa columna hacia la derecha, con el ánimo de voltear el cerro de la Bufa y cogernos á todos por la espalda.

Entonces el general Martinez me insinuó la conveniencia de avisar al coronel Francisco Martinez, que era á la vez el pagador general, que pusiera en salvo los fondos de la pagaduría y los equipajes. El hermano del general por sus enfermedades, que ya entonces empezaban á agobiarlo, no podía resistir el trabajo activo que requería el mando de un cuerpo de caballería, y aunque no sin resistencia, tuvo que resignarse á desempeñar el pasivo papel de pagador.

Ninguno podía cumplir mejor que yo aquella comisión de confianza y baje á la ciudad á cumplirla. Esto me serviría de paso para comer, ya que no había probado bocado desde el día anterior, y mandar algun refrigerio á mis amigos. El tiempo me sobraba además para regresar y poderme encontrar en lo recio de la refriega que sería, según calculábamos, de las cuatro de la tarde en adelante. Era el punto del medio día cuando se iniciaba el combate en las faldas de la Bufa y cuando pasaban todas estas cosas que estoy refiriendo.

Media hora después llegué á la ciudad y fué cuando tuve oportunidad de ver al general en jefe, al general Naranjo, al general Laing y á otros jefes de alguna importancia sentados á la mesa en el Restaurant en que fui á buscar al pagador y también á satisfacer mi apetito.

Allí oí espresar la opinión de que siendo tan venta-

josas nuestras posiciones, el enemigo iba á ser prontamente rechazado y en el segundo ataque que con toda seguridad intentaria, la Division de Martinez bajaría á batirlo por su flanco izquierdo y la caballería, dándole la última carga, haría que dejara en nuestro poder todos sus cañones y demas elementos de guerra.

Sin embargo, á esa sazon se recibió á un emisario del general Guerra el cual decia que no podria sostenerse mas, si no se le mandaban refuerzos. Inmediatamente se salió el general en jefe seguido de los subalternos que le rodeaban, montó á caballo y se fué á lo mas encumbrado de la Bufa á dictar sus disposiciones, para lo cual ya no tuvo tiempo segun lo que pude calcular.

Yo me dirigí al alojamiento del pagador y luego que ví que estaban cargadas las mulas del dinero y los equipajes, segun las instrucciones, que tenia le insinué lo conveniente que seria que saliera de la poblacion con su escolta de diez hombres, mientras yo me volvía al cerro de Bolsas. En efecto, tomé aquel camino y el pagador tomó el suyo con direccion á la garita.

Apenas habia recorrido dos calles cuando percibí que en el cerro de la Bufa corrian los soldados en todas direcciones y que en el de Bolsas se replegaban las fuerzas que habian tratado de bajar á la falda para amagar un flanco del enemigo protegiendo la columna de Guerra. El enemigo, á lo que pude comprender, se encontraba ya en la cima de la Bufa á la

cual habia podido llegar por algun pasaje de nuestro flanco izquierdo que se le habia dejado descubierto.

Anduve otro poco siempre en direccion de Bolsas, seguido de dos oficiales que me acompañaban y mi asistente, cuando me tropecé al cruzar la calle con una fuerza de cincuenta hombres de blusas coloradas que mandaba el coronel Macias.

—A donde vá vd? me preguntó.

—Al cerro de Bolsas.

—Ya no es posible, el enemigo con quien he sostenido una recia escaramuza en el paso de Guadalupe, viene siguiéndome.

En ese momento vimos que en efecto una fuerza desembocaba por la misma calle y nos dirigia algunos tiros que le fueron contestados. Se detuvo un poco, pero como pronto volvió á la carga, seguimos retirándonos paso á paso deteniéndolo con el fuego que le hacian los hombres que cubrian nuestra retaguardia.

Casi al salir á las últimas calles de la poblacion estaban en el lado de la sombra, Benitez, Curiel, y algunos otros oficiales dispersos, que esperaban noticias seguras para tomar alguna determinacion. Yo les hice saber que ya estaba el enemigo en la plaza y siguieron unidos á nuestra pequeña fuerza que era la única que por entónces se presentaba un poco organizada.

Apenas dejamos atras las últimas casas y salimos á la llanura, pasó lo que pasa siempre, el desórden provocado y llevado á su colmo por los pusilnimes. Habiamos reunido nosotros unos trescientos hom-

bres entre oficiales y soldados dispersos, pero pasaba alguno que gritaba "Allí vienen" y nos dispersaban nuestro pequeño ejército. Hasta ese momento íbamos reunidos sin plan, ni concierto, ni camino fijo. Benitez queriendo dar á nuestra retirada alguna organizacion exclamó:

—¡Viva nuestro coronel, muchachos! Aquí está nuestro jefe.

Y me proclamó á mi el coronel de los dispersos.

No sabia probablemente que en el dia anterior habia sido dado á reconocer por la orden del dia como general de brigada.

Me aceptaron como jefe los que allí habia, repitiendo mi nombre con algazara.

Acepté por mi parte y mandé hacer alto mientras los clarines tocaban llamada de tropa y con la gente de armas mejor montada mandaba reunir los dispersos que iban por sendas extraviadas; pero esto duró mientras no hubo uno que diera la señal de alarma. Este fué un oficial que señalando una polvareda que se levantaba á nuestro flanco derecho, gritó con voz des-templada:

—¡El enemigo!

Entonces todos mis subalternos se desbandaron como codornices.

CAPITULO XXVI.

OTRA NOCHE TRISTE.

La derrota de la Bufa se habia consumado á eso de las tres de la tarde, y aunque se oian todavia algunos tiros aislados en la ciudad y fuera de ella, provenian los primeros de que se estaban abriendo algunas tiendas á balazos para saquearlas y los segundos particulares entre propios y extraños.

Parece que Rocha no mandó inmediatamente ninguna fuerza de caballería en persecucion de nuestros dispersos, temeroso de que fuera atacada su retaguardia ó por no estar bastante fuerte para resistir un ataque de la Division de Martinez y de nuestra caballería, que habian quedado intactas ocupando las eminencias, lo cierto fué que los derrotados nuestros iban tan medrosos que se asustaban con su propia sombra.

bres entre oficiales y soldados dispersos, pero pasaba alguno que gritaba "Allí vienen" y nos dispersaban nuestro pequeño ejército. Hasta ese momento íbamos reunidos sin plan, ni concierto, ni camino fijo. Benitez queriendo dar á nuestra retirada alguna organizacion exclamó:

—¡Viva nuestro coronel, muchachos! Aquí está nuestro jefe.

Y me proclamó á mi el coronel de los dispersos.

No sabia probablemente que en el dia anterior habia sido dado á reconocer por la orden del dia como general de brigada.

Me aceptaron como jefe los que allí habia, repitiendo mi nombre con algazara.

Acepté por mi parte y mandé hacer alto mientras los clarines tocaban llamada de tropa y con la gente de armas mejor montada mandaba reunir los dispersos que iban por sendas extraviadas; pero esto duró mientras no hubo uno que diera la señal de alarma. Este fué un oficial que señalando una polvareda que se levantaba á nuestro flanco derecho, gritó con voz destemplada:

—¡El enemigo!

Entonces todos mis subalternos se desbandaron como codornices.

CAPITULO XXVI.

OTRA NOCHE TRISTE.

La derrota de la Bufa se habia consumado á eso de las tres de la tarde, y aunque se oian todavia algunos tiros aislados en la ciudad y fuera de ella, provenian los primeros de que se estaban abriendo algunas tiendas á balazos para saquearlas y los segundos particulares entre propios y extraños.

Parece que Rocha no mandó inmediatamente ninguna fuerza de caballería en persecucion de nuestros dispersos, temeroso de que fuera atacada su retaguardia ó por no estar bastante fuerte para resistir un ataque de la Division de Martinez y de nuestra caballería, que habian quedado intactas ocupando las eminencias, lo cierto fué que los derrotados nuestros iban tan medrosos que se asustaban con su propia sombra.

Cada cual tomaba la senda que mejor le parecía y por mas que los que formábamos el mayor grupo nos deteníamos de cuando en cuando y procurábamos reunir los dispersos, ora tocando llamada de tropa, ora excitándoles de una vez á hacer una retirada ordenada, nadie nos obedecía y pasaban los mas á buena distancia como llevados en alas del relámpago.

Los infantes tiraban las armas y el uniforme á nuestra vista y huían en direccion á las montañas, los ginetes en grupos de tres y de á cuatro iban derramados por el llano sin querer plegarse á una direccion uniforme. Nosotros mismos caminábamos á la aventura y al anochecer empezamos á notar que nuestras filas se amenguaban visiblemente. El primero que se nos alejó fué el coronel Macías con sus veinticinco hombres con pretexto de ir á buscar agua para la caballada que empezaba á flaquear mortificada por la sed.

Despues unos se quedaban atras y los demas se adelantaban segun el vigor que tenían sus caballos, hasta reducirnos desde quinientos hombres que ántes contábamos, á diez ó doce oficiales que comprendian que no era conveniente huir solos y menos de noche.

El menor ruido inquietaba á todos que, como sucede siempre en tales casos, se creían perseguidos por el enemigo.

No es posible hacer comprender á hombres que estén profundamente desmoralizados despues de un hecho de armas desgraciado, que la union es la que da la fuerza y que en un grupo fuerte los hombres arma-

dos se dan á si mismos mas seguridad, sea contra el enemigo, sea contra la gente que se arma en los ranchos para caer sobre los grupos mas débiles, de sarmentarlos y robarlos.

Apenas podria señalarse un hecho de armas de los muchísimos que se han sucedido en nuestro país desde el año de diez en que empezó á haber revoluciones, en que no haya tenido que lamentarse la muerte de algun oficial de importancia debida principalmente á la imprudencia. La gente mala que abunda en los pueblos y en las caserías de las fincas de campo, tiene fiesta cuando observa que en las inmediaciones va á librarse un combate. Se ponen de acuerdo cinco ó seis y hasta veinte y veinticinco hombres, se arman con lo que pueden, montan en sus caballos y suben al mas próximo cerro para observar los resultados. Como siempre hay dispersos de una y otra parte entre los ejércitos que libran una batalla, aquellos merodeadores escojen sus víctimas, ó entre los primeros que desertan ó entre los últimos que huyen, que ya van mas desmoralizados. Lo mas comun es que caigan sobre los oficiales dispersos, estando dormidos dentro de alguna casucha en que se considera ya en salvo. En estos casos es seguro que la muerte tiene que seguir al asalto. Los rancheros saben muy bien que el oficial que es robado puramente, tarde ó temprano vuelve por aquel mismo punto y puede ejercer una terrible venganza. Así es como siempre se han matado á esas víctimas del botin que se buscaba despues de la derrota.

En aquella fatal noche que comenzaba á hacerse mas lúgubre de lo que debiera, pues en realidad nuestra derrota no habia consistido mas que en la de algunos cuerpos de infantería de Guerra y Treviño, ví con pena y casi puedo decir, con terror, que ya solo cuatro hombres me acompañaban: dos ayudantes de Treviño, un oficial que acababa de reunírseme buscando á su coronel y mi asistente que siempre tenia su pistola preparada. Mi equipaje que iba con las mulas del general Martínez al cuidado de un capitán de Galeana que era el jefe de su pequeña escolta, hacia rato que habia tomado otro camino. Tenía esperanzas de reunirme con mi dicho equipaje á la mañana siguiente.

Eran las nueve ó las diez de la noche, caminábamos sin rumbo fijo y sin conocer el camino, la oscuridad era completa, y el frío que hacia era terrible. Alguno propuso el primero tomar un poco de descanso en una casa que estaba á la vista y aunque con el natural recelo de sufrir un ataque de los merodeadores, todos aprobamos la idea y nos encaminamos al punto escogido. Era un rancho aislado y por fortuna no tenia gran caserío lo que nos daba mas confianza, pues podíamos inspeccionar el campo en una buena distancia y cualquier rumor de llegada de personas podia sentirse perfectamente.

Una vez convencidos de que la casa habia sido abandonada por sus moradores, tomamos leña é hicimos una fogata cerca de la puerta para calentarnos. Nos tendimos cuatro, procurando dormir mien-

tras el quinto se quedaba de centinela. Apenas nos habiamos arrebuñado en nuestros jorongos, cuando levantamos á la vez la cabeza para prestar atención á un rumor de pisadas de caballos que se aproximaban.

—Preparen las armas, dije á mis compañeros.

Los caballos estaban ensillados y mi criado Donaciano se adelantó en uno á reconocer á los que llegaban.

—¿Quién vive? preguntó con voz segura.

—General en jefe, le contestaron.

En efecto, era el general Gerónimo Treviño que llegaba acompañado únicamente de un ayudante.

Lo recibimos con todas las consideraciones debidas á su elevado carácter y le dimos un lugar al lado de nuestro fuego.

—¿No hay nada de cenar? nos preguntó.

—Nada, le contestamos, la casa está vacía.

—Descansaremos aquí dos horas y continuaremos al Fresnillo, de cuya población debemos estar cerca.

—Bien, mi general, contestó uno de sus ayudantes.

Entonces Treviño que estaba tambien sin equipaje y sin mas abrigo que un zarape fino del Saltillo, se acurrucó cerca de nosotros y no volvió á articular palabra. De cuando en cuando lanzaba un suspiro muy semejante á un sollozo desgarrador.

—He allí un hombre, murmuraba yo en mi interior, que hace apenas diez horas era poderoso y temible y ahora está ya reducido á la nulidad y á la impotencia.

Es probable que por mas esfuerzos que hiciera pa-

ra dormir no lograra conciliar el sueño, pues fué el primero que trascurrida una hora á lo mas, dió la señal de marcha. Seguramente bullian en su imaginacion estos pensamientos: el peligro de caer en poder del enemigo que podia haber seguido sus huellas, el mal papel que estaba haciendo entre un grupo tan pequeño de dispersos, el modo de satisfacer el hambre que debia estarlo haciendo sufrir mucho; la manera mas digna de llegar á la próxima poblacion, algunos detalles del combate que le indicaban probablemente que era preferible haber obrado de otra manera para conseguir la victoria; lo que iban á celebrar los miembros del gobierno aquel acontecimiento; lo que habia rebajado su gloria militar; y finalmente, debió haber pensado mucho en la venganza.

Tras la derrota de la Bufa se propagaron los rumores que se propagan siempre: decian muchos que Treviño habia traicionado, que de acuerdo con Rocha le habia entregado sus mejores elementos sacrificando al general Guerra; que ya de antemano se habia condimentado este pastel y que por eso quedaban explicados los movimientos llenos de lentitud de Treviño y la audacia de Rocha persiguiendo á un ejército mas numeroso; y el ataque brusco, casi imprudente dado á nuestras posiciones. Esto se dijo en voz baja y en voz alta, en las conversaciones y en los periódicos. Pero la verdad es, al menos esta es mi creencia, fundada en las angustias en que se debatia en aquella fatal noche el general en jefe, que nuestra derrota fué motivada únicamente por las muchas torpezas que

dejo fielmente relatadas. Cuantos estuvieron en la Bufa saben muy bien que no entraron en combate ni la tercera parte de nuestras fuerzas, que se puso á un lado á nuestra caballería, que no se protegió con toda violencia al general Donato Guerra envuelto por el enemigo y por fin que no se presentó la batalla en el punto donde debió presentarse. No es posible conceder, cualesquiera que fuesen las ventajas propuestas, que un hombre tan lleno de amor propio como Treviño se dejara derrotar voluntariamente. El creyó que Rocha se asustaria al ver los cerros coronados de tropas y que se retiraria tan luego como fueran rechazadas sus primeras columnas. Entónces se le lanzarian nuestros tres mil dragones que acabarian con las tropas forzadas del gobierno despues de tres noches de una carga incesante por la retaguardia y los flancos.

Esta es la táctica conocida en las medianias militares de nuestro país que no gustan de esponer todos sus elementos en una batalla.

De todas maneras, susemblante mustio, casi lívido, que presentaba en aquella noche, estaba demostrando que sufría de una manera la mas cruel, al verse en aquella tristísima condicion, abandonado de todo su numeroso ejército y seguido de unos cuantos hombres.

Nos preguntó cortesmente si estábamos dispuestos á seguir nuestra marcha despues que habiamos tomado aquel pequeño descanso y le contestámos que nos encontráramos á sus ordenes.

Serian las once y media de la noche: á las doce y

media llegamos á la poblacion del Fresnillo. Si alguno de nosotros hubiera sabido antes que no distábamos mas que dos ó tres leguas del rancho en que nos detuvimos, de seguro que hubiéramos proseguido nuestra marcha para ganar dos horas de mejor alojamiento.

Muchos dispersos nos habian precedido y estaban llenos los mesones y la casas que quisieron abrir sus puertas para dar hospitalidad á los derrotados, así es que nos dirigimos para la plaza buscando algun portal. Á esa hora nos parecia mas que imprudencia ir á pedir que nos abrieran alguna casa en que pudiéramos cenar algo y dormir debajo de techo.

Algunos oficiales propusieron al general Treviño que harian abrir cualquiera casa para que se le alojara, pero él lo prohibió terminantemente diciendo que lo poco que faltaba de la noche hasta la madrugada lo pasaria muy bien en la plaza y que tal vez allí podria disfrutar de mayor seguridad.

Al llegar á la plaza notamos que tambien estaba ocupada por una multitud de oficiales dispersos, mulas de carga, equipajes y hasta mujeres, pero tambien nos encontramos á la autoridad que ya nos buscaba seguida de algunos vecinos.

Se informaron de los nombres de los que acababan de llegar y desde luego el general Treviño fué llevado á una de las casas principales: queria que yo le acompañara, pero entre los vecinos iba el señor Ortega, amigo mio, y el se empeñó en que yo me alojara en su casa.

Allí pues nos separamos, sin que volviéramos á vernos en aquella campaña tan llena de incidentes inesperados.

Cuando me ví junto á una mesa regularmente provista de manjares y pude columbrar una cama muy limpia en la pieza inmediata, no pude menos de dejar mi aspecto sombrío y recobrar el buen humor.

Pregunté por los que habian llegado antes que nosotros y me dijeron que allí estaban Donato Guerra, Benitez, Curiel y algunos generales de nombres desconocidos, los cuales habian decretado ya un empréstito, que se estaba recaudando para la nueva organizacion del ejército.

—¡Carambolas! dije para mi sayo, ¡estos si que no pierden el tiempo!

Y dormí luego como un patriarca no obstante las emociones de aquella que dimos en llamar yo y mis compañeros: «Otra noche triste.»

CAPITULO XXVII.

EN RETIRADA.

Nuestra marcha á Sombrerete fué mas ordenada, fuera por el respeto del general Donato Guerra que era muy querido de todos nosotros, fuera por que ya sabiamos que el enemigo no se movia de Zacatecas. Allí supe tambien que el general Pedro Martinez habia salido con la mayor parte de sus fuerzas, recogiendo algunos dispersos de las otras divisiones.

Siempre despues de un hecho de armas como aquel, en que algo ha quedado en pié, se dá acogida fácilmente á las noticias mas exageradas y los derrotados se hacen grandes ilusiones sacando partido de su misma derrota. Por ejemplo; creiamos que el de la Bufa habia sido un simple descalabro que habia dejado intactos á nuestros tres mil hombres de caballeria y á unos mil quinientos lo menos de la Division de

Martinez, el cual bien podia haber reunido otros mil con los piquetes que se le incorporaran, pudiendo en ese caso la revolucion contar con un efectivo de cuatro ó cinco mil hombres, suponiendo sin conceder que se hubieran perdido en la Bufa la mitad de nuestras fuerzas.

Pero la verdad era que en todos nuestros cuerpos se habian verificado grandes deserciones y que podian señalarse tantos huecos en las filas de la caballeria como en las de la infanteria que nos quedaba. A presencia de todos se habia consumado la derrota y era natural que entrara en nuestro ejército el desaliento y la desmoralizacion. Ademas, aquellas tropas hicieron de noche su retirada de Zacatecas y en esta retirada, parecida á una huida por su premura, tuvieron que producirse muchas bajas.

Entónces Treviño juzgó conveniente ir á incorporarse con los restos de su ejército que ya habian tomado el rumbo del Norte. Al separarse este de Donato Guerra teniamos que optar los que allí íbamos por uno ó por otro jefe: teniamos que escoger entre el camino de Monterey y el de Durango.

Donato Guerra que conocia perfectamente la situacion individual de todos, me dijo:

—Véngase Vd. con nosotros.

—Tengo que ir á incorporarme con el general Martinez, le contesté, y ademas el capitan de su escolta lleva mi equipaje.

—Quién sabe si ya irá lejos el general Martinez, si no podrá Vd. continuar al lado de Treviño, si el gene-

ral Diaz ha desembarcado en Sinaloa y es mas conveniente la presencia de Vd. por este rumbo: en fin yo creo que debe Vd. venirse con nosotros para Durango. En cuanto á los escrúpulos de Vd. respecto del general Martinez y el cuidado de su equipaje, ya escribiré á aquel buen amigo diciéndole que yo me empené en traérmele y le encargáremos que cuide de recoger su mula de carga.

Todavía hice algunas reflexiones respecto de mi carácter militar, fuera del puramente amistoso que tenia en la Division del general Martínez.

—Después de una derrota como la que hemos sufrido necesitamos organizarlo todo de nuevo y para este efecto hacen mas falta los servicios de Vd. en el Occidente de la República en donde cuenta con tantos y tan buenos amigos.

Agregó á este otros razonamientos, significándome que ya iban para la frontera todos los hombres de influencia y de accion que podian en poco tiempo reponer sus elementos y que los que mas necesitaban reconstruirse eran los de Durango y Chihuahua que eran los realmente destruidos, y que en aquel trabajo arduo tanto yo como Benitez íbamos á servirle mucho. La revolucion, en una palabra, me exigia el sacrificio de abandonar por el momento á mi jefe y amigo el general Martinez para poderme consagrar á los trabajos políticos de un orden mas elevado. Acaso iba á hacerse indispensable que Benitez y yo, ó alguno de nosotros dos, saliera del país en busca del general Diaz, el cual segun nuestras noticias se ne-

contraba en la Habana esperando que hubiera algun puerto ocupado por la revolucion para volver á ponerse al frente de sus amigos. Ya dije antes que destruidos los elementos de Oaxaca, muerto por un cobarde felonía el gobernador Diaz que perdió una buena parte de la fuerza con que se contaba, derrotados otros jefes porfiristas en varios encuentros con el enemigo, hasta quedar el caudillo de la revolucion al frente de un puñado de hombres y rodeado por todas partes de un enemigo que penetró hasta su casa, rompió sus muebles y pilló algunos de sus bienes particulares, todavía tuvo alientos de acercarse á la capital y causar inquietud viva á los miembros del gobierno hasta que rendidos á la fátiga sus compañeros de armas empezaron á abandonarle, viéndose precisado á embarcarse para ir á buscar no solo un refugio sino elementos con que combatir en alguno de los otros Estados que aparecian levantados contra el juarismo.

Parece que el general Diaz tuvo muchos y serios tropiezos en su viaje y que estos le impidieron aparecer entre nosotros en el momento oportuno.

Todavía en aquella hora, derrotados como estábamos, su presencia nos habria reanimado, destruyendo la desconfianza que ya existia de unos hácia otros en aquel puñado de dispersos, cuando se acusaba á Treviño de torpezas y de ambicion, á Martinez de egoismo, á Guerra de demasiado complaciente y á todos de poco previsores por no haber dejado arregladas las cosas á nuestra retaguardia de otra manera. Cuando antes se clamaba y hasta se amagaba con la

rebelion porque no se entraba pronto al combate, ahora se decia que no habia habido necesidad de tanto apresuramiento y que bien se podian haber esperado Treviño, Martinez y Guerra con tan buenos elementos, otro poco de tiempo, para entregarlos intactos á nuestro caudillo que de seguro sabia ganar con ellos la victoria.

Antes, cuando estábamos bastante fuertes y bastante engreidos con nuestras fuerzas, nos considerábamos muy capaces de vencer á Rocha, á Escobedo y á todos cuantos generales pudiera mandar el gobierno contra nosotros. Ahora que nos habiamos quedado casi en cuadro, todo lo esperábamos de la presencia entre nosotros del general Porfirio Diaz.

De seguro que presentándose él, los Estados de Sinaloa, Sonora, Chihuahua, Durango, Zacatecas, Jalisco, Nuevo Leon, San Luis Potosí, Coahuila y Tamaulipas, se levantarian como un solo hombre llenos de entusiasmo para ir á combatir al lado del bravo soldado de Oriente.

Y la verdad es que en efecto la llegada del general Diaz hubiera reconciliado á todos los que allí se estaban viendo con encono y con desconfianza, y que prontamente se habria organizado otro cuerpo de Ejército debido á su sola influencia. Se le queria generalmente y se tenia una gran fé en su pericia militar y en su carácter resuelto.

Pero desgraciadamente no pudo ser así y cada cual tomó por el camino que le paració mejor sin obedecer á ningun plan, á ninguna idea, ni á ningun concierto.

Los jefes fronterizos volvian á sus Estados para reclutar nuevos hombres, proveerse de mas armas, pedir mas caballos y exigir mayores sacrificios á los propietarios y á los pueblos: Donato Guerra, que representaba la otra entidad y que á falta del general Diaz era el jefe supremo de la revolucion en todos los Estados de Occidente, iba por su parte á reparar los preciosos efectos de guerra que, conquistados con arrojo en la victoria alcanzada en Mata Pulgas y reunidos en cuatro meses de duras campañas, se habian perdido en un instante en el fracaso de la Bufa.

En Durango fuimos perfectamente recibidos y alojados por el general Tomas Borrego que fungia como gobernador. Era jefe de Hacienda, el ilustrado caballero D. Ignacio Michel y todas las autoridades pertenecian como era natural en cuerpo y alma á la revolucion y á los revolucionarios.

Allí era donde debiamos tomar alientos y formar un buen plan para el porvenir. Si bien no estábamos potentes como al reunirse nuestras tropas en Salinas del Peñon Blanco para formar un ejército de nueve mil hombres, tampoco estábamos tan faltos de recursos como al iniciarse la revolucion. Ahora contábamos con varias capitales, con varios gobiernos poco mas ó menos bien establecidos y con buenos cuadros de oficiales para organizar prontamente algunos cuerpos de infantería y caballería.

A este punto dedicó su atencion inmediatamente el general Donato Guerra, haciendo que salieran los comisionados que debian proceder á esta reconstruc-

cion, para las poblaciones de que mas se esperaba un contingente. Por su parte el gobierno de Durango no se habia dormido y tenia organizados ya unos quinientos reclutas que eran los que iban á servir de pié veterano, para formar el nuevo ejército y como lo probable lo enteramente seguro era que antes de engolfarse el gobierno en una campaña por la frontera que seria tan costosa como erizada de peligros, dedicaria su atencion á destruir lo poquísimo que nosotros teniamos, ocupándose en pacificar aquella zona que aparecia completamente desarmada, no tardariamos en saber que alguna buena seccion de tropas marchaba sobre Durango, como así se supo en efecto á los dos ó tres dias de llegados.

Entonces el general Donato Guerra nos dijo:

—Es probable, casi necesario que nos veamos obligados á desocupar á Durango, dentro de ocho ó diez dias que tengamos al enemigo sobre nosotros. No podremos ni resistirle ni salirle al encuentro. Nuestros elementos actualmente no son de combate. Al evacuar esta ciudad tendremos que dirigirnos para el vecino Estado de Chihuahua en donde podremos organizar nuestras fuerzas sin ser inquietados en algun tiempo. Al gobierno no le costará enviar una fuerte expedicion hasta un Estado tan remoto, gastando estérilmente sus recursos y sus hombres, mientras no tenga completamente pacificado el interior. Nosotros tenemos por el pronto en Chihuahua no solo un refugio seguro sino poblaciones que nos den un buen contingente para la reorganizacion, mientras vemos que es

lo que hacen nuestros amigos de Puebla, de Michoacan y de los otros Estados de la República, que todavía están vírgenes en esta revolucion. Debemos, pues, nosotros por ahora limitar nuestra accion á los Estados de Chihuahua, Sonora y Sinaloa. Yo me ocuparé del primero, es necesario que Vds. me ayuden con los segundos yendo á darles impulso no solo con su presencia sino con su actividad. Acaso aparezca en Sinaloa de un momento á otro el general Diaz y entónces será conveniente que se forme allí el gobierno de la revolucion y Vds. podrán ayudarle mucho en ese particular.

Así nos hablaba á Benitez, á D. Trinidad García, á D. Ignacio Michel, al ingeniero Peimbert y al autor de estas memorias.

Nosotros, persuadidos y obedientes, aprobamos gustosos aquella proposicion y empezamos á disponer nuestro viaje para el dia siguiente. Como teniamos que atravesar por el desierto de las montañas inmensas que dividen á los Estados de Sinaloa y Durango, en las cuales hay veces en que se caminan veinte ó quince leguas sin encontrar ni un miserable rancho y éramos los que íbamos á formar la caravana cosa de unas doce personas, tuvimos que llevar nuestros catres de campaña y una ó dos mulas cargadas de provisiones.

Aquella fatigosa travesía la hicimos muy contentos. Todos los dias rendiamos la jornada á buena hora y en seguida nos poniamos á jugar al *Tángano*. El *tángano* es un juego de muchachos al cual tiene

gran cariño el Sr. Benitez, siendo por otra parte muy hábil para hacer buenas jugadas. Consiste en poner sobre un tapon de corcho las monedas que sirven de apuesta y tirarle desde alguna distancia con otras mas grandes, es decir, con pesos. Todas las monedas que caen junto del tângano son del que las ha tirado y Benitez hace esto con suma facilidad calculando pegar al tângano en el pié para que las monedas queden en el mismo sitio.

Como no teniamos otra cosa en que pasar el tiempo despues de rendida la jornada y dicho juego es en sí muy divertido, confieso que un camino que es tan penoso se nos hizo á todos ligero y lleno de entretenimiento. El buen humor no llegó á abandonarnos ni en las cuestas terribles que llevan el nombre de «El espinazo del Diablo» compuestas de una larga serie de precipicios. A uno y otro lado se ven grandes y profundos barrancos yendo el viajero sobre el filo de la montaña, en que con frecuencia apenas ofrece espacio para que pongan las patas los animales: aun las mismas mulas que son las que mas se detienen en las cuestas, suelen perder pisada y rodar á uno de aquellos abismos que no parecen tener fondo.

Allí sobre aquella misma cima erizada de peligros íbamos nosotros cantando ó dirigiéndonos bromas, demostrando en todo nuestro viaje el mayor contento.

Una vez traspuestos los límites del Estado de Durango, y llegados á terrenos de Sinaloa, supimos que el gobernador Andres L. Tapia residia en el puerto de Mazatlan y que el general Marquez de Leon,

Doroteo López, Cañedo y otros jefes, estaban sitiando á Pesqueira en Culiacan. Este gobernador de Sonora habia atacado á los pronunciados allí: se habia posesionado de la plaza, quedando preso en sus propias redes, pues en seguida fué rodeado por los pronunciados y ya no pudo salir de la ciudad.

El gobernador Tapia nos recibió muy bien, dando desde luego posesion de sus empleos á Peimbert y Michel, pues el primero iba nombrado por Donato Guerra administrador de la Aduana Marítima y el segundo jefe superior de hacienda.

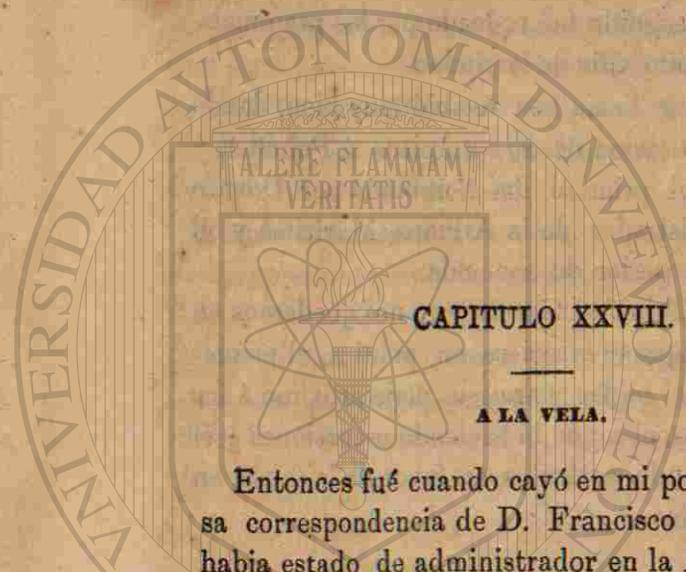
Benitez, D. Trinidad García y yo nos quedamos en reserva para lo que se ofreciera en política, el primero estudiando el ingles para su viaje próximo á los Estados Unidos, el segundo haciendo escursiones y el tercero escribiendo artículos en favor de la causa, en los ratos perdidos.

confesar que de allí habían marchado los mejores elementos tanto en hombres como en dinero para la revolución, toda vez que según los datos de la Aduana habían producido las descargas de buques más de medio millón de pesos.

Sin embargo, se habían descompuesto un poco las cosas con la invasión de Pesqueira al Estado, y de algunos días atrás se estaba esperando que aquel recibiera refuerzos procedentes de Guaymas y la Baja California. El cerco que le tenían puesto en Culiacan no avanzaba, tanto porque los sitiadores no tenían suficientes cañones, como porque carecían de tropas de empuje para dar un asalto. Casi estaban en igual número sitiadores y sitiados y ambos escasos de municiones, por cuyo motivo aquel sitio indicaba que iba á prolongarse indefinidamente. Por lo demás el Estado de Sinaloa, todo entero, estaba por la revolución y obedecía á las autoridades porfiristas. En Sonora solo había habido algunos pronunciamientos parciales que desde que se supo el último acontecimiento de la Bufa lejos de progresar iban extinguiéndose.

Lo que hicimos nosotros, los que llevábamos el encargo de menear la política, fué ponernos en comunicación con el general Marquez de Leon y demás amigos de ambos Estados, procurando fortalecer su espíritu con algunas dosis de esperanzas. El general Diaz no tardaría en volver al país, les decíamos, y con su llegada que era esperada ansiosamente, estábamos seguros de obtener un levantamiento general

*



CAPITULO XXVIII.

A LA VELA.

Entonces fué cuando cayó en mi poder una extensa correspondencia de D. Francisco Sepúlveda que había estado de administrador en la Aduana Marítima de Mazatlan, en la cual se trataba de Porfirio Diaz, de Donato Guerra, de Manuel Gonzalez y de otros muchos revolucionarios, pero particularmente del que esto escribe, poniéndonos de oro y azul y tratando del modo más expedito para hacernos desaparecer del catálogo de los vivientes. Ahora ya no es oportuno decir ni por quien estaban escritas esas cartas.

Era gobernador del Estado como he dicho antes, nombrado por Donato Guerra el coronel Andres L. Tapia que había prestado su apoyo al pronunciamiento del puerto en favor de la causa porfirista. Es fuerza

en toda la zona en que estaban ahora estendidos los elementos que se habian dispersado en la Bufa.

Ademas de eso ocupé todos mis ocios en escribir proclamas para los jefes de armas y artículos palpitantes de porfirismo.

Hicimos que el mismo gobernador se pusiera en campaña dejando el gobierno á un sustituto de su confianza:

Viviamos juntos en una casa inmediata al muelle perteneciente á la familia Campillo: Benitez, el administrador de la Aduana Peimbert, el jefe de hacienda Michel, D. Trinidad García, que salió á poco á cumplir una comision, y el que escribe esta crónica. Eramos asistidos en comun y pasábamos horas verdaderamente agradables, haciendo castillos en el aire. En lo general Benitez aparecia de primer ministro en la nueva administracion que íbamos á establecer, Peimbert de gobernador de Durango, Michel de Tesorero general de la Nacion y yo de redactor en jefe del periódico mas oficioso. Ni siquiera me ponía á considerar en medio del júbilo que estas conversaciones me causaban que mi ocupacion iba á ser entre todas lamas humilde y la menos lucrativa.

Un dia tocó en el puerto el vapor de San Francisco y Benitez viendo que no habia llegado en él el general Diaz, y desesperado ya de una inmovilidad de quince dias que llevábamos con una vida monótoma, se despidió de nosotros, tomó su Ollendorff debajo del brazo y ocupó una cámara de primera clase en el paquete americano.

En esa noche misma, estábamos durmiendo muy tranquilos, cuando resonaron fuertes golpes en una ventana que caia á la calle de las piezas que ocupábamos.

—Quién es? preguntó Michel incorporándose.

Contestaron varias voces:

—Levántense luego: ¡Allí está el enemigo!

—¡Cómo el enemigo! contestó Peimbert que en medio de la calma que le dominaba siempre, no dejó de alarmarse.

—Si, las avanzadas de Rocha, dijo la voz conocida de Carlos Betancourt, están ya llegando.

Nos vestimos apresuradamente y pudimos ver con nuestros propios ojos al gobernador sustituto, Lic. Galan y á muchos empleados civiles y militares que lo acompañaban llevando linternas. La noche era oscura y el aspecto de toda aquella gente armada de sacos de viaje le daba un aspecto siniestro.

—¿Que hay? preguntó Peimbert luego que salimos los tres á la puerta de la calle.

—Que el enemigo está á cinco millas del puerto, segun comunica un extraordinario enviado de Villa Union.

—Pero por donde ha venido?

—Por el Espinazo del Diablo, por el camino que Vds recorrieron.

—Imposible! por ese camino no pueden venir tropas.

—El caso es que allí está Rocha mandándolas y segun las noticias no bajan de tres mil hombres.

—Cuanta gente tenemos nosotros?

—Quince hombres de policia: la última compañía de fuerza regular que tenemos la hemos hecho salir ayer para Culiacan.

—Entonces no se puede pensar en defender el puerto?

—De ninguna manera. Lo que hemos hecho es fletar un pequeño buque de vela y en él nos iremos todos los que quepamos.

—Y tenemos que hacernos á la mar inmediatamente, agregó uno de los mas tímidos, porque hay varios buques en la bahía, y si quiere puede perseguirnos y alcanzarnos mañana mismo el enemigo.

—Al muelle! dijo el gobernador.

—Al muelle! respondieron los otros.

Solo se quedaron Betancourt y otros dos amigos ayudándonos á reunir nuestra ropa y lo que pudiéramos llevar más fácilmente. Allí dejamos abandonado un cajon con cosa de doscientos pesos de *cacharpas*, que es el nombre que tiene en Sinaloa una moneda de cobre de que hay gran abundancia, nuestras sillas de montar, la mia era de algun valor, y nuestros caballos. Yo habia vendido los dos mejores el dia anterior que me habian dado un producto de 500 pesos en oro. Era todo el dinero de que habia podido proveerme para hacer un viaje al extranjero, ó para cualquiera otra emergencia.

En esa vez perdí tambien todos mis papeles, quedándose entre ellos una coleccion del *Diablillo Colorado* con que fuí obsequiado en Mazatlan y la corres-

pondencia mas interesante de la revolucion, lo mismo que mucha del enemigo.

En suma, no se nos permitió llevar á bordo del buque, que era muy pequeño, sino una maleta ligera de ropa y nuestras personas. Todo lo demas tuvimos que perderlo y aun nosotros mismos logramos embarcarnos con dificultad, pues el buquecillo habia levado anclas y tuvimos que alcanzarlo en botes. Los directores de la huida llevaban mucha ansia en escapar, segun unos por el dinero que llevaban, segun otros por salvar algunos papeles, y segun los mas porque estaban muy poseidos de miedo.

El hecho fué que no quisieron esperarnos y que trabajo nos costó darles alcance á fuerza de remos en los botes de la Aduana, cuyos empleados de pura *chiripa* quisieron dar obediencia á un administrador que se declaraba en completa fuga.

El buque que nos sirvió para nuestra escapatoria era en efecto muy pequeño y llevaba á bordo mas de treinta personas de las mas comprometidas, acurrucadas unas contra otras sobre cubierta. Era casi una lancha, de una pura vela. Por fortuna nos sopló un buen viento y pudimos observar cuando se hizo de dia que estábamos muy léjos de las costas de Mazatlan.

Esta era la segunda vez que salia del mismo puerto á escape y las dos con grave peligro de caer en poder de un enemigo que no sabia perdonar. Tambien en esta vez fuimos perseguidos por un buque mercante armado en guerra que salió de la bahía 24

horas despues que nosotros. Por nuestra parte nos ayudamos con los remos y pudimos tocar en S. Blas á la vez que se alejaba abandonando su presa nuestro perseguidor.

La plaza que habiamos abandonado en union del gobierno provisional y de los pocos empleados federales, que estaban al servicio de la revolucion, fué ocupada por el ejército disciplinado del enemigo á las once de la mañana, recogíendose el poco equipaje que habiamos dejado como botin de guerra.

En cambio fuimos cordialmente recibidos por las autoridades de San Blas que no tuvieron inconveniente en dejarnos saltar á tierra guardándonos las consideraciones debidas. Tenian ya las órdenes del señor de la tierra, que estaba en esa sazon influenciado por el general Vega, del que se llamó en vida general Manuel Lozada, para recibir bien á los revolucionarios que por cualquier parte llegaran al canton de Tepic. Es decir, Lozada habia mandado ya una circular á los empleados federales segun la costumbre, y á todos los jefes de fuerza, para que no solo guardaran consideraciones á los que pronunciados contra Juarez llegaran bien de elementos, sino para que dieran el auxilio que fuera posible á los que llegaran en mala situacion.

Tepic, como siempre seguia siendo el mejor refugio para los descontentos de todos los partidos y para los perseguidos de todos los gobiernos: Lozada era particularmente enemigo de Juarez por tantas veces como habia querido someterlo, mandando á hacer la cam-

paña á sus capitanes mas esforzados, y todo cuanto podia hacer en su contra lo veia, como una legitima revancha. Ademas: vivia bajo el mismo techo que el tigre de Alica el general D. Plácido Vega que habia logrado no solo adquirir gran influencia, sino algun dominio sobre la voluntad de aquella naturaleza feroz; estaba consiguiendo domesticarlo, inclinándolo á buscar alianzas fuera de sus propios elementos que apenas bastaban para hacer la defensa de su propio terreno. Ambos personajes habian hablado y se habian entendido respecto de proyectos ulteriores de mucha amplitud y de mucho atrevimiento. Con el tiempo pensaban hacerse de un ejército bastante poderoso para sostener una República de Occidente dividida de los Estados del centro y tal vez hasta se figuraban poder derribar por si mismos al gobierno y someter las cosas á un nuevo sistema. Nunca fueron conocidos los proyectos de esos dos hombres en toda su estension, acaso ellos mismos no sabian de cierto á donde se proponian ir con ellos, pero la verdad es, que trataban de ponerse bien con todos los revolucionarios tratándolos como aliados y amigos.

Así fué que en esta vez no fuimos ni siquiera desarmados como la primera, sino que antes bien habiendo sabido el jefe del destacamento lozadeño, que allí entre la gente que llegaba huyendo de Mazatlan habia un jefe de categoria, fué á buscarme y me dijo quitándose el sombrero:

—Amo general, si quieres algo, puedes mandar tus órdenes.

—Gracias, le contesté tendiéndole una mano que el besó respetuosamente.

En seguida tomamos alojamiento en el hotel y allí estuvimos recibiendo visitas y allí recibimos también el obsequio á la hora de la comida, de un buen número de ostiones frescos acabados de recoger en la mar para nosotros: sabido es que los ostiones de S. Blas tienen como los de Altata grandísima reputación.

En el mismo día logramos proveernos de caballos y por la noche al oscurecer nos pusimos en camino para la ciudad de Tepic, habiéndonos proporcionado una escolta de cuatro hombres y un cabo. Nosotros rehusamos esta, puesto que éramos cinco amigos, seis, con mi criado Donaciano que nunca nos abandonaba, y todos estábamos armados, pero el jefe del destacamento se empeñó en darnos esta muestra de cortesía.

—Vas con el general, dijo al indio que fungía de cabo, y haces cuanto te mande. Cuando te diga que te *arriendes*, te vienes acá.

—Si, mi *sefe*, contestó el indio y picó su caballo con muy poca gracia.

Bien sabido es que los indios no pueden nunca ser buenos ginetes, y si las gentes que andando á pié menos se cansan en el mundo.

Nuestro tránsito hasta Tepic fué verdaderamente agradable. Iluminaba las arboledas una luz clarísima lanzada á raudales por el astro de la noche, hacia un viento suave que nos llevaba emanaciones de las plantas aromáticas y nosotros al paso lento de unas ca-

balgaduras que no eran de primera clase, caminábamos los unos al lado de los otros entretenidos en amigable conversacion.

Referia yo mis aventuras y mis fracasos políticos, y Michel, Peimbert y Betancourt, iban á mi lado escuchando mi relacion sin interrumpirme mas que para lanzar algunas exclamaciones de sorpresa. La mayor parte del camino fué así amenizado, pareciéndonos menos duro por el mayor entretenimiento. Además, la noche llena de luz era también fresca, y presentaban hermoso espectáculo los bosques de palmeras y las cerranías yendo á confundir sus cimas con los cielos, contribuyendo todo esto á que la noche se pasara prontamente.

Llegamos á Tepic y nos alojamos en el gran hotel de Alejandro Santamaria. Los otros fugitivos habian tomado alojamientos particulares ó se disponian á regresar por tierra á Sinaloa.

Estaba en mi cuarto en esa misma noche pensando en mi nueva y complicada situacion, cuando se me presentó un hombre de larga y espesa barba, de ojos muy grandes y expresivos, que me habló por mi nombre con voz suave y cariñosa. . . . Era el general D. Plácido Vega.

—Siempre es ventajoso tener aquí un refugio seguro y encontrarse con la buena disposición de los que mandan, le contesté.

—¿Y sabe Vd. algo del general Díaz?

—Nada absolutamente.

—El general desea que venga por aquí para conocerlo y tratarlo: yo no sé en qué se fundará, pero creo que vendrá.

—Benitez se fué á buscarlo á los Estados Unidos y si lo encuentra creo que desembarcarán ambos en Sinaloa ó Sonora.

—Si se pudiera lograr que viniera á Tepic!

—Para qué?

—Podría verificar arreglos ventajosos con el general. Ya hemos hablado mucho sobre esto y el general está dispuesto, según he llegado á sospecharme, á poner en sus manos los mejores de sus elementos.

—Yo no tuve una palabra para aplaudir esto porque me repugnaba invenciblemente una alianza con Lozada, que con todo y sus buenas partidas no podía borrar sus malos antecedentes.

—Pues dudo mucho que se aparezca por aquí nuestro caudillo, le contesté después de un rato de meditación.

—Yo juzgo lo mismo: no sé para qué tendría que venir por estos rumbos, aunque muy bien pudiera suceder.

—Ultimamente circuló algun rumor respecto de que se hallaba por el Sur de Jalisco.

CAPITULO XXIX.

EL TIGRE DE ALICA.

La conversacion que tuvimos el general D. Plácido Vega y yo fué esta poco mas ó menos.

—¿Cómo los han tratado á Vds. en el territorio?

—Perfectamente, le contesté, y estamos muy agradecidos.

—Lozada ha estado repitiendo sus órdenes para que si el general Porfirio Díaz, Vd, Benitez ó cualquiera otro miembro prominente de la revolucion llega á sus tierras, sea bien recibido y auxiliado.

Entonces le referí como habíamos sido atendidos en San Blas.

—El general tiene grandes simpatías por todos Vds., me contestó.

La palabra *general* se referia á Lozada y así era como le distinguian ya todos los suyos.

—Ya verémos si viene ó no; entre tanto yo quisiera que hablara vd. con el general Lozada.

—¿Quiere vd. positivamente que vea yo á Lozada?

—Sí.

—Y para qué?

—Acaso pudiera decir á Vd. algo que conviniera á la revolucion y vd. transmitirlo al general Diaz.

—Creo, dije al general Vega bajando la voz como temiendo hasta que él mismo me oyera, que la revolucion está en un periodo absoluto de decadencia y por consiguiente no está en aptitud de hacer ni recibir proposiciones.

—¿Y si Lozada se presta á ayudarles á Vds. sin ningun interes?

—Esa ya seria otra cosa.

—Puedo anunciarle la visita de vd?

—Sí, señor general.

—Pues mañana voy á San Luis y pasado mañana estaré aquí de vuelta.

Y diciendo esto se despidió, manifestándose muy satisfecho de nuestra entrevista.

D. Plácido Vega era un hombre enteramente raro tanto en sus costumbres privadas como en su conducta política y en su manera de proceder en cualquiera negocio.

Jamas podia averiguar nadie en donde pasaba la noche y á veces permanecia varias semanas sin llegar á desnudarse ni siquiera á quitarse las botas. Algunos de sus amigos recordaban haberlo encontrado

dormido de pié en el rincon de una pieza, guardando el equilibrio sobre una pierna.

Era muy amante de hacer misterio de todo, aunque no se necesitara, y de usar de toda clase de disfraces y precauciones para no ser conocido, habiéndose servido en multitud de ocasiones á sí mismo de policia.

Usaba de gran lentitud en muchos negocios importantes y de una actividad asombrosa en algunas veces en que tal vez no se necesitaba. Raras veces se podia entrar con él en alguna combinacion en campaña que dependiera de tales ó cuales marchas, pues de seguro si concurría era no solo muchas horas sino muchos dias despues del momento fijado.

Le gustaban mucho toda clase de intrigas y nunca podia pasarse sin ellas en cualquiera circunstancia en que se encontrara. Aun como gobernante se complacia en que hubiera movimiento de intrigas en torno suyo.

Cuando habia mas dificultades, cuando soplaba el aire de las conspiraciones, era cuando se consideraba mas en su elemento. Si las dificultades no eran serias, él las hacia, agravando las circunstancias por medio de la persecucion y del terror. Cuando habia vientos de conspiracion él se proporcionaba el placer de descubrir á los conspiradores usando de toda clase de disfraces y arbitrios, siendo muy amante de los golpes escénicos como el de presentarse inesperadamente en medio de sus enemigos.

Era muy dado á los pormenores, ocupándose per-

sonalmente hasta de los mas pequeños detalles. Si se trataba de la tropa le examinaba el vestuario desde el alzacuello hasta los botones de las polainas, y si se trataba de papeles y correspondencias dejaba hasta las ocupaciones mas urgentes por estarse redactando un dia entero una carta estudiando palabra por palabra.

Era muy minucioso y muy metódico en los papeles, gustándole tenerlos arreglados con un esmero que pudiera llamarse femenino. Todo papel aunque no fuera de interes lo guardaba cuidadosamente y él mismo se ocupaba en coser sus expedientes de cartas y de colocarlo todo en orden de tamaños en su papelera.

Cuando era su secretario de gobierno Antonio Rosales que poseía un carácter diametralmente opuesto, tuvieron ambos serios disgustos por cuestion de papeles. Rosales tenía la mesa de la secretaria en completo desorden y sin embargo sabia muy bien en donde encontraría cada papel á la hora de buscarle; pero mientras se ausentaba de su despacho por cualquier motivo, entraba á ordenárselo D. Plácido Vega, lo cual creía hacer poniendo juntos todos los papeles de igual tamaño aunque trataran diversos asuntos, con cuyo sistema hacia brincar de cólera á Rosales que era en extremo bilioso. En cambio de las violencias de Rosales, en medio de las que podía cometer los mas grandes desaciertos, D. Plácido tenía una calma y una dulzura, que no llegaban á alterarse nunca. Con una suavidad que parecía increíble condenaba á muerte á cualquiera que á su juicio podía conside-

rarse culpable y muchas veces con la sonrisa en los labios decia al que creía su enemigo:

—Dentro de dos horas me hace vd. favor de salir de esta ciudad.

—Pero señor. . .

—¡Ah! si Vd. es servido bien puede quedarse, pero entonces puede ser que le recaiga otra pena mas dura.

El condenado de esta suerte sabia que si despues de trascurridas las dos horas se le encontraba todavía en la calle era en seguida llevado al patíbulo.

D. Plácido Vega en medio de tantos y tan graves defectos, nacidos los mas de su completa falta de educacion, tenía muy brillantes cualidades: era desinteresado hasta un punto que parecia increíble y cuanto dinero llegaba á sus manos lo queria para distribuirlo entre sus amigos, porque siempre supo rendir un ferviente culto á la amistad. Cuando fué gobernador de Sinaloa, dispuso de todas las rentas federales que importaron por aquella época mas de diez millones, todo ese dinero pasó por las manos de D. Plácido Vega y fué á dar al gran círculo de sus amigos y partidarios que lo gastaban á manos llenas. Ese fué el tiempo próspero de Sinaloa porque el dinero tenía muy amplia circulacion.

Era constante tambien para sus empresas aunque casi todas fracasaban, por la lentitud asombrosa que usaba para desarrollarlas. Cuando llegaba la hora crítica que muchas veces él mismo habia fijado para un movimiento, se encontraba ó escribiendo una carta

con toda calma en su gabinete ú oculto en algun lugar que nadie conocia.

En esta vez andaba vestido con chaqueta y pantalon de lienzo con sombrero de paja, queriéndose así dar el aire de un marino. Jamas usaba armas si no era en campaña y casi nunca llevaba dinero consigo, en cambio tenia una fuerza hercúlea, refiriéndose que en cierta vez echó abajo un tabique de ladrillo de un bofeton que debia haber recibido un empleado subalterno que se apellidaba Portillo, y no se dió el caso de que aglun hombre á quien diera un manazo dejara de rodar por tierra.

No volvió al dia siguiente como me habia ofrecido, sino hasta los ocho en que me mandó llamar á la plaza con su acostumbrado misterio. Allí estaba, acompañado de un indio que tenia varios caballos de la rienda, con la cara cubierta enteramente con una ancha bufanda.

—Está vd. listo, licenciado? me preguntó.

—Listo para qué?

—Para ir á S. Luis.

—Toda la semana le he estado esperando, general.

—Aquí tiene vd. un caballo ensillado, del mismo general; es el que monta todas las mañanas. Es manso y de buena andadura.

—Pero hemos de partir esta misma noche?

—El general nos espera.

Fué tan de sorpresa esta invitación que ni siquiera tuve tiempo de vacilar, así es que monté en el caballo

que se me ofrecia y el general Vega montó tambien despues de dirigir diversas órdenes en secreto á los indios que le acompañaban, de los cuales se adelantó luego uno siguiendo nosotros á poco la misma direccion en número de siete ginetes.

Como se vé íbamos mas que suficientemente acompañados.

La noche era oscura y lluviosa y las sendas á que penetramos á poco por en medio de las montañas no nos dejaban pasar sino de uno en uno, teniendo que detenernos algunas veces en el camino mas llano para esperar á los que se quedaban rezagados en el monte.

El aspecto de todas aquellas serranias, en una noche casi tempestuosa como aquella, en que solo de cuando en cuando brillaba la luz de un relámpago, era no solo imponente sino aterrador. Principalmente yendo como yo iba con la imaginacion preocupada con el recuerdo de tantos crímenes como habia cometido el siniestro personaje con quien iba á ser presentado, no podia menos que sentirme dominado por vagas é incomprendibles sensaciones.

No tenia miedo ni habia motivos para tenerlo, puesto que iba al lado de un hombre que de tiempo atras me habia dado señaladas muestras de afecto y que en esta vez me daba todas las garantias necesarias para seguirle á donde quiera que fuese sin temor á una traicion; pero el hecho positivo era que estaba á la sazón pisando los terrenos del Señor absoluto y sanguinario que habia cometido allí mismo centenares de crímenes. Recordaba en aquellos momentos las

escenas referidas por todos los que habian hecho las campañas de Tepic, escenas sangrientas en que se recreaba en sus mejores tiempos el Señor de Alica. Entre otras aquella que hace erizar los cabellos y que consistía en poner una venda á los prisioneros y en seguida empujarlos él mismo con una lanza para precipitarlos al fondo de tan hondo abismo que ni siquiera volvía á oírse el rumor del cuerpo dando contra las peñas. Tambien me acordaba que á veces disfrutaba mucho, mandando quemar las plantas de los piés á los prisioneros y en otras haciendo que los colgaran de los árboles atados con su propia piel de la que se formaba con rapidez y habilidad una sólida cuerda.

Y al recordar todo aquello me sentía naturalmente sobrecogido de terror, pareciéndome las sombras de la noche mas negras, las arboledas mas espesas y sombrías, las montañas mas elevadas y las fisonomías de los hombres que nos acompañaban en las cuales me fijaba cada vez que brillaba un relámpago, mas duras, mas salvajes y mas amenazadoras.

D. Plácido Vega que comprendió seguramente cuales eran las ideas que tenían embargado por completo mi pobre espíritu, empezó á distraerme con una conversacion referente á las virtudes y buenas partidas del Señor de aquellas tierras.

He aquí algunos rasgos salientes de su carácter:

Tenía una madre y siempre iba á recibir su bendicion antes de salir á campaña, cuidando de que en todas circunstancias no le faltara lo necesario. En consecuencia Lozada era buen hijo.

Tenía varias mujeres que reputaba como lejitimas, pero vivía con una que le habia dado un hijo llamado tambien Manuel y á esta era á la que prefería y respetaba: en consecuencia era buen esposo y buen padre.

Tenía una larga lista de sus amigos y sus enemigos, respecto de los cuales habia de antemano dictado sus disposiciones. De los primeros, era aquella tierra y cuanto pudiera producir, lo mismo que les correspondia por iguales partes el botin de la guerra: para los segundos estaba acordado el género de muerte que habian de sufrir. En consecuencia, sabia ser buen amigo y juez justiciero.

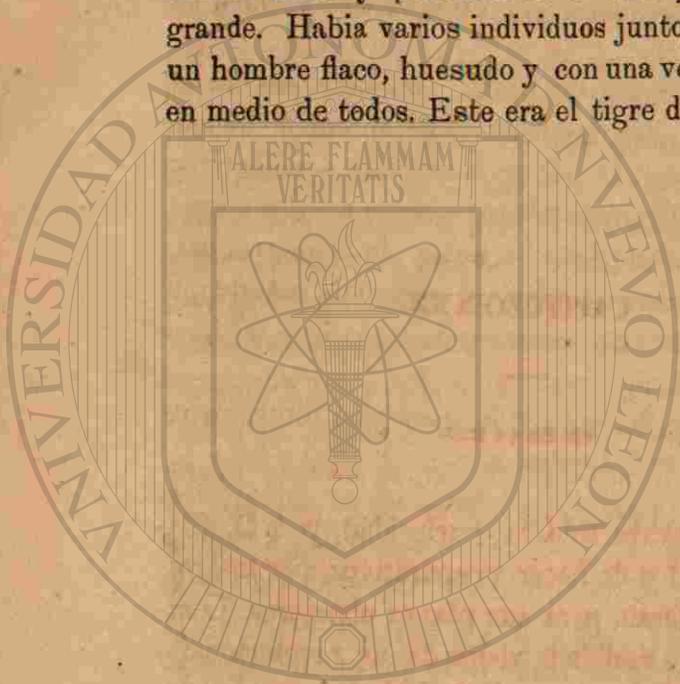
Era enemigo del robo y lo perseguía últimamente con una tenacidad asombrosa.

Tenía dotes de mando y sobre todo de administracion, pues que se vivía allí como en familia y á nadie le faltaba que comer, pudiendo ser trasmitidas sus órdenes con la mayor violencia aun á los puntos mas lejanos ó mas escarpados, resultando que en tres dias podía reunir un ejército desde tres hasta diez mil hombres.

Nos detuvimos en S. Luis en la casa que tenía allí D. Plácido y que era la prolongacion de la que pertenecía á D. Manuel Lozada, estaba toda blanqueada por fuera y esto me dió buena espina, pues comenzaba á penetrar allí la civilizacion aunque fuera por el blanqueo de las casas.

Ya nos esperaba allí un hombre con chaqueta, pero descalzo que hacia las veces de ayudante del general.

Nos hizo la invitación de seguirle, entramos á un caseron que me pareció muy raro, subimos unos pocos escalones y penetramos á una pieza bastante grande. Habia varios individuos junto á una mesa y un hombre flaco, huesudo y con una venda en un ojo, en medio de todos. Este era el tigre de Alica.



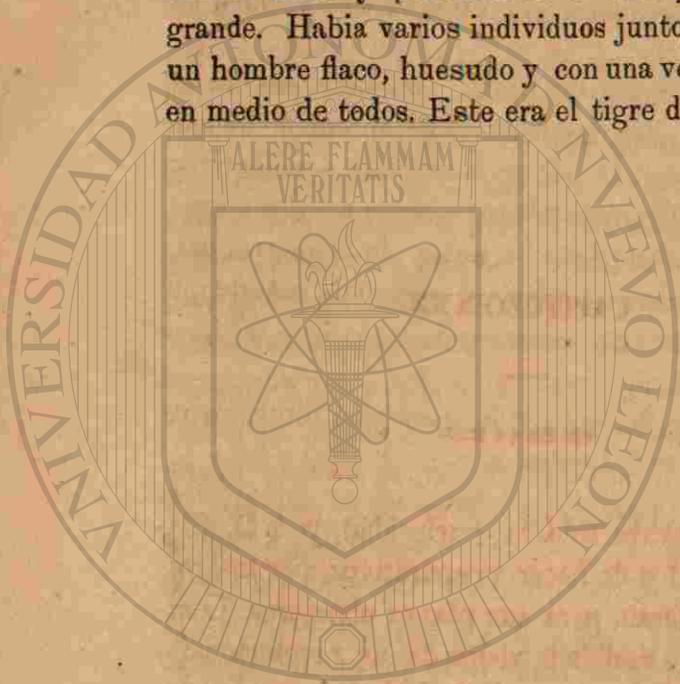
CAPITULO XXX.

EN EL CUBIL.

A mí me llevaba solo la curiosidad, y á D. Plácido Vega la idea de hacer preparativos, por insignificantes que fueran, para sus planes ulteriores. Lozada simplemente recibia la visita de un revolucionario refugiado en Tepic que venia á darle las gracias por las consideraciones dispensadas por las autoridades lozadeñas, tanto á él como á sus compañeros. Tras esto podría haber el segundo proyecto de ganar simpatías en el campo porfirista.

Saludé á todas aquellas gentes, previa la presentación que hizo de mí el general Vega, y entonces pude saber que todos ellos eran allí grandes personajes: uno era el coronel Galvan que mandaba á los indios mas queridos, el otro era el general Nuñez que poseia las mejores tácticas para la guerra de monta-

Nos hizo la invitación de seguirle, entramos á un caseron que me pareció muy raro, subimos unos pocos escalones y penetramos á una pieza bastante grande. Habia varios individuos junto á una mesa y un hombre flaco, huesudo y con una venda en un ojo, en medio de todos. Este era el tigre de Alica.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

CAPITULO XXX.

EN EL CUBIL.

A mí me llevaba solo la curiosidad, y á D. Plácido Vega la idea de hacer preparativos, por insignificantes que fueran, para sus planes ulteriores. Lozada simplemente recibia la visita de un revolucionario refugiado en Tepic que venia á darle las gracias por las consideraciones dispensadas por las autoridades lozadeñas, tanto á él como á sus compañeros. Tras esto podría haber el segundo proyecto de ganar simpatías en el campo porfirista.

Saludé á todas aquellas gentes, previa la presentación que hizo de mí el general Vega, y entonces pude saber que todos ellos eran allí grandes personajes: uno era el coronel Galvan que mandaba á los indios mas queridos, el otro era el general Nuñez que poseia las mejores tácticas para la guerra de monta-

ña, y el de mas allá el coronel Rosales que ofrecia ser una de las mas grandes glorias del Nayarit etc. etc.

Como dije antes, Lozada tenía unavenda que le cubria el ojo derecho y ademas tenía la mano del mismo lado metida en un pañuelo blanco que le colgaba del cuello. Hacia poco que pescando con cohetes de pólvora gigante, en uno de los esteros próximos al puerto de San Blas, le habia estallado uno en la mano llevándole dos dedos y abrasándole el hombro y todo el lado derecho hasta la cara, quedando tambien el ojo terriblemente maltratado. Y estas heridas le habian hecho sufrir mucho mas, en virtud de haberse resistido tenazmente á que le curara un facultativo, temiendo, como siempre temia, que fuera á envenenársele. A duras penas y despues de batallar mucho con la tenacidad indígena de Lozada, consiguió D. Plácido Vega que el general se pusiera en manos de un curandero de Tepic que podia pasar por amigo de la causa. Sin embargo de las grandes recomendaciones con que entró este curandero á ejercer su habilidad, Lozada le obligaba á probar primero los medicamentos, y si eran unturas, á que primero las tocara con la lengua por un largo rato, haciendo sufrir á veces martirios atroces al pobre aprendiz de cirujano.

Presentaba pues, un aspecto horroroso el general rodeado de los suyos: éstos aproximaron unas sillas forradas de cuero para que nos sentáramos y en seguida se salieron al corredor como para dejarnos en libertad de entendernos.

D. Plácido fué el primero que habló diciéndome:

—El general tenía deseos de conocer á Vd. licenciado, desde en la vez anterior que pasó Vd. por aquí.

—Tanto mis compañeros como yo le agradecemos mucho sus finezas. Aprovecho esta oportunidad, añadí dirigiéndome á aquel personaje, para dar á Vd. las gracias por la proteccion amistosa que en aquella vez se sirvió dispensarnos.

—Déjese de eso, pronunció con voz uraña.

Y despues de un rato en que estuvo reflexionando probablemente algo mas largo que decir, se dirigió á D. Plácido con estas palabras:

—Usté háblele, amigo D. Plácido.

—El general y yo, se apresuró á decir Vega, hemos constantemente estado haciendo recuerdos de Vds. Yo le he hablado siempre de Vd. de Granados, de Palacios y de Toledo. Ya solamente quedan Vd. y el último despues de tantas aventuras.... todo se lo he referido al general, y tanto la valiente conducta de Vds. como sus ideas fijas, le han hecho formar por Vds. grandes simpatias. Hoy el general se consideraria altamente satisfecho si Vd. se decidiera á quedarse viviendo en San Luis una temporada.

—Quién sabe! murmuré, ni yo mismo puedo saber el tiempo que he de durar por aquí.

—Véngase, me dijo Lozada con un tono que queria decir mucho.

Esto es, con esa sola palabra me dijo muy elocuentemente:—Sepa Vd. que aquí tiene su casa, Vd. no tiene que hacer otra cosa mas que resolverse, y

aquí lo tendrá todo de sobra y cuando ya no quiera estar con nosotros, no saldrá disgustado.

—Gracias, general, le contesté, si no estuviera hasta cierto punto comprometido con mi país y con mi partido, á terminar del modo que se pueda una revolucion en que he tomado una parte tan activa y tan directa, de buena gana aprovecharía esta amable invitacion que se me hace, sin mas interés que el de la simpatia; de buena gana me pasaria aquí unos meses montando á caballo, cazando en las montañas vecinas todas las mañanas, yendo á pasear á los grandes estanques naturales que se divisan al pié de las serranias, tendríamos un rato de amistosa conversacion todas las noches despues de la cena y se deslizaria el tiempo casi sin sentirlo.

—Qué bueno! exclamó el general Lozada.

El general Vega agregó:

—Esa misma pintura que Vd. acaba de hacer hemos hecho acá nosotros: Vd. estaria aquí en completa libertad para dirigirse por donde quisiera y siempre cuidado por las gentes del general: á veces lo acompañariamos nosotros en las correrias para enseñarle todo y siempre descansariamos por la noche, aquí ó en el corazon de la sierra, donde no faltarian buenos alojamientos. El general tiene las camas de campaña necesarias, no le faltan provisiones de camino para una excursion de quince ó veinte dias. Vd. en los ratos de las comidas nos platicaria sobre tantas cosas que sabe y pasariamos el tiempo muy contentos.

—Vds comprenden que necesito ir á trabajar mas activamente en favor de mi causa.

—Aquí tambien se puede trabajar como trabajo yo. ¿Vd cree que nosotros perdemos el tiempo?

—Vds. tienen todo esto muy bien organizado y no hay quien los moleste. Juarez les teme, el ejército los respeta, los revolucionarios los estiman. Vds. son verdaderamente independientes en esta pequeña República.

—Dice bien el licenciado, exclamó Lozada que ya pugnaba hacia rato por decir alguna cosa.

—Es verdad, general? me apresuré á contestarle para aprovecharme de aquella concedida.

—Si.

—Yo tengo deberes que cumplir en el interior, ó no sé donde, pero de aquí tengo que salir para ir á trabajar en mi pequeñez por donde se pueda.

—Perdóneme Vd. querido licenciado, agregó el general Vega con voz muy dulce, si le propongo un plan que me parece bueno.

—Diga Vd. general.

—Segun tenemos entendido el general Diaz ha lle-
do á Jalisco.

—¿De veras? pregunté con todo entusiasmo.

—No lo sabemos de cierto, pero lo sospechamos. El general Diaz y el general Galvan andaban juntos en los Estados Unidos, y el general Galvan acaba de aparecer en Jalisco.

—Es decir, que pueden estar á unos cuantos dias de camino.

—En el Sur.

—Pues allí puedo ir á incorporarme con ellos.

—Eso era lo que iba á proponerle. A Vd. no le conviene entrar nuevamente en campaña sino al lado del general Diaz y para ello debe esperarse á que vuelva un correo que nosotros le mandemos.

—Me parece muy bien.

—Vd. entre tanto permance aquí ó en Tepic.

—Creo que convendria mas á Vds. que mi residencia fuera en Tepic. Si me quedara aquí se despertarían sospechas, iría luego el chisme á Juarez.....

Inmediatamente se me vinieron á la imaginacion estas circunstancias: que en Tepic estaban mis amigos y compañeros de tresillo; que en Tepic habia un Hotel muy confortable y familias muy amables que me dispensaban el honor de recibirme en su seno; que en Tepic habia una música todas las noches de retreta y unos baños primorosos y un paseo á la loma los domingos que nada dejaba que desear, y sobre todo, que en Tepic estaba mi proveedor de dinero, el ex-comisario del ejército D. Carlos Betancourt, el cual con sus buenas relaciones y con su bolsa bien provista me surtia de los recursos necesarios para mis necesidades. Mi fortuna se componia de quinientos pesos, producto de mis caballos y sueldos de periodista que me pagó Tapia en Mazatlan, pero á este dinero le habia echado doble nudo como suele decirse. Trescientos pesos estaban destinados para hacerle un giro á mi familia que de seguro estaba alcanzada y el

resto para proveerme de un caballo y acudir á cualquiera otra grave necesidad.

Lozada me ofreció dinero, pero no quise aceptar un solo centavo que me obligara mas á él cuando ya tan obligado estaba á su amabilidad y preferí continuarlo pidiendo á Betancourt para mis pequeños gastos.

Todas estas causas eran las que me obligaban á dar la preferencia á Tepic para mi establecimiento que yo consideraba tenía que ser corto.

—Y qué? dijo Lozada.

—Nada importaria, agregó Vega, pero nosotros no nos opondremos á que Vd. resida donde mejor le parezca.

—En Tepic, afirmé nuevamente.

—Está bien, y yo iré á ver á Vd. cada tres ó cuatrodias para ponerle al corriente de lo que sepamos.

—¡Magnífico!

—Ahora vamos hablando de otra cosa: ¿Vd. cree que tienen suficientes elementos Vds. para derrocar á Juarez?

—Los teniamos y desgraciadamente los hemos perdido. Nuestras fuerzas principales estaban en la guarnicion de Mexico que fué derrotada el 1º de Octubre con su pronunciamiento de la Ciudadela; en las tropas de Oaxaca que fueron deshechas antes de que pudieran ponerse en accion, y por último, en las organizadas en la frontera con inmensos sacrificios que vinieron á concluir en la Bufa de Zacatecas. Ahora ya no tenemos mas que tropas aquí y allá, que apenas se sostienen, y que son perseguidas tenazmente

por las tropas del gobierno. La revolucion está en cuadro, general, no puedo negarlo.

—Pero algunas esperanzas deben tener Vds?

—No lo niego. Yo por mi parte tengo la esperanza de que el general Diaz se presente en cualquier parte del país y que su sola presencia levante tres ó cuatro Estados que organicen un nuevo ejército. Por ejemplo, si fuera cierto que se encuentra en Jalisco, allí se podrían poner á su voz sobre las armas unos cinco mil hombres á los cuales se uniría García de la Cadena con otros tantos de Aguascalientes, S. Luis y Zacatecas. Y ahora seria la mejor oportunidad, ahora que el primer general del gobierno está encampanado en Mazatlan y que las otras fuerzas estan entretenidas en la frontera con los restos que se llevaron Treviño, Naranjo y Martínez.

—Y qué razon nos dá Vd. del general Donato Guerra?

—Salió de Durango y debe haberse hecho fuerte en Chihuahua.

—El general aunque ha sido enemigo personal de Donato Guerra estima su valor, su serenidad, su hidalguía y todas las demas virtudes que adornan á tan ilustre jefe.

—Es muy apreciable positivamente.

—¿Y no cree Vd. que llegarán Vds. á necesitar de otros elementos para poder luchar con Juarez?

—¿Como cuales?

—Como los del general por ejemplo.....

—Ah!.....

Y no logré contestar otra cosa porque aquel fué un golpe inesperado del que no pude reponerme sino hasta pasados unos segundos en que contesté:

—Yo lo preguntaré al general Diaz en la primera oportunidad y él será quien pueda resolver este delicado punto.

Pero como no estaba satisfecho de esta respuesta que podia ofender á aquellos señores, agregué luego:

—Es seguro que el señor general Diaz veria con mucho entusiasmo que Vds. se hallaban dispuestos á ayudarle.

—Si quiere Vd. puede escribírselo.

—Se lo escribiré luego que sepa de un modo seguro en donde se encuentra.

—Ahora con el correo que vamos á mandarle.

—Es verdad, que tenemos que mandar.... esto es, que Vds. me han ofrecido mandar un correo que vaya á tomar informes.

—Y si lo encuentra ya le entregará la carta de Vd.

—No comprometeremos su vida?

—Estos correos del general saben bien donde llevan escondida una carta, sin temor de que nadie se la encuentre aunque los desnuden. Él la llevará hasta donde encuentre al general, y si perece antes de llegar, ¡psé! muere en su oficio.

—Mañana mismo escribiré al general Diaz segun las indicaciones que Vds. se sirvan hacerme.

—Solo será bueno que le pregunte Vd. si cree que le seria conveniente la alianza del general contra el

gobierno de Juarez, reservándose Vd. la facultad de hacer los tratados.

Estaba claro el interes que se habia tenido al provocar aquella conferencia.

Una vez comprendido así por todos, y conociendo yo que ya no podriamos ni intentar otra conversacion preocupados como nos encontrábamnos con aquel asunto, propuse á D. Plácido que nos retiráramos.

Al levantarme me dirijí á Lozada con el fin de estrecharle la mano y éste, como si creyera que iba á atacarle, se fué para atras buscando el rincon para resguardarse las espaldas. Se repuso violentamente ante mi ademan pacífico y me tendió la mano izquierda diciéndome:

—Vaya con Dios, licenciado, ya sabe que soy muy su amigo.

—Mil gracias, general.

—Cuando quiera, viene, nomas me manda avisar con D. Plácido.

—Ya me vendré á despedir de Vd. general, y á ofrecerme nuevamente á sus órdenes.

Entraron los otros jefes, apuramos todos juntos unas copas de mescal de Tequila, salimos de allí, montamos á caballo, y nos pusimos otra vez en marcha para la ciudad de Tepic abandonando de dia la poblacion que llevaba el nombre del Señor de la tierra, llamándose San Luis de Lozada.

CAPITULO XXXI.

UNA SORPRESA.

Llevábamnos pocos dias de vivir tranquilamente en Tepic los revolucionarios prófugos del Estado de Sinaloa, entre los cuales se encontraba ya el mismo gobernador y comandante militar en persona coronel Andrés L. Tapia, temeroso de caer en las manos del terrible general Sóstenes Rocha que era el coco de los pronunciados y un coco que hacia poner descoloridos á mas de cuatro en alguna reunion cuando se pronunciaba su nombre; nos procurábamnos pasar una vida lo más confortable que se pudiera mientras venia otra vez la oportunidad de ponernos en campaña y haciamos cuanto dependia de nosotros para procurarnos noticias seguras que nos permitieran normar nuestras futuras acciones, sin que unos dias dejaran de parecerse mucho á otros, cuando en una mañana repentinamente se apareció en mi alojamiento el general D. Manuel Gonzalez acompañado del ingeniero Perez Castro.

gobierno de Juarez, reservándose Vd. la facultad de hacer los tratados.

Estaba claro el interes que se habia tenido al provocar aquella conferencia.

Una vez comprendido así por todos, y conociendo yo que ya no podriamos ni intentar otra conversacion preocupados como nos encontrábamnos con aquel asunto, propuse á D. Plácido que nos retiráramos.

Al levantarme me dirijí á Lozada con el fin de estrecharle la mano y éste, como si creyera que iba á atacarle, se fué para atras buscando el rincon para resguardarse las espaldas. Se repuso violentamente ante mi ademan pacífico y me tendió la mano izquierda diciéndome:

—Vaya con Dios, licenciado, ya sabe que soy muy su amigo.

—Mil gracias, general.

—Cuando quiera, viene, nomas me manda avisar con D. Plácido.

—Ya me vendré á despedir de Vd. general, y á ofrecerme nuevamente á sus órdenes.

Entraron los otros jefes, apuramos todos juntos unas copas de mescal de Tequila, salimos de allí, montamos á caballo, y nos pusimos otra vez en marcha para la ciudad de Tepic abandonando de dia la poblacion que llevaba el nombre del Señor de la tierra, llamándose San Luis de Lozada.

CAPITULO XXXI.

UNA SORPRESA.

Llevábamnos pocos dias de vivir tranquilamente en Tepic los revolucionarios prófugos del Estado de Sinaloa, entre los cuales se encontraba ya el mismo gobernador y comandante militar en persona coronel Andrés L. Tapia, temeroso de caer en las manos del terrible general Sóstenes Rocha que era el coco de los pronunciados y un coco que hacia poner descoloridos á mas de cuatro en alguna reunion cuando se pronunciaba su nombre; nos procurábamnos pasar una vida lo más confortable que se pudiera mientras venia otra vez la oportunidad de ponernos en campaña y haciamos cuanto dependia de nosotros para procurarnos noticias seguras que nos permitieran normar nuestras futuras acciones, sin que unos dias dejaran de parecerse mucho á otros, cuando en una mañana repentinamente se apareció en mi alojamiento el general D. Manuel Gonzalez acompañado del ingeniero Perez Castro.

Mi sorpresa fué completa porque distaba mucho de figurarme que hubiera tomado este rumbo el general Gonzalez despues del fracaso sufrido por nuestras fuerzas en Oaxaca.

No estoy muy seguro de lo que pasó en aquel rumbo despues de proclamado el plan de la Noria y solo por los resultados puedo asegurar que fué desastroso.

Entiendo que despues del pronunciamiento de la Ciudadela el dia 1.º de Octubre, en que, segun refieren, todavia al dia siguiente se continuó la matanza hasta las doce del dia, fusilándose veinte jefes y oficiales y mas de doscientas personas entre paisanos, clases y tropa, muchos jefes de los que vieron errado el golpe tomaron el rumbo de Oaxaca, contándose entre ellos los que habian militado á las órdenes del general Diaz en la guerra extranjera.

El general D. Manuel Gonzalez de tan levantado espíritu como el general D. Donato Guerra, renunció ante D. Benito Juarez, de quien era amigo personal, la posicion que tenia á su lado, manifestándole que opinaba en contra de su política y que lealmente no podia seguir prestándole servicios á su gobierno.

El general Gonzalez desempeñaba un bonito empleo, que para algunos ha llegado á ser muy lucrativo y que á la vez reporta la confianza del Presidente: era gobernador de Palacio. El gobernador de Palacio, segun saben todos los que viven en México, tiene los hilos de todas las intrigas que se hilvanan en los ministerios y en los salones de la Presidencia; posee el

secreto de todas las entradas y de todas las salidas, estando á sus órdenes cuantas gentes viven de puertas adentro lo mismo que todas las guardias; el gobernador de Palacio tiene facultades de arreglar todas las cosas á su gusto tanto en punto á obras materiales como en cuanto á dictar las leyes que deben obedecer en el interior, de suerte que es el dueño, tanto de la vida de los mas altos magistrados como de parte de la hacienda que está á su cuidado y que puede gastar aun extralimitándose de las partidas del presupuesto.

El general Gonzalez con una caballerosidad, que es una de las páginas mas hermosas de su historia política, manifestó á Juarez que tenia el sentimiento de separarse de su lado para ir á pronunciarse, dejando las grandes comodidades que disfrutaba por ir á correr los azares de una suerte caprichosa que podia ser fatal como lo fué en aquella vez apenas iniciados los primeros combates; pero con cuya conducta obedecia á sus mas gratas aspiraciones que eran encontrarse nuevamente peleando al lado del que habia sido su amigo afectuoso en las horas amargas y su jefe denodado en los momentos del asalto y de la victoria. El general Gonzalez tuvo en esa vez un rasgo de verdadero heroismo.

Llegaba á Tepic despues de las derrotas que sucesivamente sufrió el porfirismo desde Oaxaca hasta cerca de la capital, en donde ya vino á declararse la dispersion de los jefes que habian formado el núcleo más inteligente de la revolución.

El general Diaz como dije ántes, acompañado úni-

camente del general Galvan, se embarcó en uno de los puertos del golfo para la Habana; y Terán, Pradillo, Mena, Carrillo, Gonzalez, Bonilla, Peza, Albornoz y tantos otros mas, tomaron para donde pudieron buscando un refugio entre los pequeños grupos que permanecían armados en la República del lado de la revolucion.

El general Gonzalez me refirió en aquella vez todos los episodios que siguieron al movimiento de la Noria y lo mismo me los dijeron á su turno los jefes Pradillo y Mena; pero como me he propuesto desde un principio no relatar hechos que no haya presenciado, me conformé con decir que los elementos de Oaxaca terminaron completamente, que la misma casa del caudillo fué ocupada por los sicarios del poder, los cuales destruyeron lo que no quisieron ó no pudieron llevarse. Es decir, el general en jefe fué perseguido hasta en los rincones últimos de su domicilio y en las refriegas que se desenlazaron á consecuencia de los sucesos que tengo referidos, perdió á su hermano D. Félix, que segun me refirieron despues fué asesinado cuando trataba de escapar por el rumbo de Puerto Angel.

El gobierno se habia preparado muy bien para caer sobre Oaxaca, con objeto de dar en la cabeza á la revolucion y le fué fácil, por el cúmulo de circunstancias que le favorecieron, réalizar su plan acertadamente.

Indudablemente que el ministro de la guerra D. Ignacio Mejía fué hábil para poner en juego los po-

derosos elementos del gobierno, pero indudablemente tambien que el viento de la desgracia estuvo soplando sin descanso en la frente de los revolucionarios.

No solamente eran los mas pocos, sino los menos protegidos por el ángel de la victoria que sin interrupcion les estuvo volviendo la espalda.

Aquel huracan deshecho que acabó con los elementos de Oaxaca y de todo el lado oriental de la República, hizo que el general Gonzalez, como he dicho antes, apareciera repentinamente en Tepic.

Estuvo en mi compañía solo el tiempo necesario para tomar descanso y en seguida, lleno de brio y de esperanzas, se puso en camino por la sierra con direccion á Chihuahua para ir á reunirse con los primeros revolucionarios que encontrara dispuestos á entrar en combate. El viaje que emprendia era tan incierto como dilatado y contaba para hacerlo con pocos elementos; pero su temple de alma no le permitia ni vacilar siquiera sobre su resolucion y una vez formada ésta se despidió de mí y de algunos otros amigos que allí nos encontrábamos y tomó el rumbo de Santiago por donde tendria que dirigirse al Norte atravesando una gran cordillera de montañas por en medio del enemigo. El paso era arriesgado, pero prefirió darlo á estar perdiendo el tiempo sin iniciativa alguna en la capital del Nayarit.

Apenas llevaba tres dias de haberse puesto en camino el general Gonzalez, seguido de su compañero el Sr. Perez Castro, cuando una tarde casi al oscure

cer en momentos en que esperaba en el corredor sentado en unasilla á las inmediaciones de mi cuarto como todos los días, que el criado apareciera con el cencerro dando la señal de la mesa redonda, se me presentó un hombre alto, de sombrero jarano, de pantalones de piel de venado y blusa azul, el cual me dijo que allí abajo estaba una persona que deseaba hablarme.

Estar uno en Tepic y ser así llamado tan misteriosamente por un desconocido, no dejaba de tener sus be-moles: allí teníamos tantos amigos como enemigos, aunque en una tierra en que la primera autoridad de hecho estaba de nuestra parte, lo cual no impedía que se nos pudiera tender una celada y lo cual no impidió ciertamente que algunos de los nuestros fueran asesinados; como yo tenía mis relaciones con los hombres de la sierra y D. Plácido Vega era muy dado al misterio, me figuré que eran cosas suyas y no tuve toda la desconfianza que hubiera podido tener en otras circunstancias, así es que solo pregunté á aquel que tenía todas las trazas de un mozo de hacienda:

—¿Qué persona es esa que desea hablarme?

—Un amigo de Vd.

—¿En donde está?

—Allí abajo: en la esquina de la plaza.

—¿Ahora mismo lo podemos ver allí?

—Sí Señor, desde aquí puede verse.

Y me mostró el bulto de un hombre medio envuelto con una bufanda en la esquina de la plaza que estaba á nuestro frente y sobre la cual dan los corredores altos del hotel.

—Bien, vamos, le dije, porque ya no tardan en llamarnos á comer y es mejor concluir esto antes.

Bajamos los escalones de la escalera y salimos á la plaza. El desconocido me tendió los brazos y, aunque no lo había visto mas que una sola vez antes de ahora, su voz me pareció muy mi conocida y casi instintivamente exclamé abrazándole con efusión:

—¡General!

—Silencio! me dijo, tal vez no conviene llamar la atención: vamos alejándonos de aquí.

—Sí sí; pero déjeme Vd. abrazarle otra vez.

Dió instrucciones á su compañero y yendo por delante le seguimos nosotros hasta llegar al meson en que habían tomado alojamiento.

Entonces me refirió el general que aquel era el dueño de una hacienda que estaba en el canton de Mascota, Estado de Jalisco, el cual bondadosamente se había prestado á acompañarle hasta ponerlo en lugar seguro.

Oír las aventuras que me contó en seguida el general y las cuales le acababan de pasar en un mes desde que hiciera su desembarque en el puerto del Manzanillo, fué asunto no solo entretenido para mí sino del mayor interes, y por lo cual no volví á acordarme ni de la cena que en aquellos momentos debía estarse sirviendo en el hotel. El general se había visto mas de cincuenta veces á punto de caer en poder del enemigo y su fortuna principal consistió en ser tan poco conocido en Jalisco, pues de esa manera pudo disfrazarse de arriero y pasar de incógnito por todas par-

tes. Hubo momentos en que creyó que el gobierno general le seguía los pasos desde que había llegado al país porque en todas partes se encontraba tropiezos como si de intento se hubieran puesto á su paso.

El lector preguntará cansado de toda esta digresión:

—¿Y cual era ese general digno de tantas atenciones que llegaba en esos momentos á Tepic?

—Pues ese general, le contestaré yo, era nada menos que el general Porfirio Díaz.

Acompañado del general D. Pedro Galvan había hecho su desembarque en el puerto del Manzanillo, viniéndose de los Estados Unidos para Panamá, y acababan de atravesar por Colima y Jalisco encontrándose cordial acogida en todas las casas de los simpatizadores de la revolucion en donde habían creído conveniente darse á conocer.

El general Galvan se había quedado organizando elementos de guerra en Cocula, Ahualulco y demas pueblos en donde tenia relaciones y simpatías, y el caudillo de la revolucion había juzgado por conveniente buscar un teatro mas amplio para dar desarrollo á su genio militar. Al poner los piés en el territorio mexicano no tenia conocimiento aun del fracaso de la Bufo y contaba con encontrarse un buen cuerpo de ejército organizado en el interior, ya al mando de Donato Guerra y Treviño ó de Pedro Martínez; pero al recibir noticias de aquella fatal jornada, se veía precisado á cambiar de plan buscando el núcleo de fuerzas que apareciera mas fuerte para seguir combatien-

do por la mas popular de las causas. Él, como todos nosotros, estaba persuadido, principalmente despues de haber atravesado por los pueblos de Jalisco, que la revolucion estaba nada mas un poco sofocada en su primer impulso, sin que pudiera considerarse vencida. Si el gobierno había alcanzado los primeros triunfos merced á sus buenos elementos, que había cuidado de organizar perfectamente, también había sufrido descalabros y sus mismas victorias le habían ocasionado pérdidas de consideracion. En la misma batalla de la Bufo que fué una de sus victorias mas espléndidas, no tuvo tropas de caballeria que destacar en persecucion nuestra, y segun dije antes, si la plaza de Zacatecas hubiera sido atacada en seguida por 200 hombres, la derrota de la fuerza federal entregada despues del triunfo á los mayores excesos, hubiera sido infalible. Y no solo por esa circunstancia sino porque en el ataque se habían aclarado sus filas por las muertes y la dispersion. Ya ni los recursos ni el ejército se encontraban lo mismo que en los momentos de empezar la lucha.

A continuacion que el general me hubo referido todos los accidentes de su viaje, á consecuencia de la pérdida de Oaxaca, y de las insignificantes fuerzas con que logró defenderse por algunos dias de la persecucion incesante que le hicieron dos fuertes divisiones mandadas por los generales Alatorre y Rocha, se informó de las personas que se encontraban en Tepic.

Despues de darle cuenta de lo que á nosotros nos había pasado y de espresarle los nombres de los ofi-

ciales mas importantes que allí se encontraban, agregó:

—Tambien está aquí el general D. Plácido Vega.

—Aquí en Tepic?

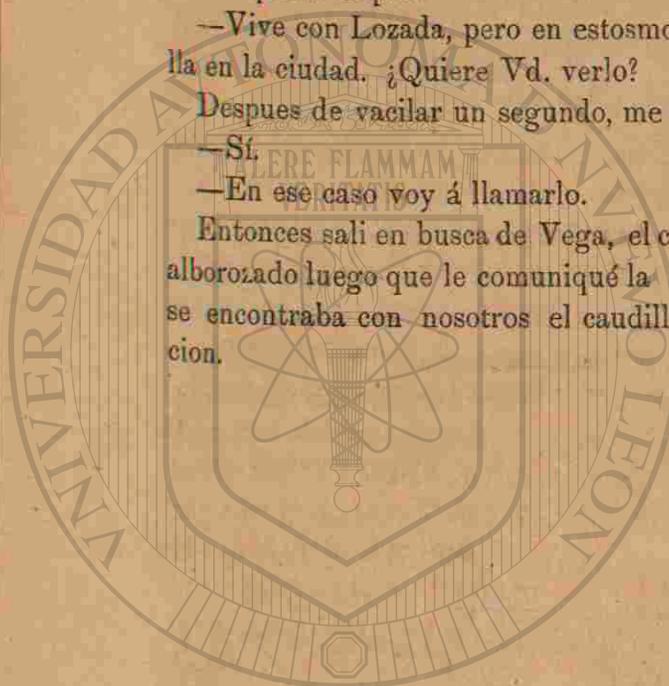
—Vive con Lozada, pero en estos momentos se halla en la ciudad. ¿Quiere Vd. verlo?

Después de vacilar un segundo, me contestó:

—Sí.

—En ese caso voy á llamarlo.

Entonces sali en busca de Vega, el cual me abrazó alborozado luego que le comuniqué la noticia de que se encontraba con nosotros el caudillo de la revolución.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXII.

EL CEBORUCO.

El general Diaz y el general Vega se comprendieron bien desde la primera conferencia, y no obstante los recelos que abrigaba el primero para con Lozada, en quien no podia confiarse, de un modo absoluto, convino en hacerle una visita para llegar á un acuerdo, si esto era posible, en el porvenir. Si de pronto no facilitaba sus elementos, por lo menos siempre convenia que se establecieran algunas bases para mas adelante. ¿Cómo habia de ser posible que subsistiera ante ningun gobierno el cacicazgo de Lozada que no obedecia leyes ni reconocia superior, exhibiendo el hecho único en el mundo de encontrarse organizado una especie de imperio dentro de una República? ¿No era conveniente entenderse en un punto de tanta importancia con el señor de aquellas tierras? Tanto él como Vega tenian el propósito de proclamar

ciales mas importantes que allí se encontraban, agregó:

—Tambien está aquí el general D. Plácido Vega.

—Aquí en Tepic?

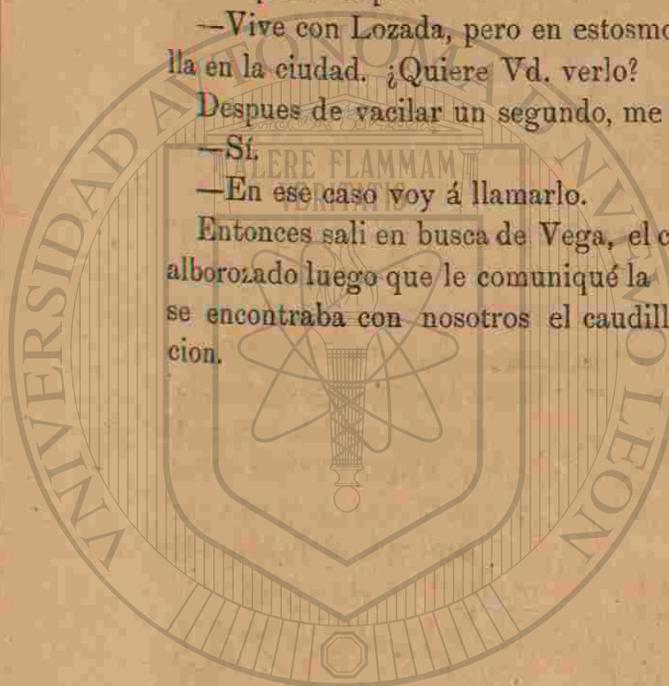
—Vive con Lozada, pero en estos momentos se halla en la ciudad. ¿Quiere Vd. verlo?

Después de vacilar un segundo, me contestó:

—Sí.

—En ese caso voy á llamarlo.

Entonces sali en busca de Vega, el cual me abrazó alborozado luego que le comuniqué la noticia de que se encontraba con nosotros el caudillo de la revolución.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXII.

EL CEBORUCO.

El general Diaz y el general Vega se comprendieron bien desde la primera conferencia, y no obstante los recelos que abrigaba el primero para con Lozada, en quien no podia confiarse, de un modo absoluto, convino en hacerle una visita para llegar á un acuerdo, si esto era posible, en el porvenir. Si de pronto no facilitaba sus elementos, por lo menos siempre convenia que se establecieran algunas bases para mas adelante. ¿Cómo habia de ser posible que subsistiera ante ningun gobierno el cacicazgo de Lozada que no obedecia leyes ni reconocia superior, exhibiendo el hecho único en el mundo de encontrarse organizado una especie de imperio dentro de una República? ¿No era conveniente entenderse en un punto de tanta importancia con el señor de aquellas tierras? Tanto él como Vega tenian el propósito de proclamar

una República independiente, esto era cierto y los planes nos eran conocidos; pero sin concederles ni un punto en ellos, ¿no era conveniente arreglar cualquier preliminar de tratados que pudiera traer para mas tarde la paz de aquel canton importante, su buen gobierno dentro de las leyes del país y su prosperidad?

Así es que aunque al principio el general Diaz manifestó alguna repugnancia para ver al general Lozada y hasta pensaba en seguir adelante guardando el incógnito, al fin fué persuadido por el general Vega y designó el dia en que debiamos trasladarnos á San Luis de Lozada.

Entretanto llegó á Tepic el coronel D. Francisco Mena que era uno de los ayudantes de mas estimacion de nuestro caudillo, el cual se habia visto tambien obligado para poder incorporárenos á dar un gran rodeo por el extranjero.

Habia pues allí un fuerte núcleo revolucionario que era preciso poner en accion. No podiamos ya permanecer allí mucho tiempo, sin correr peligros muy serios. El gobierno general llegando á saber que en Tepic se encontraba el caudillo de la revolucion y muchos jefes de alguna importancia, pedia dirigirse á Lozada y persuadirle de que nos entregara ya para deberle ese servicio ó ya tentando su codicia de una manera que pudiera ser concluyente. En último caso podian ser guardados todos los caminos que nos sacaran de allí para cualquiera parte y en ellos ser aprehendidos con facilidad.

El primer tropiezo que tuvimos fué el del dinero,

que no podiamos conseguir por mas esfuerzos que hiciéramos en tales circunstancias. En vano Betancourt, Mena y yo anduvimos tocando de puerta en puerta en las principales casas de comercio: ninguno de nuestros nombres les dió garantias ni para mil pesos. Les dijimos al fin lo que podiamos estimar como un secreto y que á la vez ya no lo era, que allí estaba para garantizar cualquier empréstito el mismo caudillo de la revolucion.

—Ya la revolucion está perdida, nos contestaban en algunas casas y en otras:

—Nosotros no nos mezclamos en política.

Y realmente necesitábamos cuando menos unos cuatro ó cinco mil pesos para equiparnos y equipar á los que pudiéramos de los principales oficiales, para poder salir de allí siquiera una caravana de 30 hombres armados. Tres ó cuatro á lo mas teniamos lo necesario, pero los otros habian perdido sus armas y caballos.

Sobre todo, necesitábamos montar bien á nuestro caudillo en virtud de que el caballo con que habia llegado á Tepic estaba hecho una miseria y habia que proveerlo de otras muchas cosas. Entonces acudimos á nuestros bolsillos particulares y se encontró con que yo era el único poseedor de una suma de tres á cuatrocientos pesos que puse desde luego á disposicion de Mena para que hiciera las compras, cediéndole ademas algo de mi equipaje.

Esa suma la destinaba segun dije antes, para hacer una remesa á mi familia, con seguridad de que esta-

ba ya careciendo hasta de lo necesario; pero recibió un rudo castigo mi liberalidad, viniendo á saberlo algunos años despues. Inventado por Mena ó alzado en torno suyo se levantó un rumor malévoló acusándome de que llevando en mi cinturon cinco ó seis mil pesos en oro apenas me desprendia de tres ó cuatrocientos, cantidad insuficiente para cubrir nuestras angustias.

¡Siempre la calumnia mordiéndome! ¡siempre la villania cercándome! ¡siempre la mala fé cebándose en mi honradez que es por lo único individual que he tenido culto en mi vida!

¿De donde podría yo contar con cinco mil pesos en aquellas circunstancias? O del robo ó del juego. Para robármelos no habia tenido ni la mas pequeña oportunidad en la campaña que acababa de hacer al lado de Martínez, tanto porque yo no manejaba fondos, como porque no los teníamos, subalternados como nos habíamos visto á Treviño y á Guerra. Mucho menos en Mazatlan en donde era yo un simple particular amigo del gobierno. Tampoco podía haber ganado al juego aquella cantidad porque el que mas tenia de nosotros era Betancourt y nunca llegó á tener en Tepic mil pesos reunidos. Además, yo no jugaba mas que malilla ó tresillo por matar el tiempo y la vez en que gané mas á nuestro Cresso fueron cinco pesos.

El resultado de aquel rumor fué comunicado á nuestro caudillo y le hizo como era natural muy mala impresion. El no estaba obligado á examinar los antecedentes que he dicho, ni tenia motivos para dudar de lo que se le presentaba como un hecho evidente, y ni

siquiera le dejaron agradecer el inmenso sacrificio que yo hacia desprendiéndome de lo que estaba destinado para proporcionar pan á mi familia.

Algun tiempo despues y cuando ya ni siquiera me convenia ocuparme de entrar en esplicaciones, me refirieron la especie varios de los amigos que formábamos entonces su círculo íntimo.

—Vaya una ocurrencia! les contesté, ¿y pudo creerlo el general?

—Si lo creyó.

—¿Por qué no preguntó entonces á Peimbert, á Michel, á Gaxiola. á Betancourt, á Donato Guerra ó á cualquiera otro de los que conocian perfectamente mi situacion casi miserable?

—Porque se lo dijo una persona de que no podia dudar.

—Poco despues él mismo pudo convencerse de la calumnia una vez que estuvimos dos meses viviendo juntos y muchas veces tapados con un mismo abrigo.

—¡Ah! pero aquella persona le contó entonces que Vd. habia depositado ya sus fondos en una casa fuerte de Tepic.

—¡Infames bribones los que inventan esos chismes sin tener una prueba! decia yo con arrebató.

Y me encontraba con que ni siquiera podia intentar justificarme de una pequeñez tan ridícula, que en el fondo me hacia aparecer como egoista y mal correligionario. ¡Y esto cuando infinitas veces habia hecho el sacrificio de todo cuanto poseia en el altar de mis afecciones políticas!

Como en aquellos momentos estaba yo muy ageno á la tempestad de mentiras que se hacia cernir sobre mi cabeza, formándose una atmósfera saturada de veneno que habia de hacer mal á los que me contemplaban ya como un monstruo, acompañé muy contento y con mi habitual buen humor al coronel Mena á hacer las compras para el general y yo mismo lo llevé á ver un bonito caballo que ya antes se me habia propuesto.

En un abrir y cerrar de ojos concluimos con mi poco dinero y en seguida nos fuimos á San Luis de Lozada aceptando la hospitalidad con que constantemente nos estaba brindando D. Plácido Vega.

El objeto que nos estableció por unos cuantos dias en la capital, que asi podia llamarse, del Señor absoluto de aquellas tierras, era el de que nuestro caudillo pudiera verlo y cautivarlo con su presencia, arrancándole algunos elementos de guerra que eran los que mas falta nos hacian. No queriamos que nos diera ni un hombre, conformándonos con mil ó dos mil fusiles y cuatro ó seis piezas de montaña en calidad de pronto reintegro. Se tenia la intencion de pedirle mucho para que concediera algo razonable.

Con el fin de encontrarlo mas dócil cuando se le pudiera abordar, el general Diaz convino en firmar el decreto que hacia del Nayarit un Estado libre y soberano, sobre cuyo punto habia insistido mucho el general D. Plácido Vega. Mucha repugnancia tuvimos para acceder á estas pretensiones, pero llegó á ser condicion *sine qua non* y caímos en el garlito.

Cuando hablo en plural apropiándome una parte de lo que se estaba haciendo, lo hago porque yo formaba en compañía de Mena algunas veces, el consejo del general Porfirio Diaz. Acordábamos los negocios como en familia, ya cuando volviáramos de hacer un paseo á caballo ó cuando nos quedábamos conversando en la sobre mesa despues de la cena ó del desayuno.

Sucedió entonces que el general Lozada se puso bastante malo de la quemadura que habia sufrido en el ojo, á consecuencia de algunas sustancias cáusticas que le habia ministrado su curandero, al cual mandó castigar por supuesto con la dureza de costumbre, y con motivo de aquella gravedad se pasaron quince dias sin que pudiera recibir á nuestro caudillo. Entonces el general Vega temiendo que nos fuéramos á fastidiar con esta demora, inventó una distraccion que en aquellas circunstancias nos venia muy á pelo: el volcan del Ceboruco estaba en erupcion, lo teniamos casi en las narices y podiamos ir á visitarlo satisfaciendo uno de los mas vivos deseos expresados por el general en jefe.

Casi tan pronto como se dijo, fué hecho, pues que al dia siguiente nos pusimos en camino esperando que el general Vega se nos incorporara mas tarde porque siempre era muy lento en sus movimientos, principalmente al tratarse de cualquier expedicion, pues que nunca se resolvia á separarse de su domicilio sin dejar todos sus papeles en regla y todo lo demas con las precauciones de la vispera de un dia de batalla.

En esa época mandé una amplia revista á los pe-

riódicos amigos de la capital sobre nuestra escursion al Ceboruco, y en discusion acalorada se acordó que no se publicara por la mala impresion que haría en el público saber que andábamos en paseos cuando nuestros amigos se estaban batiendo duro tanto en el centro como en las fronteras. Hoy me sería fácil rehacer esa revista porque conservo frescas todas las impresiones de nuestra agradable excursion por el país de las lavas candentes; pero como ahora tendria menos oportunidad aquella, me conformo con terminar este capítulo dando unas cuantas pinceladas sobre aquel grandioso cuadro que se quedó para siempre grabado en mi imaginacion.

Llegamos al pueblecillo que está en el camino, situado completamente á las faldas del Ceboruco. Este no es una montaña muy elevada y es de fácil acceso á la simple vista por todos lados, aunque aproximándose mas se descubren una infinidad de obstáculos, como sus grandes grietas y sus inmensas superficies de cenizas calientes y de lavas ardiendo que se estremecen como un lecho gelatinoso á la simple pisada de un hombre.

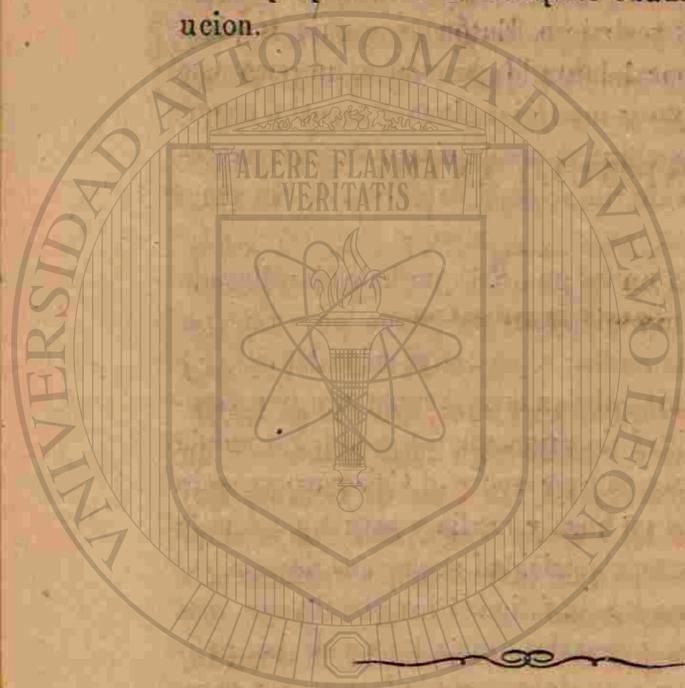
Luego que se nos incorporó D. Plácido, al segundo dia, formalizamos nuestra expedicion y salimos de nuestro alojamiento, á donde llegaban rodando grandes trozos de roca que se veian caer por la noche como globos de fuego. Llevamos los guias y mozos que se habian de quedar con nuestros caballos en donde fuera necesario. Salimos en caravana, como llevo dicho, de la mejor casa del pueblecillo que ocupábamos

y nos fuimos faldeando á tomar el camino en el lado opuesto por el que empezamos á ascender hasta un punto en que ya no era posible que pudieran pisar los caballos. El terreno ademas de estar cubierto de lava, era movedizo y resbaloso. Entonces seguimos pié á tierra, yendo por delante los generales, un poco mas atras Gaxiola y yo y mas lejos Mena y los otros acompañantes que por fin se resolvieron á esperar sentados á la sombra de un árbol el resultado de la excursion.

La vegetacion en el punto á que habiamos llegado era casi nula componiéndose de pinos en su mayor parte secos ó quemados: secos con el calor del cráter y las cenizas que los cubrian á cada momento y quemados por la multitud de rayos que les caian. En un dia de tempestad vimos caer sobre el Ceboruco mas de trescientos rayos en hora y media y estuvo moderada aquella estrepitosa electricidad segun nos dijeron.

Por fin nos rindió la fatiga á los que íbamos mas inmediatos á los generales, pues á mas de los peligros que íbamos que tener evitando por las abras que nos envolvian en humo, la pendiente era rápida y en el terreno no se podia asentar el pié con seguridad, pareciendo hundirse á cada momento como estaba de arenas y lavas ardiendo. Pero desde el punto en que nos quedamos vimos llegar al general Diaz al mismo cráter del volcan, seguido á muy pocos pasos del general Vega, y tomando aquel el primer palo que encontró á guisa de asta bandera, le colocó una toalla y lo aseguró en el punto mas alto.

Cuando volvimos al rancho vimos desde allí con asombro ondear la blanca bandera que en el punto mas accidentado y mas peligroso habia clavado con su propia mano el intrépido caudillo de la revolucion.



CAPITULO XXXIII.

GOLPE INESPERADO.

Nuestra excursion al Caboruco, que fué en los últimos dias de Junio, nos distrajo hasta el dia 1.º de Julio en que regresamos á San Luis de Lozada. Entonces urgimos á D. Plácido Vega para que se arreglara cuanto antes lo que tuviera que arreglarse con el Sr. de aquellas tierras.

—El general sigue malo, nos contestó D. Plácido, y se niega absolutamente á recibir á persona alguna.

—Pues no le hablaremos nosotros, pero háblele Vd.

—Yo mismo tengo dificultades:

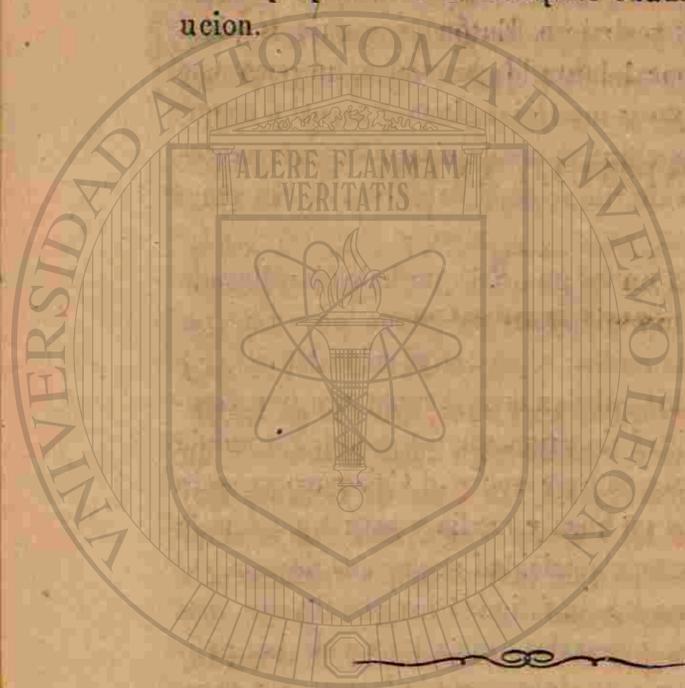
—Entonces vámonos.

—Les pido á Vds. únicamente tres dias: si dentro de tres dias no es recibido el general Diaz por Lozada, nos vamos luego, pues que yo tambien les acompaño.

—Está bien, concedemos tres dias por la última vez.

Y nos propusimos pasar aquellos tres dias de la ma

Cuando volvimos al rancho vimos desde allí con asombro ondear la blanca bandera que en el punto mas accidentado y mas peligroso habia clavado con su propia mano el intrépido caudillo de la revolucion.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXIII.

GOLPE INESPERADO.

Nuestra excursion al Caboruco, que fué en los últimos dias de Junio, nos distrajo hasta el dia 1.º de Julio en que regresamos á San Luis de Lozada. Entonces urgimos á D. Plácido Vega para que se arreglara cuanto antes lo que tuviera que arreglarse con el Sr. de aquellas tierras.

—El general sigue malo, nos contestó D. Plácido, y se niega absolutamente á recibir á persona alguna.

—Pues no le hablaremos nosotros, pero háblele Vd.

—Yo mismo tengo dificultades:

—Entonces vámonos.

—Les pido á Vds. únicamente tres dias: si dentro de tres dias no es recibido el general Diaz por Lozada, nos vamos luego, pues que yo tambien les acompaño.

—Está bien, concedemos tres dias por la última vez.

Y nos propusimos pasar aquellos tres dias de la ma

nera mas divertida que nos fuera posible, bromeando, jugando, inventando toda clase de pasatiempos, pues que los cuatro huéspedes de Lozada viviamos en la casa de Vega como en familia. Y digo huéspedes de Lozada, porque la casa de D Plácido poseia un corral de los de aquel y tenia por allí mismo alguna comunicacion que siempre estuvo reservada, y por allí venian los principales víveres que consumiamos.

Pero los tres dias trascurrieron y el Sr. Lozada no quiso al fin dejarse ver de nuestro caudillo. Entonces resolvimos irnos á Tepic y de allí tomar el camino que nos conviniera con los elementos pocos ó muchos de que pudiéramos disponer.

Volvimos, una vez en Tepic, á hacer tentativas para conseguir fondos y volvieron á estrellarse nuestros esfuerzos. Seguramente el general me maldecia en su interior, si llegó á creer que yo estaba rico, pues no solo aparecia egoísta como partidario, sino miserable como amigo, ocultando un dinero que era en aquellos momentos la salvacion de todos. Yo mismo me hundia en el polvo arrastrado por mi avaricia. ¡De veras que se hubiera necesitado ser muy avaro, muy hombre sin entrañas y sin afectos para estar viendo impasible aquella situacion, teniendo el modo de salvarla con las onzas del bolsillo!

Tambien es verdad que necesitaba ser un mágico ó un animal para traer conmigo en campaña aquella suma de dinero que me habia supuesto la gente lenguaraz.

Entonces volvió D. Plácido Vega á darnos nuevas

esperanzas. Venia de S. Luis en donde Lozada le habia dicho que iba á mandarnos armas, municiones y algunos recursos.

Nueva espera y nueva descepcion.

—Nos vamos, le dijimos resueltamente.

—Mañana es cuando ha de venir la gente que espero.

Al dia siguiente delante de nosotros llegaron á hablarle varios de los coroneles de la sierra. Despues que estuvo comunicándose con ellos en sesion secreta vino y nos dijo:

—Yo me vuelvo á San Luis para custodiar el convoy que ha de salir por la sierra para Vds. El general quiere que se haga esta operacion con la mayor reserva. Yo los alcanzaré dentro de tres dias en Santiago Ixcuintla. Ya están Vds. recomendados en el camino.

—Pues en marcha, dijimos.

D. Plácido Vega nos fué acompañando medio dia en aquella jornada y se separó por la tarde para ir á encontrar el convoy de armas y dinero que se nos remitia.

Nosotros continuamos nuestro viaje para Santiago Ixcuintla. ¿Quiénes éramos nosotros? Pues el general Diaz, el coronel Francisco Mena, el pagador D. Carlos Betancourt, el doctor D. Rufino Gaxiola, el autor de estas memorias y mi criado Donaciano que nos servia por igual á todos y al cual queriamos y tratábamos como á un compañero, inspirándonos su lealtad la mayor confianza.

Se nos proporcionó un buen alojamiento en Santiago, pues aunque el jefe de las armas estaba ausente, las demas autoridades tenian instrucciones de agasajarnos y servirnos, así es que nos encontramos con la casa puesta, con su mesa de comedor, sus camas, sus trastos y todo lo necesario para un ejército en campaña compuesto de media docena de personas. El desayuno que se reducía á tazas de té, lo hacíamos nosotros, pero el almuerzo y la comida, que eran siempre muy succulentos, los tomábamos en la casa del comandante D. Agaton Martínez que era el lozadeño mas prominente de la localidad. Su mujer y las demas personas de su familia eran sumamente obsequiosas con nosotros y se esmeraban todos los dias en servirnos como si fuéramos sus amigos de muchos años.

Estábamos así pasando una vida enteramente patriarcal, en espera de que D. Plácido Vega nos alcanzara con los elementos de guerra que iba á enviarnos Lozada, entreteniendole las mañanas y las tardes en comer deliciosas piñas de agua á la orilla del rio, como si fuéramos sencillos zagales, cuando en un momento inesperado tuvimos una nueva que produjo la mas grande impresion entre nosotros haciendo que el general Diaz perdiera el uso de la palabra por cuatro segundos, que Mena tirara una taza de té que tenia en la mano, que Gaxiola se metiera los dedos á la boca creyendo que eran unas rebanadas de sandía y que yo paseando mis ojos extraviados por nuestro grupo exclamara con tono trágico:

—¿Cual es el ejército que tenemos?....

La terrible noticia que nos acababa de llegar, y esto al fin del mes de Julio de 1872, era que D. Bontio Juarez habia muerto el dia 18 del mismo mes y que su muerte habia resultado de un ataque repentino al que le llamaban los médicos el gran simpático.

Poco nos importaban á nosotros los pormenores, una vez que el hecho de la muerte de Juarez fuera confirmado. El correo se encargó de sacarnos de todas las dudas, pues momentos despues recibimos cartas y periódicos en que se daban los detalles mas precisos: ademas nuestros amigos de Tepic nos decian que en aquella ciudad se habia repicado y que Lozada habia mandado festejar tal noticia con músicas y cohetes.

Eso, que era un poco salvaje, nos daba la seguridad de que una vez conseguido el deseo mas vehemente de Lozada que era la desaparicion de Juarez, nosotros estábamos allí de mas. Sabiamos de antemano que Lerdo de Tejada estaba en inteligencias con los magnates del Nayarit y habiendo tomado posesion de la Presidencia, como llamado por la ley para sustituir á Juárez, era indudable que se prestaria allí acatamiento á su gobierno. Nosotros, pues, no solo estábamos en condiciones de no poder obtener ya nada para presentarnos como beligerantes en la tierra en donde estábamos acorralados, sino que nos considerábamos á la vez corriendo un grave peligro. Luego que entrara la reflexión en el ánimo de Lozada y de D. Plácido Vega, era natural que se les ocurriera tomarnos prisioneros ó detenernos políticamente para poder decir al nuevo Presidente:—Te ofrecemos la paz

de la República entregándote al caudillo de la revolución, ¿qué nos das tú en cambio?

Y no se diga que esto mismo pudieron hacer con D. Benito Juárez y no lo hicieron, porque aquel era su enemigo, mientras que al otro lo consideraban amigo y aliado.

Así es que nuestro pensamiento único por entonces fué salir inmediatamente de Santiago y de todo terreno que perteneciera á Lozada para ponernos á deliberar en sitio mas seguro sobre nuestra nueva situación.

Cuando yo exclamaba al saber la muerte de Juárez viendo en torno mio: ¿que ejército tenemos? indudablemente me sentía dominado por una idea que la emoción no me dejó expresar. La idea era esta: ¿con que poder imponemos condiciones al nuevo gobierno? Si nuestro ejército se compone de un general en jefe, un pagador, un jefe de Estado Mayor, un secretario, un médico y un soldado, ¿de qué manera podemos pedir al partido que sube, por mas que haya sido nuestro aliado, que nos dé un lugar en el banquete?

Después de comunicada esta idea, todos los demas que también la sentían bullir en su cerebro, exclamaban con enojo y á veces con desesperación:

—En que momentos vino á morir Juárez!

—Siquiera estuviéramos en el interior aunque nuestra fuerza no pasara de mil hombres.

—Pero habernos sorprendido esto en Santiago y comiendo piñas!

Era aquello para darse á todos los diablos y lo que

hicimos fué ponernos inmediatamente en camino para el Estado de Sinaloa, que era el que teníamos mas cerca, con el fin de que se nos viera aparecer de nuevo en escena, aunque no lleváramos con nosotros ni un cañón.

Apenas traspasamos las fronteras del territorio de Tepic, y ya nos encontramos una pequeña fuerza de pronunciados que nos esperaba para ponerse á las órdenes del caudillo de la revolución y mas adelante fuimos encontrando otros grupos, de tal manera, que pudimos hacer nuestra entrada en el Rosario con mas de doscientos chinacates.

El general Díaz se había hecho entre aquella gente extraordinariamente popular. Recuerdo que al pasar el río estuvo él mismo ayudando á desensillar los caballos y cargando en hombros las sillas y los bagages para ponerlos en las canoas, no queriendo poner un pié en el río sino hasta que hubo pasado el último soldado.

Por las noches recorría todos los grupos informándose de lo que les faltaba y dirigiéndoles la palabra sobre cualquier materia hasta á los mas insignificantes.

A mi me trataba como si fuera su hijo, pues que él mismo dirigía la postura de la cama campestre en que nos acostábamos juntos y por la mañana nunca quería que se me despertara sino hasta que estuviera el té y ensillados los caballos. Tantas eran las distinciones que usaba conmigo y que se echaban de ver hasta en las menores pequeñeces, que yo también me

acostumbré á quererlo y á respetarlo como si fuera mi padre.

Entramos pues triunfalmente al Rosario, capital de uno de los distritos de Sinaloa, y digo triunfalmente, porque se echaron las campanas á vuelo y se nos ofreció una comida que se parecía mucho á un banquete.

Hacia tiempo por lo menos que no veíamos una mesa tan bien provista ni gustábamos de manjares mas suculentos.

Habíamos acabado de pasar revista y de dar una ligera organización á nuestro pequeño ejército, en el qué quedamos cada cual reconocido con su categoría militar que hasta allí habíamos llevado en la revolución: es decir, la de general en jefe al general Diaz, la de jefe de Estado Mayor á Mena; la de general y secretario particular en campaña á mi, la de pagador á Betancourt, la de coronel jefe del cuerpo médico á Gaxiola, la de coronel jefe de la Brigada á Tapia etc.; habíamos, como se dice, dado el primer pienso á la caballada, cuando nos llegó un extraordinario enviado por el jefe de las armas en Mazatlan con una comunicacion en la cual nos insertaba la ley de amnistia que acababa de expedir D. Sebastian Lerdo de Tejada y que le habia sido transmitida por telégrafo.

Este fué un nuevo golpe á nuestros planes que nos dejó á todos sorprendidos, pero con la sorpresa de la paralización de todo pensamiento.

Cuando ya pudimos reflexionar entramos en consejo sobre lo que se debería hacer delante de aquella emergencia.

La ley de amnistia era muy natural y sin embargo no la esperábamos.

Nos parecia monstruoso que nuestro amigo, que nuestro aliado, que nuestro mismo cómplice en la revuelta, nos agobiara con un perdon que no solo no exigiamos, pero que ni siquiera imaginábamos.

Nosotros queriamos nuestro retazo de mando, la parte que nos correspondia en la liga aquella de intereses políticos y de porvenir patrio y se nos injuriaba diciéndonos que podiamos retirarnos á nuestras casas á poder vivir de nuestro honrado trabajo.

Es decir, que quedábamos otra vez mas separados de la comunión política, de los destinos del país, ó para decirlo como deben decirse estas cosas, quedábamos eliminados del presupuesto.

Luego nuestros peligros, nuestras expediciones, nuestros sacrificios, nuestras correrías, nuestras luchas, nuestros disfraces, nuestros encuentros con el enemigo, nuestros planes, nuestros sobresaltos, nuestras escaseces, nuestras murmuraciones, y en fin nuestros trabajos de seis años, iban á quedar estériles y sin recompensa.

En un momento quedaban desvanecidos nuestros sueños; en un instante nos abandonaba por medio de una plumada de bochornoso perdon nuestro aliado; en un segundo volviamos á quedar reducidos á la nulidad de donde segun él no debiamos haber salido.

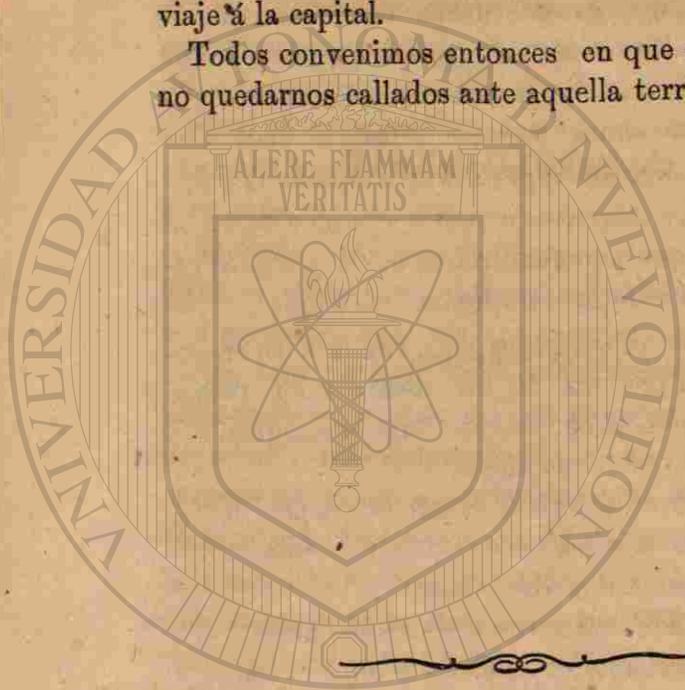
Esto era espantoso pero era cierto.

Entonces el general Diaz me dijo:

—Seria conveniente pedir algunas aclaraciones

acerca de la ley de amnistía: piense Vd. en una comunicacion al gobierno que le haga modificar su conducta respecto de nosotros y prepárese Vd. á hacer un viaje á la capital.

Todos convenimos entonces en que era necesario no quedarnos callados ante aquella terrible ofensa.



CAPITULO XXXIV.

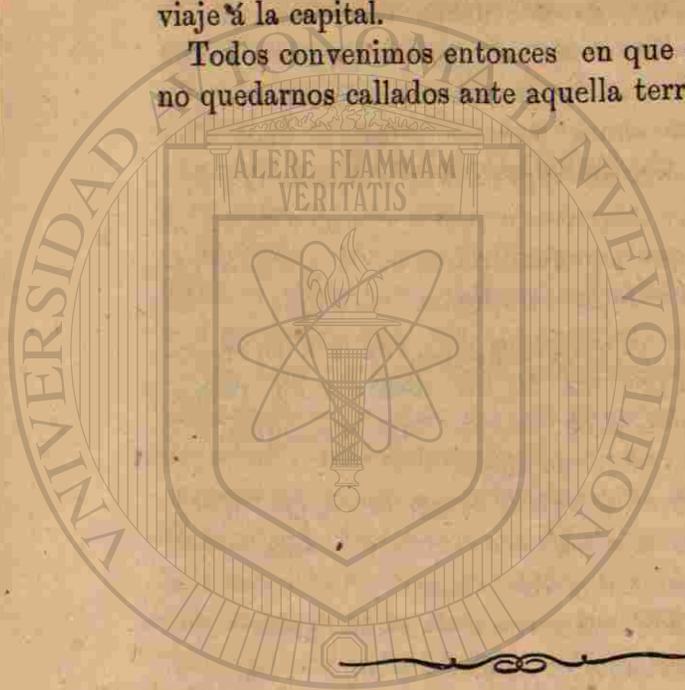
LA SUMISION.

En nuestro camino de allí á Concordia, aproveché todos los ratos de descanso para escribir el borrador de la nota que el caudillo de la revolucion debia dirigir al gobierno, imponiéndole algunas condiciones indispensables para que la paz pública pudiera establecerse en sólidas bases.

Desde el momento en que no nos sometimos al jefe de las armas de Mazatlan, segun eran sus deseos cuando nos hizo conocer el texto de la ley de amnistia, era seguro que teniamos que ser atacados, y por lo mismo comenzamos á hacer nuestros movimientos con todas las precauciones de beligerantes. El jefe militar del puerto, que entiendo era un general Carrillo, no descuidó de destacar una fuerza competente en observacion nuestra, situando destacamentos de caballería que interceptaran el camino de Culiacan, plaza ocupada al

acerca de la ley de amnistía: piense Vd. en una comunicacion al gobierno que le haga modificar su conducta respecto de nosotros y prepárese Vd. á hacer un viaje á la capital.

Todos convenimos entonces en que era necesario no quedarnos callados ante aquella terrible ofensa.



CAPITULO XXXIV.

LA SUMISION.

En nuestro camino de allí á Concordia, aproveché todos los ratos de descanso para escribir el borrador de la nota que el caudillo de la revolucion debia dirigir al gobierno, imponiéndole algunas condiciones indispensables para que la paz pública pudiera establecerse en sólidas bases.

Desde el momento en que no nos sometimos al jefe de las armas de Mazatlan, segun eran sus deseos cuando nos hizo conocer el texto de la ley de amnistia, era seguro que teniamos que ser atacados, y por lo mismo comenzamos á hacer nuestros movimientos con todas las precauciones de beligerantes. El jefe militar del puerto, que entiendo era un general Carrillo, no descuidó de destacar una fuerza competente en observacion nuestra, situando destacamentos de caballería que interceptaran el camino de Culiacan, plaza ocupada al

fin por las fuerzas revolucionarias al mando de Marquez y Cañedo.

Nosotros por nuestra parte, no pudimos aceptar desde luego la ley de perdón que se nos ofrecía, tanto porque había en pie en Sinaloa varias fuerzas revolucionarias, como por las noticias exactas que tuvimos de los progresos de la revolución en la sierra de Puebla, en Chihuahua y en toda la frontera del Norte. Era de esperarse también, que Galvan hubiera prendido la chispa en Jalisco y que algo hubieran hecho nuestros amigos de San Luis, Michoacán y sierras de Guanajuato y Querétaro. Cuando menos había en pie de guerra en aquellos momentos unos ocho ó diez mil hombres, que eran más de los que se necesitaban para hacer pasar al nuevo gobierno por alguna proposición que nos favoreciera.

Esto confirmó más la idea de lo necesario que era dirigirse cuanto antes al gobierno, sin dar lugar á que cundiera el desaliento en nuestras filas. Una vez que el país viese que nuestro caudillo aparecía en cualquiera parte, al frente de una fuerza y que se dirigía al gobierno pidiéndole un sitio para sus partidarios, de seguro que estos se mantendrían á las espectativas sin mostrarse hostiles á la nueva administración.

Eran pues muy urgentes estas dos medidas: que el caudillo apareciera en un punto visible y, que el Señor Lerdo de Tejada recibiera cualquiera género de manifestación en que se le hicieran presentes nuestros propósitos de continuar la liga, aunque él se colocase

arriba y nosotros muy abajo de la situación, lo cual era preferible al desprecio con que se nos trataba.

Tomamos una ligera colación en Concordia, y temiendo ser sorprendidos en la población por la fuerza que se había destacado sobre nosotros de Mazatlán, que era en todo superior á la nuestra, salimos de allí para ir á pernoctar en una loma en donde tomamos alojamiento debajo de los árboles.

La situación era muy comprometida: con la poca fuerza que apenas comenzaba á recibir organización y que no pasaba de 200 hombres mal armados y peor montados, no podíamos emprender operación ninguna. Se pensó en sorprender los destacamentos é irnos sin detenernos hasta Mazatlán, cuya guarnición estaba desmoralizada por nuestra aproximación; pero esto no solo era incierto, sino temerario, y más que temerario irrealizable, porque nos faltaban hasta las municiones necesarias para hacer algún ruido, y no podíamos tampoco permanecer en la inacción, porque nos esponíamos á ser atacados y hechos prisioneros, porque ya estábamos metidos en un callejón sin salida y era preciso resolver algo sobre la marcha misma.

El general Díaz, que entre sus muchas aptitudes militares, posee en alto grado la de una rápida concepción y la de prontas y salvadoras resoluciones, determinó repentinamente esto que á todos nos llenó de estupor, pero que era en realidad el único corte que le podía dar á la cuestión: abandonar nuestro campo favorecido por las sombras de la noche, que comenzaban á extenderse, acompañado únicamente de un guía

conocedor del terreno. A instancias nuestras consintió en que también le acompañara Mena que era de los mejor montados.

Gaxiola, Betancourt, yo y cualquiera otro que quisiera, incluso el coronel Andrés Tapia que era el jefe de la fuerza, podíamos seguirlo dos ó tres horas más tarde ó al día siguiente si nos parecía mejor, por el camino que quisiéramos para irnos á reunir todos en Culiacan. Alguno precisamente caería en poder del enemigo, si procurábamos hacer nuestra marcha aisladamente, pero algunos también conseguirían burlar su vigilancia y llegar sanos y salvos al cuartel general. El viaje por lo mismo que era espuesto para todos y especialmente para los que fuéramos al último, y por lo mismo que no era indispensable para el éxito de la causa, no era obligatorio, sino que quedábamos en libertad de obrar como mejor nos pareciera.

Se despidió de nosotros el general Díaz y no puedo precisar bien si en momentos tan solemnes en que los pocos que le rodeábamos tratábamos á la vez de auxiliar su determinación y de ocultar á la tropa aquello que podía dar lugar á una insurrección, me llegó á indicar de nuevo la conveniencia de ir á México.

—Adios!

—Adios! nos decíamos estrechándonos las manos como para una larga despedida.

Lo que sí recuerdo perfectamente es, que poco antes con la luz del crepúsculo le había leído parte de la nota dirigida al gobierno, diciéndome al terminarla:

—En la primera población que toquemos quedará puesta en limpio y firmada.

Una ó dos horas después se nos separó el Dr. Rufino Gaxiola siguiendo las huellas del general Díaz, aunque creo que por distinto camino, pues como del terreno los conocía todos é iba alentado además con el empeño de acercarse á su casa.

Los que nos hallábamos aun en el campamento seguíamos envueltos en mil vacilaciones sobre lo que deberíamos hacer. ¿Seguimos al general Díaz? Era llamar la atención del enemigo sobre un grupo de personas crecido, que necesariamente provocaría una fuerte persecución y tal vez el que fuera hecho prisionero con toda facilidad nuestro caudillo. ¿Permanecíamos clavados allí? Era seguro que en la madrugada íbamos á ser atacados y deshechos, pues que los soldados se desbandarían luego que notaran la ausencia del general en jefe. ¿Levantáramos el campo para internarnos á Pánuco y podernos colocar en la sierra de Durango? Era el partido menos malo para la tropa, aunque no para los que carecíamos de recursos para mantenerla.

Habíamos resuelto Betancourt y yo tomar el camino de Culiacan acompañados de mi asistente, por mas que ninguno de los tres conociéramos el rumbo ni tuviéramos un guía que nos acompañara, cuando llegó un explorador de los que habían ido á cuidar la espalda de lejos al general Díaz y su ayudante, y éste nos dijo:

—Están cubiertos ya todos los caminos por caballe-

ria y una fuerza como de quince hombres bien montados va siguiendo las huellas del general.

—Lo alcanzarán?

—Si sigue recio esta noche, ya mañana podrá tomar para la playa y allí es imposible que lo sigan.

Entonces recordé que tenía una misión que cumplir aunque se encontrara incompleta, la de la comunicación para el gobierno y dije á Betancourt:

—Vámonos á Tepic, no tenemos mas camino que escoger.

Fué aprobada por todos tal determinación, y nos pusimos desde luego en camino, aquel pagador de nombre y yo, seguidos de mi asistente Donaciano.

Como ninguno de los tres conocíamos los senderos y el tiempo de las aguas había entrado ya mucho en el mes de Agosto en que estábamos, varias veces nos perdimos y otras tantas estuvimos á punto de ahogarnos. Al día siguiente nos cayó una fuerte tempestad en medio de un bosque, en que se desprendieron á miles las descargas eléctricas y por la tarde que logramos salir de allí creíamos que habíamos penetrado en pleno mar, tan grande así era la extensión de agua que estaba delante de nosotros y que teníamos que atravesar según el derrotero que seguíamos. Casi toda la noche la pasamos dentro del agua, pues cuando fué de día, si bien habíamos dejado atrás la laguna, estábamos en medio de los grandes atascaderos que se habían formado en los dos días anteriores.

Ya teníamos todo un día y toda una noche sin comer, cuando llegamos á un rancho á la caída de la

tarde en que apenas pudimos encontrar algo muy mezquino para entretener el hambre que nos devoraba. Estábamos completamente empapados, lo mismo que nuestros equipajes, y como no había mas que un jacal y este lo ocupaban los dueños del rancho, nosotros dormimos afuera en medio de una nube de moscos que por mas profundo que fuera nuestro sueño, no dejaban de atormentarnos. De suerte que estábamos en aquellos momentos con tres martirios encima de nosotros: la humedad de nuestras ropas, el hambre y los moscos que nos hacían pedazos la cara y que por encima de las sábanas mojadas penetraban en nuestro cuerpo. Ha sido una noche de las mas tristes que he pasado en mi vida y de las que mas gravadas han quedado en mi imaginación.

Dejamos muy temprano aquel inhospitalario hogar en que no había ni siquiera agua que beber y llegamos luego á un punto llamado Rosa Morada en donde ya pudimos comer alguna cosa. El resto de nuestro viaje á Tepic y luego á Guadalajara fué algo molesto pero no tuvo mas accidentes.

Por su parte el general Díaz, según supe después, también pasó sus tragos muy amargos, pues que no solo fué perseguido, sino que se le siguió con tal encarnizamiento por varias partidas, que indudablemente se vió con toda claridad la importancia de las personas á quienes se trataba de aprehender: esto es, la autoridad de Mazatlan manifestaba por las providencias que desarrollaba que estaba tratando de echar el guante al caudillo de la revolución. Varias veces estuvo

aquel á punto de caer en poder del enemigo y por fin llegó sano y salvo á Culiacan, en donde lo mismo que en el Rosario fueron puestas á sus órdenes las pocas tropas que habia allí organizadas.

Yo me proporcioné recursos en Guadalajara para seguir mi viaje á México, considerándome ya encargado de una mision importantísima que era necesario desempeñar. Nos veiamos con tal confianza el general Diaz y yo, de tal manera estábamos unidos en sentimientos y en voluntad para la realizacion de los planes patrióticos que perseguíamos, que lo que hiciéramos uno ú otro de por sí estábamos de antemano seguros de aprobarlo los dos. Así fué como en lo relativo á la nota de que era portador, no llevaba mas escrúpulo que el de no haberla limado y el de no haber habido tiempo de recoger la firma.

Cuando llegué á México pude subsanar la primer dificultad diciéndoles lo que habia pasado á los miembros prominentes del partido porfirista: entonces á ruegos míos se convino en que el Sr. Zamacona revisara y perfeccionara mi trabajo. En él estaba vaciado el pensamiento intacto del caudillo de la revolucion y lo único que necesitaba era una forma elegante de lenguaje. El Sr. Zamacona limó con su correcto estilo, aquel escrito que quedó luego convertido en una nota digna de ser presentada al gobierno.

¿Y como quedaba salvada la otra dificultad, la de presentar un documento del caudillo de la revolucion, sin llevar puesta su firma? Yo me encargaria de decir al Sr. Lerdo que no se fijara en la forma sino

en el fondo del negocio, viendo allí el deseo del general Diaz y de sus amigos, para tratarlo despues como fuera mas conveniente.

El Sr. Lerdo que estaba en esos dias con el peso de mil negocios encima, supuesto que estaba dándole bases firmes á su administracion, no me hizo esperar ni un minuto cuando solicité verle y, hombre de talento práctico, desde mis primeras palabras comprendió que mis credenciales no estaban en lo escrito sino en la posicion que yo tenia en el círculo porfirista y trató desde luego conmigo como de potencia á potencia. Dejó á los diputados, generales y pretendientes que poblaban sus antesalas y estuvo encerrado conmigo hablando durante dos dias confidencialmente.

El resultado de estas conferencias no fué satisfactorio para nuestro partido sino en términos hábiles, esto es, dentro de los términos de la ley de amnistia. En lo particular, el Sr. Lerdo me ofreció todo cuanto podia ofrecer para mí y para los gefes principales de la revolucion. Le estreché á que me diera una respuesta escrita, y me la dió por medio del *Diario Oficial*, haciendo referencia á la nota sin firma que le habia presentado.

La revolucion en esos momentos se encontraba vigorosa: Toledo, Caamaño y otros generales, habian alcanzado una espléndida victoria en el Topo Chico, cerca de Monterey, derrotando cuatro mil hombres que mandaba Corella y, estaban ocupadas por fuerzas nuestras, varias plazas de la República, siendo amagadas las de Matehuala y San Luis por los generales

Ignacio y Pedro Martínez. La sierra de Puebla aparecía imponente y de todas partes se me hacían ofrecimientos para el caso de que se pensara continuar la lucha.

Entonces me apresuré á regresar á nuestro cuartel general, que presumía debía encontrarse ya en Chihuahua, á dar cuenta de mi importante comisión. Seguramente de lo que yo dijera dependía la paz ó la guerra. El caudillo resolvería en vista de los ofrecimientos del gobierno, y de las gentes que ofrecían también estar listas para revolucionar.

Venciendo, como siempre, grandes dificultades, y seguro de que no hay muchos que hayan vencido tantas como yo, tomé apresuradamente el camino de Chihuahua, incorporándome en Zacatecas el pagador Betancourt, que iba á reunirse con el general Guerra y el coronel Piñon que iba á incorporarse al general Díaz. Les participé de mis pequeños elementos conseguidos allí, proporcionándoles cuanto necesitaban para aquel largo viaje.

En Durango estaba de comandante militar el general Florentino Carrillo, que es uno de los jefes más caballerosos y de mejor instrucción que he conocido, el cual no solo nos recibió bien, sino que proporcionó una escolta que nos acompañara hasta el punto que quisiéramos.

Ibamos ya llegando á Chihuahua, cuando se nos dijo que la situación había sido entregada allí á D. Luis Terrazas, sometiéndose los generales Díaz, González, Guerra, Orellana, Flores, Borrego, y todos

cuantos jefes superiores allí se encontraban, con arreglo á la ley de amnistia, cuyo negocio habían tratado ya con el mismo D. Sebastian Lerdo de Tejada, telegráficamente.

A poco encontramos en efecto la caravana: tuvimos todos mucho gusto de vernos: en el primer rancho donde paramos di cuenta con todo lo que había hecho al general Díaz, el cual aprobó tanto la nota, como lo demás, punto por punto, sintiendo que no hubiera llegado unos días antes para obrar conforme á las importantes noticias que le llevaba.

Aquello ya no tenía remedio: la tropa había sido disuelta, Treviño, Naranjo y todos los revolucionarios de la Frontera, se habían sometido también algunos días antes, habiendo aceptado el gobierno una transacción que le propuso la sierra de Puebla, así es que era una temeridad pensar siquiera en seguir revolucionando.

Necesito echar un velo espesísimo sobre lo que pasó desde nuestra llegada á Mapimí, hasta volverse á encontrar en México el mismo círculo porfirista, conspirando contra el gobierno de Lerdo, porque en ese espacio de tiempo hay un lago de hiel en mis recuerdos de cosas que poco pueden interesarle al público y que á mí me causaron un mundo de martirios.

Doy por concluida aquí la campaña de la Noria, para comenzar la última que fué la de Tuxtepec, con que va á cerrarse el presente trabajo histórico.



CAPITULO XXXV.

PROVOCACIONES.

El partido porfirista, como consecuencia natural, sufrió la mas completa dispersion despues del fracaso, unos de sus elementos fueron á robustecer el gobierno de Lerdo de Tejada, otros figuraron en el campo de Iglesias en la eleccion de Presidente de la Suprema Corte, y muy pocos tuvieron alientos de seguir luchando todavia en el campo de la política. La derrota por lo mismo, como lo habia sido en el terreno de las armas, fué completa. La negativa del gobierno á ampliar los términos de la eleccion, que era lo que principalmente se le pedia en la nota que yo le presenté, como aspiracion de nuestro partido, nos dejó sin medios de organizarnos ni de emprender trabajo alguno serio en favor del que habia sido nuestro jefe en los combates. Así es que Iglesias salió electo vice-presidente de la República por una inmensa mayoria de votos.

Por mi parte, sin haber querido por delicadeza entrar al desempeño de cargo alguno en la nueva administracion, sin embargo de las grandes y porfiadas instancias que se me hicieron por los personajes de mas influencia, me consagré de nuevo á publicar mi periódico de oposicion, el *Padre Cobos*.

Grandes fueron las angustias que pasé para establecerlo primero, y en seguida para continuarlo, pues á pesar de las hablillas sobre mis caudales, llegué á mi hogar como siempre, sin una peseta; pero haciendo hoy un sacrificio y mañana otro, hasta resolverme á vender mis giros foráneos á un setenta por ciento de pago con un empleado de la casa de Diligencias, hecho que pueden atestiguar muchas personas, logré no solo sistemar mi publicacion, que segun se recordará tuvo un envidiable éxito, sino que á fuerza de economias y perseverancia, logré allegar fondos suficientes para hacerme de un ramo de imprenta, que era una de mis mas vehementes aspiraciones, llegando á ocupar el primer lugar entre los editores mexicanos, segun los datos oficiales que publicaba en ese tiempo la administracion de correos. Esto, que pudo llamarse momentáneo, vino á verificarse por los años de 1874 y de 1875, despues de año y medio de penurias indecibles. El 4 de Junio de 1874 fué cuando por primera vez se tiró el *Padre Cobos*, en dos prensas de mano de tipografia y litografia de su propiedad.

La oposicion al gobierno en los años de 1873 y 1874, se puede decir que estuvo limitada en la pren-

sa á la que hacia el *Padre Cobos* y aun esta era floja, reduciendose á comentar hechos tan salientes como la votacion de las tarifas del ferrocarril de Veracruz, negocio que fué rudamente discutido en el Congreso.

En realidad, el gobierno del Sr. Lerdo de Tejada no tenia los grandes defectos, ni los grandes vicios, ni los grandes crímenes que hicieron notable en mas de una vez el gobierno del Sr. Juarez; ni se cometieron tan rudos atentados contra las entidades federativas, comenzando á escasear los estados de sitio; ni se aplicó el asesinato que se denominaba *ley fuga* con tanta frecuencia, ni tampoco reinó aquel exclusivismo desesperante, segun el que no habia patria mas que para los que se denominaban *hijos del cura*.

Se echaba en cara al Sr. Lerdo la molicie de su carácter, y que fuera dado en demasia á toda clase de placeres sensuales: acaso con alguna justicia se le criticaba, porque desatendia los negocios públicos para consagrarse por días enteros á los festejos, en los que solia desempeñar el papel principal; pero en lo general no habia ni tantos motivos para las quejas, ni tantos hechos evidentes en que fundarlas. Todo el mal gobierno de D. Sebastian Lerdo de Tejada, puede compendiarse en un amor propio escesivo que le hizo despreciar los consejos oportunos de la prensa, y el cual lo llevó á desórdenes, que segun lo que despues hemos visto, pueden ser calificados de niñerías. Como asunto grave que retrasó mucho la prosperidad del país, puede designarse el arreglo sobre las tarifas del ferrocarril de Veracruz, que hasta la fecha se

opone como una barrera infranqueable al desarrollo de la riqueza pública y sobre cuyo negocio se hicieron entonces comentarios nada lisonjeros para la administracion. Se señalaron entonces con el dedo los bienes muebles é inmuebles con que la Compañía Inglesa, propietaria de la vía férrea, por medio de sus agentes, gratificó á los que como protectores, abogados, votantes y simuladores del aplauso público, contribuyeron á aquel costoso triunfo tan perjudicial para los intereses de la República.

Quitando pues el cargo de las tarifas que era el único grave, los demas se reducian á la excursion de placer á la gruta de Cacahuamilpa, á los paseos nocturnos en compañía de su favorito Malanco y á los comilonas que con tanta solemnidad como las de Lúculo se verificaban hasta tres veces por semana, en el Tivoli de San Cosme logrando que se hiciera millonario casi un cocinero frances apellidado Porrás. Se puede decir que si no se disfrutaba de un buen gobierno, existian las apariencias de una libertad relativa. Se dominaba de un modo absoluto á la mayor parte de los gobernadores de los Estados, viniendo á ser una irrision al pacto federativo; se disponia del personal de la Suprema Corte de Justicia, ó no se acataban sus fallos contra los intereses de la administracion; se aumentaban las contribuciones hasta donde era posible por medio de la ley del timbre ó de otras gabelas; se elegia al personal del congreso como parecia mas conveniente y se cometian los demas abusos establecidos en las épocas anteriores; pero la

prensa de oposicion que por los años de 1873 y 1874 se redujo al *Padre Cobos* y á algunas otras hojas que se publicaron sin ninguna constancia, tuvo toda clase de garantías, sin que sus redactores resintieran mas molestias que la natural de no ser convidados, no ya á los rendimientos del presupuesto, pero ni aun á las solemnidades oficiales, ni siquiera á las funciones teatrales costeadas el 16 de Setiembre por el Ayuntamiento.

No era aquel un gobierno como el decretado por la Constitucion de 1857 y previsto por los verdaderos republicanos del año de 10 al de 24 para conquistar una democracia positiva; sin embargo, era suficientemente soportable una vez que no era opresor, ni insolente, ni muy apasionado, ni rencoroso, ni muy dado á todo género de desmanes como aquel al que habia sucedido, de tal suerte que si bien existía un partido de oposicion en la cámaras y en la prensa, este no era aun revolucionario ni aspiraba á otra cosa que á conseguir que se establecieran mejor las garantías constitucionales y á moralizar el manejo de los caudales públicos que no se hacia con toda pureza. Una transaccion cualquiera con los que reclamaban en justicia un cambio político que resultara mas modesto y mas conforme con los principios que servian de base al régimen establecido, hubiera salvado al Sr. Lerdo de Tejada de los acontecimientos que vinieron mas tarde á derribarlo con una facilidad casi asombrosa.

Ya en el año de 1875 vino á estar mas acentuada la oposicion en todos los campos de la política y la opi-

nion pública á manifestarse enteramente hostil al gobierno por sus órganos acostumbrados. El descontento popular es muy fácil de conocerse en un termómetro que no engaña nunca y que los miembros de los gabinetes por mas que se hagan disimulados nunca dejan de conocer, aunque perezcan ofuscados con el incienso de la adulacion: este termómetro está en la sociedad misma por conducto de todas las clases que la forman, viniendo cuando sube de presion á hacer manifestaciones clarísimas aun entre los mismos que en escala secundaria tienen parte en el presupuesto. Cuando hasta los empleados critican los actos de los funcionarios públicos, es que estos han desmerecido la confianza de todos los ciudadanos.

En los últimos dias de Febrero de ese año vino á hacerse mas patente el desprestigio del gobierno, con una conspiracion que estuvo á punto de estallar en el seno del mismo ejército que lo sostenia. El general Rocha, de acuerdo con un reducido número de políticos, logró seducir á varios jefes y oficiales de la guarnicion de Mexico para dar un golpe de mano que en un instante hiciera pasar el poder al Presidente de la Corte D. José Maria Iglesias, quien seria rodeado de un nuevo círculo. El plan se organizó de esta manera aprovechándose la costumbre que existía de hacer ejercicios militares en las cercanías de la capital: el dia fijado salieron todas las tropas para Mixcoac, notándose por los curiosos que llevaban carros de víveres y de municiones de guerra. Todos los amigos del complot, paisanos y militares, montaron á

caballó y por diversos caminos se dirigieron al punto de las maniobras. Una vez incorporados se reuniría una junta de jefes de cuerpos y brigadas para leerles el acta del pronunciamiento que contendría los considerandos de estilo y las proposiciones de establecer un nuevo personal en la administración. Esto último no llegó á verificarse, ignoramos por qué circunstancia, habiéndose dispuesto del tiempo que se necesitaba, aunque se confiaba tanto en el éxito, una vez que estaban de acuerdo los jefes principales, que la hora precisa venía á ser de todo punto indiferente. Sin embargo los conspiradores, como suele decirse, no habían contado con la huéspedera pues que mientras arreglaban los detalles en los días anteriores, habían sido denunciados al Presidente no solo por una sino por varias personas. Entónces el Sr. Lerdo tuvo la paciencia de estar llamando uno por uno á todos los jefes comprometidos para convencerles de que debían desistir de sus propósitos, haciéndoles prometer no solo la lealtad debida al gobierno, sino que guardarían la mas profunda reserva. Así es que cada uno sabía para sí que la conjuración estaba descubierta, ignorando las medidas que dictaría el gobierno para hacerla fracasar, pero seguros ya de que el desenlace iba á ser fatal para los jefes principales de la revolución.

Una vez que el gobierno estuvo seguro de haberse apoderado de los planes de Rocha y de haberse ganado á los mismos jefes con quienes aquel contaba, el Ministro de la Guerra D. Ignacio Mejía, dió un pa-

so muy atrevido en la apariencia, que consistió en dirigirse seguido de una escolta de cien hombres de los mas fieles, al teatro donde iban á desarrollarse los acontecimientos. Su repentina presencia allí desconcertó al general Rocha á y los suyos, fortaleciendo el ánimo de los que ya habían dado seguridades de lealtad al Supremo Gobierno. En realidad, si la llegada del ministro no hubiera sido tan oportuna, quién sabía hasta dónde hubieran llegado las cosas, porque hasta ese momento no se había convocado la junta de jefes, ni se habían incorporado los comprometidos para aprehender y reemplazar á todos aquellos que se negaran á suscribir el plan político que se tenía preparado. Por eso fué que el Ministro de la Guerra cayó como bomba, sin llegar á correr un peligro que podía haber sido muy sério una ó dos horas mas tarde.

El general Mejía no tuvo entonces mas trabajo que ordenar á sus jefes adictos que se pusieran al frente de sus tropas, y al general Rocha que se sirviera acompañarle á México, en donde dispondría lo necesario el Sr. Presidente. El general Rocha, por su parte, ni siquiera pensó en defenderse, y se entregó á discreción confesando su falta. Algunos conjurados aparecieron en Mixcoac como simples curiosos, y otros ni siquiera llegaron á presentarse por temor de lo que había sucedido, ó al saber que el complot había fracasado. El hecho fué que tras el Ministro de la Guerra y el general Rocha, que iban seguidos de una buena escolta, desfilaron los cuerpos, y entraron á

México con banderas desplegadas, dirigiéndose á sus cuarteles como si nada hubiera sucedido.

El gobierno por lenidad, por consideracion, porque no llegó á darle importancia al asunto, ó por cualquiera otro motivo que se escapó á los mas perspicaces, se limitó á dar un plazo de 24 horas al general Rocha para que saliera de México á Celaya, lugar de su confinamiento, desentendiéndose de los demas cómplices entre los cuales figuraban muy pocos porfiristas y sí gran número de los que se conocian con el nombre de ministeriales.

Por mas que se quiso echar tierra á este acontecimiento haciéndolo pasar como inadvertido, el país entero lo supo y los partidos que militaban en la política le dieron proporciones colosales, viniendo á significar en último resultado que el ejército mismo no tenia respeto ni temor á los hombres que lo mandaban.

—Si no fué hoy, será mañana! decian los descontentos.

Y de esta manera se aumentó visiblemente la atmósfera de desprestigio que estaba rodeando al gobierno.

Como los gobiernos, cuando dan un mal paso, siguen dando otros peores, no pareciendo sino que la fatalidad les cubre con una venda los ojos, para que no vean los males que causan, el Sr. Lerdo de Tejada trabajó por obtener, y obtuvo, una amplia autorizacion del Congreso seguida de las respectivas facultades extraordinarias, con el visible propósito de dominar una

situacion independiente, que se habia manifestado firme en Jalisco, lo cual le fué fácil, valiéndose de sus elementos militares. Esto vino á hacer naturalmente rebosar la copa del sufrimiento.

Desde luego fueron repartidas las tropas federales mandadas por jefes de confianza que llevaban terminantes instrucciones para suplantar el voto público en Jalisco, Zacatecas, Nuevo Leon, Durango, Sinaloa, Oaxaca y Veracruz, en donde los gobiernos no eran hechuras del centro. La prensa independiente se aumentó con el *Ahuizote*, el *Nuevo Siglo*, el *Sufragio Libre* y otros muchos que empezaron á dar cuenta circunstanciada de los graves abusos que se cometian, comenzándose á presentar nebuloso el año de 1875, desde el mes de Junio y Julio en que comenzó á desarrollarse enérgicamente aquella política de desaciertos.

Sin embargo de que el descontento era grande, nadie pensaba aun en la revolucion, sino hasta que el mismo gobierno la provocó como lo veremos mas adelante.

CAPITULO XXXVI.

EL PLAN.

En el mes de Setiembre se abrieron las cámaras, comenzando á funcionar el Senado contra el sentir del país, para quien ya se hacia pesado pagar doscientos veintinueve diputados que no representaban un elemento netamente popular. Se dijo entonces que el establecimiento del Senado no queria decir que hubiera una cámara reguladora de las medidas legislativas, que viniera á moderar los ímpetus que no habian existido en la cámara popular, sino que se habia querido agraciarse á cincuenta y tantas personas, á quienes era preciso dar algun premio por las muestras de su adhesion al Sr. Presidente. Sea como fuere, la reforma constitucional arrancada á los poderes públicos por medio de fórmulas aparentes en que nada tenia que ver el consentimiento del pueblo mexicano, produjo rudos ataques en la prensa de oposicion que dió las mas siniestras interpretaciones á esa medida.

Mucha mayor efervescencia se produjo con la discusion de las credenciales de los diputados y senadores que habian resultado electos contra las prevenciones del Ejecutivo, en Jalisco y en otros Estados, viéndose lo que nunca se habia visto, que las diputaciones en masa furan lanzadas de los sitios que se habian presentado á ocupar con todo derecho. Con escándalo de los habitantes de la capital, y se puede bien decir de toda la República, fueron reprobadas las credenciales de los Sres. Ogazon y Vallarta senadores por el Estado de Jalisco, á pesar de las calurosas defensas del senador Kuelas y otros amigos del gobierno y lo mismo sucedió en la cámara de diputados con los representantes de aquel y otros Estados, desoyéndose las buenas razones que alegaron los Sres. Diaz Gonzalez, Ignacio Silva, y cuantos más estuvieron sosteniendo la discusion sin réplica en varias sesiones sucesivas.

No valió que varios amigos de la situacion, se acercaran al jefe del Ejecutivo manifestándole que era peligroso en tales circunstancias adoptar esa clase de medidas irritantes, pues que sordo y ciego aquel á toda clase de razones, insistió en su propósito de purgar al congreso de todo elemento que no fuera lerdista, desoyendo no solo su conveniencia, sino causando grande agravio á los que le habian ayudado aunque fuera de un modo pasivo á sostener en las bases de la paz su administracion, con el hecho de someterse á su autoridad sin condiciones, y de tomar parte de un modo legal en las luchas pacíficas de la opinion.

Corre impresa en un tomo la Historia de la Administración del Sr. Lerdo de Tejada que comenzó á escribir el general Riva Palacio y que á causa de las persecuciones que sufrió no pudo continuar, y vino á ser concluida por el Lic. Villaseñor, en donde se contienen muy extensos pormenores sobre los principales actos de aquel gobierno, por lo que no me detendré en referirlos, limitándome á mencionar los que en mi concepto fueron causa principal para que se organizara la revolucion, desde los sucedidos en Setiembre, mes en que empezó á acentuarse demasiado el carácter opresivo del poder,

Tras de aquel atentado flagrante, contra la soberanía de los Estados á los cuales no solo se les habia declarado en estado de sitio, sino que se les imponia gobernadores extraños y muchas veces de todo punto impopulares, que vino á agravarse con la reprobacion de las credenciales de los representantes independientes, sucedió lo que era natural, que la oposicion se reforzara con aquellos nuevos elementos y que la prensa se enardeciera, apareciendo nuevos campeones en la lucha, atraidos por la provocacion. Entónces fué cuando se hicieron notables el *Ahuizote*, el *Sufragio Libre*, y el *Combate* periódicos que salian de las pocas, pero muy activas prensas del *Padre Gobos*.

Tal vez si se limita el gobierno á limpiar las cámaras de los hombres que consideraba como sus enemigos en política, y á los Estados de los gobernadores que no eran sus instrumentos, hubiera marchado desembarazado de estorbos á su fin, si alguno se habia

propuesto que fuera honrado y benéfico, porque el pueblo mexicano en lo general, repugnaba como repugna siempre las luchas armadas si no son absolutamente indispensables para conquistar la libertad; pero sucedió que no se detuvo allí sino que continuó atacando las mismas garantías individuales ora fingiendo sorprender conspiraciones que le dieran oportunidad de ensañarse con los militares desafectos, ora instruyendo á sus agentes para que aplicaran la pena de muerte con el abominable medio de la *ley fuga*, ora traduciendo en simples amenazas su odio manifiesto contra los escritores públicos, en los cuales veia sus peores enemigos.

En esos dias se redujo á prision á los generales Mirafuentes y Chacon y al coronel Villaseñor, solo porque eran mencionados sus nombres en una carta confidencial escrita desde Tampico por el pronunciado coronel Molina que sufrió á su vez una muerte desastrosa.

Ante esos y otros hechos que seria prolijo referir, se perdió toda esperanza de obtener un gobierno de orden y moralidad, y el partido de la oposicion, teniendo nuevamente por jefe al general Diaz, se vio obligado á organizarse para defenderse del poder, aprovechando los elementos que se le estaban viniendo á las manos. Esos elementos eran el descontento público y la multitud de comisionados que llegaban de diversos Estados de la República clamando por la revolucion.

Hasta el mes de Setiembre inclusive las conspiraciones designadas por la prensa ministerial habian

sido imaginarias, porque los movimientos, verificados en diversos puntos, habian sido hechos aislados, hijos de la desesperacion de aquellas gentes que no tenian más recurso que salirse á los campos para librarse de los atropellos de las autoridades locales que seguian la misma conducta de las del centro, pero desde el mes de Octubre en que empezó á vociferarse la reeleccion del Sr. Lerdo y á perseguir con rabia á los opositores, estos vieron que tenian necesidad de apelar otra vez más á las armas para defender sus garantías individuales, ya que habian caido por tierra las libertades públicas. Entonces fué cuando tuve varias entrevistas con el general Diaz, con el general Riva Palacio, con el general Hermenegildo Carrillo, con el Sr. Provasio Tagle y otras muchas personas que aparecian como los jefes caracterizados del partido político que iba á entrar en accion. Todos convenian en que era ya fuerza organizar tantos elementos dispersos que estaban perdiéndose en intentonas aisladas y que se habia llegado al extremo ineludible de apelar al recurso único de los pueblos oprimidos, á la revolucion.

Despues de estudiar detenidamente las circunstancias en que estábamos colocados, encontramos que habia un gran caudal de buena voluntad en las masas populares, faltándonos solo el dinero necesario para moverlas. Algunos de los que venian de tierras lejanas á recibir el santo y seña, se conformaban con un pliego de instrucciones; pero los jefes del ejército y los hombres de armas que habian de pronunciarse

en la capital y sus cercanías, lo mismo que los que pudieran ir á ponerse al frente de los elementos de Jalisco y Zacatecas, necesitaban algun auxilio pecuniario. Era un escollo casi insuperable la falta de dinero y convenimos en que sin proporcionarnos alguna fuerte cantidad era difícil, si no imposible, hacer algo de provecho.

El general Hermenegildo Carrillo que debia marchar á la sierra de Puebla, designado como el primero para lanzar el grito de guerra, podia contar con algunas cantidades que estaban dispuestos á prestar dos ó tres hacendados de aquel Estado siempre que el Sr. D. Joaquin Ruiz les indicara su consentimiento.

El primer paso que habia que dar en consecuencia era decidir al Sr. D. Joaquin Ruiz á ponerse del lado de la revolucion y yo fuí el designado, para ir á tratar de convencerlo. Conquistábamos así un hombre de gran importancia y los recursos que á su orden proporcionarían los hacendados.

Armado de una carta que para aquel personage me entregó el general Porfirio Diaz, salí de incógnito para Puebla en donde gobernaba el Sr. Romero Vargas que se habia hecho notable no solo por su adhesion al Sr. Lerdo, sino tambien por su odio profundo á los porfiristas, á los que tenia tan oprimidos que fué calificado el lugar de sus dominios con el nombre de "El Cementerio de los vivos." Casi todos ó por lo menos las mas notables, habian tenido que refugiarse en México y en otras ciudades, temiendo ser víctimas de una arbitrariedad.

Cuando llegué allí noté en efecto, desde que di los primeros pasos, que las gentes hablaban con pavor de sus gobernantes. O se negaban á contestar sobre cualquiera pregunta que á ellos se refiriera, ó mirando á todos lados con espanto, y poniéndose un dedo en la boca, decían:

—¡Chist! No vayan á decir que estamos conspirando.

El Sr. Ruiz se mantenía completamente encerrado en su casa, y aparentemente retraído de la política, por lo cual no se le molestaba de modo alguno, considerándosele un hombre inofensivo.

Algun trabajo me costó proporcionarme las señas de su casa, en el hotel donde tomé alojamiento, poniéndome en el registro de huéspedes con un nombre supuesto. Mandé traer un carruaje, y me dirigí al domicilio de aquel caballero, el cual me recibió con toda cortesía. Mi nombre, que ya le era familiar, contribuyó mucho á hacer nuestra entrevista fácil y de satisfactorios resultados, imponiéndose de la carta del general Díaz sin temblar, lo cual significaba gran entereza en aquellos momentos, en que con menos, habia para verse en el riesgo de perder la cabeza.

—Está bien, me contestó, despues de haber oido con atencion mis explicaciones, creo como vds, que hemos llegado al punto de obrar, y con mucho gusto daré la autorizacion que se necesita.

—¿Quiere decir que el general Carrillo puede contar con esos recursos para ponerse en campaña?

—A la hora que lo juzgue conveniente.

—En ese caso doy á vd. las gracias en nombre de nuestra libertad y de nuestros principios que vamos á defender, y ¡adios!

—Adios! me contestó estrechándome la mano cariñosamente, y buen suceso.

Al salir de la casa de Ruiz y tomar otra vez el carruaje, me formé el propósito de permanecer allí todo el dia para tomar el tren del siguiente, con objeto de arreglar otros asuntos, y di orden al cochero de que me llevara por las calles principales. Era domingo, las tiendas estaban cerradas y no se veia más que la gente que salia de las iglesias. Repentinamente me quedé helado, observando que un grupo de personas, entre las que se encontraba el mismo gobernador Romero Vargas, se fijaban en el carruaje. Allí estaba tambien mi amigo el Sr. Verástegui, que me conocia perfectamente y que sin sospechar que me perjudicaba, podia haberme descubierto. Aunque llevaba una bufanda que me cubria la barba, me quedé en duda de si fuí ó no conocido, y para mayor seguridad, di orden al cochero de que me condujera directamente á la estacion del ferrocarril. Era jefe de aquella mi amigo el caballeroso general Pradillo, y le confié en breves palabras mis temores.

—Salió á convencerse por sí mismo de si alguno me habia seguido, y al volver me dijo:

—Yo conozco á los agentes principales del gobierno, y no veo por aquí á ninguno; pero como pueden

llegar de un momento á otro, no será por demás que tomemos algunas precauciones.

Entonces me condujo al departamento del conductor y me dejó confiado á su vigilancia.

Media hora despues silbó la locomotora, y me alejé de la estacion sin más novedad.

Al llegar á México, di cuenta de mi comision al general Diaz, y me entregó unos papeles, diciéndome:

—Este es un plan escrito por Riva Palacio, para que sirva de bandera á la revolucion. Recomiendo á vd. que lo examine de acuerdo con Tagle, para que se adopte ó se redacte uno nuevo.

Conferencí con Tagle, y me dijo que tenia otro ya escrito, entregándomelo para que lo estudiara.

El plan de Riva Palacio estaba muy bien escrito, pero me parecia á primera vista que contenia algunos huecos que era preciso llenar; el de Tagle, por el contrario, llenaba tres pliegos de redaccion bien estudiada, y tal extension parecia cansada en esa clase de documentos, por lo que me propuse hacer un tercero para que fuera discutido en el directorio.

Esto no llegó á verificarse por los motivos que paso á exponer:

Llegó un dia á mi casa el general Hermenegildo Carrillo, diciéndome de parte del general Diaz, que le diera el plan político de la revolucion, porque tenia que salir á campaña aquella misma noche. Estaban conmigo de visita los licenciados Leonides Torres y Leonardo López Portillo, que eran nuestros correligionarios. Entonces en presencia de ellos, tomando lo

que me pareció más conveniente de los otros planes, me puse á redactar uno á toda prisa. Aquellos amigos ayudaron tambien con algunas de sus ideas.

Sin tiempo para hacerle correcciones, lo dí en el acto á la imprenta que tenia en los bajos de mi casa, valiéndome de los cajistas de más confianza.

Por la noche, cuando volvió el general Carrillo á mi casa, le dije, entregándole 200 ejemplares impresos tanto del plan como de una proclama:

—Este no es el verdadero plan de la revolucion.

—Cómo!

—El plan tendrá que ser discutido y adoptado por el general Diaz.

—Bueno! él me dijo que me llevara éste, y es el que voy á proclamar.

—Bajo la inteligencia de que es un planecito de campaña, un plan interino.

Y como á mi casa casa acudian con órdenes del caudillo los que querian llevarse el documento revolucionario, resultó que aquel mamarracho fué el plan político que se proclamó en Tuxtepec, que por fortuna fué reformado despues en Palo Blanco.

En Febrero el Sr. Romero Vargas dió una ley en Puebla suspendiendo las garantías individuales.

A fines del mismo el general Riva Palacio salió desterrado de México por haber estado escribiendo artículos de oposicion.

El 25 de Febrero fracasa la conspiracion del general Rocha en los llanos de Mixcoac y sale desterrado para Celaya.

En los mismos dias salen de la capital por sospechas de conspiracion el general D. Francisco Carreon para Cuernavaca y D. Delfin Sanchez para Europa.

En Mayo el Sr. Perez Jardon fué golpeado y herido en los bajos de la Diputacion sin mas causa que ser escritor oposicionista.

En esos mismos dias fué herido en una calle céntrica de la ciudad el general Aureliano Rivera, siendo el agresor el oficial de mas confianza del Presidente.

El *Diario Oficial* declaró que el Sr. Lerdo era general de generales, sin que hubiera sido antes ni soldado raso.

La prensa hizo cargos al gobernador del Distrito D. Joaquin Othon Perez de haber estraído diez y siete mil pesos de las cajas del Ayuntamiento, sin haber rendido cuentas de la inversion.

El general Riva Palacio acusó al Presidente de infracciones constitucionales ante el congreso y fué desechada la acusacion.

En Abril fueron enviados á Jalisco y otros varios Estados, jefes militares con instrucciones de conculcar el voto público.

CAPITULO XXXVII

EL GRITO DE GUERRA.

El año de 1865 terminó sin otra novedad, y para que los lectores de este libro puedan hacer un recuerdo exacto de los principales sucesos, tomo de un periódico del día 31 de Diciembre de ese año el siguiente resumen:

El 1.º de Enero comenzó á regir la ley del timbre que establecía la intervencion de las autoridades federales en las oficinas de hacienda de los Estados.

En 20 de Enero se gastaron veinte mil pesos en un simulacro de guerra con que se solemnizó el cumple años del Presidente.

En el mismo mes el gobernador de Durango Sr Hernández Marin fué acusado por el coronel Ibarra de haber dispuesto de los fondos de las colonias militares, quedando absuelto luego que consultó al Presidente sobre qué personas debian elegirse para el Congreso.

Se proroga la ley anticonstitucional sobre plagiaros y se conceden al gobierno amplísimas facultades extraordinarias.

En Junio y Julio se hace el simulacro electoral bajo la dirección de los comisionados militares del gobierno.

El general Fuero declara á Nuevo Leon en estado de sitio, el general Escobedo se apodera de Zacatecas y los generales Carbó y Cañedo del de Jalisco.

Es asesinado el general D. Leocadio Solís por causa de las elecciones en Jalisco.

Se contó en el año un número asombroso de banquetes en el Tivoli de San Cosme.

Se dió decidida protección á la compañía inglesa del ferrocarril de Veracruz.

Y se hizo por primera vez una concentración completa de los poderes públicos en la persona del Presidente.

Esta lista que forma el resúmen de los cargos hechos á la administración del Sr. Lerdo de Tejada, no prestaba causa bastante en nuestro concepto para conmover al país con una revolución; pero la prensa se exaltó hasta el delirio exajerando los atentados, no se tuvo tino para contentar algunas aspiraciones, se vieron con desden las manifestaciones de la opinion y comenzó á tomar cuerpo el descontento, á tal grado, que vino á ser imposible contener la efervescencia de las pasiones. Muchos hombres sensatos de los que formaban parte de la agrupación porfirista y que eran

muy respetados por su posición, por su talento ó por sus antecedentes, nos decían:

—No es tiempo todavía! vamos agotando los recursos legales.

Pero á esto contestaban los hombres de armas:

—No es posible esperar mas; ya tenemos agotado el sufrimiento.

Y aun empezaron á lanzarse á la pelea sin ningun concierto, contentándose algunos con llevar la hoja de papel en que estaba impreso aquel improvisado plan político que fué á proclamarse en Tuxtepec; despues de haber fracasado la primera intentona del general Carrillo, en la sierra de Puebla.

Lo que puso el colmo á la medida fué que el periódico la *Revista* y otros diarios, amigos incondicionalmente de la administración, comenzaron á indicar la conveniencia de que fuera reelecto el Sr. Lerdo de Tejada, lo cual era tanto como pronosticar que no se daría libertad al sufragio para que entraran en lucha otros elementos.

Entonces empezaron á desaparecer de la capital los generales porfiristas, tomando cada cual el camino que le parecia mejor. Sucesivamente fueron saliendo despues de Mirafuentes y Riva Palacio, Carrillo, Chavarria, Cosío Pontones, Aureliano Rivera, Montiel, Coutolenne, Rodríguez Bocardo y otros que sería prolijo mencionar.

El general Diaz en persona salió el día menos pensado, tomando la precaución de no confiar á nadie ni el rumbo que escogía ni cuales eran sus designios.

Unos decían que había ido á reunirse con Donato Guerra, Rosendo Marquez y Galvan, que le habían tomado la delantera, otros que había ido á establecer su cuartel general en Tehuacan para dirigir los elementos de Oaxaca, Veracruz y Puebla y otros finalmente que se en contraba en Nuevo Leon bajo la proteccion de los generales Treviño y Naranjo, dueños allí de algunos elementos militares que ofrecían alguna perspectiva.

En esta vez confieso ingenuamente que no tomé parte alguna en los proyectos revolucionarios, fuera del plan que escribí y publiqué por mera casualidad. Este era mas que suficiente motivo para que el gobierno me tuviera inscrito en la lista de los conspiradores; pero en mi conciencia no me consideraba culpable porque ni creía que el plan aquel podia ser proclamado sin que sufriera el exámen del directorio, compuesto segun entiendo de los Sres. Ogazon, Vallarta y Tagle, ni tampoco había tenido con mis correligionarios otro contacto que el que me proporcionaba la amistad y las simpatías propias de los que se encontraban afiliados en la misma causa.

Tres veces salí de la capital á tener conferencias con los generales Riva Palacio, Carrillo, Mirafuentes y Rodríguez Bocado, una vez á la hacienda de la Asuncion en el Estado de México y las otras dos á unas haciendas del Estado de Puebla cuyo nombre no recuerdo, sin que por ellas se hubiera llegado por entonces, que era muy temprano todavía, á un resultado práctico. Verdaderamente salía á recibir encargos

para el caudillo de la revolucion, del cual se exigían diversas determinaciones.

Habiendo desertado de las filas porfiristas el general Pedro Martínez, que militaba ya en el lerdismo, pocos deseos tuve de hacerme de nuevos compañeros. Además, en esta vez me sentía tan estrechamente vigilado, que muy difícil me hubiera sido ya en el año de 1876, que fué cuando se rompieron las hostilidades, haber dado dos pasos sin ser aprehendido.

Así es que declaré en el *Padre Cobos* lo que era verdad, que adoptaba el papel de opositor franco y leal, ofreciendo hacer al gobierno desde las columnas de mi periódico la guerra que me fuera posible, lo que cumplí hasta el último momento.

Lo que sigue se refiere á mí personalmente y por eso me propongo ser sobrio en mi relacion.

Habían quedado algunos distritos sin representacion en las últimas elecciones, y el Sr. Lerdo me mandó ofrecer una curul en el congreso por conducto del Sr. Inspector de Policía con quien yo mantenía estrecha amistad, á condicion de que dejara de publicar el *Padre Cobos* ó de que cuando menos adoptara un tono mas conciliador.

Mi negativa fué terminante: yo no podía desviarme de ninguna manera del camino que había adoptado.

Por conducto de mi amigo Alejandro Casarin, que solía dibujar algunas caricaturas del *Padre Cobos*, fui invitado á un banquete en que me encontré en presencia de varios lerdistas prominentes; el Sr. Ramon Guzman fué el encargado de hacerme los mas lison-

jeros ofrecimientos, y le contesté tambien que mi conducta en el periodismo estaba ya trazada, y que aunque no me proponia tomar las armas, mi resolucion respecto de seguir atacando al gobierno era irrevocable.

Pocos dias despues me dijo el Inspector de policia confidencialmente:

—El nombre de vd. era el primero en la lista de los que debian ser vigilados, y el Sr. Lerdo en persona lo ha tachado.

—Se lo agradezco, le contesté, por que creé en lo que he dicho tantas veces en mi periódico como en mis conversaciones privadas. Realmente solo que se me obligue á ello abandonaré mis intereses y tomaré parte en la revolucion.

Despues de romper en su presencia una carta del general Negrete, que desde su escondite me habia dirigido hablándome de lugares comunes, agregué:

—Yo no le tengo odio ni mala voluntad al Sr. Lerdo de Tejada, y antes bien, me es simpático personalmente. No tengo contra él los mismos motivos que guiaron mi conducta en tiempo de Juarez. Aquel me ofendió, y me oprimió, y me martirizó personalmente, mientras que á éste no le debo grandes perjuicios, y ántes bien la consideracion de que me haya recibido con amabilidad las únicas dos veces que en mi vida tuve que hablarle. Protesto de nuevo, que no seré el primero en romper las hostilidades, limitándome á cumplir honradamente mi mision de escritor oposicionista.

Asi seguimos por entónces, sin que el *Padre Cobos* dejara de aparecer dos veces por semana, conteniendo todos los cargos que era de moda lanzar contra la administracion en tono punzante.

Una circunstancia, sin embargo, contribuyó mucho á enardecer los ánimos, y fué la de que al gobierno se le ocurriera la malísima idea de fundar un periódico excesivamente mordaz, de caricaturas, que llevaba el nombre de "La Carabina de Ambrosio," escrito por la gente más desvergonzada, con el prurito único de romper lanzas con la prensa de oposicion, y especialmente con la periódica festiva, injuriando de un modo atroz á las personas que la escribian. Estos que se encontraban en buen terreno, se desquitaban dirigiendo todo su encono contra los hombres que dominaban la situacion, lo cual vino á determinar que el sentimiento revolucionario se hiciera general, no habiendo ya medio humano para impedir el completo desbordamiento de las pasiones.

Y ya que de la prensa trato, diré que en esos dias el *Sufragio Libre*, fundado con elementos de la imprenta del *Padre Cobos*, pasó á ser propiedad de los jóvenes Agustín y Guillermo Rivera y Rio, los cuales fueron acusados en los periódicos independientes de haber vendido su publicacion al gobierno.

En esos mismos dias, el Sr. Garcia Torres, propietario del *Monitor*, recibió un ataque personal, sufriendo la prision de algunas horas, por el gobernador del Distrito, mientras denunciaba al autor de un párrafo

en que se lanzaba al Presidente la acusacion de haber mandado asesinar al general Diaz.

Todo esto, como deciamos ántes, enardecia los espíritus, y como se tenia plena fé en el patriotismo del jefe de la revolucion, y como habia un partido medianamente organizado enfrente del gobierno, y como este habia tenido el poco tacto de descontentar á Iglesias, á Velasco y á otros muchos de sus amigos, y como no solamente humillaba á los desafectos, sino que reducía cada día más el número de los favorecidos, fué la manera que se encontró, como si fuera estudiada, de mantener nubes en el cielo ántes sereno de la patria, para que se desencadenara la tempestad. No eran en realidad los partidos políticos los que provocaban la lucha ni los que tenían medios de sostenerla, sino el gobierno el que se los daba, y el que con una ceguedad incomprensible, iba á cada momento aproximándose más al precipicio.

El círculo oficial, ó mejor aún, el círculo íntimo compuesto de personas leales, fogueadas en los combates de la política, inteligentes é infatigables como pocos en las intrigas de gabinete, quisieron sacar partido de la circunstancia de haber desaparecido de la capital el general Diaz, yéndose á establecer frente á Matamoros, en la ciudad de Brownsville, y dieron instrucciones á sus periodistas para que simultáneamente dijeran que el Sr. Lerdo de Tejada no tenia competidor en las próximas elecciones, una vez abandonado el campo por el jefe del partido de la oposicion.

Esto era tan claro como la luz: el partido porfirista

que era el único que podia disputar el triunfo en el campo electoral al partido de la reeleccion, se encontraba sin jefe, una vez que este iba á buscar el poder por otro camino, por el de la revolucion. Pero entonces la prensa independiente predicó la abstencion protestando con toda energía contra las elecciones que iban á verificarse con solo el elemento oficial. Por una parte, el partido reeleccionista veia fácil y seguro su triunfo, puesto que nadie iba á disputárselo; más en el lado opuesto se dejaba abierta la puerta para declarar la nulidad de lo que iba á hacerse, apoyándose en el pueblo mismo que no concurriria á los comicios.

Esta era la situacion del gobierno y de la prensa de oposicion que eran los únicos que por su parte se encontraban en campaña, cuando el 30 de Enero se publicó en el *Padre Cobos* el mismo plan que se habia proclamado en Tuxtepec, escrito como dije antes espresamente para el general Carrillo, cuyo plan fechado en Diciembre sin espresar sitio, venia calzado con la firma del general Diaz, y apoyado con una ardiente proclama fechada el 14 de Enero en Guajuato, con la firma del general Donato Guerra.

Ambos documentos me los remitió el mismo general con una carta en que me decia que al recibirla yo, estaria él ya pronunciado en Lagos.



CAPITULO XXXVIII.

AL SEPARO NUM. 7.

La sensacion que produjo en los círculos políticos la publicacion del acta de pronunciamiento firmada por el mismo general Diaz y la proclama del muy ameritado general Donato Guerra secundándolo, es inexplicable, pues no obstante que aquel suceso era previsto y esperado, se tenia la creencia general de que se anunciaria primero con algunos hechos de armas, que, conocidos los elementos de ambas partes, tenían que ser favorables para el gobierno. Algunos curiosos ocurrieron á la imprenta á reconocer las firmas, y la autoridad se valió de medios indirectos para confirmar la verdad del hecho; y cuando se vió que era efectivo, empezaron á mover fuerzas y á dar las órdenes de costumbre, cobrando por el otro lado grande aliento los partidarios de la revolucion, ora moviéndose con mas diligencia los que conspiraban en la misma capital, ora tomando rumbos los que preferian

guarecerse en las montañas, teniendo que hacer milagros de prestidigitacion para burlar la vigilancia que habia en los trenes y en todos los caminos. Yo sabia algo de lo que estaba pasando por que era público y notorio, porque diariamente llegaban noticias de que tal ó cual jefe porfirista se habia dejado ver en tal ó cual punto; pero en realidad no ejercia como en otras veces cargo alguno, ni tenia compromisos con la revolucion. Desde que quedó escrito y fué aceptado el plan por el caudillo, mandando que se distribuyeran los ejemplares, no volví á tener el menor contacto ni con el directorio que se habia establecido en la capital, ni con los conspiradores á la cabeza de los cuales, se encontraba, segun se decia, el general Miguel Negrete que dirigia las operaciones oculto, cambiando todos los días de escondites. Tampoco llegué á inquirir ni á saber nunca en dónde se podria encontrar el general Negrete.

Así es que yo permanecia tranquilo escribiendo mi periódico, sin que llegara á creer que esto fuera motivo de que se me hiciera sufrir ninguna persecucion. Al menos estaba seguro de que si llegaba el caso de que se me aprehendiera, no se me podria justificar la menor inteligencia con los pronunciados, ni tampoco se me podra encontrar un solo papel que me comprometiera.

La verdad es que era revolucionario de corazon, pero la verdad es tambien que hubiera vacilado mucho antes de haber abandonado en esta vez un establecimiento y una posicion independientes que me habia logrado

formar á fuerza de mi trabajo personal empleado en tres años de constancia.

A la vez mis publicaciones me estaban proporcionando una subsistencia desahogada, era el periodista que tenia mas productos en la capital y mis negocios estaban tan comprometidos que al desatenderlos repentinamente podia sobrevenirme la ruina. Pensaba por lo mismo que habia tiempo de concluir las dos obras importantes que me daban mayores recursos, la una intitulada «Historia de la Administracion de D. Sebastian Lerdo de Tejada» y la otra «Cardos y Violetas» para poder quedar espedito. Si las dejaba á medias perdía catorce mil pesos que estaban pendientes de cobro, mientras que llenando mi compromiso con el público podia contar con que dejaba á mi familia en buena situacion y me propuse arreglar mis negocios exclusivamente en dos ó tres meses para en seguida tomar algun partido. Ya sabia que aquello no podia tener un desenlace próximo, sabia tambien que en cualquiera punto que me presentara serian bien aceptados mis servicios y me limité, como llevo dicho, al trabajo, no ingiriéndome en nada que pudiera traerme un compromiso inmediato.

Así estaban las cosas, cuando el mismo artista que me hacia los dibujos se presentó una mañana en mi casa, diciéndome:

—Acaban de informarme que la última caricatura del *Padre Cobos* ha causado sumo disgusto á D. Sebastian y que ha mandado la orden de aprehendernos.

—No lo creo, le contesté, porque el mismo D. Se-

bastian ha dicho que la prensa no se corrige, mas que con la prensa, y por eso paga diez ó doce periódicos que nos insultan diariamente.

—Seria conveniente que vd. se ocultara ó se fuera.

—No haré ni una ni otra cosa, porque no me considero culpable de nada.

—Mientras se averigua....

—El mismo Inspector de la policia me tiene ofrecido comunicarme cualquiera cosa de esas y aun ponerme fuera de la capital si fuere necesario.

El jóven Alamilla se retiró tranquilo ante aquellas seguridades que yo tenia de que no seria reducido á prision.

Por la noche sin embargo se presentó en mi casa el mismo Inspector de la policia en persona. Esto al pronto no me llamó la atencion porque casi todas las noches cenábamos juntos.

Lo recibí con la cordialidad de siempre y lo hice pasar á la sala mientras yo iba á dar orden de que nos trajeran las dos copas de vino que siempre acostumbrábamos tomar antes de la cena.

Entonces un empleado de la casa que habia subido detras del Inspector me dijo apresuradamente:

—Los cajistas han visto que se quedaron en la calle dos de los agentes de la policia.

—Y qué?

—Que como la casa tiene dos salidas, puede vd. quitarse esa ropa y ponerse este sombrero y salirse con uno de los trabajadores.

El plan no era malo, pero reflexioné en el acto que

me ponía en ridículo, si acaso las sospechas eran infundadas, así es que me rehusé á aceptarlo.

Apuramos las copas y me dijo el Inspector Zendejas con cierto encojimiento:

—Despues volveremos á cenar: el gobernador desea ver á vd.

—¿Inmediatamente?

—Inmediatamente.

—¿Me manda aprehender ó desea simplemente hablar conmigo?

—Simplemente quiere preguntar á vd. alguna cosa.

—Dígame vd. la verdad para ir preparado, y sobre todo, para dar aviso á mi familia.

—No, no hay que alarmar á la familia, porque estoy cierto de que solo se trata de una conversacion.

—En ese caso me permitirá vd. entrar un momento á mi recámara para vestirme.

—De ninguna manera puedo oponerme á ello.

En la pieza contigua me encontré á mi esposa y á mi cuñada que me dijeron:

—El Sr. Picazo vive en el número 9 de la calle de la Santísima, que está en esta misma manzana y ya está avisado. Hay una escalera aplicada á la azotea por la azotehuela: vete inmediatamente.

—Este plan tambien está muy bueno, les dije riéndome; pero no se trata de aprehenderme, sino sencillamente de tener una entrevista con el gobernador.

Siguieron instándome mientras me vestía y seguí rehusándome diciéndoles que seria dar una muestra

de temor infundado escapándome cuando se me habian dado todas las seguridades de que no iba preso.

—Sobre todo, no soy culpable, les dije, y si se comete una arbitrariedad conmigo, despues habrá tiempo ó de pedir amparo ó de evadirme. Ahora no huyo ante las apariencias.

Y sin atender más á sus instancias, salí y dije al Sr. Inspector D. Joaquin Zendejas:

—Estoy listo.

Por el camino me fué repitiendo todavia que muy pronto regresariamos.

Llegamos á la Diputacion, entramos á las habitaciones de la Inspeccion, y me dijo mi acompañante:

—Voy á dar cuenta al Sr. Gobernador.

Me quedé allí, y como el jefe de la policia tardaba, pregunté al primero que hallé á la mano:

—En dónde está pues el Sr. Inspector?

—Fué á la casa del Gobernador.

—¡Ah! este señor ha salido?

—Sí.

—Desde á qué horas?

—Desde las seis.

Ví mi reloj y eran las ocho de la noche.

Pasado algun tiempo, llegó el Sr. Inspector y me dijo con semblante afligido:

—El Sr. Gobernador dispone que se quede vd. aqui por esta noche.

—No miro inconveniente, me quedaré. A bien que no ha de faltar un rincon en donde acurrucarme.

—Eso es lo que me affige: que el Gobernador quiere que sea vd. metido en un separo.

—Y qué es eso?

—Un separo es uno de esos cuartos de allá afuera: un calabozo.

Me estremecí á mi pesar, pero contesté esforzándome en aparecer tranquilo:

—Pues vamos allá.

El Inspector me entregó á los guardianes de la cárcel, éstos me llevaron á la alcaidia y cometieron allí conmigo el despojo acostumbrado. Mi reloj, mi cartera, mi cortaplumas, mi dinero, todo cuanto llevaba en los bolsillos quedó allí como en depósito, para no volver á verlo nunca.

Se apuntó mi nombre en el registro de los presos.

—Por qué delito? preguntó el alcaide á mi conductor.

—Voy á preguntar.

A poco volvió y dijo:

—Que le ponga vd. por sospechas de conspiracion.

De allí me condujeron al separo núm. 7. Este calabozo está ó estaba entonces inmediato al comun, y enfrente de la puerta de la prision que dá á la Callejuela.

Con la escasa luz de una linterna que llevaba el llavero, ví que el cuarto que se me destinaba, sobre ser muy estrecho era demasiado asqueroso, estando todas las paredes llenas de porqueria. En un rincón estaba un barril del que habian hecho uso durante dos dias, catorce infelices que habian estado allí

encerrados, probablemente subidos unos encima de otros.

—Supongo, dije al hombre de las llaves, que no serán vds. tan desnaturalizados, que me dejen aquí esa asquerosidad.

El empleado dió orden para que vinieran dos hombres fuertes á sacar aquello, y cuando lo removieron tuve que envolverme la cabeza con la capa para no volver el estómago. Por mucho tiempo no pude recobrarne del mareo que aquello me produjo.

A las diez de la noche llegó mi colchon que apenas cupo en el calabozo y la cena la devolví porque no me sentia con ningun apetito. Inmediatamente se cerró el inmundo separo con un cerrojo, y fué colocado allí un centinela.

—¡Hola! ¡Hola! Dije yo en mi interior, vuelvo á ser un preso de cuenta.

Pero lo cierto es que la cólera y el despecho me devoraban, y que aquella primera noche de insomnio fué para mí una de las mas terribles que he tenido en mi vida. Veia bien claro que no habia sido posible que se obrara en virtud de ninguna denuncia, que no se me podia acusar formalmente de ningun delito, que el mismo gobierno sabia que no me mezclaba, que no pensaba mezclarme por lo menòs entonces en la revolucion y que aquello no era obra mas que de una venganza, de una baja y miserable venganza.

Sí, el Sr. Lerdo se vengaba en mí de una caricatura insultante tal vez, en que se le ponía en la picota del ridículo y por la cual no podia reclamárseme perso-

nalmente, porque no era yo quien la habia dibujado. El Sr. Lerdo se habia sentido herido en la parte mas viva de su amor propio, y tomaba contra mí aquella atroz venganza. En aquel momento en que el gobernador Othon Perez le daba cuenta de que me encontraba encerrado en un calabozo pestilente, sufriendo la mas cruel de las humillaciones, la mas irritante de las torturas, estaba tal vez restregándose las manos y sintiéndose satisfecho del desquite.

Me contaban entonces, cuando el Sr. Lerdo estaba en el poder, que uno de los goces mas anhelados que este le proporcionaba, era el mal que hacia á sus enemigos políticos á quienes llegaba á profesar mala voluntad.

Por lo comun sus placeres privados, sus ocupaciones oficiales y las confianzas á que se entregaba con sus amigos, no le dejaban tiempo para acordarse de los que le eran desafectos; pero cuando llegaba á fijar su atencion en alguno, de seguro que no volvia á quedar tranquilo mientras no lograba pulverizarlo.

Sea como fuere, y estas eran las reflexiones que me hacia, aquello presentaba el aspecto de una prision en forma, aconsejada por el ódio personal contra cuyo sentimiento se estrellarian todas las influencias que se movieran á mi favor, y convine conmigo mismo en que era necesario resignarme á mi suerte.

CAPITULO XXXIX.

EL CALABOZO NUM. 2.

Con la primera luz me eché fuera del incómodo lecho y fui á pegar la cara en la ventanilla enrejada que estaba en la puerta, un poco mas alta que la estatura ordinaria de un hombre, y desde allí estuve viendo todos los horrores, todas las inmundicias, todas las obsenidades que pasan en el patio de la guardia y que es como la antesala del crimen. Por allí pasan todo el dia y toda la noche los hombres que asesinan y roban, las mujeres borrachas y cuantos perversos ó en via de serlo son aprehendidos en la capital. Por allí pasan tambien en una no interrumpida procesion, los canastos de los desayunos y comidas de los presos y empleados, los abogados y tinterillos que giran asuntos en el juzgado en turno de lo criminal y los parientes y amigos de los que tienen la inmensa desgracia de caer en aquel antro de podredumbre.

nalmente, porque no era yo quien la habia dibujado. El Sr. Lerdo se habia sentido herido en la parte mas viva de su amor propio, y tomaba contra mí aquella atroz venganza. En aquel momento en que el gobernador Othon Perez le daba cuenta de que me encontraba encerrado en un calabozo pestilente, sufriendo la mas cruel de las humillaciones, la mas irritante de las torturas, estaba tal vez restregándose las manos y sintiéndose satisfecho del desquite.

Me contaban entonces, cuando el Sr. Lerdo estaba en el poder, que uno de los goces mas anhelados que este le proporcionaba, era el mal que hacia á sus enemigos políticos á quienes llegaba á profesar mala voluntad.

Por lo comun sus placeres privados, sus ocupaciones oficiales y las confianzas á que se entregaba con sus amigos, no le dejaban tiempo para acordarse de los que le eran desafectos; pero cuando llegaba á fijar su atencion en alguno, de seguro que no volvia á quedar tranquilo mientras no lograba pulverizarlo.

Sea como fuere, y estas eran las reflexiones que me hacia, aquello presentaba el aspecto de una prision en forma, aconsejada por el ódio personal contra cuyo sentimiento se estrellarian todas las influencias que se movieran á mi favor, y convine conmigo mismo en que era necesario resignarme á mi suerte.

CAPITULO XXXIX.

EL CALABOZO NUM. 2.

Con la primera luz me eché fuera del incómodo lecho y fui á pegar la cara en la ventanilla enrejada que estaba en la puerta, un poco mas alta que la estatura ordinaria de un hombre, y desde allí estuve viendo todos los horrores, todas las inmundicias, todas las obsenidades que pasan en el patio de la guardia y que es como la antesala del crimen. Por allí pasan todo el dia y toda la noche los hombres que asesinan y roban, las mujeres borrachas y cuantos perversos ó en via de serlo son aprehendidos en la capital. Por allí pasan tambien en una no interrumpida procesion, los canastos de los desayunos y comidas de los presos y empleados, los abogados y tinterillos que giran asuntos en el juzgado en turno de lo criminal y los parientes y amigos de los que tienen la inmensa desgracia de caer en aquel antro de podredumbre.

Supongo que la época de civilización que ahora alcanzamos habrá tendido una mirada misericordiosa á nuestras cárceles, que por lo comun han sido mejor un infierno que un lugar de detención y seguridad y que cuando menos se habrá establecido alguna limpieza que haga mas soportable la destructora higiene que en esa vez me estaba allí rodeando por todas partes. Lo mas probable, dada nuestra apatía, es que todo continué en el mismo estado, pues á todos los que estan libres y son felices se les olvida que una parte de la humanidad, por despreciable y viciosa que sea, se encuentra allí hundida materialmente en el fango.

Si la pestilencia del cuarto en que estaba apenas podia soportarse, la que llegaba á la ventanilla, del patio y de los inmediatos comunes, me causaba náuseas cada vez que prolongaba mi permanencia allí por mas de un cuarto de hora.

El único consuelo que tenia entonces era contar las horas, pues que sabia que una vez trascurridos tres días tenia que cesar toda comunicacion segun la ley fundamental, que se encontraba, al menos era lo que decian los periódicos ministeriales, en su mas pleno vigor.

Estaba en mi punto de observación cuando fué cambiado el centinela y entonces pude oír distintamente que el saliente dijo al entrante:

—La orden es no dejar que se aproxime nadie á hablar con este preso.

Pero el que se quedó tenia una cara muy risueña y cuando vió que nadie lo observaba, me dijo:

—¿Tiene el patron un realillo para su centinela?

—Anoche me dejaron en la alcaidia sin un centavo, le contesté, pero tendré dinero dentro de un momento que me llegue el desayuno.

El mozo que lo traía no se hizo esperar en efecto, le ví entrar desde la ventanilla, se lo dije al centinela y éste me hizo saber con disimulo:

—Un empleado de la alcaidia tiene que traerlo.

Pasados treinta ó cuarenta minutos, que á mi me parecieron muy largos, se presentó el de las llaves, un hombre asqueroso, con las barbas crecidas y sucias, con las manos negras, con el semblante pálido y desagradable, abrió la puerta y delante de mí, despues de colocar la canastilla en el suelo, sin decirme una palabra, levantó la servilleta y comenzó á hacer el registro mas minucioso.

Quise al principio oponerme, pero me dijo con tono brusco que era la orden; y tuve que contemplar cruzado de brazos aquella iniquidad.

Recogió unos periódicos, un rollo de papel blanco, un tintero, unas plumas, un lápiz, un cortaplumas y solo consintió en dejarme un libro que tambien venia allí, despues al sacudirle con cuidado para que no se quedara dentro ningun papel.

—No me han escrito? pregunté.

—Sí, pero en la alcaidia se quedó la carta, porque está vd. incomunicado.

Me dejó el desayuno, echó de nuevo los cerrojos y se alejó, pero por mas apetito que yo tuviera, ¿cómo iba á probar lo que habia manoseado delante de mi aquel

hombre asqueroso? Además, ya todo estaba frío, y tenía mi revuelto desayuno unas trazas nada provocativas. Dí unos cuantos trágos de leche, bebí agua de un botellon que no se había tocado y ese fué por entonces todo mi alimento.

Una vaga esperanza me hizo despedazar el pan y en una pieza encontré dos pesos en monedas menudas que se habían colocado allí con mucho cuidado en la misma panadería. Fué un momento para mí de suma satisfacción porque se burlaba el espionaje y porque tenía elementos para proporcionarme algo de lo que necesitaba aunque fuera con muchos trabajos.

Salté luego á la ventanilla y dije al centinela:

—Aquí tiene vd. la pesetilla que me pidió.

—Un realillo dije.

—Bueno! pero yo le doy una pesetilla, porque necesito que me haga un pequeño servicio.

—Cual!

—Comprarme con esta otra pesetilla dos ó tres pliegos de papel de escribir y un lápiz tajado.

Reflexionó un momento y me contestó:

—Tendrá vd. lápiz y papel luego que me releven.

Entretenido á poco con la lectura del buen libro que tenía ya como mi único compañero en el calabozo, no atendí al relevo, pero el centinela siguiente dió dos golpecitos á la puerta, pasado algun tiempo, acudí y por la rejilla me entregó el papel y lápiz que había encargado.

Entónces ya más tranquilo de espíritu, tendido bo-

ca abajo en el colchon y sirviéndome el libro de mesa, me puse á escribir el original para llenar la parte que me faltaba del número siguiente del *Padre Cobos*.

La luz era muy escasa, pero pronto me acostumbé á ella, y pude leer y escribir, dividiendo entre la lectura y la escritura las horas que quedaban de la mañana mientras me llegaba la comida, que estuve esperando con sobresalto.

Llegó al fin el llavero con el porta-viandas é hizo á mi presencia el correspondiente registro, no llevándose más que los cuchillos, que fué lo único que encontró sospechoso. Desenvolvió los periódicos y los sacudió lo mismo que las servilletas, volviéndolos á dejar en su sitio.

Apénas corrió los cerrojos, me lancé al secreto que tanto conocia en el aro del porta-viandas inmediato á la lumbre y apareció allí un papel muy bien doblado. Era una carta de mi familia en que se me decia que mis amigos estaban ya moviéndose para conseguir mi incomunicacion; que habia un escrito de solicitud de amparo para luego que se venciera el plazo constitucional, si nada se obtenia con las diligencias particulares; y que se sabia ya bien en el público que no habia contra mí ninguna acusacion fundada, sino que se me tenia en prision en castigo de la última caricatura que habian calificado los hombres del poder como sangrienta. El gobernador habia ofrecido que al dia siguiente me permitiria hablar con las personas de m

familia exclusivamente, en presencia de un empleado de policía.....

Todo eso me sirvió de consuelo y ya pude comer con algun apetito.

Contesté la carta, hice mis encargos y acomodé aquella en el secreto del porta-viandas con los originales que habia estado escribiendo para el *Padre Cobos*.

Muy pronto se acabó la luz por la tarde y como no se me permitia tener vela, comenzó para mí la noche desde las cuatro ó las cinco, en que ya no podia ver ni pegado enteramente á la rejilla.

Al día siguiente por la tarde fuí llevado á la inspeccion y allí me encontré á mi mujer y á mis hijos: á nadie más se permitió que estuviera presente mas que á un empleado, segun el anuncio de que ántes hablé.

En las dos horas que pasé allí estuve respirando un aire que me pareció del cielo, sin que faltara oportunidad, en un descuido del vigilante, para que pasara á mis bolsillos un tintero cerrado, plumas, papel, dinero y todo lo demás que podia hacerme falta en la prision.

Desde ese momento quedaron mejor establecidas mis relaciones con el exterior.

No solamente trascurrieron los tres dias sino algunos más sin que se me levantara la incomunicacion, y cuando íbamos en el sétimo ó en el octavo, sin que se hubiera echado mano del recurso de pedir amparo que el mismo juez aconsejó que se desechara como ineficaz, cuando más entregado estaba á mis trabajos de redaccion, se abrió repentinamente la puerta y apa-

recieron dos empleados. Yo me quedé de una pieza. Inmediatamente se apoderaron de todos mis papeles y útiles de escritorio que ya formaban bulto, y despues de una rigurosa inspeccion, se llevaron hasta el libro cuya lectura era el mejor calmante de mis amarguras.

El golpe me vino desde muy arriba: se habia ordenado que no se me permitiera escribir absolutamente, y cuando se vió que el periódico seguia apareciendo con el mismo estilo zumbon, se vino á tener casi la seguridad de que yo lo seguia redactando, sin que quedara conseguido el objeto principal de la prision. Esto lo comprendí en el acto, y tuve que revestirme de toda calma, para esperar pacientemente la oportunidad de volverme á surtir poco á poco de los objetos que necesitaba para volver á dejar establecida mi redaccion.

Mi familia seguia obteniendo, aunque con grandes dificultades, permisos escritos para verme dos ó tres veces á la semana, hasta que vinieron á completarse 29 dias de aquel encierro, sin que se hubiera conseguido quitarme la pluma de las manos. Me dí mañas para tener ocultos todos mis útiles debajo del colchon sobre el cual fingia estar durmiendo á todas horas, y por la noche encendía una vela de cera que tenia bien enrollada, haciendo mi trabajo principal entre las dos y las cinco de la mañana, que eran las horas en que todos, generalmente hasta los centinelas, se entregaban al sueño. Para mayor precaucion, cubria la rejilla con mi capa, y la vela la colocaba en un silla; que tenia

cuidado de cubrir por todas partes, de suerte que el cuarto parecia sumido en la más profunda oscuridad.

En este tiempo se habian desarrollado grandes acontecimientos: la revolucion habia hecho progresos en la frontera, en Puebla y en Jalisco, presentándose formidable en Oaxaca, en donde fueron derrotadas algunas partidas del gobierno, hasta venir á librarse la batalla de Epetlan, cuyos resultados se comunicaron como el rayo, dándoseles proporciones colosales.

Al dia siguiente, esto es, cuando completaba treinta dias de calabozo, y cuando ya comenzaba á habituarme á aquella vida, verdaderamente infernal, se me dió aviso de que iba á cambiar de prision. Un ayudante de la Inspeccion se me presentó á los cinco minutos, el cual me dijo secamente:

—Sígame vd.

Me sacó á la calle, me hizo subir en un coche, cuyo pescante estaba ocupado por un gendarme y por el cochero, y dijo á éste en tono breve:

—A Belem.

Hubo otra época en que este nombre me hizo temblar, me parecia que ir á Belem era ir al mas abominable de los presidios, que no habia mas grande humillacion para un hombre honrado, que llevarlo á confundirse con los criminales de la peor realeza; pero en esta ocasion debo confesar que me sonó casi dulce al oído aquel nombre. Belem era el purgatorio, segun lo habia oido decir, ¿pero acaso no salia yo del infierno? ¿Podrian existir calabozos en el mundo, mas hedion-

dos, mas insalubres, mas sombríos, mas negros, mas infames, que aquel que acababa de dejar?

Mi guardian no me habló una palabra en todo el camino, ni yo le dirigí ninguna tampoco: me parecia innoble hasta fijar la vista en esa clase de reptiles.

Llegamos á la cárcel de Belem, bajamos del carruaje, se abrió la pesada puerta de la entrada delante de nosotros, se corrieron los cerrojos y me ví en frente de una sucia balaustrada, en donde habia unas mesas mas mugrientas todavia, y unos empleados con caras patibularias, escribiendo en unos libros llenos de borrones.

El oficial entregó un papel á uno de ellos que lo puso á un lado, y siguió escribiendo: cuando concluyó sin levantar siquiera la cabeza, dijo al otro con imperio:

—Tome vd. razon de ese preso.

El ayudante se fué sin despedirse, y me dejó entregado á mis nuevos verdugos.

El escribiente tomó nota del papel, en que estaban probablemente mi nombre y mi delito, y despues de un gran rato, durante el cual estuve esperando de pié á que se decidiera de mí, dijo el que hacia de subalterno:

—Ya está.

Dió una ojeada al libro el superior, y luego preguntó á un hombre muy desgarrado que estaba allí tambien esperando, y en el cual no me habia fijado:

—El número 2 es el que está desocupado?

—Sí Señor.

—Pues llévalo allí.

Y cuando ya nos alejábamos dijo en alta voz:

—Vá incomunicado.

Subimos, y fui encerrado en el segundo cuarto de la derecha, al principio de una estrecha galería. Mi nuevo cuarto era oscuro, sucio, indecente, pero espacioso. Recibía luz por una alta ventana llena de rejas de fierro.

No había ni un mueble y empecé á dar vueltas.

Ahora verá el lector cómo supe luego que estaba en medio de dos vecinos importantes. A mi izquierda Maclovio Escalante. A mi derecha el Cristalito.

CAPITULO XL.

ENTRE SCILA Y CARIBDIS.

Probablemente mis vecinos de los calabozos que tenía al lado, sintieron que se había abierto la puerta dando entrada á uno de sus compañeros de cuenta con quien podían entenderse, porque empezaron á dar golpecitos en las paredes divisorias. Al principio no tuve humor de fijarme en esto, pero como observé que asomaba la punta de una bayoneta por un agujerito, practicado cerca del piso en el calabozo de la izquierda, me agaché á ver lo que aquello significaba, el instrumento introducido se retiró y me encontré con un ojo asomado al otro lado.

—Yo soy, me dijo aquel preso que estaba pegado al agujero, Maclovio Escalante, para servirlo.

—¡Ah! exclamé recordando que aquel nombre no me era desconocido.

—Y ahora en la mañana, agregó, salió de ese cuarto Chucho el Roto, que se lo llevaron para Veracruz.

—Pues llévalo allí.

Y cuando ya nos alejábamos dijo en alta voz:

—Vá incomunicado.

Subimos, y fui encerrado en el segundo cuarto de la derecha, al principio de una estrecha galería. Mi nuevo cuarto era oscuro, sucio, indecente, pero espacioso. Recibía luz por una alta ventana llena de rejas de fierro.

No había ni un mueble y empecé á dar vueltas.

Ahora verá el lector cómo supe luego que estaba en medio de dos vecinos importantes. A mi izquierda Maclovio Escalante. A mi derecha el Cristalito.

CAPITULO XL.

ENTRE SCILA Y CARIBDIS.

Probablemente mis vecinos de los calabozos que tenía al lado, sintieron que se había abierto la puerta dando entrada á uno de sus compañeros de cuenta con quien podían entenderse, porque empezaron á dar golpecitos en las paredes divisorias. Al principio no tuve humor de fijarme en esto, pero como observé que asomaba la punta de una bayoneta por un agujerito, practicado cerca del piso en el calabozo de la izquierda, me agaché á ver lo que aquello significaba, el instrumento introducido se retiró y me encontré con un ojo asomado al otro lado.

—Yo soy, me dijo aquel preso que estaba pegado al agujero, Maclovio Escalante, para servirlo.

—¡Ah! exclamé recordando que aquel nombre no me era desconocido.

—Y ahora en la mañana, agregó, salió de ese cuarto Chucho el Roto, que se lo llevaron para Veracruz.

—Aquí estaba ese? iba á decir ladron, pero me contuve por respeto á mi interlocutor.

—Sí, y en el que sigue, que tambien está comunicado por un agujero como este, se encuentra el Cristalito. Ya era tiempo de que nos separaran, porque los tres teniamos un plan para escaparnos. ¿Quién es vd?

—Yo? Soy otro desgraciado como vds., pero con quien no pueden ni deben contar para nada. Gracias por los informes y adios.

Me retiré de allí y no volví á entrar en conversacion con Maclovio Escalante ni con el Cristalito, por mas que me daban golpecitos y me hacian instancias para que les sirviera de intermediario.

En el resto de la mañana, llegaron mi almuerzo y mis muebles, compuestos éstos de una cama, una mesa, dos sillas, y una pequeña cómoda, que en el registro fué aligerada de todo aquello que estaba prohibido ó consideraban sospechoso. Tambien allí habia prevenciones para no dejarme escribir, y lo primero que estrajeron fué lo de escritorio.

El calabozo, aun con los mueblecillos aquellos, presentaba un aspecto indecentísimo. Pintado de negro hasta la mitad de la pared, todo estaba cubierto de figuras grabadas con la punta de algun clavo ó cualquier otro instrumento, representando escenas repugnantísimas. No habia insolencia ni frase inmundada y obscena, que no estuviera escrita en aquella pared, que ademas tenia mil grietas apretadas de chinches. Recibia la luz por una estrecha ventana muy elevada y cubierta de fuertes rejas. Con todo y eso tenia luz y

aire, pareciéndome el cielo en comparacion del calabozo de la Diputacion que acababa de dejar.

Siempre ignoré el objeto á que habia obedecido semejante cambio, pues como no habia sido acusado ni se me formaba causa, me encontraba completamente y de un modo gubernativo, sujeto al gobernador que era el que disponia de mi suerte. Eso era lo ostensible, en realidad parece que quien comunicaba las órdenes respecto de mí, era el mismo Presidente de la República.

Los tres primeros dias fueron horrorosos en aquel encierro en que no me comunicaba con nadie. Los facinerosos que tenia á mi lado, cansados de hacer esfuerzos para que les hablara sin conseguirlo, no volvieron á intentarlo y la lectura me fatigaba, así es, que dividía mi tiempo paseándome por el aposento, durmiendo y escribiendo. Quise escribir una comedia sobre la situacion, pero me faltaba completamente el humor, me sentia enfermo y abandoné ese trabajo. No obstante, no dejé de escribir todo lo que se publicaba en el *Padre Cobos* y de dar los asuntos para las caricaturas, operaciones que no me ocupaban más de tres horas en dos dias de cada semana.

Mi familia obtuvo con grandes dificultades un permiso escrito para visitarme, y como en esos dias entró á ocupar el puesto de alcaide el Sr. Trujillo, con quien yo tenia de antemano buenas relaciones, éste se excedia haciéndome favores que consistian en prestarme su vivienda que estaba muy aseada en el departamento opuesto al que yo ocupaba, en donde tuve ocasion de pasarme con los míos ó toda una mañana ó toda una

tarde, y á veces los dias enteros. Se supo esto porque tambien en las cárceles hay espías y Trujillo fué luego sustituido por un Sr. Bernal, que me trató igualmente con algunas consideraciones. No estuve con él tan á mis anchas, porque sabia que le iba el empleo de por medio; pero me permitió tomar un baño, se hizo disimulado dejando mi pieza abierta mientras se hacia el aseo general de toda la prision, que duraba una parte de la mañana, para que pudiera visitar á otros presos políticos que empezaban á caer con abundancia y me dejaba recibir á algunos amigos en la alcaidía que se acompañaban con las personas de mi familia.

Especialmente el celador de los calabozos de aquel departamento en que estábamos esparcidos los presos políticos, nos prestó algunos de esos pequeños servicios que no se olvidan nunca en semejante situacion.

Los presos políticos eran once ó doce y entre ellos estaban el general Tellez Giron, los coroneles García Miravete y Delgado Camacho, lo mismo que algunos otros de muy poca importancia. Ninguno soportaba sobre sí la menor inculpacion, ni á ninguno se le instruía proceso, estando todos como yo á disposicion del gobierno del Distrito. Jamás he podido explicarme estos procedimientos ni el origen de todas aquellas prisiones motivadas por vagas denuncias de los agentes secretos de la policía. Es cierto que éstos podian dar informes desfavorables y designar á los que les parecian sospechosos; pero en todo caso la autoridad estaba obligada á exigirles algunas pruebas y en último caso á esclarecer la conducta de los aprehendidos

por medio de cualquiera averiguacion. Yo sabia muy bien que estaba allí porque no querian que escribiera, una vez que la vigilancia que se estableció sobre mi persona estaba reducida á impedirme tener objetos de escritorio, que entónces con la privacion los tuve en mayor abundancia; pero respecto de los demás, no habia ni el menor indicio de culpabilidad, y lo menos seis de los detenidos eran sujetos muy poco temibles y completamente inútiles para la conspiracion. La desgracia, no obstante, nos ligaba á todos con estrechos lazos, perteneciamos en deseo y en corazon á la misma bandería política y pronto llegamos á tratarnos todos como hermanos, á pesar de que no podiamos comunicarnos más que durante dos ó tres horas de la mañana, que nosotros prolongábamos siempre que podiamos. A veces se quedaban abiertas como por descuido las puertas de nuestras jaulas por las tardes, pero nunca estábamos fuera de ellas despues de las cinco, hora en que se nos encerraba corriéndose todos los cerrojos. Los demás estaban dos ó tres juntos, de manera que procuraban pasar las noches entretenidos, leyendo, conversando ó jugando. Yo era el único que, como mas culpable ó mas castigado, me encontraba completamente solo en mi calabozo, lo cual á veces no dejaba de serme placentero porque podia entregarme con mas tranquilidad á mis estudios y meditaciones.

Desde luego que podia ver á mi familia dos ó tres veces por semana, generalmente con algun amigo que la acompañaba; desde luego que podia comunicarme en otras horas del dia con mis compañeros de cárcel,

la soledad lejos de ser un tormento según se pensaba, era para mí una necesidad, pues en esas largas horas de recogimiento era cuando escribía mis sonetos y letrillas haciendo gran acopio para afrontar cualquiera emergencia.

Regularmente tenía dos ó tres números del periódico adelantados, sirviéndome las noticias que circulaban en Belem respecto de los progresos de la revolución, que eran á veces más importantes y más verídicas que las que se vendían al costo en las calles de Plateros y en el café de la Concordia. El único método que me probaba era escribir desde que oscurecía, que era cuando más descuidados estaban los vigilantes: en aquella cárcel solo una vez se me llegaron á recojer los útiles de escritorio que tenía acumulados. Por lo demás, siempre subsistían las órdenes de incomunicación estricta y de severa vigilancia, para que no se me dejase escribir.

Como el periódico seguía saliendo con el mismo estilo, los altos personajes se molestaban, y veces hubo en que el mismo Othon Perez, que era el odiado gobernador de esa época, se disfrazaba para hacer personalmente las pesquisas en la prision.

Cuando digo que el gobernador era odiado, me quedo corto, pues que pocos hombres públicos han sido tan verdaderamente execrados, hasta por los mismos suyos, como D. Joaquin Othon Perez.

¿En qué otra cosa pueden pensar los presos que más les halague que en recobrar su libertad? Nuestros proyectos de fuga eran casi diarios, y algunos llega-

ron á estar revestidos de cierta formalidad, con el auxilio, por fuera, del general Aureliano Rivera y de algunos otros de nuestros amigos.

A decir verdad, yo no me mezclaba en esos proyectos, y si les daba generalmente mi aprobación, era más bien por instinto que porque les concediera alguna importancia. Sabía que estábamos muy vigilados, y que solo con mucha astucia y mucha perseverancia podríamos evadirnos, corriendo el peligro de caer en alguna de las muchas celadas que se nos ponían.

Una de ellas fué la siguiente. Llegó al gobierno del Distrito, ó se fingió que había llegado una denuncia de que la prision toda, acaudillada por nosotros, estaba preparándose para fugarse, de acuerdo con un sargento de la guardia llamado Fulano de Tal.

A eso de las once ó las doce de una de aquellas horribles noches, el gobernador y el inspector de la policía, disfrazados de soldados, se presentaron en la prision y tocaron á la puerta del calabozo de Maclovio Escalante. Este, que estaba sobre aviso, acudió luego y le dijeron que el que lo llamaba era un amigo del sargento.

—Eres tú positivamente?

—Sí, yo soy.

—Abreme pues.

—No tengo la llave.

—Hay alguno en el corredor?

—Nadie.

—Pues entónces voy á abrir yo.

Y con una facilidad que pasmó á aquellas autori-

dades, Escalante, sirviéndose de los toscos instrumentos que tenía, abrió en un santiamén la puerta de su calabozo.

—Ahora vamos á sacar á los otros presos, dijeron los fingidos soldados.

—Vamos, dijo éste, engañado por los trajes, por la fingida voz, por la oscuridad, y más que todo por el deseo de fugarse.

Tocaron en mi puerta, y aunque habia percibido el ruido, no contesté. Sabia bien que nadie podia tocar á aquellas horas más que los carceleros, que éstos tenían las llaves y no necesitaban anunciarse.

—Ese no está de acuerdo, les dijo Escalante.

—Pues vamos á ver á Tellez Giron.

Por supuesto que cuando andaban allí aquellos funcionarios, ya habian tenido la precaucion de rodear de tropas el edificio y de gentes de la policía todos los pasillos.

Tellez Giron y García Miravete cayeron en el garlito, pues no solamente contestaron, sino que descubrieron algo del plan en que realmente estaban comprometidos.

Los cerrojos cedieron, el gobernador se dió á reconocer, entró la tropa de caballería al patio de la cárcel y Tellez Giron fué llevado entre filas, segun decian sus compañeros y lo creía él mismo, para ser pasado por las armas.

Tuvo una larga conferencia con Othon Perez y logró volver á su calabozo sano y salvo.

Las víctimas de estas diversas evoluciones en que

se nos quiso envolver á varios presos políticos, fueron algunos coroneles foráneos, á quienes se envió á Cuernavaca, para que el gobernador Leiva les aplicara la ley fuga. De estos infelices fueron á morir allí cuatro ó cinco.

Enfadados con tantas molestias y con aquella prision indefinida, entraron una mañana en grupo á mi calabozo, los supuestos reos políticos, y llevando la voz el coronel Camacho Delgado, me expuso la necesidad de que hiciéramos algo en nuestra propia defensa, una vez que nuestras garantías individuales estaban siendo violadas sin misericordia, abusando el gobierno del derecho del más fuerte. Entónces acordamos lanzar un manifiesto intitulado: "Los presos políticos ante el tribunal de la opinion pública," del que mandamos imprimir una gran cantidad de ejemplares, haciendo que nuestros amigos los fijaran en un dia dado en todos los sitios públicos.

El estilo del manifiesto era sangriento, como que en él vaciamos toda la bilis que teniamos recogida en el cuerpo durante un mes, y durante dos meses yo, de aquella injustificada prision, asesorada de un rigor inusitado.

Como en el calabozo número 2 se habia amasado aquel pastel, á aquel punto se dirigieron todas las iras de la administracion. ®

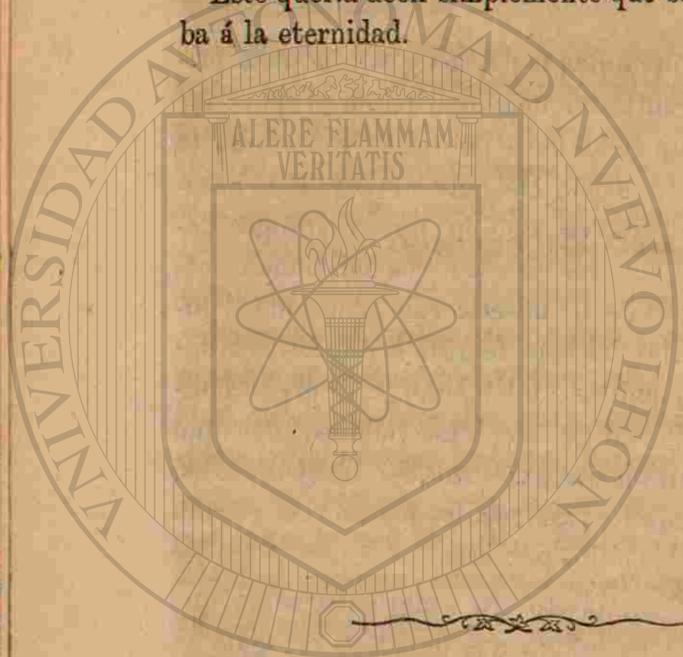
Serian las ocho de la noche, cuando el alcaide, que tenia entrañas de gente, se acercó á mí y me dijo conmovido:

—Prepárese vd., porque en la mañana van á sacarlo.

—Para dónde?

—Para Acapulco, pasando por Cuernavaca.

Esto queria decir simplemente que se me despachaba á la eternidad.



CAPÍTULO XLI.

ACUSACION FRUSTRADA.

La bondad del alcaide no se limitó á darme el aviso, sino á felicitar me los medios de ponerme en comunicacion con mi familia, que pudo dedicarse con toda actividad á mover resortes para impedir aquel atentado.

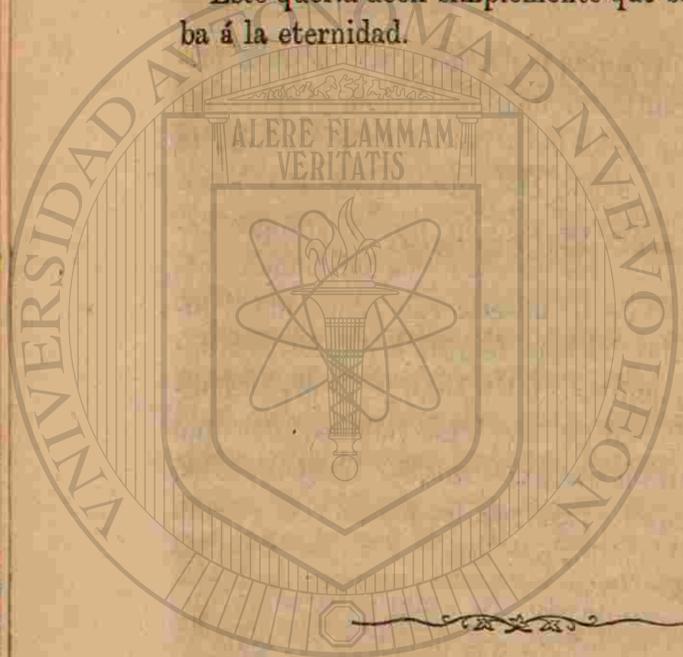
La sociedad Gorostiza, presidida por el gran literato, noble amigo y desinteresado campeon de la democracia Ignacio Altamirano, celebraba sesion aquella noche y en ella se estaba dando lectura á una comedia mia. Esta rara coincidencia contribuyó más á que la sociedad en cuerpo decidiera tomar mi defensa, trasladándose á mi casa para ponerse á la disposicion de mi familia. Otras muchas personas, las unas influyentes por su caudal y las otras por su posicion, se empeñaron con el Presidente, con el gobernador y con los hombres mas prominentes de la situacion, en que se revocara la inicua orden de confinamiento, tras de la cual se veia destacarse con toda claridad la de muerte,

—Prepárese vd., porque en la mañana van á sacarlo.

—Para dónde?

—Para Acapulco, pasando por Cuernavaca.

Esto queria decir simplemente que se me despachaba á la eternidad.



CAPÍTULO XLI.

ACUSACION FRUSTRADA.

La bondad del alcaide no se limitó á darme el aviso, sino á felicitar me los medios de ponerme en comunicacion con mi familia, que pudo dedicarse con toda actividad á mover resortes para impedir aquel atentado.

La sociedad Gorostiza, presidida por el gran literato, noble amigo y desinteresado campeon de la democracia Ignacio Altamirano, celebraba sesion aquella noche y en ella se estaba dando lectura á una comedia mia. Esta rara coincidencia contribuyó más á que la sociedad en cuerpo decidiera tomar mi defensa, trasladándose á mi casa para ponerse á la disposicion de mi familia. Otras muchas personas, las unas influyentes por su caudal y las otras por su posicion, se empeñaron con el Presidente, con el gobernador y con los hombres mas prominentes de la situacion, en que se revocara la inicua orden de confinamiento, tras de la cual se veia destacarse con toda claridad la de muerte,

con el pretexto, muy en voga entonces, de haber intentado la fuga.

Tales y tantos fueron los empeños, que se consiguió parar el golpe, á lo menos en aquella madrugada.

Al día siguiente la orden de confinamiento á Acapulco se hizo extensiva al general Tellez Giron y al coronel García Miravete: este último se encontraba postrado en el lecho con fiebre, pero se le hizo saber que se curaría en el camino.

Esto me sirvió mucho porque á mis amigos vino á reunirse el esfuerzo de los de aquellos otros dos condenados.

El aumento del número de los confinados se hizo para alejar la sospecha de que se me quisiera aplicar la *ley fuga*, y se fundaba el rigor de aquella disposición en que constantemente estábamos fraguando proyectos de evasiones, con lo cual interrumpíamos la paz de la cárcel haciendo concebir esperanzas de libertad á los presos contumaces que deberían tenerlas perdidas. Se necesitaba ponernos en lugar seguro, tanto para que no conspiráramos contra el gobierno como para que no estuviéramos lanzando al público impresos sediciosos.

Realmente el gobierno tenía razones poderosas para aniquilarnos, pero nuestros defensores también las tuvieron para hacerlo desistir de su horrible propósito, no sin sostener con él una lucha en que se le redujo á sus últimos atrincheramientos.

Una transacción fué celebrada: el preso mas peligroso de todos, es decir, yo, seria espatriado volunta-

riamente. Se me hizo firmar un ocurso dirigido al gobernador Othón Perez en que le pedia con todo encarecimiento que me permitiera salir del país, mediante una fianza pecuniaria, obligándome á no regresar sin permiso espreso del gobierno.

O el ocurso habia corrido mal viento ó se habia cambiado de parecer cuando se vió tranquilas á las personas que se empeñaban por nosotros con aquella promesa, el hecho fué que se nos volvió á prevenir que estuviéramos listos para salir irremisiblemente aquella noche.

Se permitió á nuestras familias que ocurrieran á la alcaidia á darnos el último ¡adios! sin que las acompañase ninguna persona estraña, y allí se vió una escena desgarradora que aunque mi memoria la recuerda mi pluma no puede trazar, hasta que el nuevo alcaide, pues eran ya dos los que habian perdido su empleo, nos previno con voz severa que ya debíamos separarnos.

Al lector dejo que se forme idea de esta separación que era la separación de la tumba.

Estaba en mi calabozo entregado á mis mas sombríos pensamientos, cuando un empleado vino á decirme de parte del gobernador que allí estaba y que queria hablarme.

Todavía los restos de la luz de la tarde iluminaban débilmente las paredes de una ancha estancia á donde me introdujeron, cuando por primera vez desde que estaba preso me encontré frente á frente con aquel hombre.

—El Presidente, me dijo, conviene al fin en que salga vd. fuera de la República.

—Me habian dicho que estuviera dispuesto para salir esta noche en compañía de otros dos presos para Acapulco.

—El Presidente se ha comprometido á revocar nuevamente esa orden, siempre que vd. esté dispuesto á cumplir sus condiciones.

—Cuales son?

—En primer lugar vd. lo ha de solicitar por escrito y con todo encarecimiento.

—Ya mandé á vd. mi solicitud.

—No la he recibido; pero eso no importa: hace vd. una nueva.

En seguida me dictó los términos que eran poco mas ó menos los mismos.

—Luego, agregó, dejará vd. una acta firmada en el gobierno del Distrito.

—La firmaré.

—Vd. saldrá precisamente para Veracruz mañana en la noche con objeto de tomar el vapor americano.

—Saldré mañana en la noche.

—El gobierno no le dá á vd. ningunos recursos para este viaje.

—Así lo entiendo.

—Vd. bajo la fianza que tiene que otorgarse, y mas aún bajo su palabra de honor, queda comprometido á no entrar al país por ninguna parte; á...

—Si, si; todo eso lo pondrán vds. en el acta que debo firmar.

En seguida pretendió sondearme respecto del espíritu que me animaba despues del sustazo que habia llevado con el amago de llevarme á Acapulco pasando por Cuernavaca, y aun llegó á hacerme la insinuacion de que podia hacerme amigo del gobierno ó conseguir que se me levantara la pena si me resolvia á soltar la pluma con la cual hacia tanto daño &c. &c.

Yo á todo eso contesté: que pues era reo estaba dispuesto á sufrir la pena, ya de confinamiento en Acapulco ya de espatriacion en el extranjero, y no á otra cosa.

Se despidió mohino, sin duda porque no habia obtenido el resultado que se proponia de nuestra conferencia y tras él fué mi segundo ocurso, conforme á sus instrucciones.

El subsecretario de gobernacion me dió la siguiente respuesta:

„Secretaria de Estado &c.—Seccion 2.ª Hoy digo al C. Gobernador del Distrito Federal lo que sigue:„

„Dada cuenta al C. Presidente del oficio de vd. fecha 1.º de este mes y del ocurso á él adjunto, en que el C. Ireneo Paz pide se le permita salir fuera de la República, el mismo C. Presidente ha tenido á bien acordar de conformidad con dicha solicitud: que se conmuta al C. Ireneo Paz la pena de prision con la de salir fuera de la República por el término de un año, conforme á las facultades extraordinarias de que se halla investido el Gobierno, no pudiendo regresar durante ese tiempo, sin permiso espreso del propio Go-

bierno, quedando vd. encargado de la ejecucion de este acuerdo."

Lo que trascribo á vd. como resultado de su ocuroso referido y para que pueda disponer lo conveniente con relacion á su viaje.—Independencia y Libertad. México, Abril 3 de 1876.—*Cayetano Gómez y Pérez, Oficial Mayor.*"

Como antes de recibir esta comunicacion que fué el dia 5 habian trascurrido varios dias en el mas absoluto silencio y yo permanecia en una incomunicacion desesperante; como la conversacion con el gobernador me habia llenado de sospechas y de sobresaltos; como un preso ve todo negro en torno de sí y como las noticias que me venian en el porta-vianda eran desconsoladoras, pensé que se tramaba en torno mio alguna grande infamia como la de asesinarme en la misma prision con cualquier pretexto, y para llamar la atencion sobre mí, para impedir á los hombres del poder que pudieran alejarme, para cualquiera cosa en fin que resultara, escribí el siguiente capítulo de acusacion que mandé al congreso el dia 5 por la mañana y que ignoro la suerte que correria:

Al Soberano Congreso.

Ireneo Paz, ciudadano mexicano en el ejercicio de mis derechos, ante la representacion nacional espongo:

Que el dia 7 de Febrero, hace hoy 57 dias, fuí separado de mi trabajo por el inspector de policia, quien sin orden escrita de ninguna clase, y solo asegurándome que el Gobernador del Distrito queria hablarme, me llevó á la Diputacion y en seguida me encerró en un calabozo, con la advertencia de que quedaba rigurosamente incomunicado.

Que no se me indicó siquiera cuál era el motivo de tal procedimiento, y solo se me hizo saber que era orden del Presidente de la República.

Que á los dos dias el Secretario del Gobierno del Distrito me notificó que iba á ser desterrado, y que en consecuencia debia hacer mis preparativos, sin que ese ciudadano, á pesar de mis instancias, pudiera alumbrarme sobre las causas que tenia mi prision.

Que habiendo contraido una enfermedad poligrosa, y hallándome en la mas desesperada situacion, viiendo entre los miasmas fétidos de un calabozo inundo, á los veintitres dias de sufrir indecibles tormentos, logré dirigir una carta al Presidente de la República, rogándole se me cambiara de prision por humanidad, y por equidad se me hicieran los cargos que hubiera contra mí para desvanecerlos.

Que el Presidente de la República me contestó por medio de su secretario, que el gobierno tomaria en cuenta mis razones, sin que haya dado aquel paso otro resultado.

Que cuento ya cincuenta y seis dias de esta injustificada prision, sin saber aun de qué se me acusa,

siempre incomunicado hasta de mi familia, y siempre sufriendo los mas crueles tormentos y las mas horribles humillaciones.

Que en todo este tiempo han quedado desatendidos mi familia que es numerosa y vive de mi trabajo, mis negocios particulares y mis pequeños intereses, en los cuales he experimentado irreparables pérdidas.

Que mi familia, durante este tiempo, quiso en una vez recurrir al amparo de la justicia federal, al cual tuvo que renunciar, porque personas respetables la convencieron de que era un recurso no solo inútil, sino perjudicial, pues que me veria espuesto á peores tratamientos, segun los casos análogos que estaban á la vista.

Que con todos estos hechos he considerado violadas en mi persona varias prevenciones terminantes de la Constitucion, por el Presidente de la República.

Que los escritores mas notables han estado aconsejando en la prensa, principalmente en estos últimos tiempos, que los recursos legales están abiertos, y que cualquiera ciudadano por humilde que sea, puede acusar á cualquier funcionario público por mas encumbrado que se encuentre.

Que yo soy un mexicano harto insignificante, pero con mis derechos de ciudadano amplios y expeditos, para hacerlos valer conforme á la Constitucion, pues hasta ahora no los he perdido por ninguna pena.

Y por último, con la profunda conviccion de que el Soberano Congreso procederá en la línea de sus deberes, oyendo mi queja y erigiéndose en gran jurado

para decidir sobre ella, las planteo en las siguientes conclusiones:

1^a Acuso al C. Sebastian Lerdo de Tejada, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, de haber quebrantado en mi persona el art. 4^o de la Constitucion que dice: "todo hombre es libre para abrazar la industria ó trabajo que le acomode, sin que nadie se lo pueda impedir, sino por sentencia judicial ó disposicion gubernativa en los términos que marcan las leyes." Como es público y notorio, yo tengo una imprenta, escribo un periódico y hago varias publicaciones, con cuyos productos subsisto y mantengo á mi familia, cuyo trabajo útil y honesto se me ha estorbado repentinamente, sin procederse para esto conforme á las leyes.

2^a Acuso al C. Sebastian Lerdo de Tejada, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, de haber violado el art. 7^o de la Constitucion que dice: "ser inviolable la libertad de escribir y publicar escritos sobre cualquiera materia, y que los delitos de imprenta se juzguen por los jurados respectivos." La base que me sirve para esta conclusion, es que no he sido acusado de ninguna otra cosa; que el resultado material y único de mi prision, ha sido impedir que esté al frente de mis publicaciones, y que siendo algunas de éstas de oposicion al actual orden de cosas, es evidente que soy castigado por mis escritos.

3^a Acuso al C. Sebastian Lerdo de Tejada, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, de haber violado la ley orgánica de imprenta, que tambien for-

ma parte de la Constitución, supuesto que mi solo delito es escribir en periódicos de oposicion, cuya violacion ha consistido fuera de las fórmulas todas en general de esa ley, en su prevencion terminante para que ningun escritor pueda sufrir prisiones en la cárcel pública.

4.^a Acuso al C. Sebastian Lerdo de Tejada, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, de haber quebrantado el art. 16 de la Constitución que dice: "Nadie puede ser molestado en su persona, familia, domicilio, papeles y posesiones, sino en virtud de mandamiento escrito de la autoridad competente, que funde y motive la causa legal del procedimiento." A mí se me aprehendió en el seno de mi familia, por orden verbal del Presidente de la República, se me recogieron en la cárcel por orden del mismo, mis papeles enteramente privados é ignoro hasta ahora lo que haya fundado tales procedimientos.

5.^a Acuso al C. Sebastian Lerdo de Tejada, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, de haber quebrantado la 1.^a parte del art. 18 de la Constitución que no está suspensa y que dice: "Solo habrá lugar á prision por delito que merezca pena corporal." Yo no he sido ni de palabra ni por escrito ni de ningun modo acusado de delito que merezca pena corporal.

6.^a Acuso al C. Sebastian Lerdo de Tejada, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, de haber contravenido á la parte del art. 19 de la Constitución que tampoco está suspensa en la ley de facultades extraordinarias, que dice: "Todo maltrato en las

prisiones, toda molestia que se infiera sin *motivo legal*, es un abuso que deben corregir las leyes y castigar severamente las autoridades." Yo he estado incomunicado 55 dias en calabozos horribles, he estado enfermo y he clamado inútilmente por que se me cambie de prision, y por último, se me ha privado no solo del consuelo de que me asista mi familia en mis enfermedades, sino hasta del derecho natural que los mismos condenados á muerte tienen para ver á los suyos.

7.^a Acuso al C. Sebastian Lerdo de Tejada, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, de haber violado el art. 20 de la Constitución en todas sus partes, pues segun él "cualquiera acusado tiene derecho de saber su delito, de que se le tome declaracion preparatoria, de que se le diga quién lo acusa y se le caree con los testigos, de que se le hagan cargos para contestarlos y de que se le oiga en defensa. Nada de esto se ha hecho conmigo en 55 dias que cuento de preso é incomunicado.

8.^a Acuso al C. Sebastian Lerdo de Tejada, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, de haber violado el art. 22 de la Constitución que prohibió *para siempre* las penas de infamia, el tormento y cualesquiera otras *inusitadas y trascendentales*." Yo he estado durante un mes á la vista de todo el mundo en los calabozos de la Diputacion destinados á los criminales, hoy estoy en Belem al lado de asesinos y ladrones y cuento 55 dias de incomunicacion, enfermo, en calabozos pestilentes. Esa larga incomunicacion y

esas enfermedades constituyen las penas *inusitadas y trascendentales.*»

9ª Acuso al C. Sebastian Lerdo de Tejada, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, de haber infringido el art. 128 de la Constitucion que dice: «Esta Constitucion no perderá su fuerza y vigor aun cuando por alguna rebelion se interrumpa su observancia.» Cuya infraccion resulta palmariamente de los hechos narrados.

10ª Y finalmente, acuso al C. Sebastian Lerdo de Tejada, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, de haber desobedecido el art. 1º de la tantas veces repetida Constitucion que dice á la letra: «El pueblo mexicano reconoce que los derechos del hombre son la base y el objeto de las instituciones sociales. En consecuencia, declara que todas las leyes y *todas las autoridades del país*, deben respetar y *sostener las garantías* que otorga la presente Constitucion.» Desde el momento en que el C. Presidente no ha respetado ni sostenido las garantías de uno y de otros varios ciudadanos que se encuentran en mi mismo caso, ha quebrantado ese precepto espreso de la base de nuestras instituciones, haciéndose reo de un delito que la ley invariablemente debe castigar.

Hago presente al Soberano Congreso que todos cuantos artículos he citado de la Constitucion no están suspensos en la ley de facultades extraordinarias; que aunque la fraccion IV. del art. 1º de la ley de 17 de Enero de 1870 declarada vigente, facultó al gobierno general, no al Presidente, para imponer penas gu-

bernativas que no pasen de un año de reclusion por delitos políticos, ni estoy acusado yo de delito político alguno, ni estoy en reclusion, sino en un calabozo, incomunicado y sufriendo otros rudos tormentos; que á este medio acudo para que el país se persuada de si estan ó no abiertos los caminos legales para repararse las infracciones que sufra el pacto federal y que fio enteramente en que se me hará cumplida justicia.

Pido al soberano congreso se sirva disponer que el dia que se erija en jurado, sea yo sacado del calabozo para ocurrir á sostener por mí mismo la presente acusacion.

Cárcel de Belem, México, Abril 4 de 1876.

IRENEO PAZ.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLII.

DESTIERRO.

Ese proyecto de acusacion corrió borrasca como dije antes, pues aunque pagué porque fuera entregado el pliego á los secretarios de la Cámara de Diputados, estos probablemente le dieron carpetazo en vista de los acontecimientos posteriores, tanto más, cuanto que la apertura de las Cámaras, acababa de verificarse con grandes apuros, por las dificultades que presentaba la revolucion, estendida ya por todas partes; y todos los amigos del gobierno se sentian como puestos sobre el cráter de un volcan.

Se habian tenido varios encuentros en que las armas del gobierno resultaron vencidas: por el lado de Oaxaca y Puebla se mantenian invencibles los revolucionarios, y no se podia desatender la frontera del Norte, en donde se hallaba el general Diaz, porque por aquel rumbo se estaba esperando el principal ramalazo.

En aquel mismo dia en que recibí la poco fraternal comunicacion del C. Cayetano Gómez y Perez, subsecretario de Gobernacion, se me avisó que estuviera listo para dejar el calabozo á la hora en que se presentara un ayudante de la Inspeccion de Policia con a correspondiente orden escrita y entonces me apresuré á recojer una pequeña maleta de viaje que estaba depositada en la alcaidía en la cual debia encontrar mis fondos, una pistola de bolsa y las baratijas que me habian enviado de mi casa cuando se trataba de hacer la excursion para Cuernavaca, ó como si dijéramos, para el otro mundo.

Poco me preocupaba aquella maleta ante la idea de que mi tal viaje iba á ser demasiado corto; pero cuando ya se trataba de vivir, segun todas las probabilidades, aunque en un suelo extranjero, que no sabia aun cuál iba á ser, acudí á formar un inventario de mis propiedades y me encontré con que mi petaca habia sufrido un fuerte reconocimiento, habiéndose extraido de ella el dinero, la pistola y algunas otras menudencias. Lo que más sentia era el dinero porque era el que más necesitaba para poder ponerme en marcha.

—En fin, me decia en mi interior consolándome, lo que importa es salir de aquí, que al cabo no han de ser tan crueles que no me dejen dos ó tres dias para poner en orden mis negocios y para proporcionarme recursos.

Las horas de la tarde que trascurrian entre tanto, me parecian una eternidad: entró la noche mas negra

y mas triste que nunca, sin que nadie se presentara. Iba ya á meterme en el lecho creyendo en una perfidia ó en que mi excarcelacion se diferia, cuando se presentó el alcaide diciéndome que podia salir con todo lo que quisiera llevarme. Cargué solo con mi balsa en que estaban mis papeles y otras cosas de las más precisas y salí sin decir adios á mis compañeros porque todos estaban encerrados, tal vez durmiendo.

Solo me despedí de aquellos hediondos corredores, arrojando sobre las sucias paredes una mirada de despecho.

Salí á la calle, respiré á plenos pulmones, subí á un carruaje en donde estaba arrellenado el oficial que debia conducirme y le dije alegremente luego que me hube instalado:

—Vamos!

En el Gobierno del Distrito estaba el secretario, persona muy amable y muy digna, que me recibió como siempre con bondad y me dijo que me sentara mientras redactaba el acta que debia yo dejar firmada. Esta aunque muy extensa, contenia solo generalidades y nada que me humillara ni envileciera. A nada me comprometia más que á no volver durante mi destierro al país y por consiguiente á no intentar unirme con la revolucion ni en mi tránsito á Veracruz ni por otra parte, so pena de comprometer á mi fiador, y faltar á mi lealtad de caballero que quedaba empeñada.

—Está bien, está bien, decia en mi interior, dentro de un año todavía estará en pié la revolucion, quizás

mas llena de vida que ahora y entonces tomaré mi revancha.

A las once de la noche llegué ya libre á mi casa y á las doce tenia que tomar el tren de Veracruz, así es que me faltaba el tiempo no ya para arreglar mis asuntos, pero aun para disfrutar una hora en el hogar tranquilamente.

Cuando pensaba en los recursos que me acompañaban para hacer aquella incierta expedicion, sabia muy bien que podia llegar á Veracruz, pero de allí en adelante me contemplaba á mí mismo pidiendo un pasaje de limosna en cualquiera buque que se encontrara próximo para salir del puerto.

¿Qué importaba todo eso? Habia salvado la vida que era lo principal y la habia salvado milagrosamente.

Fuí acompañado á la Estacion por todos los míos, me acerqué al despacho de boletos á pedir uno de segunda....

—El tren no sale, me dijo el empleado.

Como si no hubiera oido bien le hice repetir su noticia.

Le pregunté la causa y me contestó:

—Destruyeron un puente los pronunciados, que ocupan ya una gran parte del camino.

Me volví á mi hogar no sé si más contento que pesaroso.

Desde las ocho de la mañana del dia siguiente me instalé en el gobierno del Distrito, y cuando llegó el Gobernador á las diez me le presenté diciéndole:

—Ya sabrá vd. que no salió el tren anoche?

—Ya lo sé, me contestó con mal talante.

—¿Debo presentarme de nuevo en Belem?

—Vuelva vd. mañana y permanezca en su casa mientras resuelve el Presidente.

Resolvió aquel primer Magistrado que podía estar-me esperando en mi casa á que se compusiera el camino, que debía ser pronto.

Se pasaron dos semanas que me sirvieron de un buen respiro, pues que pude imprimir algun arreglo en mis negocios que de otra suerte dejaba totalmente abandonados y además me proporcioné un poco de dinero para los gastos de aquel viaje forzoso.

Dejé todavía trascurrir otros tres ó cuatro días, creyendo que se les habia olvidado aquel negocio, pero el dia último de Abril me mandó llamar el Gobernador y me previno con palabras destempladas que saliera inmediatamente.

El *Padre Cobos* seguia publicándose y esto era lo que no les agradaba.

—Señor, le dije, solo por ver la cara que ponía, el vémito está haciendo destrozos en Veracruz, ¿no podriamos dejar que pasara el mal tiempo?

—En la guerra como en la guerra, me contestó.

—Además... dicen que está eso lleno de pronunciados.

Me dirigió una mirada feroz; no quise ya seguir jugando con lumbre y agregué:

—Ofrezco á vd., sin embargo, suceda lo que suceda, salir esta misma noche.

Me despedí por fin de aquel hombre, sin haberle llegado á observar en lo poco que pude tratarlo ni un rasgo de bondad ni un noble sentimiento.

Antes de abandonarlo para siempre diré, que no solo los presos de Belen que le debian el *mes y cuenta*, una especie de prision interminable de que los hacia víctimas, sino toda clase de personas lo veian con horror, siendo la opinion general que nunca habia tenido México un gobernante de más malas entrañas ni más odioso bajo todos respectos.

Inútil es decir que en ese puesto, como tantos otros, aseguró una regular fortuna.

El dia 2 de Mayo tomé pasaje en el vapor inglés «Lee» para la Habana. Era allí donde pensaba orientarme.

Al dirigirme al muelle encargué á un cargador mi petaca y como éste observó que pesaba me dijo:

—Si lleva vd. dinero se lo quitan en la Aduana.

El aviso no podia ser más desconsolador, porque en efecto llevaba allí todo mi capital compuesto de 300 pesos fuertes.

Ya no habia tiempo de tomar libranza ni de detenerme, y le dije que siguiéramos adelante.

Sucedió lo que temía: el empleado de la Aduana me hizo abrir el equipaje y lo primero que me preguntó fué esto:

—Lleva vd. dinero?

—Sí señor, le contesté con timidez.

Entonces empezó á sacar hasta cinco cartuchos de á 25 pesos.

—Lleva vd. más?

Como al preguntarme esto me veía á la cara, más me turbaba y yo contestaba tartamudeando:

—Creo que ya no.

Buscó y sacó más cartuchos. Luego tornó á preguntarme:

—Lleva vd. más?

Como veía que se me venía el mundo encima le dije lleno de resolución:

—Soy Ireneo Paz, salgo desterrado del país, no he tenido tiempo de proporcionarme más que este dinero que me servirá para no morir de hambre por un poco de tiempo.....

—Eso debía vd. haberme dicho desde un principio, me contestó, cierre vd. su maleta y vaya con Dios. Aquí todos somos porfiristas.

Le estreché la mano con efusión y me dirigí al bote que debía conducirme al vapor.

La navegacion fué feliz. A bordo del buque celebré el 5 de Mayo que me cogió en alta mar, asociando á mis regocijos de expatriado á unos españoles que se habian hecho mis amigos.

En la Habana estaba haciendo estragos el vómito y no quise permanecer allí, sino que regresé á Veracruz en el vapor *City of México* que tocó en aquel puerto á los cinco días. Estuve á la vista de Veracruz sin bajar á tierra y en seguida partí para Nueva Orleans. El capitán y los empleados, particularmente Mr. Lever, se empeñaban en que siguiera navegando á bordo del *City of México* el tiempo que yo qui-

siera para no ir á hacer gastos en poblacion alguna, y hubiera aceptado, si no me llevaran con más ahinco mis deseos de trasladarme á algun punto de la frontera americana para estar más al corriente de los avances de la revolucion en México. Ya sabia que el general Diaz habia ocupado el puerto de Matamoros el 2 de Abril y creia de mi deber ir á ayudar á mi causa aunque fuera desde el suelo extranjero con mis escritos ó con mis agencias.

Se embarcó en el mismo vapor el Sr. Ramon Guzman, uno de los más influyentes personajes de la Administracion, y habiéndonos hablado y entendido á bordo, nos hicimos los mejores amigos.

Entonces tuvo á bien darme las explicaciones que creyó convenientes respecto de mi prision, la cual dijo habia reprobado con todas sus fuerzas, y me explicó tambien que se ausentaba porque ya no estaba conforme con la política que estaba siguiendo D. Sebastian. Estaba entregado á D. Ignacio Mejía y contemplaba mucho á D. José María Iglesias, estos lo vendian y no queria entenderlo. El Sr. Guzman, le habia aconsejado á su amigo el Presidente que no insistiera en su reeleccion que le costaria muy cara y que en virtud de que no habia podido vencer su obstinacion, se habia resuelto á pasar uno ó dos años en Europa, para no presenciar la caida de aquella Administracion que él veia como inevitable.

Volvímos despues á encontrarnos en New-York y en Filadelfia, y me dijo que las noticias que habia recibido de México le confirmaban en su opinion de

que D. Sebastian estaba marchando ciegamente á su ruina.

En Nueva Orleans me instalé en el City Hotel, y el propietario al saber que era desterrado y periodista, me hizo la concesion de que pagara la mitad del precio mientras tuviera recursos, en la inteligencia de que no cesaria allí la hospitalidad cuando se me acabaran.

La suerte me protegía decididamente. Entre tanto que yo permanecía allí mi amigo Mr. Lever duplicaba mi pequeño capital en un negocio de comercio.

En esos días, mientras estaba arreglando mi viaje para Brownsville, en donde pensaba establecerme, supe el desastre de Icamole y poco despues estuve á bordo del mismo *City of México* en donde el general Diaz habia tomado pasaje favorecido con un disfraz. Mi objeto al ir allí habia sido conseguir pasaje á mitad de precio para un mexicano de apellido Viezca que carecia totalmente de recursos para regresar á la patria. El general Diaz me reconoció, pero como no sabia que estaba allí accidentalmente, se reservó para descubrirse despues en la travesía.

¡Cuán agenos estábamos ambos de lo que iba poco despues á pasarle!

Regresé al hotel y estaba allí almorzando tranquilamente cuando se sentó en frente de mí un jóven mal vestido que por el acento conocí que era español. Le serví de intérprete para que le sirvieran, me lo agradeció y me contó que acababa de llegar de la Habana, que su apellido era Cacina, que estaba emplea-

do en la administracion militar, que se le perseguia por el gobierno de su país, que poseia una fortuna en Nueva York, pero que por de pronto carecia de dinero.

Yo me hice esta pregunta muy natural: ¿será este un caballero de industria?

No acababa de pensarlo cuando me dijo:

—Cuánto tiene vd. por allí que me preste?

—Obra de Dios, me dije interiormente y sacando mi catera agregué:

—Tengo sesenta pesos, disponga vd. de ellos.

Yo mismo lo acompañé al telégrafo, en donde pidió por medio de un mensaje á Nueva York mil pesos y con el resto compró sombrero y algunas piezas de ropa que necesitaba.

Por la noche volvimos á reunirnos en el comedor, y cuando fuimos á la oficina del telégrafo, estaban allí los mil pesos que habia pedido.

Me pagó luego y en seguida me manifestó que, no pudiendo ir él á Nueva York, deseaba darme un poder para que yo le recogiera veinte mil pesos que tenia depositados en una casa de comercio.

Un acto sencillo de confianza lo pagaba con otro que no tenia nombre.

Fuí á Nueva York, recojí el dinero y cuando le entregué el paquete de veinte billetes de mil pesos, me dijo dejándome uno entre las manos:

—Es vd. un hombre honrado.

No quise aceptar más que \$ 200 que era todo lo que necesitaba para dirigirme á Brownsville y por-

que mis agencias no valian más. En cambio me llevó á la Exposicion de Filadelfia y á varias ciudades principales de los Estados Unidos, alojándonos en los mejores hoteles, en donde nos trataban como á príncipes. Cuando nos despedimos Cacina y yo en la Estacion del ferrocarril de Pensylvania, ambos derramamos una lágrima. Nos habiamos hecho muy buenos amigos.

De regreso á Nueva Orleans me encontré allí á mi amigo Luis Curiel que venia de Matamoros é iba á incorporarse con el general Diaz. Hicimos juntos algunas diligencias de importancia en favor de la revolucion y en seguida nos separamos embarcándonos él para la Habana y yo para la punta de Santa Isabel con mi idea siempre fija de irme á establecer en Brownsville, á donde llegué en los primeros dias de Agosto.

En el siguiente capítulo, último de esta obra, diré cuál fué el desenlace de la revolucion de Tuxtepec, última tambien, al menos son mis deseos, en la República Mexicana.

CAPITULO XLIII.

CONCLUSION.

En Brownsville, que es lo mismo que México, principalmente en tiempo de revolucion en que se refugian allí tantos mexicanos, me establecí desde luego como en mi propia casa, en la de uno de mis amigos. Allí estaba Jesus G. Dena con una imprenta publicando su *Progreso*, y desde luego me hice cargo del periódico dándole el impulso que era posible en tal situacion. Las plazas principales estaban en poder del enemigo y nuestros correligionarios andaban un poco mal parados en todas direcciones, á consecuencia de la derrota sufrida por el general Diaz en Icamole y de haber sido abandonada la plaza de Matamoros por el general Gonzalez. En esta última se encontraba de guarnicion el general Revueltas, en Monterey el general Fuero y solo en C. Victoria se encontraba el general Canales, organizando una pequeña fuerza

que mis agencias no valian más. En cambio me llevó á la Exposicion de Filadelfia y á varias ciudades principales de los Estados Unidos, alojándonos en los mejores hoteles, en donde nos trataban como á príncipes. Cuando nos despedimos Cacina y yo en la Estacion del ferrocarril de Pensylvania, ambos derramamos una lágrima. Nos habiamos hecho muy buenos amigos.

De regreso á Nueva Orleans me encontré allí á mi amigo Luis Curiel que venia de Matamoros é iba á incorporarse con el general Diaz. Hicimos juntos algunas diligencias de importancia en favor de la revolucion y en seguida nos separamos embarcándonos él para la Habana y yo para la punta de Santa Isabel con mi idea siempre fija de irme á establecer en Brownsville, á donde llegué en los primeros dias de Agosto.

En el siguiente capítulo, último de esta obra, diré cuál fué el desenlace de la revolucion de Tuxtepec, última tambien, al menos son mis deseos, en la República Mexicana.

CAPITULO XLIII.

CONCLUSION.

En Brownsville, que es lo mismo que México, principalmente en tiempo de revolucion en que se refugian allí tantos mexicanos, me establecí desde luego como en mi propia casa, en la de uno de mis amigos. Allí estaba Jesus G. Dena con una imprenta publicando su *Progreso*, y desde luego me hice cargo del periódico dándole el impulso que era posible en tal situacion. Las plazas principales estaban en poder del enemigo y nuestros correligionarios andaban un poco mal parados en todas direcciones, á consecuencia de la derrota sufrida por el general Diaz en Icamole y de haber sido abandonada la plaza de Matamoros por el general Gonzalez. En esta última se encontraba de guarnicion el general Revueltas, en Monterey el general Fuero y solo en C. Victoria se encontraba el general Canales, organizando una pequeña fuerza

que todavía se ignoraba si pertenecería ó no á la revolución.

En la escala muy pequeña de mi posibilidad empecé luego con empeño á conseguir armas y todo aquello que podía servirles á mis amigos, aprovechándome en esta vez como nunca de las buenas relaciones que habia adquirido en las otras veces en que habia estado refugiado en aquella ciudad. Me puse en contacto con mis amigos Ignacio Martinez y Canales, con el general Cortina y con todos los principales jefes de aquella frontera á quienes expuse el compromiso en que estaba de no poder pasar al suelo mexicano.

En poco tiempo tuvieron las fuerzas pronunciadas una regular organizacion, á lo que contribuyó mucho la llegada del general D. Plácido Vega que deseaba lavarse de la grave falta que habia cometido haciendo causa comun con Lozada para atacar á Guadalajara.

Tuve cartas muy satisfactorias de Canales en que me decia que ya pronto iba á entrar en accion y que sus primeros pasos serian aproximarse á Matamoros para ayudar á Cortina á tomar la plaza. No era muy fácil esto porque estaba fortificada y contaba con muchas piezas de artillería; pero bien pudiera ser que contando con el pueblo como se contaba, se consiguieran algunas ventajas.

A los dos meses de mi llegada á Matamoros, la situacion, que era de las más desconsoladoras, habia cambiado completamente: fuera por las constantes predicaciones en el *Progreso* que lo hacíamos circular

en los tres Estados fronterizos del Norte, fuera porque los jefes desplegaron mayor actividad para rehacerse, fuera porque estaba vivo aún el espíritu revolucionario, se presentaban ya grandes grupos de fuerza armada y aún el general Cortina estableció su campamento al pié casi de las murallas de Matamoros, sin que el enemigo se atreviera á salir á batirlo, de un modo formal, limitándose éste á hacer pequeñas escaramuzas en que habia uno ó dos muertos por cada parte y cinco ó seis heridos.

En Brownsville establecimos una especie de directorio revolucionario en que tomaban su parte respectiva el general D. Plácido Vega y el coronel D. Miguel de la Peña.

Los periódicos de la capital nos hicieron saber en el mes de Octubre que D. José María Iglesias, Presidente de la Corte de Justicia, se habia puesto frente á frente del poder y que estaba resuelto á empuñar lo que se llamaba entonces la bandera de la legalidad, por haber sido nulas las elecciones que se habian verificado, queriéndose sostener por Lerdo que el resultado fuera la reeleccion del Presidente.

Las más grandes vacilaciones empezaron á reinar en el partido revolucionario, del cual desertaron muchos creyendo que el lado más seguro, el más natural, el más apegado á la Constitucion era el de Iglesias, que era el que más garantizaba que no sufriera alteracion el orden constitucional.

Por aquellos dias muchos de los que servian al gobierno, viendo una coyuntura en que apoyar su des-

lealtad, se hicieron iglesistas; y muchos de los porfiristas, que lo único que pretendían era encontrarse en el lado de los que obtuvieran el triunfo, se hicieron también del mismo partido.

Se formaron por lo mismo en unos cuantos meses tres campos políticos con sus cañones y con sus soldados que contaban poco más ó menos con elementos de igual fuerza. Cada bandería de aquellas estaba sostenida por diez ó doce mil hombres y fué lo que vino á favorecer muchísimo al partido de la revolución que, si he de decir la verdad, muy pocas ventajas había alcanzado. Tantos golpes había dado como había recibido, de tal manera que si el Sr. Lerdo de Tejada logra conservar á su lado al Sr. Iglesias, otra suerte le hubiera corrido.

Desde el momento en que se vió clara aquella excisión ya se pudo ver palpablemente que si el general Díaz y el partido militante del Sr. Iglesias se daban la mano, en quince días podían dar cuenta con el gobierno del Sr. Lerdo de Tejada.

El manifiesto de Iglesias expedido en el mes de Octubre circuló rápidamente por toda la Nación produciendo sensación grandísima: nosotros pudimos publicarlo en Brownsville en el mes de Noviembre.

A esa sazón llegó allí el general D. Sóstenes Rocha, acompañado de un general Quezadas, cubano, y de algunas otras personas. Aunque su objeto era llegar de incógnito á Matamoros para entenderse con el general Revueltas, fué reconocido por los nuestros y tuvo que descubrirse.

Entonces me rogó que le redactara una carta que quería dirigir á Revueltas pidiéndole una entrevista, y de paso explicarle la situación que guardaba el país, por lo que se hacía inútil la actitud resistente que guardaba y el seguir derramando más sangre en los pequeños combates que se verificaban diariamente con los destacamentos que salían de la plaza á buscar pasturas y víveres.

Escribí la carta, la firmó Rocha y fué comisionado para llevarla el general Quezadas. Esperamos su regreso á la orilla del río Bravo á la cual llegó á las doce de la noche.

Venia completamente trastornado: Revueltas no sólo se negaba á tener entrevista alguna con su antiguo jefe, sino que aseguraba que á otro comisionado que fuera con cartitas, lo fusilaría. Quezadas creía haber escapado debido á una casualidad.

No pudiendo entenderse el general Rocha con Revueltas, no obstante la autorización que llevaba por el mismo Iglesias para que se le reconociera como jefe de la zona militar en donde se presentara, trató de hacer la adquisición de las fuerzas de Cortina y me invitó para que fuésemos á su campamento. Fuimos el día designado y allí se encontraba ya el general D. Plácido Vega que también consideraba á aquella fuerza como el principal apoyo de sus aspiraciones futuras. Solo que el general Vega había tenido más tiempo para insinuarse y parecía tener ganado el ánimo de Cortina completamente.

Mientras que el general Rocha estuvo muy afectuo-

so con Cortina, llevando su amabilidad hasta regalarle un par de magníficas pistolas, el general fronterizo se mantuvo hosco y hasta desconfiado.

Después que almorzamos, Rocha le suplicó que mandara formar sus fuerzas para ver el estado que guardaban y Cortina le presentó solo menos de la mitad, haciendo que las demás se quedaran ocultas dentro del monte.

Mientras que andaban revistando las tropas, D. Plácido Vega me dijo con toda aquella sangre fría que lo caracterizaba en ciertas circunstancias:

—Rocha no se vuelve á Brownsville.

—¡Ah! ¿se queda aquí con algún mando?

—Lo vamos á mandar fusilar.

Me quedé frío y pregunté inmediatamente:

—¿Me habla vd. con toda formalidad, general?

—Sí: tenemos sobrados motivos para dar ese paso. Viene á meter la discordia entre nosotros: si no se ha arreglado todavía con Revueltas, puede lograrlo un día ú otro y trastornar todos nuestros proyectos. El es iglesista de veras, puede descubrir que Cortina y yo nos hemos puesto de acuerdo para ver qué ventajas sacamos.....en fin, no nos conviene por aquí el general Rocha.

—De suerte que es cosa decidida?

—Todavía no; pero tengo encargo de consultar con vd. esta medida.

Recordé inmediatamente el suceso del Lobito que he referido en estas memorias, cuando Rocha me sacó

del cuadro de tropas que iban á fusilarme, y dije con toda entereza:

—Ni yo ni nadie puede aprobar ese crimen.

Insistió él, aduje yo todas las razones que me ocurrieron, y ya convencido aquel de que no debía hacerse tal cosa, llamó á un oficial y le dijo en mi presencia que quedaban sin efecto las anteriores órdenes.

En efecto, Cortina y Vega habían expedido proclamas diciendo que el gobierno de Iglesias era el que debía considerarse como legítimo, pero á mí en el seno de la confianza me dijeron que no podían ser más que porfiristas; porque todos sus compromisos los ligaban con la revolución. Volvió Rocha de revistar las tropas, hice lo posible por apresurar nuestra vuelta á Brownsville sin que él se apercibiera de mi intranquilidad y como en esa misma noche recibí un mensaje de New Orleans, de origen enteramente seguro, en que se daba la noticia de la victoria alcanzada por el general Díaz en Teocac hecho que, venía á dar un aspecto bien acentuado á la cosa pública, ya no consideré necesario advertir al general Rocha del peligro que estaba corriendo. Lo dije al Lic. Margain y á algunos otros amigos íntimos para que estuvieran sobre aviso por si yo tenía que marcharme.

Casi simultáneamente recibí una carta de Ignacio Martínez en que me daba detalles del combate de las Antonias en que habían sido derrotadas las fuerzas del gobierno á las órdenes de Pedro Martínez y esto ponía fin á la revolución.

El combate de las Antonias, decidido por una bri-

llante carga de caballería que dió Ignacio Martínez, se verificó el día 18 de Noviembre en los mismos días en que era derrotado en Tecuac por los generales Díaz y González el primer cuerpo de ejército que sostenía á la administración del Sr. Lerdo de Tejada.

Tras estas noticias recibimos la de haber salido de la capital dicho Presidente el día 20 de Noviembre, poniéndose la guarnición á las órdenes de los revolucionarios, y ya no me consideré comprometido á seguir cumpliendo la pena de un año de destierro que se me habia impuesto por un delito que ignoraba y que sigo ignorando todavía, si por delito debe entenderse la infracción de una ley penal de que nunca me hicieron cargo.

En consecuencia, me despedí de mis lectores fronterizos y de mis amigos el día 15 de Noviembre, poniéndome en marcha para Nueva Orleans, con objeto de tomar allí alguno de los vapores americanos que estaban haciendo viajes para Veracruz.

La situación de la frontera habia quedado así: la plaza de Matamoros sostenida por una guarnición que mantenía con muchos trabajos el general Revueltas y asediada por el general Cortina, con tropas de caballería en su mayor parte, con las que no podía emprender ni un sitio formal ni mucho ménos un asalto, rehusándose los sitiados á entrar en arreglos con los sitiadores, para lo cual negaban que fuera cierto que hubiese terminado la administración del Sr. Lerdo de Tejada. El general Fuero se sostenía en Monterey hostilizado débilmente por las fuerzas que

habian logrado organizar de nuevo los generales Treviño y Naranjo. El general Canales, al frente de dos mil hombres victoriosos, estaba en aptitud de dirigirse sobre Monterey, Matamoros ó San Luis, si no queria esperar á que aquellas plazas se le sometieran espontáneamente una vez que comprendieran que ya no tenia objeto la resistencia.

En otros Estados la revolucion estaba viva, aunque no triunfante. El noble, el generoso, el valiente general Donato Guerra habia sido derrotado y muerto cerca de Chihuahua, acusándose al coronel Machorro, de las fuerzas del gobierno, de haber cometido con él un indigno asesinato; pero el general Angel Trias estaba allí al frente de una fuerza todavía respetable. El general Galvan habia sido derrotado y herido gravemente á treinta leguas de Guadalajara, sin que por eso dejaran de pulular en Jalisco muchas partidas revolucionarias, y en Sinaloa y Sonora los denodados coroneles Francisco Cañedo y Luis Torres habian llegado á formar un núcleo de fuerza que dominaba ambos Estados. De la misma manera García de la Cadena dominaba en Zacatecas, Jimenez en Guerrero y otros muchos jefes en los demás Estados, sin que estuviera uno solo libre de la influencia de la revolucion. Todavía quedaban en pié grandes grupos del ejército del gobierno, que reconocian como Presidente de la República al Sr. Iglesias, como el general Flores en Tampico, el general Ceballos en Guadalajara, el general Antillon en Guanajuato, etc., etc.; pero todo concluyó con el último golpe dado por el

general Ignacio Martínez en el punto llamado los Adobes. Este jefe, con una actividad increíble, se movió con cosa de mil hombres de San Luis para el interior, y alcanzando en el punto dicho al ejército iglesista, compuesto de cuatro mil, lo obligó á rendirse á discrecion, despues de haberle dirigido unos cuantos tiros con su escasa artillería, terminando con ese notable hecho de armas, uno de los más audaces que se cococen, lo que podia haberse llamado entónces el edificio iglesista.

Nada notable puedo referir de mi viaje á México en donde ejercia la primera magistratura el Sr. Gral. Juan Mendez de una manera interina, y mientras el caudillo de la revolucion habia ido á pacificar y organizar políticamente los Estados de Occidente.

Durante mi ausencia, el gobierno, por conducto del Ministro de la Guerra General Pedro Ogazon, habia desplegado conmigo un acto generoso, mandando que se abonara á mi familia una paga de mi sueldo de general, la única que llegué á percibir por junto en mi vida de militar durante mis trece años de campañas. Ahora declaro que no tengo en mi poder patente de ninguna clase, y que mi nombre no figura en el escalafon del Ejército Mexicano. Sin necesidad de eso, la patria contará con mis débiles servicios en defensa de sus instituciones, ó de su independenciam, siempre que los necesite.

En muy pocos meses quedó establecido en el país el nuevo gobierno emanado del plan de Tuxtepec, viniendo tanto los que se habian llamado iglesistas

como lerdistas, supuesto que no estaban separados en principios políticos de los porfiristas, á dar apoyo á la administracion en su marcha constitucional.

Al concluir este desaliñado trabajo, hago votos porque la paz se conserve en la República, porque llegue á ser bien comprendida del pueblo la democracia, porque sea siempre respetada y observada la Constitucion que nos sirve de base fundamental; porque la independenciam nacional subsista incólume y porque nuestro privilegiado suelo, pudiendo desarrollar tranquilamente todos sus elementos de riqueza, sea próspero y feliz.

JRENEO PAZ.

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS



todos los tiene el autor comprobados, no se volvió á recibir más que la carta del Sr. José F. Moreno explicando lo acaecido en la Ciudadela el 1.º de Octubre de 1871, que damos ahora por apéndice.

En su lugar dijo el autor de las memorias que se encontraba lejos de esta capital cuando se verificó aquel pronunciamiento, y que tenia que referirse á informe; que habia recojido por diversos conductos, los cuales reproducia sin garantizarlos, solo para dar alguna idea de aquel suceso importante. Inmediatamente despues de publicado el capítulo referente á la Ciudadela se le dieron informes nuevos por los que habian sido actores en aquel terrible drama, pero tan contradictorios, que mejor se abstuvo de tomarlos en consideracion, prefiriendo á todos la relacion que hace el Sr. Moreno, que se encuentra autorizada con su firma, y es la que sigue:

«Su casa, Diciembre 12 de 1885.—Sr. Lic. D. Ireneo Paz.
—Presente.

Muy apreciable señor:

Cuando principié vd. á publicar en su periódico «La Patria Ilustrada» los estudios históricos que ha titulado «Algunas Campañas», y que comprenden los hechos más notables de nuestras dos últimas revueltas políticas, acandilladas por el actual Jefe de la Nación, emprendí su lectura con el mayor interés, y la habria continuado de igual modo si no hubiese anunciado la impresion separada de esos estudios, circunstancia que me hizo aplazar su lectura para cuando pudiese hacerla en la forma indicada, toda vez que no pueden ocultarse á vd. las molestias y desventajas que produce la de obras de alguna extension publicadas verdaderamente á pedazos. Sin embargo, hojeando los últimos números de su referido periódico tropecé en el 46.º, del año 3.º con

APÉNDICE

Durante la publicacion que por más de dos años hemos estado haciendo de los tres tomos que forman las presentes memorias, hemos tenido el gusto de no ver impugnado nuestro trabajo por nadie, una vez que todo él está basado en hechos de que el autor fué uno de los testigos. Un antiguo general del Ejército que ya murió, quiso sincerarse de algunos cargos que le resultaban en la primera parte y nos dirigió una carta que publicamos en su oportunidad; no sin agregar por vía de apéndice al primer tomo algunos documentos irrefragables sobre la conducta del jefe aludido durante el imperio, demostrándose que lo asentado en el libro era la verdad histórica, siendo en consecuencia totalmente destruidas las observaciones hechas por dicho general.

Despues de esa victoria, que se hubiera alcanzado igualmente sobre las observaciones hechas á cualquier tro de los acontecimientos que se relatan, porque

el relato de la sublevación que tuvo lugar en esta Ciudad el 1° de Octubre de 1871, y que se conoció entre nosotros con el nombre de "pronunciamiento de la Ciudadela," por haber sido en ésta donde se desarrollaron aquellos sucesos, pareciéndome, por lo que puedo recordar, que esa relación contiene algunos errores que solo pueden explicarse por la circunstancia de haber estado vd., según lo indica, lejos del teatro de aquel tristísimo episodio de nuestras guerras intestinas.

Era yo entonces muy joven (contando apenas catorce años), pero conservo en la memoria ciertas circunstancias generales de aquel hecho, y no creo equivocarme asegurando á vd. que hay inexactitud en la suposición de que el primer punto á donde se dirigieron los rebeldes fuese la cárcel de Belem, pues si la memoria no me engaña, siendo el cuerpo sublevado el que entonces existía con el nombre de Gendarmes de á pié, y estaba acuartelado en el ala Poniente del edificio llamado la Acordada vieja, ó sea en la que hoy es calle de Humboldt, salió de allí en formación (más ó menos ordenada) y se dirigió sin vacilaciones á la Ciudadela, en la cual penetró por la puerta que mira al Oriente, sorprendiendo su guardia, y despues, sin esfuerzo alguno la de la puerta principal del edificio y del llamado "Rastrillo del Norte."—Ya ocupada así la fortaleza, fué cuando una parte de la misma gente que componía la fuerza sublevada se dirigió á la cárcel de Belem, situada como sabe vd., á inmediaciones de aquella y sorprendiendo la guardia, lo mismo que en la primera, abrió las puertas de la prision y se llevó la mayor parte de los presos á la Ciudadela con el objeto de engrosar sus filas armándolos convenientemente. Para hacerlo, contaban con sobrados elementos, puesto que en el punto ocupado existía un considerable depósito de armas y parque que el Gobierno general había reunido allí para sus propias fuerzas—y tengo idea de que solamente la cartuchería para las diversas armas de fuego sumaba algunos millones.

Las tropas que fueron encargadas de sofocar el movimiento, se reunieron en la plaza mayor de la Ciudad hácia las 3 de la tarde, hora en que empezó á conocerse en la población lo que sucedía, y de allí partieron á los diversos puntos que les fueron designados, al mando del general Rocha, cuyo jefe, lo mismo que varios de los que se encontraban ya á la sazón entre los revoltosos, fué llamado con este objeto por e

Presidente Juarez, del Tivoli de San Cosme, donde se celebraba ese dia con un banquete, la exaltación del coronel Castro al Gobierno del Distrito, para cuyo puesto se le había nombrado dos dias ántes, ó sea el viérnes 29 de Setiembre.

Entre los elementos de guerra que el general Rocha tuvo á su disposición, solo se contaban los cañones de calibre comun que existían en el Palacio nacional para el servicio de las salvas reglamentarias y estos fueron colocados, si mal no recuerdo, en la esplanada donde se encuentra la estatua ecuestre de Carlos IV. A algun testigo presencial del combate á que dió origen aquella asonada, le he oido asegurar que no se hizo uso alguno de tales cañones, porque sabiéndose la acumulación de parque que había en la Ciudadela, se tuvo el temor de producir una voladura, tan fatal para los rebeldes como para sus contrarios, y aunque parece lógico que así haya sucedido, no me atrevería á jurarlo.

Sea de ello lo que fuere, puedo asegurar á vd. que la primera señal de la lucha fué un cañonazo disparado desde la Ciudadela á las cuatro y minutos de la tarde, habiéndose generalizado despues el fuego, que por ambas partes, se sostuvo con vigor, por bastante tiempo. Hacia las siete y media de la noche fué decayendo gradualmente y cesó completamente, ó poco ménos, hasta las nueve de la noche en que concluyendo el General Rocha de situar sus tropas casi en las mismas calles que forman el cuadro de la Ciudadela, volvió á empeñarse la pelea con verdadero encarnizamiento. A las once de la noche, poco mas ó ménos, se hizo sentir un nuevo espacio de silencio, interrumpido únicamente por algunos disparos aislados de fusilería y una media hora despues, en que dió principio el último y formal asalto del punto disputado, se reanudó el fuego, ya entónces ensordecedor, hasta las doce y tres y cuartos en que fué definitivamente ocupado en su totalidad por las tropas del gobierno. A la una de la madrugada hizo conocer este á la ciudad su victoria mandando tocar á vuelo las campanas de la Catedral, y aunque otra cosa aseguren á vd. puede vd. creer que á partir de la primera hora de las indicadas el breve, pero sangriento pronunciamiento de la Ciudadela fué definitivamente dominado, no siendo exacto que los ataques del General Rocha se repitiesen,

como dice vd. al romper el alba del día siguiente, pues ya entonces (y valiera más no recordarlo) se habían llevado á cabo no pocas ejecuciones entre los infelices que allí fueron cogidos con las armas en las manos. También fué á esa hora del alba del día dos cuando se dió principio á la traslación de heridos y muertos, de las tropas del gobierno á los hospitales de la ciudad, habiéndose usado para esto, además de las tradicionales sillas y escaleras de mano, de los wagones del Ferrocarril de Tlalpam, cuyo paso tenía lugar entonces por delante de la puerta del Norte de la Ciudadela, llamada, como llevo dicho, del Rastrillo.

Finalmente, fué á esa hora del alba, cuando el General Negrete, que no sé si estuvo entre los sublevados, habiendo quien asegure que nó, se introdujo como pudo, en una casa de la 3.^a Calle de la Providencia, refugiándose en una habitación del segundo patio, ocupada por una familia emparentada conmigo y cuyo nombre no hace al caso. Hacia las nueve de la mañana, apesar de haberse cateado diversas casas de aquellas calles por los soldados del gobierno, fué sacado el Sr. Negrete en un coche de plaza por el jefe de esa familia, y dos señoras de la misma, y llevado á una casa de la Calle de San Juan de Dios, que él mismo designó al efecto. La piedad de la familia en cuestión salvó al entonces popular caudillo, con grave peligro personal, porque los hombres del poder parecieron haberse puesto en competencia con las fieras, y fácilmente se habría cometido con ella una tropelia si se hubiese sorprendido en su seno á un prófugo de semejante categoría.

Ménos afortunado que Negrete, un jóven oficial llamado segun creo, Echegaray, fué sorprendido en una casa del Callejon del Bosque, llevado á la Ciudadela, y fusilado en seguida, sucediendo esto como á las ocho de la mañana del día dos.

La voz pública hizo subir á 250 el número de hombres ejecutados por sentencia del consejo de guerra instalado en la misma Ciudadela, bajo la presidencia del general Alejandro Garcia, si no estoy mal informado, y se decía que el general D. Ignacio Mejia, Ministro que era de la guerra, al recibir el parte de la funcion de armas rendido por el Sr. Rocha, fijándose en la designacion de prisioneros, habia ordenado, de palabra, se dijera al jefe vencedor que él „no habia pedido pr-

sioneros,„ con lo cual parecia significar que fuesen muertos todos. Uno y otro jefes viven todavía y ellos podrían decir si esto fué solamente una conseja inventada por el vulgo y si no hubo tales ejecuciones, á pesar de cuanto se ha dicho en tal sentido. Por mi parte, me inclino á creer lo contrario, porque á pesar de cuanto se ha dicho en contra del Gral. Márquez con motivo de los fusilamientos que ejecutó en Tacubaya, *de orden superior*, nuestros gobiernos republicanos han dado muestras de no ser ménos inclinados al sistema, siendo buena prueba de ello lo sucedido en Tampico, Atexcal, Mérida y otros puntos ocupados por la fuerza, despues de tenaces y verdaderamente heroicas defensas. Aquí viene de molde aquello de que se ve con más facilidad la paja en el ojo del vecino que una viga en el propio.

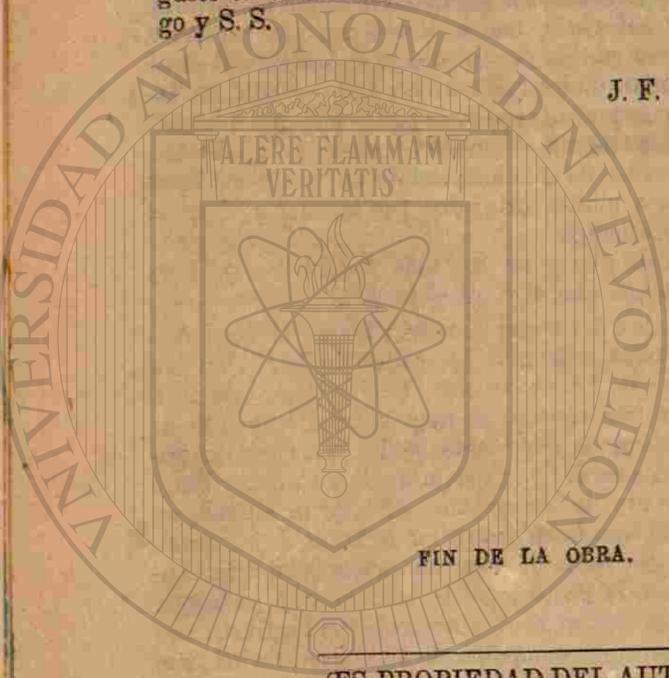
Para finalizar, diré á vd. que no recuerdo que el Gral. Aureliano Rivera haya recorrido las calles de la ciudad en actitud hostil ese día, 1.^o de Octubre, habiéndose limitado á conquistar y arrastrar consigo un pequeño destacamento de caballería acuartelado en el pueblo de Tacuba; con estos pocos hombres estuvo cerca de la garita de San Cosme y acaso en algun otro punto de ese mismo lado de la ciudad, no habiendo sido molestado en las primeras horas de la revuelta, porque tampoco podia dársele importancia alguna, supuesta su carencia de elementos de accion. Sin embargo, avisado de su proximidad, el reciente gobernador Sr. Castro salió á escalearlo, en compañía de algunos soldados, pero con tan mala fortuna, que al encontrarse ambas pequeñas fuerzas frente al Colegio de Agricultura, fué muerto á los primeros tiros que se cambiaron los combatientes. Esto sucedió á las ocho de la noche del referido día 1.^o

En cuanto á los jefes sublevados de alguna importancia, como Chavarría, Toledo y Armendáriz, parece que hacia las once ó las doce de esa tristísima noche, pudieron ponerse en salvo del modo que vd. quiera suponer, porque solo ellos deben saberlo bien, siendo lo probable que lo hayan hecho por la parte que da á la antigua garita de Belem, hacia cuyo lado se encontraban las fuerzas de circunvalacion mandadas por el nunca bien sentido general Donato Guerra, á quien puede considerarse como uno de los jefes que han dado verdadero lustre y honra al ejército mexicano.

Dispense vd., señor Paz, que haya distraído su atencion por

tanto tiempo en la lectura de esta carta, que estimaré infinito le sea de algun modo interesante, y suplicando su indulgencia por las faltas que en ella pueda notar: tengo especial gusto en suscribirme á sus órdenes como su afmo. adicto amigo y S. S.

J. F. MORENO.

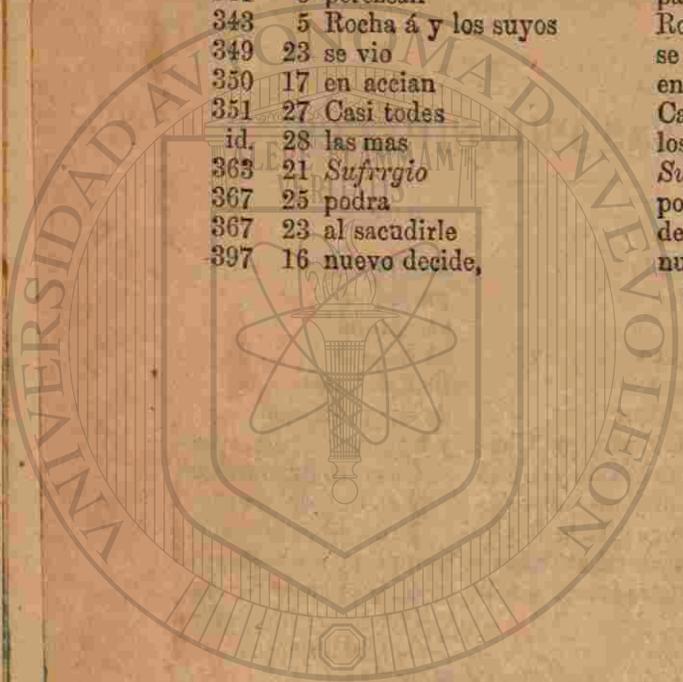


(ES PROPIEDAD DEL AUTOR.)

ERRATAS PRINCIPALES.

Págs.	líns.	Dice	Debe decir.
30	17	Concurriendo	acudiendo
31	21	precentar	presentar.
41	18	atro:	atropellos
43	11	ni ni respeto	ni respeto
id.	11	intituciones	instituciones
44	2	de sus prácticos	de sus prácticas
46	19	y hay que notar que Chavero, que ha sido y es uno de los mejores liberales con que cuenta la República: firme en sus creencias ilustrado de sentimientos	y hay que notar que Chavero, que ha sido y es uno de los mejores liberales con que cuenta la República, firme en sus creencias, ilustrado, de sentimientos
108	27	Refegio	Refugio.
113	15	Chavaria	Chavarria.
115	9	de casi de todos	de casi todos
id.	16	Guera	Guerra.
id.	29	la ciudad	la Ciudadela
190	7	pordeber	por deber
id.	15	diariasque	diarias que
id.	20	gobiernode	gobierno de
217	14	fueron atacados	fueran atacadas
241	14	baje	bajé
244	6	los segundos particulares	los segundos de combates particulares
247	29	que se buscaba	que se buscan
251	22	susembiante	el semblante
266	22	lamas	la mas

Págs.	lins.	Dícs.	Debe decir.
306	16	poder incorporárcenos	poder incorporársenos,
219	2	D. Bentio	D. Benito
id.	25	estábamos	estábamos
333	15	resullado	resultado
341	6	perezcan	parezcan
343	5	Rocha á y los suyos	Rocha y á los suyos
349	23	se vio	se vió
350	17	en accian	en accion
351	27	Casi todes	Casi todos
id.	28	las mas	los mas
363	21	<i>Sufrgio</i>	<i>Sufragio.</i>
367	25	podra	podria
367	23	al sacudirle	de sacudirle
397	16	nuevo decide,	nuevo alcaide D. Ismael Ramos,



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N L

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

